ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

LOS CUATRO CLANES




LA HORA MÁS OSCURA





Durante la ceremonia de su proclamación como líder del Clan del Trueno, Estrella de Fuego recibe las nueve vidas que le corresponden por su alta jerarquía, al tiempo que la venerable Estrella Azul le revela en sueños una oscura profecía que presagia un aterrador futuro para los habitantes del bosque. En efecto, Estrella de Tigre, el enemigo jurado del nuevo líder, maquina un siniestro y artero complot para conquistar el poder absoluto. Para ello ha reclutado una banda de felinos renegados y violentos, y la feroz

lucha que se libra a continuación marcará un punto de no retorno en las relaciones entre los clanes.



Erin Hunter

La hora más oscura

Los gatos guerreros: Los cuatro clanes - 6

ePub r1.0
Kars 08.09.14

Título original: *The Darkest Hour*
Erin Hunter, 2004
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Kars
ePub base r1.1

Este libro es para Vicky Holmes
y Matt Haslum, que ayudaron a encontrar
el destino de Corazón de Fuego.
Gracias.

Gracias en especial a Cherith Baldry.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

• **Líder**

—ESTRELLA DE FUEGO: hermoso gato rojizo.

—Aprendiz: ZARZO.

• **Lugarteniente**

—TORMENTA BLANCA: gran gato blanco.

• **Curandera**

—CARBONILLA: gata gris oscuro.

• **Guerreros *(gatos y gatas sin crías)*.**

—CEBRADO: lustroso gato atigrado negro y gris.

—Aprendiza: FRONDINA.

—RABO LARGO: gato atigrado de color claro con rayas muy oscuras.

—MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

—Aprendiz: ESPINO.

—FRONDE DORADO: atigrado marrón dorado.

—Aprendiza: ZARPA TRIGUEÑA.

—MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

—Aprendiz: CENICIENTO.

—TORMENTA DE ARENA: gata color melado claro.

—LÁTIGO GRIS: gato de pelo largo, gris uniforme.

—ESCARCHA: dotada de un bello pelaje blanco y ojos azules.

—FLOR DORADA: de pelaje rojizo claro.

—NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo.

• **Aprendices** ***(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros).***

—ESPINO: atigrado marrón dorado.

—FRONDINA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

—CENICIENTO: gato gris claro con

motas más oscuras, de ojos azul oscuro.

—ZARZO: atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

—ZARPA TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

—CARA PERDIDA: gata blanca con manchas canela.

• **Reinas** ***(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas).***

—SAUCE: gata gris muy claro, de ojos azules poco comunes.

• **Veteranos** ***(antiguos guerreros y reinas, ya retirados).***

—TUERTA: gata gris claro; el miembro más anciano del Clan del

Trueno; prácticamente ciega y sorda.

—OREJITAS: gato gris con las orejas muy pequeñas; el macho más viejo del Clan del Trueno.

—COLA MOTEADA: en sus tiempos, una bonita gata leonada con un precioso manto moteado.

—COLA PINTADA: atigrada clara.

CLAN DE LA SOMBRA

• Líder

—ESTRELLA DE TIGRE: enorme gato atigrado marrón oscuro, con garras delanteras inusualmente largas; antiguo

miembro del Clan del Trueno.

• **Lugarteniente**

—PATAS NEGRAS: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache; anteriormente fue un gato proscrito.

• **Curandero**

—NARIZ INQUIETA: pequeño gato blanco y gris.

• **Guerreros**

—ROBLEDO: pequeño gato marrón.

—CIRRO: atigrado muy pequeño.

—GUIJARRO: gato atigrado plateado; anteriormente, un proscrito.

—BERMEJA: gata de color rojizo

oscuro; anteriormente, una proscrita.

—Aprendiz: ZARPA CEDRINA.

—COLMILLO ROTO: enorme gato; anteriormente, un proscrito.

—Aprendiz: ZARPA SERBAL.

• Reinas

—AMAPOLA: atigrada marrón claro de patas muy largas.

CLAN DEL VIENTO

• Líder

—ESTRELLA ALTA: gato blanco y negro de cola muy larga.

• **Lugarteniente**

—RENGO: gato negro con una pata torcida.

• **Curandero**

—CASCARÓN: gato marrón de cola corta.

• **Guerreros**

—ENLODADO: gato marrón oscuro con manchas.

—MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

—OREJA PARTIDA: macho atigrado.

—BIGOTES: joven atigrado marrón.

—Aprendiz: ERGUINO.

—CORRIENTE VELOZ: atigrada gris

claro.

• **Reinas**

—PERLADA: gata gris.

—FLOR MATINAL: reina color carey.

—COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

CLAN DEL RÍO

• **Líder**

—ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

• **Lugarteniente**

—PEDRIZO: gato gris con las orejas

marcadas con cicatrices de peleas.

—Aprendiz: BORRASQUINO.

• **Curandero**

—ARCILLOSO: gato marrón claro de pelo largo.

• **Guerreros**

—PRIETO: macho negro grisáceo.

—PASO POTENTE: corpulento gato atigrado.

—Aprendiz: ZARPA ALBINA.

—SOMBRA OSCURA: gata gris muy oscuro.

—VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

—Aprendiza: PLUMILLA.

- **Reinas**

—MUSGOSA: gata parda.

CLAN DE LA SANGRE

- **Líder**

—AZOTE: pequeño gato negro con una pata blanca.

- **Lugarteniente**

—HUESO: enorme gato blanco y negro.

GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

—CENTENO: gato blanco y negro; vive en una granja cercana al bosque.

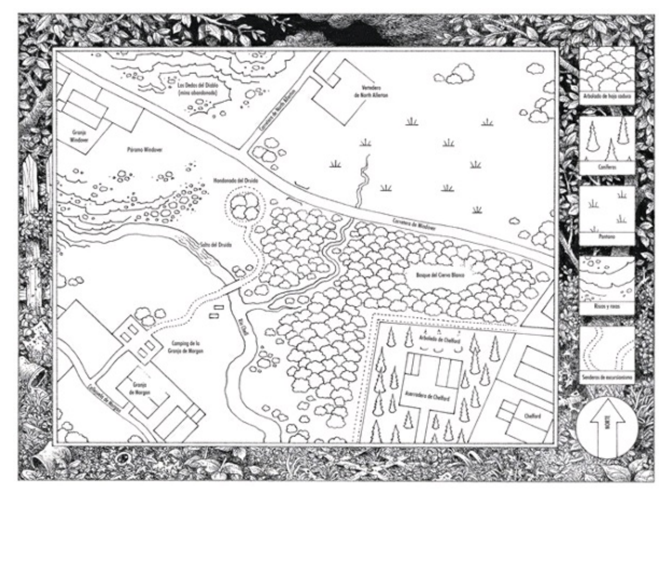
—CUERVO: lustroso gato negro que vive en la granja con Centeno.

—PRINCESA: atigrada marrón claro, con el pecho y las patas blancas; es una gata doméstica.

—TIZNADO: rollizo y afable gato blanco y negro; adora vivir en una casa junto al bosque. Es un gato doméstico.



Rocas Altas
Granja
de Centeno
Vertedero
Campamento del
Clan de la Sombra
Campamento del
Clan del Viento
Cuatro Árboles
Sendero Atronador
Cascadas
Árbol
de la
Lechuza
Campamento del
Clan del Trueno
Gran Sicomoro
Rocas de
las Serpientes
Hondonada
Arenosa
Rocas
Soleadas
Pinar
Campamento del
Clan del Río
Cortatroncos
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar


Los Dedos del Diablo
(mina abandonada)
Vertedero
de North Allerton
Carretera de North Allerton
Granja
Windover
Páramo Windover
Hondonada del Druida
Carretera de Windover
Salto del Druida
Bosque del Ciervo Blanco
Río Chell
Camping de la
Granja de Morgan
Arbolado de Chelford
Granja
de Morgan
Callejuela de Morgan
Aserradero de Chelford
Chelford
Arbolado de hoja caduca
Coníferas
Pantano
Riscos y rocas
Senderos de excursionismo
NORTE



Prólogo

La lluvia caía intensamente, repiqueteando sobre el duro y negro Sendero Atronador que discurría entre interminables filas de viviendas de Dos Patas. De vez en cuando, un monstruo pasaba gruñendo, con ojos cegadores y con un Dos Patas acurrucado en el interior de su brillante pelaje.

Dos gatos doblaron silenciosamente la esquina pegados a las paredes, donde las sombras eran más densas. En primer lugar marchaba un gato gris y flacucho; tenía una oreja mordisqueada, ojos relucientes y vigilantes, y todo el pelo aplastado y oscurecido por el agua.

Tras él avanzaba un enorme atigrado de anchos omóplatos y músculos que se movían ágilmente bajo su pelaje empapado. Sus ojos ámbar brillaban entre la cruda luz, y su mirada iba de un lado a otro como si esperase un ataque.

Se detuvo en la oscura entrada de una vivienda de Dos Patas que ofrecía cierta protección y gruñó:

—¿Cuánto falta todavía? Este lugar es un asco.

El gato gris miró atrás.

—Ya no estamos lejos.

—Más vale que sea así.

Con una mueca, el atigrado marrón oscuro prosiguió la marcha, agitando las orejas irritado para sacudirse las gotas de lluvia. Una fuerte luz amarilla incidía sobre él, que se encogió cuando un monstruo tomó la curva rugiendo y levantando una ola de agua sucia que apestaba a desechos de Dos Patas. El gato soltó un gruñido cuando el agua cayó alrededor de sus patas y le salpicó el pelo.

Le asqueaba todo lo del poblado de Dos Patas: la dura superficie bajo las zarpas, el hedor de los monstruos y de los Dos Patas que llevaban en sus entrañas, los ruidos desconocidos y, muy especialmente, el hecho de no poder sobrevivir allí sin un guía. El atigrado no estaba acostumbrado a depender de otros gatos para nada. En el bosque conocía todos los árboles, todos los arroyos, todas las madrigueras de conejo. Era considerado el guerrero más fuerte y peligroso de los clanes. Ahora, sus aguzados sentidos y sus habilidades resultaban inútiles. Se sentía como si fuera sordo, ciego y débil, siguiendo a

su compañero como un cachorro indefenso a la zaga de su madre.

Pero valdría la pena. El atigrado agitó los bigotes lleno de expectación. Ya había emprendido un plan que convertiría a sus enemigos más odiados en presas impotentes en su propio territorio. Cuando los perros atacaron, nadie sospechó que hubieran sido atraídos y dirigidos durante todo el camino. Y ahora, si las cosas salían según lo planeado, la expedición al poblado Dos Patas le proporcionaría todo lo que siempre había deseado.

El gato gris fue en cabeza por el sendero y a través de un espacio abierto

que atufaba a monstruos de Dos Patas. Un torbellino de color procedente de antinaturales luces naranja flotaba en los charcos. Se detuvo en la entrada de un estrecho pasaje y abrió la boca para absorber el olor del aire.

El atigrado se paró e hizo lo mismo. Se pasó la lengua por el hocico, asqueado por la pestilencia de comida putrefacta de los Dos Patas.

—¿Es aquí? —inquirió.

—Aquí es —respondió el guerrero gris, tenso—. Ahora recuerda lo que te he dicho. El gato con el que vamos a reunirnos está al mando de muchos gatos. Debemos tratarlo con respeto.

—Guijarro, ¿has olvidado quién soy?

El atigrado dio un paso hacia su compañero, alzándose ante él.

El escuálido gato gris pegó las orejas al cráneo.

—No, Estrella de Tigre, no lo he olvidado. Pero aquí no eres líder de clan.

—Acabemos con esto de una vez —replicó Estrella de Tigre con un gruñido.

Guijarro se internó en el callejón. Se detuvo al cabo de unos pocos pasos, cuando una figura gigantesca se alzó ante ellos.

—¿Quién anda ahí?

Un gato blanco y negro de anchos omóplatos salió de entre las sombras. Sus fuertes músculos se marcaban bajo el pelaje empapado por la lluvia.

—Identificaos. Aquí no nos gustan los forasteros —añadió.

—Saludos, Hueso —maulló el guerrero gris con firmeza—. ¿Me recuerdas?

El gato blanco y negro entornó los ojos y guardó silencio unos segundos.

—Así que has regresado, ¿eh, Guijarro? —maulló por fin—. Nos dijiste que ibas en busca de una vida mejor en el bosque. ¿Qué estás haciendo aquí?

Dio un paso adelante, pero Guijarro se mantuvo donde estaba, sacando las uñas contra el suelo irregular.

—Queremos ver a Azote —respondió.

Hueso soltó un resoplido, medio desdeñoso, medio risueño.

—No creo que Azote quiera verte a ti. ¿Y quién es ese que va contigo? No lo reconozco.

—Me llamo Estrella de Tigre. He venido desde el bosque para hablar con tu líder.

Los ojos de Hueso pasaron de Estrella de Tigre a Guijarro una y otra vez.

—¿Qué queréis de él? —preguntó.

Los ojos ámbar de Estrella de Tigre centellearon como las luces de los Dos Patas que se reflejaban sobre las piedras mojadas que los rodeaban.

—Hablaré de eso con tu líder, no con su patrulla fronteriza.

Hueso erizó el pelo y sacó las uñas, pero Guijarro se apresuró a situarse entre él y Estrella de Tigre.

—Azote tiene que escucharlo —aseguró—. Podría ser ventajoso para todos los gatos.

Durante unos segundos, Hueso vaciló, pero luego retrocedió para dejar pasar a Guijarro y Estrella de Tigre. Los

abrasó con su mirada hostil, pero no dijo nada.

Entonces Estrella de Tigre se puso en cabeza, avanzando cautelosamente mientras la luz se desvanecía a sus espaldas. A ambos lados, gatos esqueléticos se escabullían detrás de montones de basura y seguían el avance de los dos intrusos con ojos relucientes. Estrella de Tigre tensó los músculos. Si aquella reunión iba mal, quizá tendría que salir de allí peleando.

Un muro bloqueaba el final del pasaje. Estrella de Tigre miró alrededor, buscando al líder de aquellos gatos del poblado de Dos Patas. Se esperaba una

criatura incluso más grande que el corpulento Hueso, y, al principio, su mirada no se detuvo en un pequeño gato negro que estaba agazapado en un sombrío portal.

Guijarro le dio un empujoncito y señaló con la cabeza al gato negro.

—Ahí está Azote —anunció.

—¡¿Ése es Azote?! —preguntó Estrella de Tigre. Su exclamación de incredulidad resonó más que la lluvia que caía—. Pero ¡si no es mayor que un aprendiz!

—¡Chist! —Los ojos de Guijarro se llenaron de pánico—. Puede que éste no sea un clan corriente, pero estos gatos

matarían si se lo ordenara su líder.

—Parece que tengo visita. —La voz del gato negro era aguda y quebrada, como hielo resquebrajándose—. No esperaba volver a verte, Guijarro. ¿Has cambiado de idea y has vuelto arrastrándote? ¿Esperas que te reciba con los brazos abiertos?

—No, Azote —respondió Guijarro sosteniéndole la mirada, azul como el hielo—. En el bosque se vive bien. Hay muchas presas, no hay Dos Patas…

—Tú no has venido a ensalzar las virtudes de la vida en el bosque —lo interrumpió Azote sacudiendo la cola—. Las ardillas viven en los árboles, no los

gatos. —Entornó los ojos, que refulgían con un débil ardor—. Así que dime, ¿qué quieres?

Estrella de Tigre dio un paso adelante, apartando al guerrero gris.

—Yo soy Estrella de Tigre, el líder del Clan de la Sombra —gruñó—. Y tengo una propuesta para ti.



1

Tenues rayos de luz se filtraban a través de los árboles mientras Corazón de Fuego llevaba a su líder a su definitivo lugar de descanso. Con los dientes firmemente cerrados sobre el pescuezo de Estrella Azul, desanduvo la ruta que había tomado la manada de perros, atraída por los valerosos guerreros del

Clan del Trueno hasta el despeñadero y hasta su destrucción. Se sentía todo el cuerpo entumecido, y la cabeza le daba vueltas con la espantosa certeza de que Estrella Azul estaba muerta.

Sin su líder, el bosque le parecía diferente, incluso más extraño que el primer día que se aventuró en él, cuando aún era un minino doméstico. Nada era real: sentía que los árboles y rocas podían disolverse como niebla en cualquier momento. Un gran silencio antinatural lo cubría todo. Corazón de Fuego comprendió que las presas se habían escondido, ahuyentadas por los perros desbocados, pero, aturdido por el

dolor, parecía que incluso el bosque estaba de duelo por Estrella Azul.

La escena en el despeñadero se repetía una y otra vez en su mente. Vio de nuevo las babeantes mandíbulas del perro que lideraba la manada, y sintió cómo lo atrapaban sus afilados colmillos. Recordó cómo Estrella Azul había aparecido de la nada para abalanzarse contra el perro, empujándolo —y a ella misma con él— por el borde del precipicio hasta el río. Corazón de Fuego se encogió al recordar el helado impacto del agua cuando saltó tras ella, y sus vanos intentos por salvarla hasta que acudieron

a rescatarlos dos guerreros del Clan del Río, Vaharina y Pedrizo.

Por encima de todo, Corazón de Fuego recordaba su consternación e incredulidad cuando se agachó junto a su líder en la orilla y comprendió que había sacrificado su última vida para salvarlos a él y al Clan del Trueno de la manada de perros.

Mientras llevaba el cuerpo de la líder a casa, con la ayuda de Vaharina y Pedrizo, no dejaba de detenerse a olfatear el aire, en busca de rastros recientes de perro. Ya había mandado a su amigo Látigo Gris a inspeccionar el territorio a ambos lados de su ruta, para

averiguar si los perros habían atrapado a algún miembro del Clan del Trueno en su desesperada carrera hacia el desfiladero. De momento, para su alivio, no había encontrado señales.

Al rodear un zarzal, Corazón de Fuego depositó a su líder en el suelo. Levantó la cabeza para olisquear el aire y se sintió agradecido al saborear tan sólo los limpios aromas del bosque. Unos instantes después apareció Látigo Gris, bordeando una mata de helechos secos.

—Todo está en orden, Corazón de Fuego —informó el guerrero gris—. Hay mucha maleza rota, pero eso es lo

único.

—Bien —maulló Corazón de Fuego.

Esperanzado, imaginó que los perros que se habían librado de caer al precipicio habrían huido aterrorizados, y que el bosque volvería a pertenecer a los cuatro clanes de gatos salvajes. Su clan había vivido tres espantosas lunas, cuando se habían convertido en presas en su propio territorio, pero habían sobrevivido.

—Sigamos. Quiero comprobar que el campamento es seguro antes de que regrese el clan.

Él y los guerreros del Clan del Río tomaron de nuevo el cadáver de Estrella

Azul y lo llevaron entre los árboles. En lo alto del barranco que conducía a la entrada del campamento, Corazón de Fuego hizo una pausa. Por su mente pasaron los recuerdos de la mañana, cuando él y sus guerreros habían seguido el rastro de conejos muertos. Estrella de Tigre los había dejado para atraer a la manada de perros hasta el campamento del Clan del Trueno. Al final del rastro habían encontrado el cadáver de la dulce reina Pecas, asesinada para que los perros salvajes probaran la sangre de gato. Pero ahora todo parecía tranquilo, y cuando volvió a paladear el aire, sólo detectó olor a gatos,

procedente del campamento.

—Esperad aquí —maulló—. Voy a echar un vistazo.

—Yo iré contigo —se ofreció Látigo Gris de inmediato.

—No —respondió Pedrizo, bloqueando el paso al guerrero gris con la cola—. Creo que Corazón de Fuego necesita hacer esto solo.

Tras lanzarle una mirada de agradecimiento al lugarteniente del Clan del Río, Corazón de Fuego comenzó a descender el barranco, con las orejas tiesas por si captaba algún sonido peligroso. Pero el extraño silencio seguía dominando el bosque.

Al salir del túnel de aulagas al claro principal, se detuvo a observar cautelosamente alrededor. Era posible que uno o más perros hubieran llegado hasta allí, o que Estrella de Tigre hubiera mandado guerreros del Clan de la Sombra a adueñarse del campamento. Pero todo estaba tranquilo. Corazón de Fuego sintió un hormigueo de inquietud al ver el campamento desierto, pero no había ni rastro de peligro y ningún olor a perros o al Clan de la Sombra.

Para comprobar que el lugar era seguro, inspeccionó rápidamente las guaridas y la maternidad. Los recuerdos brotaron espontáneamente: el

desconcierto del clan cuando les contó lo de la manada de perros, el terror desbocado de la persecución a través del bosque notando el aliento caliente del perro líder… Al pie de la Peña Alta, oyendo el susurro del viento entre los árboles, Corazón de Fuego volvió a pensar en el día en que Estrella de Tigre se encaró audazmente a su clan, mientras sus compañeros descubrían la auténtica profundidad de su traición. El atigrado había jurado venganza eterna, y Corazón de Fuego estaba convencido de que su sanguinario plan de dirigir la manada de perros contra los gatos del Clan del Trueno no sería su último intento de

cumplir su amenaza.

Por último, Corazón de Fuego atravesó sigilosamente el túnel de helechos que conducía a la guarida de Carbonilla. Asomándose a la gruta, vio las hierbas curativas de la gata pulcramente ordenadas junto a una pared. Y entonces lo asaltó el recuerdo más fuerte de todos: el de Jaspeada y Fauces Amarillas, que habían sido curanderas del Clan del Trueno antes que Carbonilla. Corazón de Fuego las quería mucho a las dos, y la pena por su ausencia lo embargó de nuevo para mezclarse con la tristeza por su líder.

«Estrella Azul ha muerto —les dijo

a las curanderas en silencio—. ¿Está ahora con vosotras en el Clan Estelar?».

Desandando sus pasos por el túnel de helechos, regresó a lo alto del barranco. Látigo Gris estaba montando guardia mientras Vaharina y Pedrizo limpiaban delicadamente el cadáver de la líder.

—Todo está en orden —anunció Corazón de Fuego—. Látigo Gris, quiero que vayas a las Rocas Soleadas ahora. Informa al clan de que Estrella Azul ha muerto, pero nada más. Yo lo explicaré todo cuando vuelva. Sólo debes decirles que es seguro regresar a casa.

Los ojos de Látigo Gris se iluminaron.

—Enseguida voy, Corazón de Fuego.

Dio media vuelta y salió disparado por el bosque en dirección a las Rocas Soleadas, donde el clan había ido a esconderse mientras los perros seguían el rastro de sangre de conejo que Estrella de Tigre había dejado hasta su campamento.

Pedrizo, agachado junto al cuerpo de Estrella Azul, soltó un ronroneo risueño.

—Es fácil ver dónde reside la lealtad de Látigo Gris —señaló.

—Sí —coincidió Vaharina—. En realidad, nadie pensaba que fuera a

quedarse en el Clan del Río.

Los hijos de Látigo Gris lo eran también de una guerrera del Clan del Río que había muerto en el parto. Durante una temporada, él había vivido en el Clan del Río para estar con sus pequeños, pero en su corazón nunca había abandonado al Clan del Trueno. Obligado a enfrentarse en una batalla contra su clan de nacimiento, había decidido salvar la vida a Corazón de Fuego, y la líder del Clan del Río, Estrella Leopardina, lo había desterrado. Corazón de Fuego pensó que la sentencia de exilio había liberado a Látigo Gris para regresar a donde

realmente pertenecía.

Con un gesto de aprobación a los guerreros del Clan del Río, Corazón de Fuego volvió a tomar el cuerpo sin vida de la líder. Los tres gatos la condujeron por el barranco hasta el campamento. Por fin pudieron depositarla en su guarida, situada bajo la Peña Alta, donde permanecería hasta que su clan se despidiese de ella y la enterrara con todos los honores que se merecía una líder tan sabia y noble.

—Gracias por vuestra ayuda —maulló Corazón de Fuego a los hermanos del Clan del Río. Tras vacilar un momento, consciente del significado

de su invitación, añadió—: ¿Os gustaría quedaros a la ceremonia de enterramiento de Estrella Azul?

—Es una oferta muy generosa —contestó Pedrizo, con un leve deje de sorpresa porque Corazón de Fuego admitiera a miembros de un clan rival a un acto tan privado—. Pero tenemos obligaciones en nuestro propio clan. Deberíamos regresar.

—Gracias, Corazón de Fuego —maulló Vaharina—. Eso significa mucho para nosotros. Pero a tu clan le resultaría extraño que nos quedáramos. Ellos no saben que Estrella Azul era nuestra madre, ¿verdad?

—No. Sólo lo sabe Látigo Gris. Pero Estrella de Tigre ha oído lo que hablabais con Estrella Azul en… en la orilla del río. Debéis estar preparados por si se le ocurre revelar esa información en la próxima Asamblea.

Los dos hermanos intercambiaron una mirada. Luego Pedrizo se irguió; sus ojos azules relucían desafiantes.

—Que Estrella de Tigre diga lo que le dé la gana —espetó—. Hoy mismo se lo contaré todo al Clan del Río personalmente. No nos sentimos avergonzados de nuestra madre. Ella ha sido una líder noble… y nuestro padre fue un gran lugarteniente.

—Sí —coincidió Vaharina—. Nadie puede discutir eso, aunque procedieran de clanes diferentes.

El valor y la determinación de los guerreros le recordaron a Corazón de Fuego a la líder caída. Ésta había entregado a sus hijos a Corazón de Roble, lugarteniente del Clan del Río, y los dos hermanos crecieron creyendo que habían nacido en ese clan. Al principio, odiaron a Estrella Azul al enterarse de la verdad, pero esa misma mañana, cuando ella agonizaba en la orilla del río, los jóvenes habían hallado en su corazón la manera de perdonarla. En medio de su tristeza, Corazón de

Fuego se sentía tremendamente aliviado porque su líder se hubiera reconciliado con sus hijos antes de irse con el Clan Estelar. De todos los gatos del Clan del Trueno, sólo él sabía cuánto había sufrido Estrella Azul viendo cómo sus hijos se criaban en otro clan.

—Ojalá la hubiéramos conocido mejor —dijo Pedrizo apenado, como si pudiera leerle el pensamiento a Corazón de Fuego—. Eres afortunado de haber crecido en su clan y haber sido su lugarteniente.

—Lo sé.

Corazón de Fuego miró afligido a la gata gris azulado, tendida inmóvil sobre

el suelo arenoso de la guarida. Ahora que su noble espíritu había abandonado su cuerpo para ir a cazar con el Clan Estelar, Estrella Azul parecía pequeña y desvalida.

—¿Podríamos despedirnos de ella a solas? —preguntó Vaharina con inseguridad—. Solamente unos momentos.

—Por supuesto —contestó Corazón de Fuego.

El joven líder salió de la guarida para dejar que Pedrizo y Vaharina se acomodaran junto al cuerpo de su madre y compartieran lenguas con ella por primera y última vez.

Mientras bordeaba la Peña Alta, oyó el sonido de gatos aproximándose por el túnel de aulagas. Al acercarse a toda prisa, vio que Escarcha y Cola Pintada entraban tímidamente en el claro. Vacilaron en el refugio del túnel y se aventuraron de nuevo en el campamento. Con la misma cautela, las seguían Fronde Dorado y Flor Dorada.

Corazón de Fuego sintió una punzada de pena al ver a sus gatos tan recelosos en su propio hogar, mientras sus ojos buscaban a un miembro del clan en particular: Tormenta de Arena, la gata melada a la que amaba. Necesitaba saber si ella estaba ilesa tras el papel

crucial que había desempeñado atrayendo a los perros lejos del campamento.

Corazón de Fuego reparó en su sobrino, Nimbo Blanco. El joven guerrero escoltaba cuidadosamente a Cara Perdida, una gata a quien la manada de perros había causado espantosas heridas antes de atacar el campamento. Luego, Carbonilla franqueó la entrada cojeando, con un fardo de hierbas en la boca. Tras ella aparecieron ansiosamente Zarzo y Zarpa Trigueña, a los que habían nombrado aprendices hacía poco y que eran hijos de Estrella de Tigre.

Por fin, Corazón de Fuego vio a Tormenta de Arena acompañada de Sauce, cuyos cachorros saltaban alrededor de ellas, felizmente ajenos a la crisis que acababa de superar el clan.

Ronroneando, Corazón de Fuego corrió hacia Tormenta de Arena y restregó el hocico contra su costado. La gata rojizo claro le cubrió las orejas de lametones. Cuando Corazón de Fuego levantó la vista, vio un cálido brillo en los ojos verdes de la guerrera.

—Estaba preocupadísima por ti, Corazón de Fuego —murmuró—. ¡No podía creer el tamaño que tenían esos perros! No había estado tan asustada en

toda mi vida.

—Yo tampoco —confesó él—. Mientras estaba esperando, no paraba de pensar que podrían haberte atrapado.

—¿Atraparme a mí? —Tormenta de Arena se separó sacudiendo la cola, y por un momento Corazón de Fuego temió haberla ofendido… hasta que reparó en el centelleo de sus ojos—. He corrido por ti y por el clan, Corazón de Fuego. ¡Me sentía como si tuviera la velocidad del Clan Estelar!

Avanzó hasta el centro del claro mirando alrededor, y su expresión se ensombreció.

—¿Dónde está Estrella Azul? Látigo

Gris nos ha dicho que ha muerto.

—Sí. He intentado salvarla, pero la lucha contra el río ha sido demasiado para ella. Está en su guarida. —Vaciló antes de añadir—: Pedrizo y Vaharina están con ella.

Tormenta de Arena se volvió hacia Corazón de Fuego, con el pelo erizado de alarma.

—¿Hay gatos del Clan del Río en nuestro campamento? ¿Por qué?

—Me han ayudado a sacar a Estrella Azul del río —explicó Corazón de Fuego—. Y… y ella era su madre.

Tormenta de Arena se quedó de piedra, con los ojos desorbitados.

—¿Estrella Azul? Pero ¿cómo…?

Corazón de Fuego la interrumpió restregando el hocico contra ella.

—Te lo contaré todo más tarde —prometió—. Ahora debo asegurarme de que el clan se encuentra bien.

Mientras hablaban, el resto del clan había ido apareciendo por el túnel de aulagas y reuniéndose en un círculo desigual alrededor de ellos. El lugarteniente reparó en Frondina y Ceniciento, los aprendices que habían iniciado la carrera para atraer a los perros lejos del campamento.

—Lo habéis hecho muy bien, los dos —dijo con aprobación.

Ellos ronronearon.

—Nos hemos escondido en el frondoso avellano que nos habías indicado, y hemos saltado nada más ver a los perros —explicó Frondina.

—Habéis sido muy valientes —los alabó Corazón de Fuego. Enseguida volvió a recordar el cuerpo desmadejado de Pecas, la madre de los aprendices, asesinada por Estrella de Tigre—. Estoy muy orgulloso de vosotros… y vuestra madre también lo estaría.

Ceniciento se encogió; de pronto parecía un cachorro frágil.

—Estaba aterrorizado —confesó—.

Si hubiera sabido que los perros eran así, no creo que me hubiera atrevido a hacerlo.

—Todos estábamos aterrorizados —intervino Manto Polvoroso, y le dio un tierno lametón a Frondina—. No había corrido tan deprisa en mi vida. Lo habéis hecho magníficamente.

Aunque estaba elogiando también a su aprendiz, la calidez de su mirada era toda para Frondina. Corazón de Fuego consiguió ocultar una sonrisa. El afecto del atigrado marrón por la aprendiza no era ningún secreto.

—Tú también lo has hecho muy bien, Manto Polvoroso —maulló Corazón de

Fuego—. El clan debe daros las gracias a todos vosotros.

Manto Polvoroso le sostuvo un momento la mirada antes de hacer un pequeño gesto de agradecimiento. Al darse media vuelta, el lugarteniente vio a Nimbo Blanco guiando delicadamente a Cara Perdida a su lado, y los detuvo para preguntar:

—¿Te encuentras bien, Cara Perdida?

—Estoy bien —respondió la joven gata, aunque miraba nerviosamente alrededor con su ojo bueno—. ¿Estás seguro de que ninguno de los perros ha llegado hasta aquí?

—Yo mismo he inspeccionado todo el campamento. No hay ni rastro de perros.

—Ella ha sido muy valiente en las Rocas Soleadas —maulló Nimbo Blanco, tocándola con el hocico—. Me ha ayudado a vigilar desde un árbol.

A Cara Perdida se le iluminó el rostro.

—Ya no puedo ver igual que antes, pero puedo escuchar y oler.

—Bien hecho —maulló Corazón de Fuego—. Y tú también, Nimbo Blanco. Tenía razón al confiar en ti.

—Todos lo han hecho muy bien. —Era la voz de Carbonilla. Corazón de

Fuego se volvió; la curandera cojeaba hacia él con Musaraña a la zaga—. No se han dejado llevar por el pánico, ni siquiera al oír los aullidos de la jauría.

—¿Y todos los gatos están bien? —preguntó Corazón de Fuego nervioso.

—Están todos bien. —Los ojos azules de la curandera brillaron de alivio—. Musaraña se ha roto una garra al huir de los perros, pero eso es todo. Vamos, Musaraña, te daré algo para la herida.

Mientras las observaba marcharse, Corazón de Fuego advirtió que Tormenta Blanca había aparecido a su lado.

—¿Puedo hablar un momento

contigo? —preguntó el guerrero blanco.

—Por supuesto.

—Lo lamento. —Sus ojos rebosaban de angustia—. Me habías pedido que cuidara de Estrella Azul al escapar de los perros. Pero se ha escabullido de las Rocas Soleadas antes de que me diera cuenta de que se había ido. Es culpa mía que haya muerto.

Corazón de Fuego lo contempló entornando los ojos. Por primera vez notó lo agotado que parecía. Tormenta Blanca era el guerrero más veterano del Clan del Trueno, siempre se lo veía fuerte y vigoroso, con el pelaje pulcro y bien acicalado. Sin embargo, ahora

parecía cien estaciones más viejo que el gato que había salido del campamento esa mañana.

—¡Eso es ridículo! —protestó el lugarteniente—. Aunque hubieras advertido que Estrella Azul se había marchado, ¿qué podrías haber hecho? Ella era tu líder… no podrías haberla obligado a quedarse.

Tormenta Blanca parpadeó.

—No me he atrevido a mandar a otro gato tras ella… no con la jauría de perros suelta por el bosque. Lo único que podíamos hacer era permanecer en lo alto de los árboles que rodean las Rocas Soleadas oyendo los aullidos…

—Un estremecimiento recorrió su cuerpo—. Pero debería haber hecho algo.

—Tú lo has hecho todo —afirmó Corazón de Fuego—. Te has quedado con el clan y lo has mantenido a salvo. Estrella Azul ha tomado su propia decisión al final. Era la voluntad del Clan Estelar que ella muriera para salvarnos.

Tormenta Blanca asintió lentamente, aunque sus ojos seguían apesadumbrados cuando murmuró:

—Aunque ella había perdido la fe en el Clan Estelar.

Corazón de Fuego recordó el secreto

que compartía con el guerrero blanco: en las últimas lunas, Estrella Azul había comenzado a desvariar. Conmocionada hasta lo más hondo al descubrir la traición de Estrella de Tigre, había empezado a creer que estaba en guerra con sus antepasados guerreros. Corazón de Fuego y Tormenta Blanca, con la ayuda del Carbonilla, casi habían logrado ocultar la debilidad mental de su líder al resto del clan. Pero Corazón de Fuego también sabía que los sentimientos de Estrella Azul habían cambiado en los últimos instantes de su vida.

—No, Tormenta Blanca —contestó,

agradecido de poder brindar algo de consuelo al valeroso guerrero—. Estrella Azul ha hecho las paces con el Clan Estelar antes de morir. Sabía exactamente lo que estaba haciendo y por qué. Su mente volvía a estar lúcida, y su fe era fuerte.

La alegría atenuó el dolor en los ojos de Tormenta Blanca, que inclinó la cabeza. Corazón de Fuego comprendió lo asoladora que debía de ser la muerte de Estrella Azul para el guerrero veterano, pues los dos habían sido amigos durante una larga vida.

A esas alturas, todo el clan se había apiñado en el círculo que rodeaba a

Corazón de Fuego. Éste todavía veía en sus ojos la huella de la terrible experiencia, junto con miedo por el futuro. Tragando saliva a duras penas, comprendió que era su obligación calmar ese temor.

—Corazón de Fuego —dijo Fronde Dorado con un temblor en la voz—, ¿es verdad que Estrella Azul ha muerto?

Él asintió.

—Sí, es verdad. Ella… ha muerto para salvarme a mí, y a todos nosotros. —Durante un momento, pensó que la voz iba a fallarle y tragó saliva con más fuerza—. Todos sabéis que yo era el último gato que debía atraer a los perros

al precipicio. Cuando estaba casi en el borde, Estrella de Tigre ha saltado sobre mí para inmovilizarme y provocar que me atrapara el líder de la manada. Éste me habría matado, y los perros seguirían sueltos por el bosque, de no haber sido por Estrella Azul. Ella se ha abalanzado sobre el perro, justo al borde del desfiladero, y… y se han despeñado los dos.

Vio que una ola de angustia recorría su clan, como el viento agitando los árboles.

—¿Qué ha ocurrido luego? —preguntó quedamente Escarcha.

—Me he lanzado tras ella, pero no

he podido salvarla. —Cerró los ojos brevemente, recordando las aguas turbulentas y sus vanos esfuerzos por mantener a la líder a flote—. Vaharina y Pedrizo han acudido en nuestra ayuda cuando ya habíamos salido del desfiladero —continuó—. Estrella Azul seguía viva cuando la han sacado del agua, pero era demasiado tarde. Su novena vida se ha apagado y ella nos ha dejado para unirse al Clan Estelar.

Un maullido de pesar brotó del círculo de gatos. El lugarteniente cayó en la cuenta de que muchos de aquellos gatos ni siquiera habían nacido cuando Estrella Azul se había convertido en

líder; perderla ahora era como si los cuatro magníficos robles de los Cuatro Árboles quedaran arrasados de la noche a la mañana.

Levantó la voz, tratando de que no le temblara.

—Ya sabéis que Estrella Azul no se ha ido. Sigue vigilándonos desde el Clan Estelar… ahora su espíritu está aquí con nosotros.

«O en su guarida —añadió para sus adentros—, compartiendo lenguas con Pedrizo y Vaharina».

—Me gustaría ver a Estrella Azul ahora —maulló Cola Pintada—. ¿Dónde está… en su guarida? —Se volvió hacia

la entrada, flanqueada por Cola Moteada y Orejitas.

—Yo iré contigo —se ofreció Escarcha, levantándose de un salto.

Corazón de Fuego sintió una gran alarma. Tenía la esperanza de dar a Pedrizo y Vaharina el máximo tiempo posible con su madre muerta, pero de repente recordó que, aparte de Látigo Gris y Tormenta de Arena, ningún otro gato sabía siquiera que los dos guerreros del Clan del Río estaban en el campamento.

—Esperad… —empezó, abriéndose paso entre el círculo de gatos.

Demasiado tarde. Cola Pintada y

Escarcha ya estaban plantadas en la entrada de la guarida de Estrella Azul, con el pelo erizado y la cola el doble de grande de lo normal al enfrentarse a los desconocidos.

Escarcha soltó un gruñido amenazador:

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí?



2

Mientras Corazón de Fuego corría hacia la guarida de Estrella Azul, Cola Pintada dio media vuelta para encararse a él. Los ojos de la veterana ardían de furia.

—Aquí dentro hay dos gatos del Clan del Río —gruñó—. ¡Maltratando el cuerpo de nuestra líder!

—No… no es así —repuso Corazón de Fuego sin aliento—. Ellos tienen derecho a estar aquí.

Se dio cuenta de que todo el clan se había agrupado nerviosamente tras él. Nimbo Blanco lanzó un maullido desafiante mientras por todos lados sonaban gruñidos de rabia.

Corazón de Fuego giró en redondo.

—¡Atrás todos! —ordenó—. No pasa nada. Vaharina y Pedrizo…

—¿Tú sabías que estaban aquí? —espetó Cebrado. El atigrado oscuro avanzó entre la multitud para situarse cara a cara con él—. ¿Has permitido que gatos enemigos entraran en nuestro

campamento… en la guarida de nuestra líder?

Corazón de Fuego tomó aire, obligándose a conservar la calma. Cuando el clan estaba preparándose para escapar de la manada, Cebrado había intentado escabullirse con los hijos de Estrella de Tigre. Había jurado que no sabía nada del plan de Estrella de Tigre para aniquilar al Clan del Trueno con los perros, pero el lugarteniente no estaba seguro de que fuera cierto.

—¿Ya no te acuerdas de lo que os he contado? —replicó—. Vaharina y Pedrizo me han ayudado a sacar del río

a Estrella Azul.

—¡Eso es lo que tú dices! —bufó Cebrado—. ¿Cómo sabemos que estás diciendo la verdad? ¿Por qué unos gatos del Clan del Río iban a ayudar al Clan del Trueno?

—Ya nos han ayudado bastantes veces en el pasado —le recordó Corazón de Fuego—. Habrían muerto más miembros del Clan del Trueno si nuestros vecinos no nos hubieran dado asilo.

—Eso es cierto —maulló Musaraña. Había regresado con Carbonilla de la guarida de ésta a tiempo de oír el enfrentamiento, y se adelantó para

colocarse junto a Cebrado—. Pero eso no es excusa para dejarlos solos en la cueva con el cuerpo de Estrella Azul. ¿Qué están haciendo ahí dentro?

—Estamos honrando a Estrella Azul —respondió desafiante Pedrizo.

Corazón de Fuego se dio la vuelta y vio que el lugarteniente del Clan del Río y su hermana habían aparecido en la entrada de la cueva. Parecían desconcertados por la reacción de los gatos del Clan del Trueno, y empezaron a erizar el pelo al ver que estaban tratándolos como a intrusos.

—Queríamos despedirnos de ella —maulló Vaharina.

—¿Por qué? —quiso saber Musaraña.

A Corazón de Fuego se le encogió el estómago cuando Vaharina se enfrentó a la guerrera marrón claro para contestarle:

—Porque Estrella Azul era nuestra madre.

Se hizo el silencio, roto solamente por la llamada de un mirlo al borde del campamento. A Corazón de Fuego le dio vueltas la cabeza mientras observaba los rostros conmocionados y hostiles de su clan. Sus ojos se encontraron con los de Tormenta de Arena; la guerrera parecía abatida, como si se imaginara que él

jamás habría querido que el Clan del Trueno conociese el secreto de su líder de esa manera.

—¿Vuestra madre? —gruñó Cola Pintada—. No me lo creo. Estrella Azul jamás habría permitido que sus hijos se criaran en otro clan.

—Lo creas o no, es cierto —replicó Pedrizo.

Corazón de Fuego dio un paso adelante y, con una sacudida de la cola, le advirtió a Pedrizo que guardara silencio.

—Yo me encargaré de esto —dijo—. Será mejor que Vaharina y tú os marchéis.

El lugarteniente del Clan del Río asintió secamente con la cabeza y se encaminó hacia el túnel de aulagas seguido por su hermana. Corazón de Fuego oyó uno o dos bufidos de furia mientras los gatos del Clan del Trueno se separaban para dejarlos pasar.

—¡Os lleváis el agradecimiento del clan! —exclamó Corazón de Fuego, y su voz resonó levemente en la Peña Alta.

Vaharina y Pedrizo no contestaron. Ni siquiera se volvieron para atrás antes de desaparecer por el túnel.

Corazón de Fuego sintió un hormigueo por todo el cuerpo; deseaba dar media vuelta y huir de sus nuevas

responsabilidades. El secreto que tanto esfuerzo le había costado guardar (que Estrella Azul había entregado a sus propios hijos a otro clan) le resultaría más pesado todavía tras compartirlo. Habría querido tener más tiempo para pensar en qué decir, pero sabía que era mejor contarle ya la verdad a su clan, en vez de que lo hiciera Estrella de Tigre en la siguiente Asamblea. Como líder de clan, tenía que ocuparse de esa tarea, por poco que le gustara.

Después de inclinar la cabeza ante Carbonilla, saltó a la Peña Alta. No había necesidad de convocar al clan, pues ya estaban todos mirando hacia él.

Durante un segundo se quedó sin aliento, incapaz de hablar.

Notaba la rabia y la confusión de los congregados, y podía oler su miedo. Cebrado lo observaba con los ojos entornados, como si ya estuviera planeando qué contar a Estrella de Tigre. Desolado, el lugarteniente pensó que Estrella de Tigre ya lo sabía; había oído lo que Estrella Azul les decía a sus hijos mientras agonizaba junto al río. Sin ninguna duda, al gato le encantaría saber de las dificultades de Corazón de Fuego y la confusión de su clan. Seguro que encontraría la forma de manipular los hechos. Eso lo beneficiaría en su

búsqueda de venganza contra el Clan del Trueno y en su intento por recuperar a sus hijos, Zarzo y Zarpa Trigueña.

Corazón de Fuego respiró hondo y empezó:

—Es verdad que Vaharina y Pedrizo son hijos de Estrella Azul. —Se esforzó por mantener la voz firme y rogó al Clan Estelar que le inspirara las palabras adecuadas para que los gatos no se pusieran en contra de su difunta líder—. Su padre era Corazón de Roble, miembro del Clan del Río. Después de dar a luz, Estrella Azul le entregó a él los cachorros para que crecieran en su clan.

—¿Cómo lo sabes? —gruñó Escarcha—. ¡Estrella Azul nunca habría hecho algo así! Si los gatos del Clan del Río dicen eso, están mintiendo.

—La propia Estrella Azul me lo contó —confesó Corazón de Fuego, sosteniendo la mirada de la gata blanca.

Escarcha lanzaba chispas por los ojos, furiosa, y enseñaba los colmillos, pero no se atrevió a acusarlo a él de mentir.

—¿Nos estás diciendo que Estrella Azul era una traidora? —siseó.

Uno o dos gatos protestaron con maullidos. Escarcha giró en redondo con el pelo erizado, y Tormenta Blanca se

colocó frente a ella. Aunque el guerrero veterano parecía aturdido de la impresión, maulló con voz firme:

—Estrella Azul siempre fue leal a su clan.

—Si era tan leal —intervino Cebrado—, ¿por qué permitió que un gato de otro clan criara a sus hijos?

Aquélla era una pregunta difícil de responder. No hacía mucho, Látigo Gris se había emparejado con una guerrera del Clan del Río, donde ahora estaban creciendo sus hijos. Los miembros del Clan del Trueno se habían horrorizado tanto al descubrirlo que Látigo Gris sintió que ya no podía continuar

viviendo en su clan de nacimiento. Aunque después había regresado al Clan del Trueno, algunos gatos seguían mostrándose hostiles con él y dudaban de su lealtad.

—Simplemente ocurrió —respondió Corazón de Fuego—. Cuando nacieron sus hijos, Estrella Azul los habría educado para que fueran leales al Clan del Trueno, pero…

—Recuerdo a esos cachorros. —Esa vez la interrupción procedía de Orejitas—. Desaparecieron de la maternidad. Todos pensamos que se los había llevado un zorro o un tejón. Estrella Azul estaba destrozada. ¿Acaso dices

que todo eso fue un embuste?

Corazón de Fuego miró al viejo gato gris.

—No —aseguró—. Estrella Azul estaba destrozada por perder a sus hijos. Había tenido que renunciar a ellos para poder convertirse en lugarteniente del Clan del Trueno.

—¿Estás diciendo que, para ella, su ambición significaba más que sus propios hijos? —preguntó Manto Polvoroso. El guerrero marrón sonó más perplejo que enfadado, como si no pudiera conciliar esa imagen con la sabia líder que él había conocido.

—No. Estrella Azul lo hizo porque

el clan la necesitaba. Puso al clan por delante… tal como siempre hacía.

—Eso es cierto —coincidió Tormenta Blanca quedamente—. Para Estrella Azul, nada significaba más que el Clan del Trueno.

—Vaharina y Pedrizo están orgullosos de la valentía de Estrella Azul… tanto antes como ahora —continuó el lugarteniente—. Y nosotros también deberíamos estarlo.

Se sintió aliviado al no oír más acusaciones, aunque la tensión no se relajó por completo. Musaraña y Escarcha hablaban en murmullos, mirándolo con recelo, y Cola Pintada

fue a reunirse con ellas sacudiendo la cola. Tormenta Blanca iba de un gato a otro, confirmando las palabras de Corazón de Fuego, y Orejitas asentía con prudencia, como si respetara la dura decisión que había tomado Estrella Azul.

Entonces, una voz se elevó claramente entre el murmullo de las conversaciones:

—Corazón de Fuego —le preguntó Zarpa Trigueña—, ¿ahora vas a ser tú nuestro líder?

Antes de que pudiera responder, Cebrado se levantó de un salto.

—¿Aceptar a un minino casero como

líder? ¿Es que nos hemos vuelto todos locos?

—Eso es incuestionable, Cebrado —señaló Tormenta Blanca, alzando la voz por encima de las exclamaciones escandalizadas de Tormenta de Arena y Látigo Gris—. Corazón de Fuego es el lugarteniente del clan; él sucede a Estrella Azul. Así son las cosas.

Corazón de Fuego le dirigió una mirada de agradecimiento. Había empezado a erizársele el pelo de los omóplatos, y se relajó para que volviera a alisarse. No dejaría que Cebrado viera el efecto que habían tenido sus palabras desafiantes. Aun así, no pudo reprimir

un momento de duda. Estrella Azul lo había nombrado lugarteniente, pero entonces tenía la mente ofuscada por el golpe de la traición de Estrella de Tigre, y todo el clan se había alterado por el retraso de la ceremonia de nombramiento. ¿Eso podía significar que él no era el gato apropiado para liderar al Clan del Trueno?

—Pero ¡es un minino casero! —protestó Cebrado. Sus ojos amarillos estaban siniestramente clavados en Corazón de Fuego—. ¡Apesta a los Dos Patas y a sus casas! ¿Es eso lo que queremos de un líder?

Corazón de Fuego sintió que una

rabia familiar le ardía en el estómago. Aunque vivía con el clan desde que tenía apenas seis lunas, Cebrado nunca le permitía olvidar que no había nacido en el bosque.

Mientras Corazón de Fuego se debatía con el deseo de saltar de la Peña Alta y clavar las uñas en el pelo del atigrado, Flor Dorada se levantó para encararse a éste.

—Te equivocas, Cebrado —gruñó la guerrera—. Corazón de Fuego ha demostrado su lealtad al Clan del Trueno un millar de veces. Ningún gato nacido en un clan podría haber hecho más.

Corazón de Fuego le dio las gracias con un guiño, sorprendido de que, de todos los gatos, Flor Dorada lo hubiera apoyado tan resueltamente. Ella conocía sus temores de que su hijo Zarzo pudiera terminar siendo tan peligroso como su padre, Estrella de Tigre. Aunque Corazón de Fuego había tomado a Zarzo como aprendiz, jamás se sentía del todo cómodo con él, y Flor Dorada lo sabía. La gata había defendido a sus hijos contra lo que consideraba una hostilidad irrazonable por parte de Corazón de Fuego. Ahora resultaba de lo más sorprendente que ella lo defendiera frente a Cebrado.

—Corazón de Fuego, no escuches a Cebrado. —Fronde Dorado unió su voz a la de Flor Dorada—. Todos los gatos de aquí te queremos como líder, excepto él. Obviamente, eres el mejor para el puesto.

Un murmullo de aprobación brotó de los gatos reunidos alrededor de la Peña Alta, y Corazón de Fuego sintió que se le henchía el pecho de gratitud.

—¿Quiénes somos nosotros para ir contra los designios del Clan Estelar? —añadió Musaraña—. El lugarteniente siempre se convierte en líder. Ésa es la tradición del código guerrero.

—Que Corazón de Fuego parece

conocer mejor que tú —bufó Látigo Gris, sacudiendo la cola desdeñosamente hacia Cebrado. Él sabía, tan bien como su amigo, que el atigrado había conspirado con Estrella de Tigre antes del ataque de los perros.

Corazón de Fuego le hizo un gesto con la pata para pedirle silencio. Luego se dirigió a todo el clan:

—Os prometo que emplearé el resto de mi vida esforzándome por ser el líder que el Clan del Trueno se merece. Y con la ayuda del Clan Estelar, lo conseguiré. —Sus ojos se desviaron instintivamente a Tormenta de Arena, y sintió una gran calidez desde las patas hasta la punta de

la cola al ver lo orgullosa que ella parecía—. Y en cuanto a ti, Cebrado —espetó, incapaz de disimular su furia—, si no te gusta la idea de tener a un minino casero como líder, siempre puedes marcharte.

El guerrero oscuro sacudió la cola y le lanzó una mirada que rebosaba odio. «Si yo nunca hubiera venido al bosque —pensó Corazón de Fuego, atando cabos—, Estrella de Tigre se habría convertido en líder y Cebrado sería lugarteniente».

Jamás había pretendido provocar una confrontación pública con el atigrado, pero éste lo había provocado.

Aunque el clan no podía permitirse perder ningún guerrero, una parte de él deseaba que Cebrado le tomara la palabra y los abandonara para siempre. Sabía que el gato iría derecho al Clan de la Sombra y a Estrella de Tigre. Era mejor mantener a sus enemigos separados, y Cebrado no sería una amenaza tan grande en el Clan del Trueno, donde podría vigilarlo.

El guerrero atigrado siguió mirándolo sin pestañear unos segundos más, antes de dar media vuelta para alejarse. Pero no se encaminó al túnel de aulagas, sino que desapareció en la guarida de los guerreros.

—Bien. —Corazón de Fuego levantó la voz al volverse hacia el resto de su clan—. Esta noche llevaremos a cabo los rituales de duelo por Estrella Azul.

—¡Espera! —Nimbo Blanco se levantó de un salto con la cola erizada —. ¿Es que no vamos a atacar al Clan de la Sombra? ¡Asesinaron a Pecas y dirigieron la manada de perros a nuestro campamento! ¿Acaso no quieres vengarte?

Nimbo Blanco tenía el pelo erizado de hostilidad. Pecas había sido su madre adoptiva cuando llegó al Clan del Trueno como un cachorrito desvalido.

Pero Corazón de Fuego sabía que

atacar al Clan de la Sombra en ese momento no era la respuesta. Agitó la cola para silenciar los maullidos de aprobación que habían empezado mientras Nimbo Blanco hablaba.

—No —maulló—. Éste no es el momento de atacar al Clan de la Sombra.

—¡¿Qué?! —Nimbo Blanco se quedó mirándolo con incredulidad—. ¿Piensas dejar que se vayan de rositas?

Corazón de Fuego respiró hondo.

—El Clan de la Sombra no mató a Pecas ni dejó el rastro de conejos para los perros. Fue Estrella de Tigre quien lo hizo. Todos los conejos tenían su olor

y el de ningún otro gato. Ni siquiera podemos estar seguros de que el Clan de la Sombra supiera lo que había planeado su líder.

El joven soltó un resoplido desdeñoso. Corazón de Fuego miró con dureza a su antiguo aprendiz, esperando que no siguiera discutiendo. Sabía que lo sucedido se debía a la larga enemistad de muchas lunas entre Estrella de Tigre y él. Al líder del Clan de la Sombra le habría encantado borrar del mapa al Clan del Trueno y apoderarse de su territorio, pero ése no era el verdadero motivo para llevar a los perros hacia el campamento. Lo que

deseaba por encima de todo era acabar con Corazón de Fuego. Sólo entonces se habría vengado por completo por el día en que el lugarteniente desveló su plan para desterrarlo y asesinar a Estrella Azul.

Corazón de Fuego sabía que antes o después tendría que vérselas con Estrella de Tigre en una confrontación final en la que sólo uno podría sobrevivir. Rogaba al Clan Estelar que, cuando llegara ese día, tuviese el valor y la fuerza necesarios para librar al bosque de aquel gato sanguinario.

—Creedme —maulló en voz más alta, dirigiéndose a todo el clan—.

Estrella de Tigre pagará por esto, pero el Clan del Trueno no tiene nada en contra del Clan de la Sombra.

Para su alivio, Nimbo Blanco se sentó de nuevo y le dijo algo a Cara Perdida entre dientes, mientras sus ojos azules llameaban de furia. Cerca de ellos, Flor Dorada tenía la cola protectoramente enroscada alrededor de Zarzo y Zarpa Trigueña, como si todavía fueran unos cachorritos. Ella había obligado a Corazón de Fuego a que les contara personalmente lo que había hecho Estrella de Tigre, y siempre temía que el clan los juzgara con dureza por los crímenes de su padre. Cuando el

lugarteniente anunció su decisión de no atacar, Flor Dorada se relajó visiblemente, y los dos aprendices se separaron un poco de ella. Zarzo miró a Corazón de Fuego entornando sus ojos ámbar, y el guerrero se preguntó si había hostilidad en ellos.

Intentó no pensar en Zarzo mientras observaba a los gatos congregados. Largas sombras iban extendiéndose por el campamento, y supo que había llegado el momento de que el clan se despidiera por última vez de su amada líder.

—Debemos presentar nuestros respetos a Estrella Azul —anunció—.

¿Estás preparada, Carbonilla? —preguntó, y la curandera asintió—. Látigo Gris, Tormenta de Arena —continuó—, ¿podéis traer el cuerpo de Estrella Azul al claro para que compartamos lenguas con ella a la vista del Clan Estelar?

Los dos guerreros se levantaron para ir a la guarida de Estrella Azul y reaparecieron al cabo de un instante cargando con el cuerpo de su líder. La condujeron hasta el centro del claro y la depositaron cuidadosamente sobre el suelo de arena endurecida.

—Tormenta de Arena, organiza una partida de caza —ordenó Corazón de

Fuego—. Cuando os hayáis despedido de Estrella Azul, me gustaría que reabastecierais el montón de carne fresca. Musaraña, cuando termines, ¿podrías dirigir una patrulla hacia las Rocas de las Serpientes y la frontera con el Clan de la Sombra? Quiero asegurarme de que todos los perros se han marchado y de que no hay gatos del Clan de la Sombra en nuestro territorio. Pero tened cuidado… no corráis riesgos.

—Por supuesto, Corazón de Fuego. —La fibrosa atigrada marrón se puso en pie—. Flor Dorada, Rabo Largo, ¿me acompañáis?

Los gatos que había nombrado se reunieron con ella, y los tres fueron juntos al centro del claro para compartir lenguas con su líder por última vez. Los siguió Tormenta de Arena con Manto Polvoroso y Nimbo Blanco. Carbonilla se plantó junto a la cabeza de Estrella Azul y miró hacia el cielo añil, donde estaban apareciendo las primeras estrellas. Según las antiguas tradiciones de los clanes, cada estrella representaba al espíritu de un antepasado guerrero. Corazón de Fuego se preguntó si esa noche habría una estrella más, por Estrella Azul.

Los ojos azules de Carbonilla

relucían con los secretos del Clan Estelar.

—Estrella Azul fue una líder noble —maulló—. Demos las gracias al Clan Estelar por su vida. Estuvo dedicada a su clan, y su recuerdo nunca desaparecerá del bosque. Ahora encomendamos su espíritu al Clan Estelar; que ella nos vigile tras la muerte como siempre hizo en vida.

Un suave murmullo se extendió por todo el clan cuando la curandera terminó de hablar y se quedó cabizbaja. Los guerreros elegidos por Corazón de Fuego para las patrullas se agacharon junto al cuerpo de Estrella Azul para

lamerle el pelo y restregar el hocico contra su costado. Al cabo de un rato se apartaron y otros gatos ocuparon su lugar, hasta que todo el clan hubo compartido lenguas con su líder en el triste ritual.

Las patrullas se marcharon y el resto de los gatos se retiraron silenciosamente a sus guaridas. Corazón de Fuego permaneció cerca del pie de la Peña Alta, y cuando Fronde Dorado se separó de su líder, él se adelantó para interceptarlo.

—Tengo un trabajo para ti —le murmuró al joven guerrero—. Quiero que no le quites el ojo de encima a

Cebrado. Si mira aunque sea al otro lado de la frontera con el Clan de la Sombra, quiero saberlo.

El atigrado dorado se quedó mirándolo alarmado, a pesar de su lealtad a su nuevo líder.

—Haré todo lo que pueda, Corazón de Fuego, pero a Cebrado no le gustará.

—Con un poco de suerte, no se enterará. No lo hagas demasiado evidente, y pide a uno o dos más que te ayuden… a Musaraña, quizá, y Escarcha. —Al ver que Fronde Dorado seguía dudando, añadió—: Puede que Cebrado no supiera lo de los perros, pero sí sabía que Estrella de Tigre

estaba planeando algo. No podemos fiarnos de él.

—Eso lo entiendo —maulló el joven con expresión angustiada—. Pero no podemos vigilarlo eternamente.

—No será eternamente —lo tranquilizó Corazón de Fuego—. Sólo hasta que Cebrado revele dónde reside su lealtad…

Fronde Dorado asintió y luego se metió silenciosamente en la guarida de los guerreros. Sin más problemas reclamando su atención, Corazón de Fuego pudo cruzar el claro hasta el cuerpo de Estrella Azul. Carbonilla seguía cerca de la cabeza de la líder y

Tormenta Blanca estaba sentado a su lado, cabizbajo de pena.

Corazón de Fuego hizo un gesto con la cabeza a Carbonilla. Se instaló junto a Estrella Azul, buscando en su rostro rastros de la líder que tanto había amado. Pero ahora tenía los ojos cerrados; ya nunca más arderían con el fuego que había merecido el respeto de todos los clanes. Su espíritu se había ido a correr alegremente por el firmamento con sus antepasados guerreros, mientras cuidaba del bosque.

Notó la suave caricia del pelaje de su líder, y lo embargó una sensación de seguridad, casi como si volviera a ser

un cachorro acurrucado cerca de su madre. Durante un momento, casi pudo olvidar el dolor de la pérdida y la soledad de sus nuevas responsabilidades.

«Recibidla con honor —rogó en silencio al Clan Estelar. Cerró los ojos y pegó el hocico contra el pelo de Estrella Azul—. Y ayudadme a mantener a salvo al clan».



3

Corazón de Fuego notó que algo estaba pinchándole el costado. Con un leve maullido de protesta, abrió los ojos y vio que Carbonilla estaba inclinada sobre él.

—Te has quedado dormido —murmuró la curandera—. Pero ahora tienes que despertarte. Es hora de

enterrar a Estrella Azul.

Corazón de Fuego se levantó tambaleándose. Estiró una pata tras otra, pues las tenía entumecidas, y se lamió el hocico con una lengua reseca. Le parecía como si hubiera pasado por lo menos una luna tendido en el claro. La sensación de bienestar que había tenido mientras dormía fue reemplazada por una oleada de culpabilidad.

—¿Me ha visto alguien? —le preguntó a Carbonilla entre dientes.

Los ojos azules de la gata centellearon comprensivos.

—Sólo yo. No te preocupes por eso, Corazón de Fuego. Nadie te lo

reprocharía después de lo que sucedió ayer.

Corazón de Fuego echó un vistazo por el claro. La pálida luz del alba estaba empezando a filtrarse a través de los árboles. A unas pocas colas de distancia, los veteranos se habían reunido para cumplir con su obligación de trasladar el cuerpo de Estrella Azul al sitio de los enterramientos. Los demás miembros del clan estaban saliendo lentamente de sus guaridas para formar dos hileras entre la gata muerta y la entrada del túnel de aulagas.

A una señal de Carbonilla, los veteranos alzaron el cuerpo y lo

llevaron entre las filas de afligidos guerreros. Todos los gatos inclinaron la cabeza conforme su líder pasaba ante ellos.

—Adiós, Estrella Azul —susurró Corazón de Fuego—. Nunca te olvidaré.

Punzadas de dolor le atravesaron el corazón al ver cómo la punta de la cola de Estrella Azul trazaba un surco en las ennegrecidas hojas que todavía cubrían el suelo tras el reciente incendio.

Cuando Estrella Azul hubo desaparecido con su escolta, el resto de los gatos empezaron a dispersarse. Corazón de Fuego inspeccionó el campamento y advirtió con aprobación

que el montón de carne fresca estaba reabastecido. Lo único que debía hacer era organizar la patrulla del alba; después podría comer y descansar. Sentía como si no fuera a bastarle ni una luna de sueño para aliviar el agotamiento de sus patas.

—Bueno, Corazón de Fuego —maulló Carbonilla—, ¿estás preparado?

Él se dio la vuelta, confundido.

—¿Preparado?

—Para ir a la Piedra Lunar a que el Clan Estelar te conceda tus nueve vidas. —Sacudió la punta de la cola—. No lo habrás olvidado, ¿verdad?

Él movió las patas, incómodo. Por

supuesto que no se había olvidado de la ancestral ceremonia para iniciar a todos los nuevos líderes, pero ignoraba que tuviera que llevarse a cabo inmediatamente. Se sintió aturdido por la velocidad de los acontecimientos, que lo empujaban implacablemente hacia delante, como las rápidas aguas del desfiladero que casi lo habían ahogado.

Le subió el miedo por la garganta, y tuvo que tragar saliva a toda prisa. Ningún líder hablaba de ese rito místico, de modo que ningún otro gato, excepto los curanderos, sabía qué ocurría allí. Él había visitado la Piedra Lunar con anterioridad, y había visto cómo Estrella

Azul compartía lenguas con el Clan Estelar en sueños. La experiencia había sido bastante imponente. No podía imaginarse qué sucedería cuando él mismo tuviera que tumbarse junto a la piedra sagrada y compartir sueños con sus antepasados guerreros.

Y por si eso fuera poco, recordó que las Rocas Altas —donde se hallaba la Piedra Lunar, en una profunda gruta subterránea— estaban a un día de camino, y que el ritual le exigía que no comiera nada, ni siquiera las hierbas fortalecedoras que tomaban otros gatos para el trayecto.

—El Clan Estelar te dará fuerzas —

maulló Carbonilla como si le hubiera leído el pensamiento.

Corazón de Fuego le dio la razón mascullando vagamente. Al mirar alrededor, vio que Tormenta Blanca iba camino de la guarida de los guerreros y lo llamó con un movimiento de la cola.

—Tengo que irme a las Rocas Altas —maulló—. ¿Te harás cargo del campamento? Necesitamos una patrulla del alba.

—Dalo por hecho —contestó Tormenta Blanca, y añadió—: Que el Clan Estelar te acompañe.

El joven echó un último vistazo al campamento mientras seguía a

Carbonilla hacia el túnel de aulagas. Sentía como si emprendiera un larguísimo viaje, más lejos de lo que había viajado nunca, y como si la probabilidad de regreso fuera dudosa. En cierto modo, jamás regresaría, pues el gato que iba a volver tendría un nuevo nombre, nuevas responsabilidades y una nueva relación con el Clan Estelar.

Oyó un maullido a sus espaldas. Látigo Gris y Tormenta de Arena estaban cruzando el claro a la carrera.

—¿Pensabas largarte sin despedirte siquiera? —resolló Látigo Gris tras frenar en seco.

Tormenta de Arena no dijo nada,

pero entrelazó la cola con la de Corazón de Fuego y se restregó contra su costado.

—Volveré mañana —maulló el lugarteniente—. Escuchadme —añadió, incómodo—. Sé que las cosas serán diferentes a partir de ahora, pero nunca dejaré de necesitaros… a los dos. Ningún gato podría tener unos amigos mejores.

Látigo Gris le dio un cabezazo en el omóplato.

—Ya lo sabemos, estúpida bola de pelo —replicó.

Los ojos verdes de Tormenta de Arena destellaron.

—Nosotros también te necesitaremos siempre, Corazón de Fuego —murmuró la guerrera—. Será mejor que no te olvides de eso.

—¡Corazón de Fuego, vamos! —lo llamó Carbonilla, que esperaba en la entrada del túnel de aulagas—. Tenemos que llegar a las Rocas Altas antes de que caiga la noche… y recuerda que yo no puedo ir tan deprisa como tú.

—¡Ya voy!

Dio un lametón a cada uno de sus amigos antes de internarse en el túnel de aulagas tras la curandera. Mientras subía con ella por el barranco, se sintió el corazón lleno de esperanzas. Puede que

estuviera dejando atrás su antigua vida, pero podría llevarse consigo lo que era importante.

El sol estaba en lo alto de un despejado cielo azul y la escarcha se había derretido sobre la hierba cuando llegaron a los Cuatro Árboles, donde se celebraba la Asamblea entre los cuatro clanes cada luna llena.

—Espero que no nos encontremos con una patrulla del Clan del Viento —comentó Corazón de Fuego mientras cruzaban la frontera hacia el elevado y expuesto páramo, dejando atrás la

protección del bosque.

No mucho tiempo atrás, Estrella Azul había intentado lanzar un ataque contra el Clan del Viento, con la acusación de que estaban robando presas del Clan del Trueno. Corazón de Fuego había desobedecido las órdenes de su líder y se había arriesgado a que lo tacharan de traidor por impedir la batalla. Aunque Estrella Alta, el líder del Clan del Viento, había estado dispuesto a hacer las paces, Corazón de Fuego imaginaba que todavía podrían guardarles rencor.

—No nos detendrán —aseguró Carbonilla muy tranquila.

—Podrían intentarlo —replicó el gato—. De todos modos, preferiría evitarlos.

Sus esperanzas se hicieron pedazos cuando alcanzaron la cima de una extensión de páramo y vieron una patrulla avanzando entre el brezo a unos pocos zorros de distancia. Tenían el viento a favor; por eso Corazón de Fuego no había detectado su olor con antelación.

El jefe de la patrulla alzó la cabeza, y Corazón de Fuego reconoció al guerrero Oreja Partida. Se le cayó el alma a los pies al ver que lo seguía su viejo enemigo Enlodado, con un

aprendiz que no conocía. Él y Carbonilla aguardaron mientras los gatos del Clan del Viento saltaban entre el brezo hacia ellos; ya no tenía ningún sentido intentar darles esquinazo.

Enlodado mostró los colmillos gruñendo, pero Oreja Partida inclinó la cabeza y se detuvo ante Corazón de Fuego.

—Saludos, Corazón de Fuego, Carbonilla —maulló—. ¿Por qué estáis en nuestro territorio?

—Vamos de camino a las Rocas Altas —contestó la gata dando un paso adelante.

Corazón de Fuego sintió una oleada

de orgullo al ver el respetuoso gesto que el guerrero del Clan del Viento dirigió a su curandera.

—Espero que no sea por una mala razón —dijo. Los gatos no solían viajar a las Rocas Altas a menos que una crisis en su clan exigiera comunicación directa con el Clan Estelar.

—La peor de todas —maulló Carbonilla con voz firme—. Estrella Azul murió ayer.

Los tres gatos del Clan del Viento inclinaron la cabeza; incluso Enlodado pareció solemne.

—Era una gata magnífica y noble —repuso Oreja Partida al cabo—. Todos

los clanes honrarán su memoria. —Se volvió hacia Corazón de Fuego con una expresión de curiosidad y respeto—. ¿De modo que ahora vas a ser tú el líder? —preguntó.

—Sí —admitió él—. Voy a recibir mis nueve vidas de manos del Clan Estelar.

Oreja Partida asintió, examinando despacio el pelaje rojizo del guerrero.

—Eres joven —comentó—. Pero algo me dice que serás un buen líder.

—G… gracias —tartamudeó Corazón de Fuego, pillado por sorpresa.

Carbonilla fue en su rescate.

—No podemos quedarnos —maulló

—. Hay un largo camino hasta las Rocas Altas.

—Por supuesto. —Oreja Partida retrocedió—. Le contaremos a Estrella Alta vuestras noticias. ¡Que el Clan Estelar os acompañe! —exclamó cuando los dos gatos del Clan del Trueno se alejaron.

Se detuvieron en el borde de la llanura, contemplando a sus pies un paisaje muy diferente. En vez de laderas desnudas salpicadas de afloraciones rocosas y extensiones de brezo, Corazón de Fuego vio casas de Dos Patas desperdigadas entre campos y setos.

En la distancia, el Sendero

Atronador abría un surco a través de la tierra, y más allá se elevaban las colinas dentadas; sus desiertas pendientes parecían grises y amenazadoras. Corazón de Fuego tragó saliva; aquella región desolada era adonde se encaminaban.

Reparó en que Carbonilla estaba observándolo con una expresión comprensiva en sus ojos azules.

—Todo es diferente —confesó el lugarteniente—. Ya has visto a esos gatos del Clan del Viento. Ni siquiera ellos me tratan igual. —Sabía que jamás podría decirle esas cosas a nadie excepto a la curandera… ni siquiera a

Tormenta de Arena—. Es como si todos dieran por sentado que voy a ser un líder sabio y noble. Pero no lo seré. Cometeré errores, como ya he hecho con anterioridad. Carbonilla, no estoy seguro de poder hacer esto.

—Cerebro de ratón —le espetó ella. Corazón de Fuego se sintió sorprendido y reconfortado por su tono bromista—. Cuando cometas errores, yo te lo señalaré, créeme. —Guiñándole un ojo, añadió—: Y aun así seguiré siendo tu amiga, sin importar lo que ocurra. Ningún gato que haya vivido ha sido perfecto todo el tiempo. ¡Estrella Azul no lo era! La clave está en aprender de

tus errores y tener la valentía de ser fiel a tu corazón. —Giró la cabeza para pasarle la lengua por la oreja—. Estarás bien, Corazón de Fuego. Y ahora, sigamos adelante.

El guerrero encabezó la marcha ladera abajo y a través de las zonas de labranza de los Dos Patas. Avanzaron sobre la pegajosa tierra de un campo arado y rodearon la granja donde vivían los solitarios Centeno y Cuervo. Corazón de Fuego estuvo ojo avizor, pero no había rastro de ellos. Lamentó no verlos, pues ambos eran buenos amigos del Clan del Trueno, y Cuervo había entrenado con él cuando eran

aprendices. El lejano ladrido de un perro le produjo escalofríos al recordar el espanto de ser perseguido por la jauría.

A la sombra de los setos, por fin llegaron al Sendero Atronador. Se agazaparon junto a él, con el pelo alborotado por los monstruos que pasaban rugiendo. El intenso hedor de sus gases invadió la nariz y la garganta de Corazón de Fuego y le irritó los ojos.

Carbonilla se preparó a su lado, aguardando un espacio entre los monstruos para cruzar. Corazón de Fuego sintió nervios por su amiga. Su pata había quedado permanentemente

dañada por un accidente al borde del Sendero Atronador, muchas lunas atrás, cuando ella era su aprendiza; la vieja herida la obligaría a ir despacio.

—Cruzaremos juntos —maulló, recordando con un familiar sentimiento de culpa el accidente de la gata—. En cuanto tú estés lista.

Carbonilla asintió con un leve gesto; Corazón de Fuego supuso que estaba asustada, aunque jamás lo admitiría. Después de que pasara un monstruo de un vivo color, la curandera exclamó:

—¡Ahora! —Y cojeó rápidamente sobre la negra y dura superficie.

Corazón de Fuego saltó a su lado,

obligándose a no dejarla atrás, aunque tenía el corazón desbocado y su instinto le gritaba que corriera tan deprisa como le fuera posible. Oyó el rugido de un monstruo en la distancia, pero, antes de que llegara, él y Carbonilla ya estaban a salvo en el seto del otro extremo.

La gata soltó un sonoro suspiro.

—¡Gracias al Clan Estelar que ya ha terminado!

Corazón de Fuego coincidió con un murmullo, aunque sabía que todavía les quedaba el viaje de regreso.

El sol ya estaba descendiendo. A aquel lado del Sendero Atronador la tierra no era tan familiar, y cuando

empezaron a subir hacia las Rocas Altas iban alerta, por si detectaban algún peligro. Pero lo único que captaba eran presas correteando entre la escasa hierba; el tentador olor le hizo la boca agua, y deseó poder detenerse a cazar.

Cuando alcanzaron la falda de la última pendiente, el sol estaba escondiéndose por detrás de la cima. Las sombras vespertinas iban alargándose y el frío se extendía por el suelo. Por encima de su cabeza, Corazón de Fuego distinguió una abertura cuadrada bajo un saliente rocoso.

—Hemos llegado a la Boca Materna —maulló Carbonilla—. Descansemos

un momento.

Se tumbaron juntos sobre una roca plana, mientras la última luz desaparecía del cielo y las estrellas del Manto Plateado empezaban a aparecer. La luna bañó todo el paisaje con una luz fría y escarchada.

—Es la hora —anunció Carbonilla.

A Corazón de Fuego lo invadieron de nuevo todos sus temores y dudas, y pensó que sus patas no lo llevarían a ninguna parte. Pero se levantó y echó a andar, con las afiladas piedras punzándole las almohadillas, hasta que se encontró ante el arco conocido por todos los clanes como la Boca Materna.

Un túnel negro se perdía en la oscuridad. Por su anterior visita, Corazón de Fuego sabía que no valía la pena forzar la vista para ver qué había más adelante; la negrura era completa hasta la caverna donde se hallaba la Piedra Lunar. Mientras vacilaba, Carbonilla se adelantó llena de confianza.

—Sigue mi olor —le indicó—. Yo te guiaré hasta la Piedra Lunar. Y a partir de ahora y hasta que finalice el ritual, ninguno de los dos debe hablar.

—Pero no sé qué tengo que hacer —protestó él.

—Cuando lleguemos junto a la

Piedra Lunar, túmbate y pega el hocico a su superficie. —Sus ojos azules resplandecieron bajo la luz de la luna—. El Clan Estelar te hará dormir para que puedas reunirte con ellos en sueños.

Había un millón de preguntas que Corazón de Fuego quería hacer, pero ninguna de las respuestas lo ayudaría a superar el creciente temor que sentía. Inclinó la cabeza en silencio y siguió a Carbonilla cuando ésta se internó en la oscuridad.

El túnel descendía sin cesar, y Corazón de Fuego perdió enseguida el sentido de la orientación mientras el camino serpenteaba de un lado a otro.

En ocasiones, las paredes se juntaban tanto que las rozaba con el pelo y los bigotes. Con el corazón martilleándole, violentamente, abrió la boca para absorber el reconfortante olor de Carbonilla, aterrorizado por la idea de perderla.

Finalmente descubrió el contorno de la curandera contra una tenue luz. Empezó a captar otros olores, y agitó los bigotes ante una corriente de aire fresco. Al cabo de un segundo, dobló un recodo del túnel y la luz se tornó más intensa de repente. Entornó los ojos mientras seguía adelante, notando que el túnel había desembocado en una gruta.

Muy por encima de su cabeza, un agujero en el techo de la caverna dejaba ver un retazo de cielo nocturno. Un rayo de luz de luna se colaba por él hasta incidir directamente en una roca situada en el centro de la cueva. Corazón de Fuego contuvo la respiración. Había visto la Piedra Lunar en otra ocasión, pero había olvidado lo sobrecogedora que era. De unas tres colas de altura y afilada hacia la cima, reflejaba la luz de la luna en su deslumbrante cristal, como si una estrella hubiera caído a la tierra. La blanca luz iluminaba toda la gruta, convirtiendo en plata el pelaje gris de Carbonilla.

La curandera se volvió hacia él y le indicó con la cola que ocupara su lugar junto a la Piedra Lunar.

Incapaz de hablar aunque se le hubiera ocurrido algo que decir, Corazón de Fuego obedeció. Se tumbó delante de la piedra, apoyando la cabeza sobre las patas para poder tocar la lisa superficie con la nariz. Le impactó el frío, tanto que estuvo a punto de separarse, y durante un momento bizqueó ante la luz de las estrellas que centelleaba en las profundidades de la piedra.

Luego cerró los ojos y esperó a que el Clan Estelar lo hiciera dormir.



4

Todo era oscuridad y frío. Corazón de Fuego jamás había tenido tanto frío. Sentía como si estuvieran succionándole hasta la última migaja de calor y vida del cuerpo. Sus patas se sacudían, atenazadas por dolorosos calambres. Imaginó que estaba hecho de hielo y que si intentaba moverse se rompería en un

millar de fragmentos quebradizos.

Pero los sueños no acudían. No había señales del Clan Estelar; sólo el frío y la oscuridad. «Algo debe de ir mal», pensó Corazón de Fuego, empezando a sentir pánico.

Entreabrió un poco los ojos, y al instante los abrió del todo, desconcertado. En vez de la reluciente Piedra Lunar situada en una cueva en las profundidades de la tierra, vio una extensión de hierba corta y muy hollada. Lo envolvieron los aromas de la noche, aromas de cosas verdes y fértiles bañadas de rocío. Una cálida brisa le alborotó el pelo.

Tras incorporarse, Corazón de Fuego descubrió que se encontraba en la hondonada de los Cuatro Árboles, cerca de la base de la Gran Roca. Los gigantescos robles, completamente cubiertos de hojas, susurraban por encima de su cabeza, y el Manto Plateado resplandecía más allá en el cielo nocturno.

«¿Cómo he llegado hasta aquí? —se preguntó—. ¿Es éste el sueño que me ha prometido Carbonilla?».

Levantó la cabeza para mirar al firmamento. No recordaba haberlo visto jamás tan nítido; el Manto Plateado parecía más cerca que nunca, apenas

más alto que las ramas superiores de los robles. Mientras lo contemplaba, Corazón de Fuego reparó en algo extraordinario que hizo que la sangre le corriera por las venas como fuego líquido.

Las estrellas estaban moviéndose.

Giraron ante sus incrédulos ojos y empezaron a descender en espiral, hacia el bosque, hacia los Cuatro Árboles, hacia él. Corazón de Fuego aguardó con el corazón desbocado.

Y entonces los gatos del Clan Estelar bajaron del cielo con pasos majestuosos. La escarcha centelleaba en sus zarpas y brillaba en sus ojos. Sus

pelajes eran llamas blancas. Olían a hielo y a fuego, y a los lugares salvajes de la noche.

Corazón de Fuego se agazapó ante ellos. Casi no soportaba seguir mirándolos, y, sin embargo, tampoco podía apartar la vista. Quería absorber ese momento por todos los pelos de su manto para que fuera suyo para siempre.

Al cabo de un tiempo que podía haber durado cien estaciones o un simple segundo, todos los gatos del Clan Estelar habían descendido a la tierra. Alrededor de Corazón de Fuego, la hondonada de los Cuatro Árboles estaba ocupada con sus resplandecientes

cuerpos y sus llameantes ojos. Corazón de Fuego permaneció agachado en el centro, rodeado por todas partes, y empezó a advertir que algunos de los gatos estelares, los que estaban más cerca de él, le resultaban dolorosamente familiares.

«¡Estrella Azul! —La alegría le atravesó el corazón como una espina—. ¡Y Fauces Amarillas!».

A continuación, captó un conocido y dulce olor. Al darse la vuelta, Corazón de Fuego vio ante él el pelaje pardo y el delicado rostro con el que había soñado tan a menudo.

«¡Jaspeada… oh, Jaspeada!». Su

adorada curandera había vuelto a él. Corazón de Fuego quería levantarse de un salto y maullar su felicidad a todo el bosque, pero el respeto lo mantuvo inmóvil y en silencio.

—Bienvenido, Corazón de Fuego. —El sonido parecía pertenecer a todos los gatos que había conocido, pero, a la vez, era una sola voz clara—. ¿Estás preparado para recibir tus nueve vidas?

Miró alrededor, pero no vio que ningún gato estuviera hablando.

—Sí —respondió, obligando a su voz a no temblar—. Estoy preparado.

Un atigrado rubio se puso en pie y fue hacia él, con la cabeza y el rabo bien

erguidos. Era Corazón de León, que se había convertido en lugarteniente de Estrella Azul cuando él no era más que un aprendiz, y que había muerto al poco en una batalla contra el Clan de la Sombra. Cuando Corazón de Fuego lo conoció, era un gato viejo, pero ahora parecía joven y fuerte de nuevo, y su pelaje destellaba con un fuego pálido.

—¡Corazón de León! —exclamó con un grito ahogado—. ¿De verdad eres tú?

El gato no le contestó. Cuando estuvo lo bastante cerca, se inclinó para tocarle la cabeza con la nariz. Su contacto ardía como la llama más caliente y el hielo más frío. Corazón de

Fuego se habría apartado por instinto, pero no podía moverse.

—Con esta vida te doy valor —murmuró Corazón de León—. Úsalo bien en la defensa de tu clan.

Al instante, una descarga de energía abrasó a Corazón de Fuego como un rayo, erizándole el pelo y desbordando todos sus sentidos con un rugido ensordecedor. Se le oscurecieron los ojos, y la mente se le llenó de un caótico torbellino de batallas y cazas, la sensación de garras en la piel y colmillos clavándose en la carne de presas.

El dolor retrocedió, dejando a

Corazón de Fuego débil y tembloroso. La oscuridad se desvaneció, y volvió a encontrarse en el sobrenatural claro. Si sólo había recibido una vida, aún le quedaban ocho más. «¿Cómo voy a soportarlo?», pensó abatido.

Corazón de León ya estaba alejándose para regresar a su puesto entre las filas del Clan Estelar. Otro gato se levantó para ir hacia Corazón de Fuego. Éste no lo reconoció al principio, pero luego distinguió un pelaje oscuro y moteado y una peluda cola rojiza, y comprendió que debía de ser Cola Roja. No había llegado a conocer a ese lugarteniente del Clan del

Trueno —que fue asesinado por Estrella de Tigre el mismo día que él llegó al bosque como gato doméstico—, pero, aun así, había buscado la verdad sobre su muerte y la había usado para demostrar la traición de Estrella de Tigre.

Como Corazón de León, Cola Roja se inclinó para tocarle la cabeza con la nariz.

—Con esta vida te doy justicia —maulló—. Úsala bien cuando juzgues las acciones de otros.

Una vez más, un espasmo agónico recorrió a Corazón de Fuego, que tuvo que apretar los dientes para no gritar.

Cuando se recuperó, resollando como si hubiera ido hasta el campamento a la carrera, vio que Cola Roja estaba observándolo.

—Gracias —maulló solemnemente el antiguo lugarteniente—. Tú revelaste la verdad cuando ningún otro gato había podido hacerlo.

Corazón de Fuego consiguió saludarlo con la cabeza mientras Cola Roja iba a sentarse junto a Corazón de León, y un tercer gato salió de entre las filas de los espíritus guerreros.

Esa vez, Corazón de Fuego se quedó boquiabierto al reconocer a la hermosa atigrada cuyo pelaje relucía con

destellos de plata. Era el amor perdido de Látigo Gris, Corriente Plateada, la guerrera del Clan del Río que había muerto al dar a luz. Sus patas apenas rozaban el suelo cuando se inclinó hacia Corazón de Fuego.

—Con esta vida te doy lealtad a lo que sabes que es correcto —maulló la gata.

Corazón de Fuego se preguntó si se referiría a cómo él había ayudado a Látigo Gris a ver a su amor prohibido, confiando en la fuerza de su relación aunque iba contra el código guerrero.

—Úsala bien para guiar a tu clan en tiempos difíciles —añadió Corriente

Plateada.

Corazón de Fuego se preparó para otro embate atroz, pero en esa ocasión sintió menos dolor cuando lo invadió la nueva vida. Notó un cálido y vivo amor, y comprendió confusamente que eso era lo que había marcado la existencia de Corriente Plateada: el amor por su clan, por Látigo Gris y por los cachorros por los que había dado la vida.

—¡Corriente Plateada! —susurró Corazón de Fuego cuando la atigrada gris se volvió para marcharse—. No te vayas todavía. ¿No tienes algún mensaje para Látigo Gris?

Pero Corriente Plateada no contestó;

sólo se volvió para mirarlo por encima del hombro, con los ojos llenos de amor y tristeza. Eso significó para Corazón de Fuego más que todas las palabras del mundo.

El joven cerró los ojos, preparándose para la entrega de la siguiente vida. Al levantar la mirada, vio que se aproximaba un cuarto gato. Era Viento Veloz, el guerrero del Clan del Trueno al que Estrella de Tigre había matado en una pelea cerca del Sendero Atronador.

—Con esta vida te doy energía infatigable —maulló Viento Veloz al inclinarse a tocar a Corazón de Fuego

—. Úsala bien para cumplir con las obligaciones de un líder.

Mientras esa vida lo atravesaba, Corazón de Fuego sintió como si estuviera corriendo a través del bosque, tocando apenas el suelo, con el pelo alisado por el viento. Experimentó la euforia de la caza y el completo placer de la velocidad, y tuvo la sensación de que siempre podría correr más que cualquier enemigo.

Su mirada siguió a Viento Veloz mientras éste regresaba a su sitio. Cuando apareció el quinto miembro estelar, el corazón le dio un vuelco de alegría. Se trataba de Pecas, la madre

adoptiva de Nimbo Blanco, a la que Estrella de Tigre había sacrificado cruelmente para que la manada de perros probase la sangre de gato.

—Con esta vida te doy protección —dijo la gata—. Úsala bien para cuidar de tu clan como una madre cuida de sus cachorros.

Corazón de Fuego esperaba que esa vida fuera delicada y amorosa como la de Corriente Plateada, así que no estaba preparado para la descarga de ferocidad que lo dejó paralizado. Sintió como si toda la furia de sus antiguos antepasados del Clan del Tigre y el Clan del León latiera a través de él, desafiando a

cualquier gato a herir a las débiles sombras sin rostro que se agazapaban a sus pies. Impactado y tembloroso, Corazón de Fuego reconoció el deseo de una madre de proteger a sus hijos, y comprendió cuánto había amado Pecas a los suyos… incluido Nimbo Blanco, que no era de su propia sangre.

«Debo contárselo a Nimbo Blanco», pensó mientras la furia se apaciguaba, antes de recordar que no le estaba permitido decir nada sobre lo ocurrido en el ritual.

Pecas retrocedió para volver con el Clan Estelar, y otra figura familiar ocupó su lugar. Corazón de Fuego se

sintió abrumado por la culpabilidad al reconocer a Zarpa Rauda.

—Lo lamento —murmuró, mirando a los ojos al aprendiz—. Tu muerte fue culpa mía.

Rabioso por la negativa de Estrella Azul a nombrarlo guerrero y desesperado por demostrar su valía, Zarpa Rauda había salido a localizar lo que fuera que estaba atacando a los gatos del bosque. La manada de perros lo había matado, y Corazón de Fuego se culparía eternamente por no haber convencido a Estrella Azul para que cambiara de opinión.

Pero Zarpa Rauda ya no parecía

enfadado. Sus ojos brillaban con una sabiduría impropia de su edad cuando tocó con la nariz la de Corazón de Fuego.

—Con esta vida te doy maestría. Úsala bien para entrenar a los jóvenes de tu clan.

La vida que le entregó Zarpa Rauda fue una punzada de angustia tan grande que Corazón de Fuego creyó que le pararía el pulso. Finalizó con una sacudida de puro terror y con un destello de luz tan roja como la sangre. Corazón de Fuego supo que estaba reviviendo lo que había sentido Zarpa Rauda en los últimos momentos de su vida.

Mientras la sensación disminuía, dejándolo sin aliento, Corazón de Fuego empezó a sentirse como un hoyo bajo una intensa lluvia. Pensó que sus fuerzas apenas lo sostendrían para recibir de tres gatos las vidas que faltaban.

La primera en aparecer fue Fauces Amarillas. La vieja curandera tenía el mismo aire de independencia obstinada y coraje que tanto había impresionado y frustrado a Corazón de Fuego cuando estaba viva. Recordó la última vez que la había visto, agonizando en su guarida tras el incendio. Entonces estaba desesperada, preguntándose si el Clan Estelar la acogería, pues había matado a

su propio hijo, Cola Rota, para acabar con su sanguinaria conspiración. Ahora, en sus ojos amarillos volvía a destellar el humor cuando se inclinó para tocarlo.

—Con esta vida te doy compasión —anunció—. Úsala bien con los veteranos de tu clan, con los enfermos y con todos los que sean más débiles que tú.

Incluso sabiendo el dolor que tendría que soportar, Corazón de Fuego cerró los ojos y absorbió aquella vida con avidez, deseoso de todo el espíritu de Fauces Amarillas, todo su valor y su lealtad al clan en el que no había nacido. La recibió como si lo inundara una

marea de luz: el humor de la gata, su lengua afilada, la calidez de su corazón y su sentido del honor. Se sintió más cerca de ella que nunca.

—Oh, Fauces Amarillas… —susurró, abriendo los ojos de nuevo—. Cómo te he echado de menos.

La curandera ya estaba alejándose. La gata que ocupó su lugar era más joven, de pasos ligeros, con el centelleo de las estrellas en su pelaje y sus ojos: Jaspeada, la hermosa gata parda que había sido el primer amor de Corazón de Fuego. Lo había visitado en sueños, pero él nunca la había visto tan nítidamente. El joven aspiró su dulce

aroma cuando se inclinó sobre él. Deseaba hablar con ella más que con ningún otro miembro del Clan Estelar, porque el tiempo que habían pasado juntos había sido demasiado breve para compartir sus verdaderos sentimientos.

—Jaspeada…

—Con esta vida te doy amor —murmuró ella con su suave voz—. Úsalo bien con todos los gatos que están a tu cuidado… y especialmente con Tormenta de Arena.

No había dolor en aquella vida que se vertió suavemente en Corazón de Fuego. Contenía la calidez del sol en la estación de la hoja verde y le abrasó

hasta las puntas de las zarpas. Era puro amor; al mismo tiempo, tuvo la sensación de seguridad que había conocido de cachorrito, apretujándose contra su madre. Contempló a Jaspeada, envuelto en una satisfacción que jamás había sentido.

Creyó captar un destello de orgullo en los ojos de la gata cuando se dio media vuelta. La desilusión por no poder hablar con ella fue mitigada por sus palabras de aprobación. Ahora Corazón de Fuego no tenía razones para temer que estaba siendo infiel a Jaspeada al amar a Tormenta de Arena.

Por último se le acercó Estrella

Azul. Ya no era la vieja gata vencida que él había conocido en los últimos tiempos, la que desvariaba bajo la tensión de los problemas de su clan. Aquélla era Estrella Azul en la plenitud de su fuerza y poder, atravesando majestuosamente el claro, como un león. Corazón de Fuego estaba casi deslumbrado por el esplendor de la luz estelar que la rodeaba, pero se obligó a sostener la mirada de sus ojos azules.

—Bienvenido, Corazón de Fuego, mi aprendiz, mi guerrero y mi lugarteniente —lo saludó ella—. Siempre supe que algún día serías un gran líder.

Mientras él inclinaba la cabeza, Estrella Azul lo tocó con la nariz y continuó:

—Con esta vida te doy nobleza, convicción y fe. Úsalas bien al liderar a tu clan según dictan el Clan Estelar y el código guerrero.

La calidez de la vida de Jaspeada había anestesiado al guerrero, que no estaba preparado para la agonía que lo sacudió al recibir la de Estrella Azul. Compartió la intensidad de la ambición de la gata, su angustia al renunciar a sus hijos, la fortaleza para batallar sin descanso al servicio de su clan. Sintió su terror mientras su mente se

fragmentaba al perder la fe en el Clan Estelar. La avalancha de poder se volvía cada vez más fuerte, hasta que Corazón de Fuego pensó que su piel no podría contenerla. Justo cuando creía que tendría que maullar o morir, la sensación comenzó a menguar y terminó con una tranquila aceptación y alegría.

Un largo y tenue suspiro recorrió el claro. Todos los guerreros del Clan Estelar se habían puesto en pie. Estrella Azul permaneció en el centro y señaló a Corazón de Fuego con la cola para que también lo hiciera. El joven obedeció tembloroso, como si la plenitud de vida que sentía en su interior fuera a

desbordarse si se movía. Se notaba el cuerpo tan vapuleado como si hubiese combatido en la batalla más dura de su vida, pero, no obstante, su espíritu se elevó con la fuerza de las vidas que le habían concedido.

—Te saludo por tu nuevo nombre, Estrella de Fuego —anunció Estrella Azul—. Tu vieja vida ha quedado atrás. Ahora has recibido las nueve vidas de un líder, y el Clan Estelar te otorga la tutela del Clan del Trueno. Defiéndelo bien; cuida de los jóvenes y de los viejos; honra a tus antepasados y las tradiciones del código guerrero; vive todas tus vidas con orgullo y dignidad.

—¡Estrella de Fuego! ¡Estrella de Fuego! —Al igual que los clanes del bosque aclamaban a los nuevos guerreros por su nombre, los miembros del Clan Estelar aclamaron al nuevo líder con sonoras voces que vibraban en el aire—. ¡Estrella de Fuego! ¡Estrella de Fuego!

De pronto, el coro enmudeció con un bufido sobresaltado. Estrella de Fuego se puso en tensión, consciente de que algo iba mal. Los resplandecientes ojos de Estrella Azul estaban clavados en algo que había detrás de él. El gato giró en redondo y soltó un grito ahogado.

Al otro lado del claro había

aparecido una gigantesca montaña de huesos, de varias colas de altura. Relucía con una luz rojiza antinatural, de modo que Estrella de Fuego podía ver claramente cada hueso como si estuvieran ribeteados de fuego… eran huesos de gatos y huesos de presas, todos revueltos. Un viento caliente lo envolvió, cargado con el hedor de la carroña, aunque los huesos resplandecían, limpios y blancos.

Miró desesperado alrededor, buscando respuestas o ayuda de los otros gatos, pero el claro estaba a oscuras. Los miembros del Clan Estelar se habían esfumado, dejándolo solo con

el espantoso montículo de huesos. Mientras el pánico empezaba a atenazarlo, percibió la conocida presencia de Estrella Azul a su lado, su cálido pelaje contra su costado. No podía verla en la oscuridad, pero su voz le susurró al oído:

—Algo terrible se avecina, Estrella de Fuego. Cuatro se tornarán dos. El león y el tigre se enfrentarán en combate, y la sangre regirá el bosque.

Cuando la gata terminó de hablar, su aroma y la calidez de su pelo se desvanecieron.

—¡Espera! —maulló Estrella de Fuego—. ¡No me abandones!

¡Explícame a qué te refieres!

Pero no obtuvo respuesta, ninguna explicación sobre la terrorífica profecía. En cambio, la luz rojiza que desprendía el montículo de huesos se volvió más brillante. Estrella de Fuego se quedó mirando horrorizado. Entre los huesos había empezado a manar sangre. Los regueros se fundieron en un río que fluyó resueltamente hacia él, hasta que el hedor de la sangre le impregnó el pelo. Intentó huir, pero descubrió que tenía las patas inmovilizadas. Al cabo de un segundo, la pegajosa marea roja chapoteaba a su alrededor, borboteando y apestando a muerte.

—¡No! —bramó Estrella de Fuego, pero no hubo respuesta del bosque, sólo el constante susurro de la sangre lamiéndole el pelo con avidez.



5

Estrella de Fuego se despertó aterrorizado. Estaba tumbado en la caverna que había debajo de las Rocas Altas, con la nariz apretada contra la Piedra Lunar. El rayo de luna había desaparecido, y apenas un leve resplandor de luz estelar iluminaba la gruta. Despertar no supuso ningún

alivio, porque el hedor de la sangre seguía rodeándolo, y se notaba el pelo caliente y pegajoso.

Con el corazón latiéndole violentamente, Estrella de Fuego se puso en pie. Al otro lado de la cueva distinguió la silueta de Carbonilla. Ella también se había levantado, y le hizo señas urgentes con la cola. El primer impulso de Estrella de Fuego fue contarle con todo detalle lo que había visto, pero recordó las instrucciones de guardar silencio hasta que abandonaran la Boca Materna. Patinando sobre el suelo de la gruta en sus prisas por salir, Estrella de Fuego pasó ante la curandera

y se internó corriendo en el túnel. Cuando ascendía a duras penas hacia el espacio abierto, siguiendo su propio rastro oloroso por el oscuro pasaje, el camino le pareció el doble de largo que antes. Mientras su pelo rozaba las paredes del túnel, él estaba horrorizado con la idea de quedar enterrado vivo. El aire era demasiado espeso para aspirarlo, y mientras su pánico aumentaba en la interminable negrura, empezó a imaginarse que el túnel no tendría fin y que se quedaría atrapado para siempre entre sangre y oscuridad.

Entonces vio el tenue contorno de la entrada del túnel y salió corriendo al

aire nocturno, donde la luna estaba hundiéndose tras finas nubes. Estrella de Fuego clavó las zarpas en la blanda tierra de la ladera mientras su cuerpo se sacudía con espasmos de la cabeza a la cola.

Al cabo de unos instantes, Carbonilla apareció a sus espaldas y se restregó contra el joven hasta que éste consiguió controlar los espantosos temblores y su respiración se estabilizó.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la gata quedamente.

—¿No lo sabes?

Carbonilla negó con la cabeza.

—Sé que el ritual ha quedado

interrumpido… el olor a sangre me lo ha indicado, pero ignoro por qué. —Lo miró hondamente a los ojos; los de ella también ardían de preocupación—. Dime… ¿has recibido tus nueve vidas y tu nombre?

Estrella de Fuego asintió y la curandera se relajó levemente.

—Entonces el resto puede esperar. Vámonos.

Por un momento, Estrella de Fuego se sintió demasiado exhausto para moverse. Pero no deseaba permanecer cerca de la Boca Materna y las cosas horribles que había visto en la caverna. Tembloroso, paso a paso, comenzó a

descender la montaña. Carbonilla avanzaba a su lado, empujándolo a veces hacia alguna ruta más fácil, y se sintió agradecido por su presencia inquebrantable.

A medida que se alejaban más y más del túnel, el hedor a sangre se desvaneció de su boca y sus fosas nasales. Aun así, Estrella de Fuego pensaba que, aunque se lavara durante una luna, jamás lograría librarse de los últimos rastros en su pelo. Empezó a sentirse más fuerte, pero seguía estando muy cansado, y en cuanto la ladera rocosa dio paso a la hierba, se derrumbó al abrigo de un espino.

—Tengo que descansar —maulló.

Carbonilla se acomodó en la hierba junto a él, y durante unos momentos los dos gatos compartieron lenguas sin hablar. Estrella de Fuego deseaba contarle a la curandera lo que había visto, pero algo lo impulsaba a guardar silencio. Por un lado, quería protegerla del espantoso miedo que había sentido… Aunque ella pudiera explicar la profecía de Estrella Azul, ¿serviría de algo que también mirara al futuro con el temor que ahora sentía él? Por otro lado, esperaba que, si no hablaba de esa horrorosa visión, tal vez llegara a ocurrir. ¿O acaso habría una maldición

sobre su liderazgo que nada podría impedir? Antes de morir, Estrella Azul le había contado que el fuego salvaría al clan. ¿Cómo podía ser cierto, si el fuego quedaría extinguido por el torrente de sangre que acababa de ver? Él ya había tenido sueños proféticos con anterioridad, y había aprendido a tomárselos en serio. No podía desatender éste, menos aún si se había producido en un momento tan significativo, mientras estaba recibiendo sus nueve vidas y su nuevo nombre.

Carbonilla interrumpió sus pensamientos.

—Ya sabes que no pasa nada si no

quieres hablar sobre eso todavía.

Estrella de Fuego pegó el hocico a su pelaje, agradeciendo su calidez.

—Primero pensaré en ello —maulló despacio—. Ahora mismo… es demasiado reciente. —Volvió a estremecerse al recordarlo—. Carbonilla —continuó—, nunca le he contado esto a nadie, pero… a veces tengo sueños que me hablan del futuro.

La gata agitó las orejas, sorprendida.

—Eso es bastante insólito. Los líderes de clan y los curanderos se comunican con el Clan Estelar, pero nunca había oído hablar de guerreros normales con sueños proféticos. ¿Desde

cuándo te ocurre eso?

—Desde que era un gato doméstico —admitió él, recordando la caza de un ratón en sueños que lo había empujado al bosque por primera vez—. Pero… no sé si los sueños proceden del Clan Estelar.

Después de todo, antes de llegar al bosque él no sabía nada de los espíritus del Clan Estelar. ¿Podrían haber estado observándolo incluso entonces?

La curandera tenía una expresión pensativa.

—Al final, todos los sueños proceden del Clan Estelar —murmuró—. ¿Siempre se hacen realidad?

—Sí —contestó Estrella de Fuego—. Pero no siempre de la manera que espero. Algunos son más fáciles de entender que otros.

—Entonces deberías tener eso en mente cuando intentes comprender este último sueño. —Carbonilla le dio un lametazo reconfortante—. Recuérdalo, Estrella de Fuego, no estás solo. Ahora que eres líder de clan, el Clan Estelar compartirá muchas cosas contigo. Pero yo estoy aquí para ayudarte a interpretar las señales. Cuéntame todo lo que quieras, sea mucho o poco.

Aunque Estrella de Fuego se sentía agradecido por la comprensión de

Carbonilla, sus palabras lo dejaron helado. Su nueva relación con el Clan Estelar estaba llevándolo por caminos insospechados por los que tal vez no querría ir. Durante unos segundos, deseó volver a ser simplemente un guerrero, cazando con Látigo Gris o compartiendo lenguas con Tormenta de Arena en la guarida.

—Gracias, Carbonilla —maulló, obligándose a ponerse en pie—. Prometo que hablaré contigo siempre que sienta la necesidad. —Pero, aunque era sincero, en lo más profundo se preguntó qué ayuda podría prestarle la curandera. No podía evitar pensar que

aquello era algo a lo que tendría que enfrentarse solo. Soltó un largo suspiro —. Pongámonos en marcha.

Por mucho que Estrella de Fuego ansiara llegar a casa, las fuerzas le estaban fallando. Desde el descubrimiento de la manada de perros y la desbocada carrera a través del bosque para conducirlos al desfiladero, había comido muy poco y apenas había dormido, excepto para soñar. El largo trayecto a las Rocas Altas y el sufrimiento de recibir las nueve vidas, seguido por la espantosa visión, le

habían arrebatado toda la energía.

Sus pasos se volvieron más lentos e inseguros. Estaban pasando ante la granja de Centeno cuando Carbonilla le dio un fuerte empujón en el omóplato.

—Ya basta, Estrella de Fuego —maulló con firmeza—. Como tu curandera, te digo que necesitas descansar. Veamos si Centeno y Cuervo están en casa.

—Buena idea. —El joven líder se sintió demasiado aliviado por la idea de descansar como para discutir.

Se aproximaron cautelosamente a la granja de Dos Patas. A Estrella de Fuego le preocupaba que los perros no

estuvieran encadenados, pero su olor era leve y distante. Mucho más intenso era el olor a felinos, y cuando estuvieron más cerca, Estrella de Fuego vio que un musculoso gato blanco y negro estaba saliendo por un agujero de la puerta.

—¡Centeno! —exclamó—. Qué alegría verte. ¿Conoces a Carbonilla, nuestra curandera?

Centeno los saludó a los dos con la cabeza.

—Yo también me alegro de verte, Corazón de Fuego.

—Estrella de Fuego —lo corrigió Carbonilla—. Ahora es el líder del clan.

A Centeno se le pusieron los ojos

como platos de la sorpresa.

—¡Felicidades! Pero eso debe de significar que Estrella Azul ha muerto. Lo lamento.

—Murió como había vivido, protegiendo a su clan —le dijo Estrella de Fuego.

—Ya veo que tienes mucho que contar —maulló Centeno, volviéndose hacia el granero—, y Cuervo querrá oírlo todo. Entrad.

El interior del granero estaba caliente y oscuro, cargado de olor a heno y ratones. Estrella de Fuego oyó un revelador sonido de correteos, y la cabeza le dio vueltas de hambre.

—Un lugar blando donde dormir, y todas las presas que puedas comer —señaló, intentando no mostrar demasiado su hambre—. Será mejor no contárselo al Clan del Trueno, o enseguida estarán todos aquí fuera, deseando ser solitarios.

Centeno rió entre dientes.

—¡Cuervo! —llamó—. Ven a ver quién está aquí.

Una figura negra saltó de una cercana bala de heno con un cordial ronroneo. De aprendiz, Cuervo era el único miembro del Clan del Trueno que sabía la verdad sobre la muerte del lugarteniente Cola Roja: que había sido

asesinado por su mentor, Estrella de Tigre. Cuando éste intentó matarlo para evitar que informara de lo que había visto, Estrella de Fuego le buscó un nuevo hogar al aprendiz. Cuervo encajaba más con la vida de solitario que con la de guerrero, pero aun así jamás había olvidado a su clan de nacimiento, y seguía siendo leal a sus antiguos compañeros de clan.

—De modo que Estrella Azul ha muerto —murmuró cuando Centeno le transmitió las novedades. Se le empañaron los ojos de pesar—. Nunca la olvidaré.

Centeno emitió un gemido de

consuelo, y el gato negro le devolvió una mirada de agradecimiento.

—Así que ahora eres líder —continuó Cuervo, dirigiéndose a Estrella de Fuego—. El Clan Estelar ha hecho una buena elección. —Luego guió a los visitantes al otro extremo del granero—. ¿Os apetecería cazar?

—Sería estupendo —respondió Carbonilla, y miró a Estrella de Fuego interrogativamente—. ¿Quieres que cace algo para ti?

Pese a su agotamiento, Estrella de Fuego negó con la cabeza. ¡Menudo clan de líder sería si no pudiera cazar sus propias presas! Se puso alerta aguzando

el oído y adoptó la postura de acecho al captar un leve ruidito en el interior del heno. Tras localizar al ratón más con el oído que con la vista, dio un salto y acabó con la criatura con un rápido mordisco.

Mientras tomaba la presa entre los dientes y la llevaba con los otros para comer, Estrella de Fuego se dijo que Cuervo tenía suerte. Aquel ratón pesaba el doble que los del bosque en la estación sin hojas, y era mucho más fácil de atrapar en las sombras del granero. Lo engulló con unos pocos bocados hambrientos y sintió que empezaba a recuperar las fuerzas.

—Cazad algunos más —los invitó Cuervo—. Aquí hay de sobra.

Cuando Estrella de Fuego y Carbonilla estuvieron saciados, se tumbaron en el mullido heno. Compartieron lenguas con sus amigos y los pusieron al día de las novedades del clan. Cuervo y Centeno escucharon, con los ojos desorbitados de la impresión, cuando Estrella de Fuego les contó lo de la manada de perros.

—Siempre he sabido que Estrella de Tigre era un sanguinario —maulló Cuervo—, pero jamás se me habría ocurrido que intentara destruir a todo un clan de ese modo.

—Gracias al Clan Estelar que su plan fracasó —contestó Estrella de Fuego—. Pero estuvo muy cerca. No quiero volver a pasar por algo así nunca más.

—Ahora tendrás que hacer algo para detener a Estrella de Tigre, antes de que intente otra cosa —apuntó Centeno.

Estrella de Fuego asintió. Tras vacilar un poco, confesó:

—Pero no sé qué voy a hacer sin Estrella Azul. Todo parece oscuro y… abrumador.

No dijo nada sobre la interrupción del ritual de su liderazgo, ni sobre los horrores de su sueño, pero, por su

mirada comprensiva, vio que Carbonilla sabía lo que estaba pensando.

—Recuerda que todo el clan te respalda —maulló la curandera—. Nadie olvidará jamás que Estrella Azul y tú nos salvasteis de la jauría.

—Quizá esperen demasiado de mí.

—¡Tonterías! —El tono de Carbonilla era estimulante—. Todos saben que vas a ser un gran líder y estarán a tu lado hasta el último aliento.

—Y yo también —declaró Cuervo, sorprendiendo a Estrella de Fuego. El lustroso gato negro pareció algo azorado cuando su amigo se volvió hacia él, pero continuó—: Sé que no soy guerrero,

pero, si quieres mi ayuda, sólo tienes que pedírmela.

Estrella de Fuego le hizo un guiño de agradecimiento.

—Gracias, Cuervo.

—¿Puedo ir al campamento un día de éstos? —preguntó el gato negro—. Me gustaría presentar mis respetos a Estrella Azul en su tumba.

—Sí, por supuesto. Estrella Azul te concedió el derecho de ir al territorio del Clan del Trueno siempre que quisieras. No hay ninguna razón para cambiar eso ahora.

Cuervo inclinó la cabeza.

—Gracias. —Cuando levantó la

vista de nuevo, Estrella de Fuego vio un brillo de respeto en sus ojos—. Tú me salvaste la vida una vez, Estrella de Fuego. Nunca podré recompensarte por eso. Pero, si hay problemas con Estrella de Tigre, me sentiré orgulloso de unirme a los guerreros del Clan del Trueno y combatir contra él hasta la muerte.



6

Cuando descendieron por el barranco hacia la entrada del campamento, el crepúsculo estaba volviendo más densas las sombras del sotobosque. Habían dormido en el granero con Centeno y Cuervo hasta que el sol estuvo alto, y luego se habían dado otro festín de rollizos ratones antes de ponerse en

marcha hacia su propio territorio. Aunque Estrella de Fuego estaba cansado, parte del horror de su sueño se iba esfumando, y estaba deseando ver de nuevo a sus compañeros de clan.

Cuando cruzaron el túnel de aulagas, nadie reparó en su presencia. Tormenta Blanca y Fronde Dorado estaban sentados cerca de la extensión de ortigas, acabando con unas piezas de carne fresca, mientras que tres de los aprendices luchaban en broma delante de su guarida. Estrella de Fuego distinguió el oscuro pelaje atigrado de su aprendiz Zarzo, y se recordó a sí mismo que debían volver a un estricto

programa de entrenamiento en cuanto pudiese. Sus obligaciones como líder no deberían impedirle ejercer sus funciones como mentor… al fin y al cabo, Estrella Azul había sido una diligente mentora con él.

Se dirigía hacia Tormenta Blanca cuando oyó que lo llamaban a voz en grito, y al darse la vuelta vio a Ceniciento atravesando el claro desde la guarida de los veteranos. El aprendiz gris tenía el pelo erizado de la emoción.

—¡Corazón de Fuego!… No… ¡Estrella de Fuego! ¡Has vuelto!

Su ruidoso recibimiento alertó al resto del clan, y pronto todos estaban

apretujándose alrededor de su líder, llamándolo por su nuevo nombre y dándole la bienvenida a casa. Estrella de Fuego quería abandonarse al sencillo disfrute de su cálido pelaje contra el suyo, pero no podía pasar por alto el respeto reverencial con que lo miraban. Sintió una intensa punzada por la nueva distancia que se había creado entre él y el resto de su clan.

—¿De verdad has visto al Clan Estelar? —le preguntó Frondina con los ojos muy abiertos.

—De verdad —contestó Estrella de Fuego—. Pero no me está permitido contar nada sobre la ceremonia.

Frondina no pareció decepcionada. Con los ojos rebosantes de admiración, se volvió hacia Manto Polvoroso y maulló:

—¡Estoy segura de que va a ser un magnífico líder!

—Será mejor que lo sea —replicó él.

Su amor por la aprendiza no le permitía discutir con ella, aunque Estrella de Fuego sabía que nunca había sido el gato favorito del guerrero marrón. Éste le dirigió un gesto de respeto, y el líder supo que la lealtad de Manto Polvoroso al código guerrero le garantizaría su apoyo.

—Me alegro de verte de vuelta —maulló Látigo Gris, abriéndose paso entre los reunidos. Parecía haberse recuperado de la impresión después de que Estrella Azul nombrara líder a su amigo mientras agonizaba. Ahora sus ojos amarillos estaban cargados de amistad y simpatía—. Pareces un zorro que lleve muerto una luna. ¿Ha sido duro?

—Sí lo ha sido —murmuró Estrella de Fuego, sólo para los oídos de Látigo Gris, pero Nimbo Blanco captó sus palabras y replicó:

—Tu creencia en las antiguas tradiciones te hace pensar que no puedes

ser líder sin subir hasta las Rocas Altas. Pero para mí tú ya has demostrado tu valía para ser el auténtico líder de este clan, Estrella de Fuego.

Estrella de Fuego lo miró con dureza; estaba agradecido por la lealtad y el respeto de Nimbo Blanco, pero se sentía tan frustrado como siempre al ver que el joven gato no compartía sus creencias. Ojalá pudiera contarle exactamente qué había experimentado, aunque sólo fuera para impresionarlo y que así respetara al Clan Estelar, pero sabía que era imposible.

—¡Chist! Las antiguas tradiciones todavía importan. —La queda

reprimenda procedía de Cara Perdida, que se había unido a Nimbo Blanco. Le dio un lametón en la oreja y continuó—: El Clan Estelar cuida de todos nosotros.

Nimbo Blanco le devolvió el lametón, pasándole la lengua delicadamente por el lado malherido del rostro. La irritación de Estrella de Fuego se desvaneció. Admiraba la inquebrantable devoción del joven por Cara Perdida, a pesar de sus espantosas heridas. Quizá su sobrino fuera difícil y extremista, y poco respetuoso con el código guerrero, pero había recuperado a aquella joven gata cuando se encontraba al borde de la muerte y le

había dado una razón para vivir.

Cuando los gatos empezaron a dispersarse, Estrella de Fuego cruzó una mirada con Tormenta Blanca, que esperaba para hablar.

—¿Cómo van las cosas por el campamento? —le preguntó Estrella de Fuego—. ¿Ha habido algún problema mientras estaba fuera?

—Ninguno —informó el guerrero veterano—. Hemos patrullado todo el territorio, y no hay rastro ni de perros ni del Clan de la Sombra.

—Bien. —Tras lanzar un vistazo al bien provisto montón de carne fresca, añadió—: Veo que algunos han estado

cazando.

—Tormenta de Arena salió con una partida de caza, y Musaraña y Fronde Dorado pusieron a trabajar a los aprendices. Zarzo es un cazador muy hábil. He perdido la cuenta de las presas que ha traído.

—Bien —repitió Estrella de Fuego.

Su alegría al oír que alababan a su aprendiz quedó ensombrecida por la inquietud que sentía siempre que se mencionaba al hijo de Estrella de Tigre. Estrella de Tigre también había sido un buen cazador, pero eso no le había impedido convertirse en un asesino y un traidor.

Carbonilla se le acercó de nuevo.

—Me voy a mi guarida —anunció —. Llámame si necesitas cualquier cosa. ¿Recuerdas que tienes que nombrar un lugarteniente antes de que la luna llegue a lo más alto?

Estrella de Fuego asintió. Había otras tareas más urgentes, pero ahora debía pensar seriamente en esa decisión. Debido al tremendo impacto de la traición y el destierro de Estrella de Tigre, Estrella Azul había nombrado lugarteniente a Estrella de Fuego un día más tarde de lo establecido, y sin la ceremonia correspondiente. Al clan lo había aterrorizado que el Clan Estelar

pudiese enfurecerse por eso y le pusiera las cosas muy difíciles a Estrella de Fuego. Él estaba decidido a no cometer el mismo error con su lugarteniente.

Mientras observaba cómo Carbonilla cruzaba el claro cojeando en dirección a su guarida, cayó en la cuenta de que dos miembros del Clan del Trueno no habían ido a saludarlo. Uno era Cebrado; eso no lo sorprendía. El otro era Tormenta de Arena, y eso lo inquietó. ¿Había hecho algo para que se enfadase con él?

Entonces la vio a unas pocas colas de distancia, observándolo con un aire cohibido muy impropio de ella.

Mientras él se acercaba, los ojos verdes de la gata lo miraban intermitentemente.

—Tormenta de Arena, ¿estás bien?

—Estoy bien, Estrella de Fuego —respondió la guerrera sin mirarlo a los ojos; tenía la vista clavada en sus patas—. Me alegro de tenerte de vuelta.

Entonces Estrella de Fuego estuvo seguro de que algo marchaba mal. Durante el largo viaje de regreso a casa, había estado deseando tumbarse en la guarida de los guerreros junto a Tormenta de Arena, compartir lenguas con ella y contarle todas las novedades. Pero ahora ya no podría hacerlo de nuevo. A partir de entonces, dormiría

solo en la antigua guarida de Estrella Azul (ahora su guarida), debajo de la Peña Alta.

Y al caer en la cuenta de eso comprendió lo que perturbaba a Tormenta de Arena. A pesar de toda su confianza antes de su partida, ahora ella ya no se sentía cómoda.

—Cerebro de ratón —ronroneó Estrella de Fuego afectuosamente, restregando el hocico contra el de ella —. Sigo siendo el mismo gato. Nada ha cambiado.

—¡Todo ha cambiado! —replicó ella—. Ahora eres el líder del clan.

—Y tú sigues siendo la mejor

cazadora y la gata más hermosa del clan —afirmó él—. Siempre serás especial para mí.

—Pero tú… tú estás muy lejos —maulló ella, dando voz, sin saberlo, a los miedos de Estrella de Fuego—. Ahora estás más cerca de Carbonilla que de ningún otro gato. Vosotros dos sabéis secretos del Clan Estelar que los guerreros normales ignoramos.

—Carbonilla es nuestra curandera. Y es una de las mejores amigas que tengo. Pero ella no es tú, Tormenta de Arena. Sé que ahora las cosas son difíciles. Tengo mucho que hacer para asumir el mando del clan…

especialmente después de lo que Estrella de Tigre intentó con la manada de perros. Pero dentro de unos días podremos salir juntos de patrulla, igual que antes.

Para su alivio, notó que Tormenta de Arena se relajaba y que en sus ojos desaparecía parte de la incertidumbre.

—Necesitarás una patrulla del anochecer —maulló la guerrera. Su voz era resuelta, más propia de la antigua Tormenta de Arena, aunque Estrella de Fuego supuso que estaba disimulando su tristeza—. ¿Quieres que reúna a algunos gatos?

—Buena idea. —Estrella de Fuego

procuró hablar con el mismo tono práctico que ella—. Id a echar una ojeada a las Rocas Soleadas. Aseguraos de que el Clan del Río no haya vuelto a las andadas. —Sería típico de Estrella Leopardina, la líder del Clan del Río, intentar reclamar el disputado territorio mientras el Clan del Trueno estaba conmocionado por la pérdida de Estrella Azul.

—Entendido.

Tormenta de Arena corrió hacia la extensión de ortigas, donde estaban comiendo Fronde Dorado y Rabo Largo. Fronde Dorado llamó a su aprendiz, Zarpa Trigueña, y los cuatro gatos se

encaminaron al túnel de aulagas.

Estrella de Fuego se dirigió a la guarida del líder. Todavía no podía pensar en ella como si fuera suya, y se descubrió añorando más aún su cómodo lecho de musgo en el dormitorio de los guerreros. Antes de llegar, oyó que lo llamaban y vio que Látigo Gris corría hacia él.

—Estrella de Fuego, quería decirte… —Se interrumpió como si tuviera vergüenza.

—¿Qué ocurre?

—Bueno… —Látigo Gris vaciló, y luego siguió a toda prisa—: No sé si estabas pensando en elegirme a mí como

tu lugarteniente, pero quería decirte que no tienes que hacerlo. Sé que todavía no hace mucho que regresé al clan, y algunos gatos siguen sin fiarse de mí. No me sentiré dolido si escoges a otro.

Estrella de Fuego sintió una punzada de pena. Habría elegido a Látigo Gris por encima de los demás gatos para que cazara y peleara a su lado, y para que le diera el apoyo especial que los lugartenientes daban a los líderes de clan. Pero era cierto que no podía escogerlo tan poco tiempo después de su regreso del Clan del Río. Aunque él no tenía ninguna duda sobre la lealtad de su amigo al Clan del Trueno, Látigo Gris

aún debía demostrarlo antes de que los demás lo aceptaran por completo.

Inclinándose hacia delante, Estrella de Fuego le tocó la nariz con la suya.

—Gracias, Látigo Gris —maulló—. Me alegro de que lo entiendas.

Su amigo se encogió de hombros, más avergonzado que nunca.

—Sólo quería decírtelo.

Luego dio media vuelta y desapareció entre las ramas de la guarida de los guerreros.

Estrella de Fuego tenía un nudo en la garganta por la emoción, y se dio una sacudida briosa. Al rodear la Peña Alta en dirección a la entrada de la cueva,

oyó movimiento en el interior. Espino, el aprendiz de más edad, giró en redondo cuando él entró.

—¡Oh, Estrella de Fuego! —exclamó—. Tormenta Blanca me ha ordenado que te renovara el lecho y que te trajera algo de comer. —Señaló con la cola el extremo más alejado de la guarida, donde había un conejo junto a un grueso montón de musgo y brezo.

—Tiene un aspecto estupendo, Espino —maulló el líder—. Gracias, y dale también las gracias a Tormenta Blanca de mi parte.

El aprendiz marrón dorado inclinó la cabeza y se dispuso a marcharse, pero

se detuvo cuando Estrella de Fuego lo llamó.

—Recuérdale a Musaraña que venga a hablar conmigo mañana —dijo el líder, mencionando a la mentora de Espino—. Es hora de que pensemos en tu ceremonia de ascenso a guerrero.

«Que ya va con mucho retraso», reflexionó para sí. Espino había demostrado ser un aprendiz capaz, y deberían haberlo nombrado guerrero hacía lunas, de no ser por la reticencia de Estrella Azul a confiar en nadie de su clan. Era el único que quedaba del grupo de Zarpa Rauda y Cara Perdida, ninguno de los cuales disfrutaría de una

ceremonia de nombramiento.

Los ojos de Espino se iluminaron de ilusión.

—¡Sí, Estrella de Fuego! ¡Gracias! —exclamó, y salió disparado.

Estrella de Fuego se acomodó en el musgo y comió unos bocados de conejo. Tormenta Blanca había sido muy considerado al renovarle el lecho, aunque el aroma de Estrella Azul perduraba entre las paredes de la guarida. Quizá no se fuera nunca, y eso no sería nada malo. Los recuerdos de la gata resultaban dolorosos, pero también reconfortantes si pensaba en su sabiduría y su valor al liderar al clan.

Las sombras empezaron a rodearlo conforme se extinguía la última luz.

Estrella de Fuego era plenamente consciente de que estaba solo por completo por primera vez desde que se unió al clan; sin la calidez de otros gatos durmiendo cerca, sin suaves maullidos ni ronroneos mientras sus amigos compartían lenguas, sin leves ronquidos ni el sonido de gatos moviéndose en sueños. Durante unos segundos, se sintió más solo que en toda su vida.

Luego se dijo que debía dejar de ser tan descerebrado. Tenía que tomar una decisión muy importante, y para el Clan del Trueno era vital que no se

equivocara. La elección de su lugarteniente afectaría a la vida del clan durante estaciones.

Hundiéndose más en el musgo, se planteó si debería dormir y preguntarle a Jaspeada en sueños qué gato sería el lugarteniente adecuado. Cerró los ojos y casi al instante captó el dulce perfume de Jaspeada. Pero no tuvo ninguna visión; sólo veía oscuridad.

Entonces oyó un susurro al oído, y Jaspeada le dijo con tono burlón:

—Oh, no, Estrella de Fuego. Esta decisión es sólo tuya.

Suspirando, el joven líder abrió los ojos de nuevo.

—De acuerdo, Jaspeada —maulló en voz alta—. Yo lo decidiré.

El lugarteniente no podía ser Látigo Gris, eso estaba claro, y se sintió agradecido a su amigo por facilitarle las cosas. Entonces su mente pasó a los otros posibles candidatos. El nuevo lugarteniente debía tener experiencia, y su lealtad no tendría que haberse puesto en duda jamás. Tormenta de Arena era valiente e inteligente, y elegirla la convencería, más que ninguna otra cosa, de que él seguía valorándola y la quería a su lado.

Pero ésa no era una buena razón para escoger lugarteniente. Además, el

código guerrero establecía que ningún gato podía ser lugarteniente sin haber sido antes mentor. Tormenta de Arena nunca había tenido un aprendiz a su cargo, de modo que no podía escogerla. Con un hormigueo de vergüenza, Estrella de Fuego reconoció que eso era culpa suya, porque había confiado a Zarpa Trigueña a Fronde Dorado cuando Tormenta de Arena era la mejor candidata. Lo había hecho para protegerla, temiendo que los mentores de los hijos de Estrella de Tigre estuvieran en peligro a causa de su sanguinario padre. A Tormenta de Arena le había costado mucho perdonárselo, y

esperó que nunca reparara en aquel error que le impediría convertirse en lugarteniente.

Pero, de todos modos, ¿Tormenta de Arena era realmente la mejor opción? ¿Acaso no había ningún gato que sobresaliese por encima de los demás candidatos? Tormenta Blanca tenía experiencia y era sabio y valiente. Cuando Estrella de Fuego se convirtió en lugarteniente, el guerrero veterano no mostró ni una pizca del resentimiento que habría sentido un gato inferior. Además, lo había apoyado desde el principio, y era el gato al que Estrella de Fuego se dirigía instintivamente

cuando necesitaba un consejo. Era viejo, sí, pero todavía fuerte y activo. Aún quedaban unas cuantas lunas antes de que se uniera a los veteranos en su guarida.

Estrella Azul también lo aprobaría, porque la amistad del guerrero blanco había significado mucho para ella en sus últimas lunas.

«Sí —pensó Estrella de Fuego—. Tormenta Blanca será el nuevo lugarteniente». Se estiró satisfecho. Sólo faltaba anunciar la decisión al clan.

Aguardó un momento. Se terminó el conejo y se quedó amodorrado, pero sin permitirse caer en un sueño profundo

para no perderse la luna en su cénit. Una luz plateada se filtró en la guarida cuando la luna se elevó. Finalmente, Estrella de Fuego se puso en pie, se sacudió de encima trocitos de musgo y salió al claro.

Varios miembros del clan estaban paseándose entre los helechos del lindero, claramente a la espera del anuncio. Tormenta de Arena y la patrulla del anochecer habían regresado y estaban comiendo su ración de caza. Estrella de Fuego saludó a la gata con una sacudida de la cola, pero no se acercó a hablar con ella. En vez de eso, saltó directamente a la Peña Alta y

maulló:

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan!

Su llamada seguía resonando en el aire cuando empezaron a aparecer más gatos, desde el refugio de sus guaridas o saliendo a la luz de la luna de entre las sombras que bordeaban el campamento. Estrella de Fuego vio que Cebrado cruzaba el claro y se sentaba a poca distancia de la Peña Alta, con la cola alrededor de las patas y una mirada desdeñosa. Discretamente, Fronde Dorado lo siguió y ocupó una plaza

cerca de él.

Zarzo salió de la guarida de los aprendices. Estrella de Fuego no pudo evitar preguntarse si se colocaría junto a Cebrado, pero Zarzo se quedó con su hermana, Zarpa Trigueña, al borde de la creciente multitud. Los ojos de ambos aprendices lo observaban todo con atención, moviéndose de un lado a otro. Al pasar ante ellos, Musaraña amagó un mordisco a Zarpa Trigueña, que apartó la cabeza rápidamente; parecía que las dos gatas hubieran tenido algún tipo de discrepancia. Estrella de Fuego recordó que Zarpa Trigueña era lista y estaba muy segura de sí misma; no le

sorprendería que hubiera ofendido alguna vez a la experimentada guerrera.

Látigo Gris y Tormenta de Arena estaban sentados juntos cerca de la roca, al lado de Nimbo Blanco y Cara Perdida, y todos los veteranos llegaron en grupo y se instalaron en el centro del claro.

Estrella de Fuego vio que Tormenta Blanca se acercaba desde la extensión de ortigas junto con Carbonilla. No había expectación en su rostro cuando se detuvo a intercambiar unas palabras con Frondina y Ceniciento, antes de ocupar su sitio junto a la Peña Alta.

Tragándose su nerviosismo, Estrella

de Fuego empezó:

—Ha llegado el momento de nombrar a un nuevo lugarteniente. —Hizo una pausa y notó la presencia de Estrella Azul mientras recordaba las palabras rituales que ella empleaba—. Pronuncio estas palabras ante el Clan Estelar —continuó—, para que los espíritus de nuestros antepasados puedan oír y aprobar mi decisión.

Para entonces, todos los gatos se habían vuelto hacia él. Estrella de Fuego observó los brillantes ojos que resplandecían bajo la luz de la luna y casi pudo saborear su emoción.

—El nuevo lugarteniente del Clan

del Trueno será Tormenta Blanca —anunció.

Durante unos instantes hubo sólo silencio. Tormenta Blanca contempló a Estrella de Fuego con una expresión de placer y sorpresa. El líder pensó que apreciaba tanto al viejo guerrero por cosas como esa sorpresa; Tormenta Blanca nunca había dado por hecho que él sería el elegido.

El guerrero veterano se puso en pie lentamente.

—Estrella de Fuego, gatos del Clan del Trueno —maulló—, nunca habría esperado recibir este honor. Juro por el Clan Estelar que haré todo lo que pueda

para serviros.

Cuando terminó de hablar, un sonido fue creciendo entre los gatos congregados: una mezcla de maullidos, ronroneos y gritos de «¡Tormenta Blanca!». Todo el clan comenzó a apretujarse contra el guerrero veterano para felicitarlo. Estrella de Fuego sabía que había hecho una elección muy popular.

Durante un momento permaneció sobre la Peña Alta contemplando la escena. Una nueva sensación de optimismo le subió por las patas, llenándolo de confianza y calidez. Tenía sus nueve vidas; tenía el mejor

lugarteniente que ningún gato pudiera desear, y tenía un grupo de guerreros que estaban preparados para enfrentarse a cualquier cosa. La amenaza de la manada de perros había desaparecido, y esperaba que pronto lograran expulsar a Estrella de Tigre del bosque para siempre.

Cuando se disponía a saltar de la Peña Alta para felicitar a Tormenta Blanca, reparó en Cebrado. Era el único gato que no se había movido ni había dicho nada. Estaba observando a Estrella de Fuego, y sus ojos llameaban con un fuego frío.

Estrella de Fuego recordó de

inmediato la horrorosa visión de su ceremonia, la montaña de huesos y el torrente de sangre que había brotado de ella. Las palabras de Estrella Azul volvieron a resonar en sus oídos: «Cuatro se tornarán dos. El león y el tigre se enfrentarán en combate, y la sangre regirá el bosque».

Seguía sin saber qué significaba la profecía, pero las palabras estaban cargadas de perdición. Habría combate y derramamiento de sangre. Y en la maligna mirada de Cebrado, Estrella de Fuego creyó ver la primera nube que acabaría desencadenando la tormenta de la guerra.



7

Un frío crudo y húmedo se colaba entre el pelaje de Estrella de Fuego mientras atravesaba el pinar. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras y parecía indeciso entre descargar lluvia o nieve sobre el bosque. Allí, donde los estragos del incendio habían sido mayores, el suelo seguía cubierto de

ceniza, y las pocas plantas que habían empezado a crecer se habían marchitado de nuevo con la llegada de la estación sin hojas.

Era el día siguiente del anuncio al clan del nuevo lugarteniente, al que Estrella de Fuego había dejado al mando del campamento mientras él patrullaba la frontera a solas. Le apetecía algo de tiempo para sí mismo, para acostumbrarse a ser líder y para pensar en lo que lo esperaba. A veces sentía que iba a estallar de orgullo porque el Clan Estelar lo hubiera elegido para liderar al Clan del Trueno, pero también sabía que no sería fácil. La tristeza por

Estrella Azul era un dolor sordo que permanecería con él para siempre. Y temía qué podría hacer Estrella de Tigre. Al contrario que los demás gatos, él no se sentía aliviado por la ausencia de señales del Clan de la Sombra en su territorio. Sabía que Estrella de Tigre no descansaría hasta que abatiera a su enemigo… y la noticia de que Estrella de Fuego era ahora el líder del Clan del Trueno sólo serviría para avivar su sed de venganza.

Salió de entre los árboles que había cerca del poblado de Dos Patas y miró hacia la verja de su hermana Princesa, para ver si se había aventurado fuera de

su casa. Pero no había ni rastro de ella; al olisquear el aire, Estrella de Fuego captó apenas un tenue olor. Avanzando a lo largo de los árboles, llegó a una parte del bosque que raramente visitaba y reconoció el hogar de Dos Patas donde él había vivido como gato doméstico hacía ya muchas lunas. Movido por la curiosidad, recorrió a la carrera la extensión de campo abierto y saltó a lo alto de la valla.

Al mirar hacia la zona de césped rodeada de plantas de Dos Patas, lo asaltaron recuerdos de cuando era cachorro y jugaba allí. Luego había un recuerdo más reciente, recolectando

nébeda cuando Estrella Azul estaba enferma de neumonía. Desde su emplazamiento, Estrella de Fuego podía ver la mata de nébeda y percibir su tentador aroma.

Un movimiento en la casa de al lado atrajo su atención, y vio que uno de sus viejos amigos pasaba junto a la ventana y desaparecía de nuevo. De pronto, Estrella de Fuego se preguntó cómo se habrían sentido sus Dos Patas cuando él los abandonó para vivir en el bosque. Esperaba que no se hubieran preocupado por él. Lo habían cuidado bien, a la manera de los Dos Patas, y Estrella de Fuego siempre les estaría

agradecido. Le habría gustado contarles lo feliz que era en el bosque y cómo estaba cumpliendo con el destino que el Clan Estelar había trazado para él, pero sabía que era imposible que los Dos Patas lo entendieran.

Estaba tensando los músculos, preparándose para regresar al bosque cuando algo blanco y negro se movió en el jardín contiguo. Al mirar abajo vio a Tiznado, su viejo amigo de sus tiempos como mascota. Estaba tan rollizo como siempre, con una expresión satisfecha en su ancho rostro. Hablaba con una bonita atigrada marrón desconocida para Estrella de Fuego; oía sus maullidos,

pero estaba demasiado lejos para distinguir las palabras.

Estuvo a punto de bajar a saludar, hasta que recordó que probablemente se asustarían ante la visión de un rufián como él. No mucho después de irse al bosque, Estrella de Fuego se había encontrado con Tiznado; su amigo se llevó un susto de muerte hasta que lo reconoció. La vida que él llevaba ahora estaba a mundos de distancia de la de ellos.

El sonido de una puerta al abrirse sacó de sus pensamientos a Estrella de Fuego, que avanzó por la valla hasta refugiarse en un arbusto de acebo. Uno

de sus antiguos Dos Patas salió de la casa y llamó a alguien. De inmediato, la bonita atigrada marrón se despidió de Tiznado y saltó la verja que separaba ambos jardines. Corrió hacia el Dos Patas, que la tomó en brazos y la acarició antes de llevársela dentro de casa, mientras ella ronroneaba sonoramente.

«¡Esa gata es su nueva mascota!», pensó Estrella de Fuego. El sonido de la puerta al cerrarse le produjo una punzada de envidia durante apenas un segundo. La pequeña atigrada no necesitaría cazar sus presas para comer; tendría un lugar caliente para dormir, y

ninguna posibilidad de morir en combate o por alguno de los muchos peligros que acosaban a los gatos salvajes.

Pero, al mismo tiempo, esa gata jamás conocería la satisfacción de aprender las habilidades guerreras, ni de unirse a la batalla al lado de sus amigos. Nunca comprendería qué significaba vivir según el código guerrero y seguir los designios del Clan Estelar.

«Si pudiera volver a vivir mi vida —pensó Estrella de Fuego—, no cambiaría nada».

De pronto, unas zarpas arañaron la valla, y, con el rabillo del ojo, Estrella de Fuego captó un veloz movimiento

marrón. Al volverse, se encontró cara a cara con Zarzo.

El líder tardó un momento en recobrarse lo bastante para hablar.

—Pero ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó al aprendiz.

—Te he seguido desde el campamento, Estrella de Fuego… tenía curiosidad por saber adónde ibas y quería practicar mis técnicas de rastreo.

—Bien, parece que son bastante buenas, si has llegado hasta aquí.

No tenía claro si estaba enfadado con su aprendiz o no. Zarzo no debería haberlo seguido sin permiso, pero era impresionante que lo hubiera rastreado

desde el campamento. También sintió una punzada de culpabilidad porque Zarzo lo hubiera sorprendido mirando a un par de mininos caseros desde una valla de Dos Patas. Tiempo atrás, cuando él era aprendiz, Estrella de Tigre lo había espiado y sorprendido charlando con Tiznado. El enorme atigrado había ido directamente a informar a Estrella Azul, cuestionando la lealtad de Estrella de Fuego a la vida del clan.

Lo miró a los ojos y vio que el nerviosismo del joven se disipaba, reemplazado por una expresión firme, como si estuviera evaluando a su

mentor. Fue una mirada larga e inteligente, y Estrella de Fuego advirtió que en sus profundidades ámbar había respeto. De nuevo tuvo la convicción de que Zarzo podría ser un guerrero excepcional si escapaba de la oscura herencia de su padre. Pero ¿Zarzo sería realmente leal a su clan de nacimiento, con su padre todavía en el bosque?

—¿Puedo confiar en ti? —le espetó Estrella de Fuego de repente.

El joven no se apresuró a defenderse. En vez de eso, le sostuvo la mirada muy serio un instante más.

—¿Y yo puedo confiar en ti? —replicó Zarzo, agitando las orejas en

dirección al jardín de Dos Patas.

Erizando el pelo, Estrella de Fuego pensó que no tenía ninguna intención de justificarse ante su aprendiz; Zarzo no era quién para cuestionar los actos de su mentor… que resultaba que también era el líder de su clan. Pero, a pesar de la culpabilidad que le había provocado la pregunta de Zarzo, Estrella de Fuego no pudo evitar admirar el valor con que se había atrevido a hacerla.

Respiró hondo.

—Puedes confiar en mí —declaró solemnemente—. Yo decidí abandonar mi vida de gato doméstico. Ocurra lo que ocurra, siempre pondré al clan en

primer lugar. —Se dijo que ya era hora de ser más sincero con Zarzo—. Pero de vez en cuando vengo por aquí —continuó—. En ocasiones visito a mi hermana, y me pregunto cómo habrían sido las cosas si me hubiese quedado. Aun así, siempre me marcho sabiendo que mi corazón está en el Clan del Trueno.

Zarzo asintió, como si la respuesta lo satisficiera.

—Sé cómo es que pongan en duda tus lealtades —maulló.

Estrella de Fuego sintió una nueva punzada de remordimiento. Sabía que no era el único gato que recelaba de Zarzo.

—¿Cómo te llevas con los demás aprendices? —preguntó.

—Me llevo bien. Pero sé que algunos guerreros no nos aprecian ni a Zarpa Trigueña ni a mí porque Estrella de Tigre es nuestro padre.

Pronunció esas palabras con tal naturalidad que Estrella de Fuego se sintió todavía más avergonzado. «Somos más parecidos de lo que creía —pensó —. Constantemente tenemos que demostrar nuestra lealtad peleando el doble y defendiéndonos el doble que nuestros enemigos… y que nuestros compañeros de clan».

—¿Puedes hacer frente a eso? —

maulló con cautela.

Zarzo pestañeó.

—Sé dónde reside mi lealtad. Algún día lo demostraré.

No lo dijo fanfarroneando, sino con tranquila determinación, y Estrella de Fuego lo creyó. El aprendiz le había devuelto su sinceridad siendo a su vez sincero con él. Ahora, Estrella de Fuego le debía a Zarzo confiar en su palabra.

—¿Y qué me dices de Zarpa Trigueña? —preguntó.

—Bueno… —El joven vaciló, con una expresión inquieta—. A veces puede ser un poco difícil… pero es su carácter. Es una gata leal de corazón.

—Estoy convencido de que lo es —maulló Estrella de Fuego, aunque percibió que Zarzo no se sentía demasiado cómodo hablando de su hermana con el líder del clan. En el futuro tendría que vigilar de cerca a Zarpa Trigueña para asegurarse de que recibía el apoyo necesario para convertirse en una guerrera del Clan del Trueno digna de confianza. Sería bueno tocar el tema con su mentor, Fronde Dorado. Embargado por un repentino aprecio hacia su aprendiz, añadió—: Tengo que seguir si quiero acabar de patrullar la frontera antes de que anochezca. ¿Quieres acompañarme?

Los ojos ámbar de Zarzo se iluminaron.

—¿Puedo?

—Por supuesto. —Estrella de Fuego bajó de la valla de un salto y esperó a que el joven gato bajara tras él—. Haremos algo de entrenamiento por el camino.

—¡Genial! —exclamó Zarzo entusiasmado.

Y se situó al lado de su mentor mientras éste se encaminaba hacia los árboles.

Estrella de Fuego se detuvo al borde del

Sendero Atronador y aspiró el olor que flotaba desde el territorio del Clan de la Sombra. «Estrella de Tigre se encuentra ahí —pensó—. ¿Qué estará planeando? ¿Qué irá a hacer ahora?».

Mientras permanecía en una desazón silenciosa, reparó en que unas cositas blancas caían del cielo. «¡Nieve!», pensó levantando la vista; las nubes eran más oscuras que nunca. Al oír un chillido de asombro de Zarzo, se dio media vuelta. Un copo de nieve había aterrizado en el hocico del aprendiz y estaba derritiéndose lentamente. El joven sacó su rosada lengua y lo lamió; sus ojos amarillos se pusieron como

platos.

—¿Qué es esto, Estrella de Fuego? ¡Está frío!

El líder soltó un ronroneo risueño.

—Es nieve —respondió—. Llega en la estación sin hojas. Si sigue nevando así, los copos cubrirán de blanco todo el suelo y los árboles.

—¿De verdad? Pero ¡si son diminutos!

—Pero caerán a montones.

Los copos ya estaban volviéndose más grandes y abundantes, y casi ocultaban los árboles del otro lado del Sendero Atronador, ahogando el olor del Clan de la Sombra. Incluso quedaba

amortiguado el rugido de los monstruos, que se movían más despacio, como si sus relucientes ojos no pudieran ver a través de la nieve.

Estrella de Fuego sabía que la nevada supondría más problemas para el bosque. Las presas morirían de frío o se refugiarían en profundos agujeros, adonde no pudieran seguirlas los cazadores. Sería más difícil que nunca alimentar al clan.

Su aprendiz estaba contemplando cómo caía la nieve con los ojos dilatados. Estrella de Fuego vio cómo estiraba una pata precavidamente para tocar un copo. Un segundo después

estaba dando saltos y vueltas con estridentes maullidos de ilusión, como si estuviera intentando atrapar todos los copos antes de que tocaran el suelo.

A Estrella de Fuego lo sorprendió sentir una oleada de afecto. Era estupendo ver a un joven gato jugando como si de nuevo fuera un cachorro. ¿Sería posible que el desalmado Estrella de Tigre no hubiera perseguido nunca copos de nieve sólo por diversión? Y si lo había hecho, ¿cuándo había perdido la alegría y había empezado a preocuparse sólo por su propio poder?

No había respuesta a esa pregunta, y

Estrella de Fuego sabía que para Estrella de Tigre, al igual que para sí mismo, ya no había vuelta atrás. Ambos tenían las patas firmemente plantadas en el camino que el Clan Estelar había decidido que siguieran, y antes o después los dos líderes deberían decidir quién se quedaría en el bosque.



8

La nevada había cesado cuando Estrella de Fuego y Zarzo regresaron al campamento. Las nubes habían escampado y el sol poniente proyectaba largas sombras azuladas sobre la fina capa blanca que cubría el suelo. Los dos gatos iban cargados con carne fresca; Estrella de Fuego había observado las

técnicas de caza de su aprendiz, y estaba impresionado por su concentración y su hábil acecho.

Acababan de llegar a lo alto del barranco cuando oyeron un maullido a sus espaldas. Estrella de Fuego vio que Látigo Gris se les acercaba saltando por el sotobosque.

—Hola —saludó el guerrero gris resollando. Se le pusieron los ojos como platos al ver las presas—. Habéis tenido más suerte que yo. No he podido encontrar ni un simple ratón.

Estrella de Fuego soltó un gruñido comprensivo mientras abría la marcha hacia el túnel de aulagas. Reparó en que

Acederilla, la más aventurera de los tres hijos de Sauce, había salido del campamento y estaba en mitad de la escarpada ladera del barranco. Para sorpresa del líder, la cachorrita se encontraba con Cebrado; el guerrero estaba inclinado sobre ella, diciéndole algo.

—Qué raro —masculló casi para sí mismo, con la boca llena de pelo de ardilla—. Cebrado nunca se ha interesado mucho por los cachorros. ¿Y qué está haciendo aquí fuera?

De pronto oyó una brusca exclamación de Látigo Gris, que pasó como un rayo ante él para descender a

toda prisa el barranco, moviendo las piedras sueltas y cubiertas de nieve. Al mismo tiempo, las patas de Acederilla cedieron y la pequeña comenzó a retorcerse sobre la nieve. Pasmado, Estrella de Fuego soltó su presa mientras Látigo Gris gritaba «¡No!», y se abalanzaba contra el guerrero oscuro. Cebrado intentó atacarlo con las patas traseras, pero Látigo Gris había clavado los dientes en su garganta y no iba a soltarlo.

—¿Qué…? —dijo Estrella de Fuego, y bajó disparado la pendiente con Zarzo pisándole los talones.

Rodeó a los guerreros, todavía

enzarzados en un torbellino de colmillos y garras, y llegó al lado de Acederilla.

La cachorrita daba vueltas por el suelo, con los ojos desorbitados y vidriosos. Soltaba agudos quejidos de dolor y echaba espuma por la boca.

—¡Ve a buscar a Carbonilla! —le ordenó Estrella de Fuego a Zarzo.

Su aprendiz obedeció a toda prisa, levantando nubes de nieve. Estrella de Fuego se inclinó sobre la gatita y le puso una zarpa sobre la barriga delicadamente.

—Tranquila, Acederilla —maulló—. Carbonilla está de camino.

A la pequeña se le desencajaron las

mandíbulas, y Estrella de Fuego vio entre sus dientes blancos unas bayas de color escarlata medio masticadas.

—¡Bayas mortales! —gritó con la voz estrangulada.

Por encima de su cabeza, en una grieta de la roca, había un arbusto oscuro con letales bayas escarlata apiñadas entre las hojas. Recordó un día, muchas lunas atrás, en que Carbonilla había aparecido justo a tiempo para impedir que Nimbo Blanco las probara y le había advertido de lo venenosas que eran. Más tarde, Fauces Amarillas las había utilizado para matar a su hijo, Cola Rota; Estrella de Fuego

había presenciado el efecto tan rápido y fatal que tenían.

Agachándose junto a Acederilla, hizo lo posible por extraerle las bayas mascadas de la boca, pero ella sentía demasiado pavor y dolor, y la tarea no era fácil. La gatita sacudía la cabeza de un lado a otro, y su cuerpo sufría convulsiones con espasmos regulares que, para espanto de Estrella de Fuego, parecían más débiles cada vez. Aún oía a Cebrado y Látigo Gris chillando en la agonía de su pelea, pero parecían extrañamente lejos. Toda la atención del líder estaba centrada en la cachorrita.

Por fin, para su alivio, Carbonilla

apareció a su lado.

—¡Bayas mortales! —informó Estrella de Fuego al instante—. He intentado sacárselas de la boca, pero…

Carbonilla lo reemplazó al lado de la pequeña. Llevaba un fardo de hojas entre los dientes; tras dejarlo en el suelo, maulló:

—Bien. Sujétala, Estrella de Fuego, mientras yo echo un vistazo.

Con la colaboración de los dos, y con los espasmos de Acederilla todavía más débiles, Carbonilla enseguida logró extraer los restos de bayas mortales. Luego mascó deprisa una hoja e introdujo la pulpa en la boca de

Acederilla.

—Trágatelo —le ordenó. A Estrella de Fuego le explicó—: Es milenrama. Le provocará el vómito.

La garganta de la cachorrita se contrajo. Al cabo de un momento vomitó. Estrella de Fuego vio más partículas escarlata entre las hojas mascadas.

—Bien —dijo la curandera con dulzura—. Eso está muy bien. Vas a recuperarte, Acederilla.

La cachorrita boqueó temblando. Después, Estrella de Fuego contempló abatido cómo se quedaba inmóvil y se le cerraban los ojos.

—¿Ha muerto? —susurró.

Antes de que Carbonilla pudiera contestar, un maullido sonó desde la entrada del campamento.

—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? —Era Sauce, subiendo a toda prisa por el barranco con Zarzo. Se agachó junto a Acederilla, con sus ojos azules llenos de turbación—. ¿Qué ha sucedido?

—Ha comido bayas mortales —explicó Carbonilla—. Pero creo que las ha expulsado todas. La llevaremos a mi guarida para que pueda cuidar de ella.

Sauce se puso a lamer el pelaje pardo de Acederilla. Estrella de Fuego ya veía el leve movimiento de los

costados de la gatita al ritmo de su respiración. No estaba muerta, pero, por la desazonada expresión de Carbonilla, el líder supo que seguía estando en peligro por los posibles efectos del veneno.

Por primera vez, Estrella de Fuego pudo tomar aire y mirar hacia Látigo Gris. Su amigo tenía inmovilizado a Cebrado a unas colas de distancia, con una zarpa sobre su cuello y otra en su barriga. Cebrado sangraba por una oreja y bufaba furioso mientras se debatía en vano por liberarse.

—¿De qué va esto? —quiso saber el líder.

—No me lo preguntes a mí —replicó Látigo Gris. Estrella de Fuego no recordaba haber visto tan feroz a su amigo—. ¡Pregúntale a esta… a esta cagarruta de zorro por qué ha intentado asesinar a una cachorrita!

—¿Asesinar? —inquirió Estrella de Fuego. La acusación era tan inesperada que, por un segundo, no pudo hacer otra cosa que quedarse mirando a su amigo como un tonto.

—Asesinar —repitió Látigo Gris—. Vamos, pregúntale por qué estaba dándole bayas mortales a Acederilla.

—¡Ratón descerebrado! —espetó Cebrado con voz fría, clavando su

mirada en su atacante—. No estaba dándole bayas mortales. Intentaba evitar que las comiera.

—Sé lo que he visto —insistió Látigo Gris apretando los dientes.

Estrella de Fuego trató de recrear la imagen del guerrero oscuro y la cachorrita al detenerse en el barranco.

—Deja que se levante —ordenó a su pesar a Látigo Gris—. Cebrado, cuéntame qué ha sucedido.

El guerrero se puso en pie y se sacudió. Estrella de Fuego vio calvas en su costado, donde Látigo Gris le había arrancado mechones de pelo.

—Estaba regresando al campamento

—empezó—. Me he encontrado a esa estúpida gatita zampando bayas mortales, y estaba intentando detenerla cuando este idiota ha saltado sobre mí. —Miró resentido a Látigo Gris—. ¿Por qué querría yo matar a un cachorro?

—¡Eso es lo que me gustaría saber! —bufó Látigo Gris.

—Por supuesto, ¡ya sabemos a quién creerá el noble Estrella de Fuego! —exclamó Cebrado con desprecio—. En estos días no sirve de nada esperar justicia en el Clan del Trueno.

A Estrella de Fuego le dolió esa acusación, y aún más porque era consciente de que había una base de

verdad en ella. Normalmente habría puesto la palabra de Látigo Gris por delante de la de Cebrado, pero tenía que estar completamente seguro de que su amigo no estaba cometiendo un error.

—No tengo que decidirlo ahora —maulló—. En cuanto Acederilla se despierte, podrá contarnos qué ha pasado.

Mientras hablaba, creyó captar un destello de inquietud en los ojos de Cebrado, pero desapareció tan deprisa que no podía estar seguro. El guerrero oscuro agitó la cabeza desdeñosamente.

—Bien —repuso—. Entonces veréis quién de los dos dice la verdad. —Y se

encaminó a la entrada del campamento con la cola bien tiesa.

—Lo he visto, Estrella de Fuego —aseguró Látigo Gris resollando por la pelea—. No entiendo por qué Cebrado querría hacer daño a Acederilla, pero estoy absolutamente seguro de lo que estaba haciendo.

Estrella de Fuego suspiró.

—Yo te creo, pero tenemos que dejar que todos los gatos vean que se hace justicia. No puedo castigar a Cebrado hasta que Acederilla nos cuente qué ha sucedido.

«Si es que llega a hacerlo», añadió para sus adentros. Observó cómo

Carbonilla y Sauce alzaban cuidadosamente a la cachorrita para llevarla hacia el túnel de aulagas. La cabeza de Acederilla colgaba lánguidamente y su cola se arrastraba por el suelo. A Estrella de Fuego se le encogió el estómago al recordar a la gatita saltando por el campamento. Si Cebrado había intentado realmente matarla, pagaría por ello.

—Látigo Gris —murmuró—, ve con Carbonilla. Quiero que un guerrero monte guardia en su guarida hasta que Acederilla se despierte. Pídeles a Tormenta de Arena y Flor Dorada que te ayuden. No quiero que a la pequeña le

pase nada más antes de que esté en condiciones de hablar.

Los ojos de Látigo Gris brillaron de entendimiento.

—De acuerdo, Estrella de Fuego. Voy para allá.

Descendió la cuesta y alcanzó a las gatas cuando estaban desapareciendo en el túnel.

Estrella de Fuego se quedó solo con Zarzo.

—He dejado la ardilla ahí arriba —le dijo a su aprendiz, señalando con la cabeza a lo alto del barranco—. ¿Podrías ir a recogerla por mí? Y luego ve a comer y descansar. Has tenido un

día muy largo.

—Gracias —respondió Zarzo. Dio unos pasos y luego se volvió—. Acederilla se pondrá bien, ¿verdad?

Estrella de Fuego soltó un largo suspiro.

—No lo sé, Zarzo —admitió—. Lo cierto es que no lo sé.



9

Estrella de Fuego regresó pensativo al campamento. Al mirar alrededor, reparó en Cebrado, que estaba engullendo una presa junto a la mata de ortigas. Musaraña, Escarcha y Flor Dorada estaban comiendo cerca del guerrero oscuro, pero Estrella de Fuego advirtió que le habían dado la espalda y ni

siquiera lo miraban.

Látigo Gris debía de haber empezado a propagar la noticia de lo sucedido en el barranco. Escarcha y Flor Dorada en particular, que habían sido madres, estarían horrorizadas por la simple sospecha de que un guerrero pudiera matar a un cachorro. Estrella de Fuego se dijo que era una buena señal que parecieran creer la versión de los hechos de Látigo Gris. Eso demostraba que su amigo estaba volviendo a ser aceptado por el clan, y comenzando a recuperar la popularidad que una vez tuvo.

Estrella de Fuego estaba

encaminándose hacia Látigo Gris cuando captó un movimiento en la guarida de los guerreros con el rabillo del ojo. Fronde Dorado estaba saliendo de entre las ramas, mirando desesperadamente alrededor. Localizó a Cebrado, dio un paso hacia él y luego giró para reunirse con Estrella de Fuego.

—¡Acabo de enterarme! —exclamó con voz estrangulada—. Estrella de Fuego, lo lamento. Cebrado me ha dado esquinazo. ¡Todo es culpa mía!

—Cálmate. —El líder posó un instante la cola sobre el omóplato del alterado joven, con un gesto apaciguador —. Cuéntame qué ha pasado.

Fronde Dorado tomó dos bocanadas de aire, en un esfuerzo por serenarse.

—Cebrado ha dicho que salía a cazar —empezó—. Yo he ido con él, pero cuando ya estábamos en el bosque, me ha dicho que tenía que hacer sus necesidades. Me he quedado esperando mientras se iba detrás de un arbusto. Tardaba mucho, de modo que he ido a mirar… ¡y se había marchado! —Se le dilataron los ojos de la angustia—. Si Acederilla muere, jamás me lo perdonaré.

—Acederilla no morirá —lo tranquilizó Estrella de Fuego, aunque no estaba muy seguro de que fuese cierto.

La gatita todavía estaba muy mal.

Y ahora había otra cosa de la que preocuparse. La historia de Fronde Dorado demostraba que Cebrado se había dado cuenta de que lo vigilaban. Se había deshecho de su escolta limpiamente. «Debía de tener una razón», reflexionó Estrella de Fuego. ¿Qué pretendía hacer el atigrado oscuro y por qué había intentado matar a Acederilla?

—¿Qué quieres que haga ahora? —preguntó Fronde Dorado alicaído.

—Para empezar, que dejes de culpabilizarte —replicó Estrella de Fuego—. Antes o después, Cebrado

tenía que descubrirnos dónde reside su lealtad.

Excepto por su inquietud por Acederilla, Estrella de Fuego no lamentaba que Cebrado hubiera revelado su verdadera naturaleza de un modo que nadie podría dejar de ver. Aunque había tenido la esperanza de mantenerlo en el clan, donde podría observarlo en busca de señales de traición, ahora sabía que Cebrado nunca sería leal, ni a él ni al Clan del Trueno, donde no había sitio para un gato capaz de envenenar a cachorros indefensos. «Deja que se vaya con Estrella de Tigre, que es el lugar al que pertenece», pensó

Estrella de Fuego.

—Continúa vigilándolo —le ordenó a Fronde Dorado—. Ahora ya puedes dejar que sepa que estás haciéndolo. Dile de mi parte que no puede abandonar el campamento hasta que Acederilla esté en condiciones de contar su historia.

Fronde Dorado asintió con un gesto tenso y corrió hacia la extensión de ortigas. Allí, se agachó al lado de Cebrado y le dijo algo. El guerrero le contestó gruñendo y siguió despedazando su presa.

Mientras Estrella de Fuego observaba la escena, oyó unos pasos a

su espalda y al volverse vio a Tormenta de Arena. La gata melada restregó su hocico contra el de él ronroneando sonoramente. Estrella de Fuego aspiró su perfume, sintiéndose reconfortado por su simple presencia.

—¿Vienes a comer? —le preguntó la guerrera—. Estaba esperándote. Látigo Gris me ha contado lo sucedido —continuó mientras iban juntos hacia el montón de carne fresca—. Le he dicho que luego lo relevaré en la guarida de Carbonilla.

—Gracias —maulló Estrella de Fuego.

Lanzó una mirada al guerrero de

rayas negras al pasar ante él. Cebrado había terminado de comer; se puso en pie y se dirigió a la guarida de los guerreros como si no hubiera visto a Estrella de Fuego. Fronde Dorado lo siguió con expresión resuelta.

Manto Polvoroso salió del dormitorio de los guerreros justo cuando llegaba Cebrado; Estrella de Fuego no pudo evitar advertir que el atigrado marrón giraba bruscamente para reunirse con Frondina delante de la guarida de los aprendices. Los gatos del Clan del Trueno estaban dejando muy claro cuáles eran sus sentimientos. Manto Polvoroso había sido aprendiz de

Cebrado, y ahora ni siquiera quería dirigirle la palabra a su antiguo mentor.

Estrella de Fuego escogió entonces una urraca del montón de carne fresca y se la llevó hacia la mata de ortigas.

—Hola, Estrella de Fuego —lo saludó Musaraña al verlo acercarse—. Espino me ha dicho que querías hablar conmigo sobre su ceremonia para nombrarlo guerrero. Ya era hora.

—Desde luego que sí —coincidió el líder. La negativa de Estrella Azul a ascender a guerreros a los tres aprendices mayores había acabado con Zarpa Rauda muerto y con Cara Perdida malherida; no habría ningún gato que no

recordara eso cuando Espino recibiera por fin su nombre de guerrero—. ¿Por qué no salimos los tres en la patrulla del alba? Eso me daría la oportunidad de ver cómo ha mejorado… aunque no tengo ninguna duda al respecto —se apresuró a añadir.

—¡Ni deberías! —maulló Musaraña —. ¿Le dices tú a Espino lo de la patrulla de mañana o se lo digo yo?

—Yo lo haré —contestó Estrella de Fuego, y dio un pequeño mordisco a la urraca—. Quiero hablar también con Frondina y Ceniciento.

Cuando acabaron de comer, Tormenta de Arena se marchó a la

guarida de Carbonilla mientras el líder iba hacia el tocón de árbol junto al que comían los aprendices. Manto Polvoroso y Frondina ya estaban con Espino y Ceniciento, y Nimbo Blanco estaba saliendo de la guarida de los veteranos junto con Cara Perdida.

—Espino. —El líder saludó al aprendiz con la cabeza mientras se acomodaba a su lado—. ¿Tienes las garras afiladas? ¿Están listas todas tus habilidades guerreras?

Espino se irguió con los ojos repentinamente brillantes.

—¡Sí, Estrella de Fuego!

—En ese caso, mañana, patrulla del

alba. Si todo va bien, celebraremos tu ceremonia de nombramiento cuando el sol esté en lo más alto.

Las orejas de Espino se agitaron de expectación, pero luego la luz de sus ojos se apagó lentamente, y el joven desvió la vista.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el líder.

—Zarpa Rauda… y Cara Perdida —respondió en voz baja, señalando con la cola a la gata herida—. Ellos dos deberían estar conmigo.

—Lo sé. —Estrella de Fuego cerró brevemente los ojos ante el recuerdo de ese tremendo dolor—. Pero no debes

permitir que eso estropee tu momento. Te lo mereces desde hace lunas.

—Y yo voy a estar contigo —declaró Cara Perdida desde su lugar, sentada junto a Nimbo Blanco—. Seré la primera en llamarte por tu nuevo nombre.

—Gracias, Cara Perdida —maulló Espino, inclinando la cabeza agradecido.

—Y ahora que hablamos de nombres —intervino Nimbo Blanco—, ¿qué pasa con el de ella? —inquirió, señalando con la cabeza a Cara Perdida. Siempre se negaba a usar el cruel nombre que Estrella Azul había dado a la gata

malherida—. ¿Qué os parecería cambiarlo?

—¿Acaso se puede cambiar el nombre de un guerrero? —replicó Estrella de Fuego—. Fue dado bajo la mirada del Clan Estelar.

Nimbo Blanco soltó un suspiro de exasperación.

—Jamás creí que llamaría cerebro de ratón al líder de mi clan, pero ¡por favor! ¿Crees que Tuerta o Medio Rabo se llamaron así desde el principio? Empezarían con otros nombres guerreros; puedes estar seguro de eso. Debe de haber alguna clase de ceremonia para esos casos. Y sé que el

resto del clan no aceptará un nuevo nombre hasta que tú pronuncies las palabras apropiadas.

—Por favor, Estrella de Fuego. —Cara Perdida lo miró con expresión esperanzada—. Estoy convencida de que los demás no se sentirían tan incómodos al hablar conmigo si no tuviera este nombre tan horrible.

—Claro. —El líder se sintió apenado por no haber reparado en la carga que soportaba la joven gata—. Hablaré con los veteranos ahora mismo. Tuerta sabrá qué hacer. —Se puso en pie, pero de repente recordó que tenía algo más que decir—. Ceniciento,

Frondina, no creáis que me he olvidado de vosotros. Estuvisteis magníficos en la carrera con la manada de perros, pero todavía sois un poco jóvenes para ser guerreros. —Eso era cierto, pero, al mismo tiempo, Estrella de Fuego quería que Espino mantuviera su veteranía convirtiéndose en guerrero antes que el resto—. Os prometo que no tardará mucho —aseguró.

—Lo entendemos —maulló Ceniciento—. Todavía tenemos muchas cosas que aprender.

—Estrella de Fuego —empezó Frondina nerviosamente—. ¿Qué va a pasar con… con Cebrado? Si le ha

hecho eso a Acederilla, no quiero que sea mi mentor.

—¿Acederilla? —preguntó Nimbo Blanco—. ¿Qué le pasa? ¿Ha sucedido algo mientras estábamos cazando?

De inmediato, Ceniciento y Frondina se sentaron junto a él y Cara Perdida y les comunicaron la noticia en voz baja.

—Entonces, ¿quién va a ser el mentor de Frondina? —le preguntó Manto Polvoroso a Estrella de Fuego, dando por hecho que Cebrado era culpable—. Yo podría encargarme de ella junto con Ceniciento —sugirió esperanzado.

A Frondina se le iluminaron los

ojos, pero el líder negó con la cabeza.

—De eso nada, Manto Polvoroso. No serías lo suficientemente duro con ella.

Los ojos del guerrero marrón destellaron con irritación. Luego asintió azorado.

—Supongo que tienes razón.

—No te preocupes —lo tranquilizó el líder antes de encaminarse a la guarida de los veteranos—. Me aseguraré de que Frondina tenga un buen mentor.

Junto al árbol caído, donde se

encontraba su guarida, los veteranos estaban poniéndose cómodos para pasar la noche.

—¿Qué ocurre ahora? —rezongó Orejitas, levantando la cabeza de su lecho musgoso—. ¿Es que un gato no puede pegar ojo aquí?

Cola Moteada soltó un ronroneo soñoliento.

—No le hagas caso, Estrella de Fuego. Siempre eres bienvenido.

—Gracias, Cola Moteada —maulló el líder—. Pero es con Tuerta con quien quiero hablar.

Tuerta estaba ovillada sobre una mata de helechos al abrigo del tronco.

Guiñó su único ojo y abrió la boca en un gran bostezo.

—Te escucho, Estrella de Fuego. Pero sé rápido.

—Necesito hacerte una pregunta sobre los nombres —empezó, y le explicó que Nimbo Blanco quería un nuevo nombre para Cara Perdida.

Al oír que mencionaban a la joven gata, Cola Pintada se acercó a escuchar. Ella había cuidado de Cara Perdida tras el ataque de los perros, y entre las dos se había creado un fuerte vínculo.

—La verdad es que entiendo a Nimbo Blanco —comentó cuando Estrella de Fuego terminó de hablar—.

Nadie quiere un nombre así.

Tuerta bostezó.

—Yo ya era vieja cuando me cambiaron el nombre por el de Tuerta —maulló—, y, para ser sincera, a mí no me importa cómo me llamen mientras me traigan carne fresca a tiempo. Pero para una gata joven es diferente.

—Entonces, ¿puedes decirme qué hacer? —inquirió Estrella de Fuego.

—Por supuesto que puedo. —Tuerta levantó la cola y le indicó que se acercara más—. Ven aquí y escucha con atención…

Había llovido intensamente durante la noche. Cuando Estrella de Fuego guió a Musaraña y Espino fuera del campamento al amanecer, vio que la fina capa de nieve había desaparecido. Todos los helechos y matas de hierba estaban cubiertos de gotas de agua que resplandecían conforme la luz diurna se filtraba en el cielo. Estremeciéndose, el líder echó a andar con paso enérgico.

Por el brillo de sus ojos, vio que Espino estaba profundamente emocionado, aunque mantenía la calma, decidido a demostrarle que estaba

preparado para ser guerrero. Los tres gatos se detuvieron en lo alto del barranco, donde la brisa les trajo un fuerte olor a ratón. Espino lanzó una mirada interrogativa a su líder, que asintió y maulló quedamente:

—No hemos salido de caza, pero no le diremos que no a una presa. Veamos cómo lo haces.

Espino se quedó inmóvil un instante, localizando al ratón que correteaba entre las hojas debajo de un arbusto. Avanzó hacia él con sigilo, adoptando ágilmente la postura del cazador al acecho. Estrella de Fuego advirtió con aprobación que el joven recordaba lo

sensible que sería el ratón a la vibración de sus pasos, pues casi parecía flotar sobre el suelo. Luego dio un salto y volvió junto a Estrella de Fuego y su mentora con ojos triunfantes y el cuerpo inerte del ratón entre los dientes.

—¡Bien hecho! —maulló Musaraña.

—Ha sido estupendo —coincidió Estrella de Fuego—. Ahora entiérralo, y ya lo recogeremos a la vuelta.

Una vez que Espino cubrió su presa con tierra, Estrella de Fuego dirigió la patrulla hacia las Rocas de las Serpientes. No había ido por allí desde la terrible mañana en que había descubierto el rastro de conejos muertos

dejado por Estrella de Tigre para conducir a la manada de perros al campamento del Clan del Trueno. Le subió la bilis al recordar el hedor a sangre, pero ahora no detectaba otra cosa que los habituales olores forestales. Cuando llegaron a las Rocas de las Serpientes, todo estaba en silencio. Los aullidos y ladridos que había oído en la cueva ya no eran más que un recuerdo.

—Muy bien, Espino —maulló, intentando disimular el persistente espanto que aún sentía en aquel lugar—. ¿Qué hueles?

El aprendiz levantó la cabeza y

abrió la boca para llevar aire hasta sus glándulas olfativas. Estrella de Fuego vio que estaba profundamente concentrado.

—A zorro —anunció por fin—. Pero el olor es rancio… yo diría que de hace dos días. También huele a ardilla. Y… hay un leve rastro de perro.

Lanzó una mirada a Estrella de Fuego, quien vio que el joven compartía ese recelo. Espino sabía, tan bien como cualquiera de ellos, que era allí donde había muerto Zarpa Rauda y donde habían atacado a Cara Perdida.

—¿Captas algo más? —preguntó el líder.

—El Sendero Atronador —contestó Espino—. Y hay otra cosa… —Volvió a saborear el aire—. Estrella de Fuego, no lo entiendo. Creo que huele a gatos, pero no tienen el olor de ninguno de los clanes. Procede de ahí. —Señaló con la cola—. ¿Qué opinas?

Estrella de Fuego respiró hondo y descubrió que Espino estaba en lo cierto. La brisa arrastraba hacia ellos un leve rastro de gatos desconocidos.

—Echemos un vistazo —murmuró—. Y tened cuidado. Puede que sólo sea un minino casero que se ha perdido, pero nunca se sabe.

Mientras los tres gatos avanzaban

cautelosamente a través del sotobosque, el olor se tornó más intenso, y Estrella de Fuego estuvo más seguro al respecto.

—Son proscritos o solitarios —maulló—. Creo que son tres. Y el olor es reciente. No nos hemos cruzado con ellos por los pelos.

—Pero ¿qué están haciendo en nuestro territorio? —preguntó Espino—. ¿Crees que son los proscritos de Estrella de Tigre? —Se refería a la banda de gatos sin clan que había ayudado a Estrella de Tigre a atacar el Clan del Trueno cuando era un desterrado, antes de unirse al Clan de la Sombra.

—No —respondió Musaraña—. Los proscritos de Estrella de Tigre tienen el olor del Clan de la Sombra desde hace ya mucho. Éste debe de ser un nuevo grupo.

—Y sobre lo que están haciendo aquí —repuso el líder—, a mí también me gustaría saberlo. Vamos a seguirlos. Espino, ve delante.

Ahora Espino estaba muy serio. Todo su entusiasmo por la ceremonia de nombramiento había desaparecido ante la posible amenaza del grupo de proscritos. Hizo todo lo que pudo por seguir el rastro, pero lo perdió en una extensión de tierra cenagosa, donde ni

siquiera Estrella de Fuego logró encontrarlo de nuevo.

—Lo lamento, Estrella de Fuego —maulló Espino, descorazonado.

—No es culpa tuya —lo tranquilizó—. Si el olor ha desaparecido, ha desaparecido. —Levantó la cabeza, mirando en la dirección hacia la que los llevaba el rastro. Era como si los gatos desconocidos se dirigieran al Sendero Atronador, o quizá al poblado de Dos Patas. En cualquier caso, estaban saliendo del territorio del Clan del Trueno. Se encogió de hombros—. Les diré a las patrullas que estén ojo avizor, pero esperemos que no haya nada por lo

que preocuparse. Tienes muy buen olfato, Espino. —Volviéndose hacia el aprendiz, añadió con un ronroneo de aprobación—: Regresemos al campamento. Tenemos que preparar la ceremonia de nombramiento de un guerrero.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Peña Alta, para una reunión del clan!

Casi al instante, Estrella de Fuego vio que Espino se acercaba desde la guarida de los aprendices con Musaraña

al lado. Los dos gatos se habían acicalado para la ceremonia. El pelaje marrón dorado de Espino brillaba bajo la luz grisácea de la estación sin hojas, y el joven parecía a punto de estallar de orgullo.

Mientras aguardaba a que apareciese el resto del clan, Estrella de Fuego reparó en que Carbonilla salía de su guarida acompañada de Látigo Gris. Ambos tenían las cabezas muy juntas y hablaban en voz baja. El líder se preguntó cómo estaría Acederilla. Se había asomado brevemente a la guarida de la curandera antes de salir con la patrulla del alba. Entonces la cachorrita

dormía, y Carbonilla aún no estaba en condiciones de decir si el organismo de la pequeña había limpiado todo el veneno. Estrella de Fuego decidió que iría a ver a Acederilla en cuanto terminase la ceremonia.

Advirtió que Cebrado salía del dormitorio de los guerreros con Fronde Dorado pisándole los talones. Cuando los dos se sentaron delante de la Peña Alta, el espacio de alrededor se vació. Ningún gato quería estar cerca de Cebrado. Éste se quedó mirando al frente con expresión despectiva, aunque Estrella de Fuego supuso que estaría tan ansioso como los demás por saber si

Acederilla se recuperaría.

Estrella de Fuego observó al resto del clan un momento. Aquél era un día que Espino recordaría toda su vida, pero también era especial para él, porque Espino era el primer aprendiz al que nombraría guerrero como líder del clan.

Su voz resonó con claridad cuando inició la ceremonia con las palabras que conocía por su propia ceremonia y por todas las que había presenciado.

—Yo, Estrella de Fuego, líder del Clan del Trueno, solicito a mis antepasados guerreros que observen a este aprendiz. Ha entrenado duro para comprender el sistema de vuestro noble

código guerrero, y os lo encomiendo a su vez como guerrero. —Se volvió hacia el aprendiz y continuó—: Espino, ¿prometes respetar el código guerrero y proteger y defender a este clan, incluso a costa de tu vida?

Espino respondió con firmeza y seguridad:

—Lo prometo.

—Entonces, por los poderes del Clan Estelar —declaró Estrella de Fuego—, te doy tu nombre guerrero: Espino, a partir de este momento serás conocido como Espinardo. El Clan Estelar se honra con tu lealtad y tu inteligencia, y te damos la bienvenida

como guerrero de pleno derecho del Clan del Trueno.

El líder se adelantó para posar el hocico sobre la cabeza de Espinardo y notó que el nuevo guerrero temblaba de emoción. A su vez, Espinardo le dio un lametón en el omóplato y lo miró largamente con una expresión donde se mezclaban la felicidad y la tristeza. Estrella de Fuego sabía que estaba acordándose de su compañero Zarpa Rauda, muerto antes de conocer la satisfacción de ser guerrero.

Cuando Espinardo iba a reunirse con los guerreros, Cara Perdida se dirigió hacia él.

—¡Espinardo! —ronroneó la gata, pasándole la lengua por la oreja. Estaba cumpliendo su promesa de ser la primera en saludarlo por su nuevo nombre, y su voz sonaba cargada de afecto y orgullo por el logro de su amigo.

Nimbo Blanco fue el siguiente en saludar a Espinardo, y después lanzó una mirada interrogativa a Estrella de Fuego.

Éste asintió con la cabeza. Durante unos momentos, dejó que el clan recibiera al nuevo guerrero coreando su nombre, y luego pidió silencio con un movimiento de la cola. Cuando todos los

gatos volvieron a sentarse, maulló:

—Antes de que os marchéis, tengo algo más que decir. Primero, quiero honrar al aprendiz que debería estar aquí, recibiendo su nombre guerrero junto con Espinardo. Todos sabéis que Zarpa Rauda encontró la muerte al intentar localizar a la manada de perros que nos amenazaba. Su clan siempre lo recordará.

Hubo un murmullo de aprobación entre los gatos congregados. Estrella de Fuego miró de reojo a Rabo Largo, que había sido el mentor del aprendiz muerto, y vio en su cara una mezcla de orgullo y dolor.

—Además, quiero dar las gracias, en nombre del clan, a Frondina y Ceniciento. Demostraron una valentía propia de guerreros en la carrera contra los perros, y aunque siguen siendo demasiado jóvenes para convertirse en guerreros, honramos su valor.

—¡Frondina! ¡Ceniciento!

Los dos aprendices parecieron abrumados al oír cómo los aclamaban sus compañeros de clan, y los ojos de Manto Polvoroso relucieron encantados. Sólo Cebrado, el mentor de Frondina, permaneció en silencio, mirando fríamente hacia delante sin volverse siquiera hacia su aprendiza.

Estrella de Fuego esperó hasta que las voces enmudecieron.

—Queda por celebrar una ceremonia más —anunció, sacudiendo la cola para llamar a Cara Perdida.

La joven gata avanzó nerviosa hasta colocarse delante de él. Nimbo Blanco la siguió, pero manteniéndose a una cola de distancia.

Un murmullo de sorpresa recorrió a los gatos reunidos. Muchos de ellos ignoraban qué estaba a punto de suceder. Hacía muchas estaciones que no se llevaba a cabo la ceremonia para cambiar de nombre a un guerrero que ya había recibido el suyo.

Recordando lo que le había dicho Tuerta, Estrella de Fuego empezó a hablar:

—Espíritus del Clan Estelar, vosotros conocéis a todos los gatos por su nombre. Ahora os pido que retiréis el nombre de la gata que veis ante vosotros, para que ya no la represente por lo que es.

Hizo una pausa, y la gata blanca y canela se estremeció mientras aguardaba, sin nombre, ante el Clan Estelar. Estrella de Fuego esperaba que le gustara el nombre que había escogido para ella; lo había pensado concienzudamente antes de estar seguro

de que tenía el apropiado.

—Por mi autoridad como líder del clan y con la aprobación de nuestros antepasados guerreros —continuó—, doy a esta gata un nuevo nombre. A partir de ahora será conocida como Centella, porque, aunque su cuerpo haya sufrido graves heridas, nosotros honramos su valiente ánimo y la luz que desprende su interior.

Se acercó más a la recién nombrada Centella y, como había hecho en la ceremonia anterior, posó el hocico sobre su cabeza. Ella respondió, como cualquier nuevo guerrero, dándole un lametón en el omóplato.

—¡Centella! ¡Centella! —maullaron los gatos congregados.

De aprendiza, Centella ya era muy popular, y todo el clan había lamentado sus heridas. Nunca sería guerrera en el sentido estricto de la palabra, pero siempre habría un lugar para ella en el Clan del Trueno.

Estrella de Fuego guió a Centella hasta donde se encontraba Nimbo Blanco.

—¿Y bien? —le preguntó al joven —. ¿Ese nombre te parece suficientemente justo?

Nimbo Blanco apenas podía contestar; estaba demasiado ocupado

restregando el hocico contra Centella y entrelazando la cola con la de ella.

—Es perfecto —murmuró.

El ojo bueno de Centella rebosaba de felicidad. La gata estaba ronroneando demasiado fuerte para poder hablar, pero expresó su gratitud a Estrella de Fuego con un guiño. Había cargado con la ira de Estrella Azul hacia el Clan Estelar demasiado tiempo, pero, aunque no pudiese llegar a ser una guerrera completa, ahora tenía un nombre del que sentirse orgullosa.

Estrella de Fuego tragó saliva, pues se le había formado un nudo en la garganta debido a la emoción.

Momentos como ése hacían que ser líder valiera la pena.

—Escucha, Estrella de Fuego —dijo Nimbo Blanco al cabo de un instante—. Centella y yo vamos a entrenar juntos. Practicaremos técnicas de lucha que ella pueda dominar con sólo un ojo y una oreja. Cuando esté en condiciones de volver a pelear, ¿podrá dejar la guarida de los veteranos y venir a vivir a la de los guerreros con los demás?

—Bueno… —Estrella de Fuego estaba indeciso. Centella nunca sería una guerrera completa porque no podría cazar sola y estaría en clara desventaja en un combate, pero costaba resistirse a

su determinación. Además, él quería que pudiera defender a sus compañeros y a sí misma lo mejor posible—. Tú todavía no tienes ningún aprendiz, Nimbo Blanco, así que dispones de tiempo para dedicárselo a Centella.

—¿Significa eso que podemos entrenar juntos? —preguntó Nimbo Blanco.

—Por favor, Estrella de Fuego —maulló Centella—. Yo quiero serle útil al clan.

—De acuerdo —accedió el líder. Con una súbita idea, añadió—: Si inventáis movimientos nuevos, podríamos enseñárselos a los demás.

Centella no es el primer guerrero con heridas así, y no será el último.

Nimbo Blanco coincidió con un maullido. Los dos jóvenes se disponían a irse cuando Tormenta Blanca, que había sido el mentor de Centella, se acercó a felicitarla. Luego le dijo a Estrella de Fuego:

—He ido a ver a Acederilla justo antes de la ceremonia. Estaba empezando a despertarse. Carbonilla cree que se recuperará.

—¡Ésa es una noticia estupenda! —ronroneó Estrella de Fuego. Recordó que Tormenta Blanca era el padre de Acederilla—. ¿Crees que estará en

condiciones de contarnos lo sucedido?

—Tendrás que preguntárselo a Carbonilla —contestó el guerrero blanco—. Ve ahora si quieres… Yo organizaré las patrullas.

Estrella de Fuego le dio las gracias y corrió a la guarida de la curandera.

Se tropezó con Carbonilla en la entrada del túnel de helechos.

—Iba a buscarte —maulló la gata. Tras oír las buenas noticias de Tormenta Blanca, a Estrella de Fuego lo sorprendió la profunda inquietud que reflejaban los ojos de la curandera—. Acederilla se ha despertado —continuó—. Va a recuperarse, pero debes oír la



historia que tiene que contar.



10

Acederilla estaba ovillada en un lecho musgoso, cerca de la entrada de la guarida de Carbonilla. Levantó la cabeza cuando Estrella de Fuego se acercó acompañado de la curandera, pero le pesaban los párpados y parecía que le costara moverse.

Tormenta de Arena estaba situada

cerca de ella, montando guardia.

—Pobre criaturita —le dijo a Estrella de Fuego en un susurro—. Ha estado a punto de morir. Tenemos que hacer algo con Cebrado.

La guerrera melada parecía tan desasosegada como Carbonilla. El líder supuso que también habría oído el relato de Acederilla, y asintió.

—Déjame Cebrado a mí. —Tras sentarse junto a la cachorrita, maulló delicadamente—: Me alegro de verte despierta, Acederilla. ¿Puedes contarme lo que te pasó?

—Mis hermanos estaban durmiendo en la maternidad —empezó con voz

débil—, pero yo no tenía sueño. Mi madre no estaba vigilando, así que salí a jugar al barranco. Quería atrapar un ratón, y entonces vi a Cebrado. —Le tembló la voz y vaciló.

—Continúa —la animó Estrella de Fuego.

—Estaba subiendo solo por el barranco. Yo sabía que debería acompañarlo Fronde Dorado, y… y me pregunté adónde iría. Lo seguí… Me acordé de cuando sacó a Zarzo y Zarpa Trigueña del campamento, y pensé que a lo mejor yo también podía vivir una aventura así.

Estrella de Fuego sintió una punzada

de tristeza al recordar que Acederilla era siempre muy alegre y curiosa, y que se metía en problemas por su valentía insensata. La desmadejada bolita de pelo que era ahora no parecía demasiado aventurera, y Estrella de Fuego esperó que pronto recuperara su carácter vivaz gracias a los cuidados de Carbonilla.

—Lo seguí durante un buen rato —continuó Acederilla, orgullosa de sí misma—. Nunca había estado tan lejos del campamento. Me oculté todo el tiempo de Cebrado… él no sabía que yo estaba allí. Y entonces se encontró con otro gato… uno que yo no había visto

nunca.

—¿Qué gato? ¿Qué aspecto tenía? ¿Qué olor tenía? —la interrogó Estrella de Fuego con urgencia.

Acederilla pareció desconcertada.

—No reconocí su olor. —Y arrugó la nariz—. Pero era asqueroso. Era un gato blanco y grande… más grande que tú, Estrella de Fuego. Y tenía las patas negras.

Estrella de Fuego se quedó mirándola fijamente al comprender a quién había visto la gatita.

—¡Patas Negras! —exclamó—. El lugarteniente de Estrella de Tigre. Lo que captaste fue el olor del Clan de la

Sombra, Acederilla.

—¿Y qué estaba haciendo Cebrado, reuniéndose con el lugarteniente del Clan de la Sombra en nuestro territorio? —gruñó Tormenta de Arena—. Eso es lo que me gustaría saber.

—¿Qué pasó entonces? —siguió Estrella de Fuego.

—Me asusté —admitió Acederilla, mirándose las zarpas—. Eché a correr hacia el campamento, pero Cebrado me oyó, porque me alcanzó en el barranco. Yo pensaba que estaría furioso porque lo había espiado, pero él me dijo que era muy lista. Luego me ofreció unas bayas rojas como un regalo especial.

Parecían sabrosas, pero cuando me las comí empecé a encontrarme realmente mal… Ya no recuerdo nada más, excepto que me he despertado aquí.

Al terminar, volvió a apoyar la cabeza sobre las patas, como si contar su historia la hubiera dejado exhausta.

Carbonilla la tocó suavemente con el hocico para controlar su respiración.

—Eran bayas mortales —le explicó —. No debes volver a acercarte a ellas nunca más.

—No lo haré, Carbonilla. Lo prometo —murmuró la cachorrita.

—Gracias, Acederilla —maulló Estrella de Fuego.

Estaba furioso, aunque no sorprendido, al descubrir que Látigo Gris tenía razón desde el principio. Lo realmente preocupante era que hubieran visto a Patas Negras en el territorio del clan y que Cebrado hubiera arreglado ese encuentro.

—¿Qué vas a hacer con Cebrado? —preguntó Tormenta de Arena.

—Tendré que interrogarlo, pero no espero que me cuente nada.

—No puede quedarse en el Clan del Trueno después de esto —señaló Tormenta de Arena con voz dura—. Hay más de un gato que lo degollaría por un par de colas de ratón.

—Déjamelo a mí —maulló el líder con gesto serio.

Carbonilla se quedó con Acederilla, que estaba volviéndose a dormir, mientras Estrella de Fuego regresaba al claro principal con Tormenta de Arena. Muchos de los gatos seguían allí, compartiendo lenguas tras la ceremonia. Tormenta Blanca se encaminaba hacia el túnel de aulagas con Flor Dorada y Rabo Largo.

La patrulla dio media vuelta y todos los gatos levantaron la vista, sobresaltados, cuando Estrella de Fuego subió a la Peña Alta y maulló la convocatoria de una nueva reunión. El

líder buscó a Cebrado con la mirada, pero no había ni rastro de él.

—¿Dónde está Cebrado? —le preguntó a Látigo Gris cuando éste llegó a la base de la Peña Alta.

—En la guarida.

—Ve a buscarlo.

Látigo Gris desapareció en la guarida de los guerreros y salió al cabo de unos instantes con Cebrado y Fronde Dorado. Los tres se dirigieron al pie de la Peña Alta, donde Cebrado se sentó, mirando a su líder con desprecio.

—¿Y bien? —preguntó desdeñoso—. ¿Qué quiere ahora nuestro noble líder?

Estrella de Fuego clavó sus ojos en los del atigrado sin arredrarse.

—Acederilla se ha despertado.

Cebrado le sostuvo la mirada durante unos segundos, pero al cabo la desvió.

—¿Y has convocado una reunión de clan para contarnos eso? —Su tono era burlón, pero se le había erizado el pelo de inquietud al oír la noticia.

—Gatos del Clan del Trueno —dijo Estrella de Fuego elevando la voz—. Os he convocado para que seáis testigos de lo que tenga que decir Cebrado. Todos sabéis lo que le sucedió ayer a Acederilla. Ahora está despierta, y

Carbonilla dice que se pondrá bien. He hablado con ella, y confirma lo que dijo Látigo Gris. Cebrado le dio a comer las bayas mortales. —Bajó la mirada hasta el atigrado que estaba a sus pies—. Así que, Cebrado, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

—Esa gatita está mintiendo —replicó el guerrero. Varios de los gatos que lo rodeaban soltaron un bufido rabioso, y él añadió tartamudeando—: O se ha equivocado. Los cachorros nunca escuchan lo que se les dice. Obviamente, no me oyó bien cuando le dije que no se comiera las bayas.

—Ni miente ni se equivoca —

maulló Estrella de Fuego—. Y me ha contado algo todavía más interesante: tu motivo para darle las bayas mortales. Vio cómo te reunías con Patas Negras, el lugarteniente del Clan de la Sombra, en nuestro propio territorio. ¿Te gustaría contarnos de qué iba todo eso?

Del clan brotaron más gruñidos furiosos, y un gato del fondo maulló:

—¡Traidor!

Estrella de Fuego tuvo que pedir silencio sacudiendo la cola, pero pasaron unos momentos antes de que los enfurecidos gatos callaran de nuevo.

Cebrado aguardó hasta que se pudo oír su voz.

—No tengo que justificarme delante de un minino casero —gruñó.

Estrella de Fuego arañó la roca y se sintió reconfortado al notar lo afiladas que eran sus garras.

—Eso es exactamente lo que tienes que hacer. Quiero saber qué estáis maquinando Estrella de Tigre y tú. —De repente lo invadió el pánico, aunque logró contenerlo—. Cebrado, tú sabes de sobra lo que Estrella de Tigre intentó hacernos. La manada de perros habría despedazado a todo el clan. ¿Cómo puedes pensar siquiera en seguirlo después de eso?

Cebrado lo miró con resentimiento y

no contestó. Estrella de Fuego recordó que lo había sorprendido la mañana del ataque de los perros, intentando escabullirse del campamento con los hijos de Estrella de Tigre. Cebrado sabía que Estrella de Tigre estaba tramando algo, y habría abandonado al resto del clan a una muerte pavorosa sin intentar advertirles siquiera. Eso era lo que valía su lealtad al Clan del Trueno.

Estrella de Fuego quería ser justo, para que ningún gato, ni siquiera el propio Cebrado, pudiera acusarlo de acosar a los antiguos aliados de Estrella de Tigre. Y, aún más, seguía temiendo lo que podría hacer Cebrado si

abandonaba el clan y quedaba libre para irse con Estrella de Tigre. Pero ya no tenía elección. El destierro era la única sentencia posible para un gato culpable de los crímenes de Cebrado.

—Podrías haber sido un guerrero valioso —prosiguió—. Te he dado una oportunidad tras otra para que demostraras tu valía. Quería confiar en ti, pero…

—¿Confiar en mí? —lo interrumpió Cebrado—. Tú nunca has confiado en mí. ¿Crees que no sabía que le ordenaste a este imbécil que me vigilara? —Escupió las últimas palabras en dirección a Fronde Dorado, que aún

estaba sentado junto a él—. ¿Esperas que viva el resto de mis días con un guardián?

—No. Estaba esperando que demostraras tu lealtad. —Estrella de Fuego se sentó sobre la roca y lanzó una mirada furiosa a Cebrado sin amilanarse—. Éste es el clan en el que naciste, éstos son los gatos con los que has crecido. ¿Es que no significa nada para ti? ¡El código guerrero dice que deberías proteger a los tuyos con tu propia vida!

Cuando Cebrado se puso en pie, Estrella de Fuego creyó ver un centelleo de temor en los ojos del guerrero, como

si jamás hubiera pretendido romper por completo con el Clan del Trueno. Al fin y al cabo, no podía estar seguro de que Estrella de Tigre lo acogiera de buen grado, pues se había negado a seguirlo al exilio y había fracasado en su intento de llevarle a Zarzo y Zarpa Trigueña antes del ataque de los perros. Estrella de Tigre no era un gato que perdonara con facilidad.

Pero, cuando Cebrado habló, en su voz no había ni rastro de miedo o arrepentimiento.

—Éste no es mi clan —bufó desdeñosamente, provocando respingos escandalizados entre los guerreros que

lo rodeaban—. Ya no. El Clan del Trueno está liderado por un minino casero, y ya no queda nada por lo que pelear. No siento ninguna lealtad hacia el Clan del Trueno. De todo el bosque, el único gato al que vale la pena seguir es Estrella de Tigre.

—Entonces, síguelo —espetó Estrella de Fuego—. Ya no eres guerrero del Clan del Trueno. Si te encontramos en nuestro territorio después de que se ponga el sol, te trataremos como a cualquier enemigo. Y ahora vete.

Cebrado clavó un instante su ardiente mirada en la de Estrella de

Fuego, pero no contestó. Sin prisas, le dio la espalda al líder y se encaminó despacio a la entrada del campamento. Los gatos retrocedían conforme pasaba ante ellos.

—Que sepas que estaré esperándote si intentas regresar —gruñó Nimbo Blanco enseñando los colmillos.

Sauce no dijo nada, pero bufó con el pelo erizado.

En cuanto la punta de la cola de Cebrado desapareció en el túnel, un murmullo de especulaciones brotó entre los gatos congregados. Una voz se alzó entre las otras claramente:

—¿Cebrado se ha ido al Clan de la

Sombra? —Era Zarpa Trigueña.

La aprendiza no se había unido a las protestas del clan mientras Estrella de Fuego intentaba forzar a Cebrado a admitir su culpa. En vez de eso, lo había presenciado todo con silenciosa fascinación, y había seguido con la mirada todos los pasos del guerrero de camino al túnel. Parecía impresionada y asqueada, pero había algo más en su expresión que Estrella de Fuego no lograba descifrar.

El líder se quedó de piedra ante la pregunta. La aprendiza sabía que su padre era el líder del Clan de la Sombra. ¿De verdad entendía el alcance

de la traición de Cebrado?

—No lo sé —admitió—. Cebrado puede ir a donde le dé la gana. A partir de este momento, ya no es miembro del Clan del Trueno.

—¿Eso significa que podemos echarlo de nuestro territorio si lo vemos? —preguntó Tormenta Blanca.

—Sí, así es —contestó Estrella de Fuego, y, dirigiéndose a todos los gatos, añadió—: Si captáis su olor, o el de cualquier gato del Clan de la Sombra, decídmelo a mí o a Tormenta Blanca. Y eso me recuerda otra cosa… Esta mañana, Espinardo ha captado el olor de gatos proscritos en nuestras tierras.

Estad ojo avizor por si vuelven e informad de cualquier cosa que encontréis.

Dar instrucciones lo ayudó a tranquilizarse. Notó una creciente sensación de alivio por haberse quitado de encima a Cebrado. Ya no habría más burlas sobre su origen como gato doméstico, ya no tendría que seguir preocupándose por si todos los asuntos del clan eran transmitidos directamente a Estrella de Tigre. Aunque lo inquietaba lo que fuese a hacer Cebrado, en su marcha había más beneficios que pérdidas. Aun así, a Estrella de Fuego le habría gustado poder ganarse su lealtad.

—¡Oye, Estrella de Fuego! —La voz de Manto Polvoroso lo sacó de sus pensamientos—. ¿Y qué hay de Frondina? Ahora no tiene mentor.

—Gracias, Manto Polvoroso. Voy a solucionar eso ahora mismo. Frondina, acércate.

La aprendiza se separó de Manto Polvoroso y avanzó delicadamente entre los gatos hasta situarse al pie de la Peña Alta.

Estrella de Fuego miró alrededor para asegurarse de que el guerrero que buscaba estaba presente, y se apresuró a pronunciar las palabras adecuadas.

—Rabo Largo, estás sin aprendiz

desde la muerte de Zarpa Rauda. Fuiste un mentor excelente para él, y espero que transmitas tus habilidades a Frondina durante el resto de su aprendizaje.

Rabo Largo se levantó de un salto, con los ojos llenos de sorpresa y gratitud. Estrella de Fuego le indicó que se acercara con un movimiento de la cola. Tenía la esperanza de que, con la ausencia de Cebrado, la hostilidad que perduraba entre él y Rabo Largo quedara enterrada. El atigrado claro podría ser fácilmente un estupendo miembro del clan.

Todavía con expresión asombrada,

Rabo Largo fue hasta Frondina y entrechocó la nariz con la de ella. La gata inclinó la cabeza, y ambos regresaron a donde se encontraban Manto Polvoroso y Ceniciento.

Estrella de Fuego saltó de la Peña Alta. Ahora que todo había terminado, el agotamiento lo golpeó como el zarpazo de un tejón. Lo que más deseaba era ovillarse con sus amigos en la guarida de los guerreros, compartir lenguas y dormir. Pero, como líder del clan, no podía hacerlo.

La traición de Cebrado y el descubrimiento de gatos del Clan de la Sombra en su territorio habían revivido

los recuerdos de su ceremonia. ¿Por qué en su sueño había aparecido un montículo de huesos y un río de sangre manando de él? ¿Qué significaba la profecía de Estrella Azul?

Desesperado por obtener respuestas, decidió ir a la guarida de Carbonilla para ver si la curandera había recibido algún tipo de guía de parte del Clan Estelar.

Para su alivio, Tormenta de Arena ya no estaba de guardia; no quería que la guerrera lo viera así. Acederilla estaba dormida en su lecho, y de la hendidura de la roca brotaban tenues sonidos de Carbonilla moviéndose en su interior.

Estrella de Fuego se acercó más y la vio reordenando los montones de hierbas y bayas curativas que almacenaba allí.

—Casi no queda enebro… —murmuró la gata, y entonces vio a Estrella de Fuego—. ¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido ahora?

Salió de la guarida cojeando y lo olfateó nerviosamente al captar su olor a miedo.

—Estrella de Fuego, ¿qué ocurre?

Él sacudió la cabeza para ahuyentar sus recelos. Era un alivio poder contarle a Carbonilla el sueño que había tenido mientras estaba tumbado junto a la Piedra Lunar.

La curandera se sentó a su lado y lo escuchó en silencio, sin dejar de mirarlo.

—Y Estrella Azul me dijo: «Cuatro se tornarán dos. El león y el tigre se enfrentarán en combate, y la sangre regirá el bosque» —concluyó el líder—. Entonces empezó a manar sangre del montón de huesos, y llenó la hondonada. Había sangre por todas partes… Carbonilla, ¿qué significa?

—No lo sé —admitió la gata—. El Clan Estelar no me ha mostrado nada de eso. Del mismo modo que tienen el poder de enseñarme qué va a suceder, también pueden decidir no compartirlo

conmigo. Lo lamento, Estrella de Fuego… Pensaré en lo que me has contado, y quizá suceda algo que lo aclare.

Restregó la nariz contra el pelo de Estrella de Fuego para reconfortarlo. Aunque él agradeció su consuelo, no podía olvidar el espanto de su sueño. ¿Qué terrible destino lo aguardaba? Y, pese a que Carbonilla no podía responder a esa pregunta, ¿qué esperanza había para el Clan del Trueno?



11

Estrella de Fuego salió del bosque cerca de las Rocas Soleadas y se detuvo a saborear el aire. El sol estaba elevándose a sus espaldas, proyectando largas sombras desde el bosque hacia el río. Habían transcurrido varios días desde que Cebrado había abandonado el clan y, de momento, las patrullas no

habían detectado señales suyas ni de gatos del Clan de la Sombra en el territorio. Pero el recuerdo de su sueño todavía era demasiado vívido para que Estrella de Fuego creyera que había desaparecido la amenaza de las tierras del otro lado del Sendero Atronador.

Látigo Gris y Espinardo salieron de entre los árboles tras él.

—¿Hueles algo? —preguntó el gato gris.

Estrella de Fuego se encogió de hombros.

—Solamente a gatos del Clan del Río. No más de lo que me esperaba tan cerca de la frontera. Pero quiero

asegurarme de que no han estado rondando las Rocas Soleadas.

—Renovaremos las marcas olorosas —maulló Látigo Gris—. Vamos, Espinardo.

Mientras sus amigos desaparecían en las torrenteras que había entre las rocas, Estrella de Fuego se quedó donde estaba, atrayendo cuidadosamente el aire a sus glándulas olfativas. Aunque lo preocupaba el Clan de la Sombra, no se había olvidado del Clan del Río ni de su ambiciosa líder, Estrella Leopardina. Había intentado recuperar las Rocas Soleadas no hacía mucho, y no lo sorprendería que lo intentase de nuevo.

Al cabo de un rato detectó olor fresco del Clan del Río. Recelando de inmediato, rodeó la base de las rocas, pero se relajó poco después al vislumbrar a Vaharina. La gata estaba sola, agachada justo al borde del río, y mientras Estrella de Fuego la observaba, sacó un pez del agua y lo mató de un zarpazo.

—¡Bien hecho! —exclamó Estrella de Fuego.

Vaharina se volvió y, al verlo, subió por la ligera pendiente de la ribera hasta la frontera. Estrella de Fuego fue a reunirse con ella, contento de ver que seguía pareciendo amistosa a pesar del

modo en que había salido del campamento del Clan del Trueno. Sin embargo, advirtió alarmado que la guerrera estaba mucho más delgada que la última vez, y se preguntó si le habría pasado algo malo por la revelación de que Estrella Azul era su madre.

—¿Cómo estás, Vaharina? —maulló—. Espero que no hayas tenido problemas.

—¿Por lo de Estrella Azul? —replicó la gata, imaginando a qué se refería. Vaciló—. Pedrizo le contó al clan la verdad sobre nuestra madre —respondió al fin—. A algunos no les gustó. Un par de gatos ya no nos dirigen

la palabra, y la mayoría se sienten incómodos con nosotros.

—Lamento oír eso. ¿Y qué hay de Estrella Leopardina? ¿Dijo algo?

—Sé que no le hizo gracia. Nos apoyó delante del clan, pero, aun así, creo que nos tiene vigilados para comprobar que seguimos siendo leales.

—¡Por supuesto que sois leales!

—Sí. Y el resto del clan se dará cuenta de eso tarde o temprano. Además… —Hizo una pausa y luego continuó—: Pero ése no es el peor de nuestros problemas.

—¿Qué quieres decir?

—Estrella de Tigre. —Vaharina se

estremeció—. Visita a Estrella Leopardina regularmente, y no logro comprender por qué. Estoy convencida de que están planeando algo.

El líder sintió una sacudida de temor.

—¿Planeando qué?

Vaharina agitó las orejas.

—No tengo ni idea. Estrella Leopardina no se lo ha contado a Pedrizo, aunque es su lugarteniente. Pero hay un par de guerreros del Clan de la Sombra emplazados permanentemente en nuestro campamento.

—¿Qué? ¡Eso no tendría que pasar! ¡Debe de ir contra el código guerrero!

Vaharina se encogió de hombros con aspecto derrotado.

—Prueba a decírselo a Estrella Leopardina.

—Pero ¿qué hacen esos guerreros ahí?

—Estrella Leopardina afirma que están con nosotros para que los clanes puedan intercambiar métodos de entrenamiento y técnicas de lucha, pero yo no veo mucho de eso. Lo único que hacen es observar… Es como si estuvieran aprendiéndolo todo sobre nosotros, nuestros secretos y debilidades. —A Vaharina se le erizó el pelo, como si estuviera viendo a sus

enemigos—. Por eso he venido hasta aquí, para alejarme un poco de ellos.

—Eso es horrible —maulló Estrella de Fuego—. ¿En qué está pensando Estrella Leopardina?

—¿Quieres saber mi opinión? Desea hacer lo mejor para su clan y cree que Estrella de Tigre es el líder más fuerte del bosque, de modo que está dispuesta a ser su aliada.

—Dudo que Estrella de Tigre tenga aliados —le advirtió Estrella de Fuego—. Sólo seguidores.

Vaharina asintió.

—Lo sé.

Se sentó, se lamió una pata y se la

pasó dos o tres veces por la oreja.

Estrella de Fuego se preguntó si la gata estaría arrepintiéndose de haberle contado tantas cosas a un guerrero de otro clan.

—¿Cómo vais de presas? —preguntó, esperando distraerla—. Por lo menos, el río no se ha congelado todavía.

—Todavía. Las presas escasean, pero eso no es nada nuevo. —Vaharina movió las orejas como si no tuviera importancia—. Al fin y al cabo, estamos en la estación sin hojas. Pero esos dos guerreros de Estrella de Tigre no ayudan —añadió—. Se quedan sentados en el

campamento llenándose la panza, pero casi nunca traen carne fresca.

Se interrumpió al oír la voz de Látigo Gris maullando su nombre. Vio que su amigo estaba bajando por la ribera en su dirección, con Espinardo justo detrás.

—Hola, Vaharina —la saludó resollando al llegar a su lado—. ¿Cómo están Plumilla y Borrasquino?

—Están bien, Látigo Gris —contestó Vaharina, ronroneando al ver a su antiguo compañero de clan. Aunque la estancia de Látigo Gris en el Clan del Río había sido corta, los dos gatos se habían hecho buenos amigos, y ella

siempre estaba dispuesta a darle noticias de sus hijos—. Plumilla está convirtiéndose en una gran luchadora. El Clan del Trueno tendrá que andarse con ojo cuando llegue a ser guerrera.

Látigo Gris ronroneó.

—Bueno, no podría tener una mentora mejor.

Estrella de Fuego se apartó un poco mientras Látigo Gris y Vaharina hablaban de los dos aprendices. Espinardo se le acercó.

—Hemos renovado las marcas olorosas, Estrella de Fuego. No hay olor reciente del Clan del Río por las rocas.

—Estupendo —respondió el líder,

aunque sólo estaba pensando a medias en las palabras del joven guerrero.

Lo que le había contado Vaharina lo angustiaba profundamente. Sonaba como si el Clan del Río y el Clan de la Sombra estuvieran más unidos que nunca. Y si Estrella de Tigre decidía iniciar una guerra, el Clan del Trueno estaría atrapado entre los dos clanes vecinos.

«Oh, Clan Estelar —murmuró para sí—. Muéstrame qué debo hacer».

Tras su conversación con Vaharina, Estrella de Fuego ordenó patrullas extra,

pero nadie detectó nada fuera de lo habitual. Los días transcurrieron pacíficamente hasta que llegó el momento de la siguiente Asamblea.

Cuando el sol descendía tras el seto de espino, Estrella de Fuego se sentó con Tormenta Blanca junto a la extensión de ortigas, compartiendo carne fresca antes de la partida.

—¿A quién vas a llevar a la Asamblea? —le preguntó el guerrero blanco.

Estrella de Fuego tragó un bocado de ardilla.

—Creo que a ti no —respondió—. Estoy seguro de que Estrella de Tigre va

a hacer algún tipo de movimiento, y quiero que tú guardes el campamento. Te dejaré también algunos guerreros fuertes.

—Me parece que tienes razón. —El lugarteniente se pasó la lengua por el hocico al terminar su campañol—. Puede que Estrella de Tigre haya fracasado con lo de la manada de perros, pero sin duda intentará otra cosa.

—Me llevaré a Frondina y Ceniciento —decidió Estrella de Fuego—. Y a Espinardo; estará deseando acudir a su primera Asamblea como guerrero. Y a Tormenta de Arena, Látigo Gris y Escarcha. Eso te dejará con

bastantes fuerzas de combate si Estrella de Tigre manda guerreros a atacar el campamento.

—¿Crees que romperá la tregua?

Estrella de Fuego agitó las orejas.

—¿Tú qué opinas? Guió la manada de perros hasta nosotros… ¿De verdad crees que le importaría una nadería como ignorar la voluntad del Clan Estelar?

—¿El Clan Estelar? —Tormenta Blanca soltó un resoplido—. Estrella de Tigre se comporta como si nunca hubiera oído hablar del Clan Estelar. —Hizo una pausa y luego preguntó—: ¿Y qué hay de los dos aprendices más

jóvenes, los hijos de Estrella de Tigre? ¿Quieres que vayan a la Asamblea?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—Ni en un centenar de lunas. Ya sabes lo que sucedería, ¿verdad? Estrella de Tigre quiere a esos aprendices. En la última Asamblea, le dio a Estrella Azul una luna para decidir si los entregaba. Ese tiempo se agota hoy. Si Zarzo y Zarpa Trigueña están allí, no me extrañaría que Estrella de Tigre intentara llevárselos de la Asamblea.

—A mí tampoco me extrañaría —coincidió Tormenta Blanca con voz

grave—. Entonces, ¿crees que debemos quedarnos con ellos?

Estrella de Fuego se sorprendió.

—¿Acaso tú no?

Había dado por hecho que el Clan del Trueno insistiría en su derecho a quedarse con los dos aprendices, pero si su lugarteniente pensaba que deberían entregarlos a su padre, él tendría que considerar esa opinión cuidadosamente.

Pero Tormenta Blanca estaba asintiendo.

—Es indudable que son hijos del Clan del Trueno. Su madre es del Clan del Trueno, y también lo era su padre cuando ellos nacieron. Que Estrella de

Tigre se haya ido al Clan de la Sombra no cambia eso, pero, si queremos conservarlos, tendremos que pelear por ellos.

—Entonces pelearemos —maulló Estrella de Fuego—. Además —añadió—, si los cedemos dócilmente, Estrella de Tigre lo verá como un signo de debilidad. Estaría exigiendo más cosas antes de que pudieras decir «ratón».

—Cierto.

Estrella de Fuego tomó otro bocado de ardilla, entornando los ojos mientras pensaba en la siguiente Asamblea.

—¿Sabes una cosa, Tormenta Blanca? —empezó—. Estrella de Tigre

no va a hacer lo que le venga en gana. Yo también tengo noticias que dar en la Asamblea. ¿Cómo crees que reaccionarán los demás clanes cuando les cuente que Estrella de Tigre intentó usar una manada de perros para aniquilarnos? Ni siquiera Cola Rota fue tan despiadado. Incluso el propio Clan de la Sombra le dará la espalda. Puede que lo expulsen del bosque, y entonces nos habremos librado de él.

Tormenta Blanca agitó las orejas. Para sorpresa de Estrella de Fuego, el lugarteniente no parecía tan optimista como él esperaba.

—Quizá —maulló el guerrero

veterano—, pero no te extrañe si las cosas no salen así.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo sin pestañear.

—¿Acaso crees que el código guerrero permite que un gato despedace a otro clan utilizando perros?

—No, por supuesto que no. Pero Estrella de Tigre siempre puede negarlo. ¿Qué pruebas tenemos nosotros?

Estrella de Fuego reflexionó seriamente sobre las palabras de su lugarteniente. Un gato (Rabo Largo) había visto cómo Estrella de Tigre alimentaba con un conejo a la manada, y varios miembros del Clan del Trueno

habían detectado su olor en el rastro de conejos. Por si fuera poco, Estrella de Tigre había atacado a Estrella de Fuego cerca del despeñadero para asegurarse de que los perros lo atrapaban y acababan con él. Sólo la repentina aparición de Estrella Azul lo había salvado.

Era cierto que Vaharina y Pedrizo habían visto a Estrella de Tigre junto al río aquel día, pero ya tenían bastantes problemas en su propio clan. Si hablaban en contra de Estrella de Tigre, puede que sus compañeros no los creyeran. Estrella de Fuego comprendió que sería un error complicarles más la

vida.

Y el resto de las pruebas se basaban únicamente en la palabra de gatos del Clan del Trueno. Tanto el Clan del Río como el Clan del Viento sabían que se había producido una grave discrepancia entre Estrella de Tigre y su clan de nacimiento, empujando al antiguo lugarteniente a dejar el clan. Estrella de Tigre podía intentar que pareciera que los gatos del Clan del Trueno estaban mintiendo.

—Entonces veremos a quién creen —se empecinó Estrella de Fuego, rabioso—. No todos los gatos piensan que Estrella de Tigre es un regalo del

Clan Estelar para el bosque. No podrá hacer lo que se le antoje.

—Esperemos que no. —Tormenta Blanca se puso en pie y se estiró—. Vas a tener una noche muy ajetreada, Estrella de Fuego. Voy a decirles a los guerreros escogidos que se preparen.

Mientras el lugarteniente se alejaba, Estrella de Fuego se terminó la ardilla. Habría problemas en esa Asamblea. Seguro que Estrella de Tigre reclamaba de nuevo a sus hijos, y sospechaba que aprovecharía la oportunidad para revelar el secreto de Estrella Azul y denunciar que los padres de Vaharina y Pedrizo pertenecían a clanes rivales.

«Pero yo también tengo mucho que decir —pensó, apartando las dudas que su lugarteniente había sembrado—. Cuando haya terminado, ningún gato del bosque volverá a fiarse de Estrella de Tigre… Ni siquiera los de su propio clan…».



12

Estrella de Fuego se detuvo en lo alto de la hondonada antes de guiar a sus gatos a la Asamblea. La noche estaba en calma. Había nubes creciendo en el horizonte, y se preguntó si el Clan Estelar iría a ocultar la luna para demostrar que no deseaba que se celebrara la Asamblea.

Sin embargo, de momento la luna

brillaba en lo alto, y el líder notó el olor de gatos que llegaba desde la hondonada.

—Sólo está el Clan del Viento —murmuró Látigo Gris, que se hallaba junto a él—. ¿Por qué se retrasan los otros?

Estrella de Fuego se encogió de hombros.

—El Clan Estelar sabrá. Personalmente, no me importaría que Estrella de Tigre no apareciera.

Hizo una señal con la cola y abrió la marcha, descendiendo entre los arbustos hasta el claro que había en medio de la hondonada. Como había dicho su amigo,

allí sólo había gatos del Clan del Viento. Vio al líder, Estrella Alta, sentado con su lugarteniente Rengo cerca de la base de la Gran Roca.

—Saludos, Estrella de Fuego —maulló Estrella Alta inclinando la cabeza cortésmente—. Oreja Partida me contó que os había visto de camino a las Rocas Altas. Lamentamos la pérdida de Estrella Azul.

—Al igual que su clan —contestó Estrella de Fuego, inclinando la cabeza a su vez—. Era una líder noble.

—Pero tú serás un digno sucesor —maulló el gato blanco y negro, sorprendiendo a Estrella de Fuego con

la calidez de su tono—. Has servido muy bien a tu clan.

—Yo… espero servirlo todavía mejor en el futuro —tartamudeó el joven líder.

Estrella Alta asintió una vez más y saltó a la Gran Roca. Antes de seguirlo, Estrella de Fuego echó un vistazo a sus gatos. Ya estaban todos dando vueltas entre los guerreros del Clan del Viento e intercambiando novedades. Lo alegró ver que los dos clanes parecían amigables, a pesar del reciente encontronazo por la desaparición de presas. Aunque estaba preocupado por el Clan del Río y el Clan de la Sombra,

lo reconfortó pensar que podría hallar aliados en el Clan del Viento.

Tras saludar con la cola a Bigotes y su aprendiz, Erguino, que estaban charlando con Tormenta de Arena, Estrella de Fuego saltó para colocarse junto a Estrella Alta en la cima de la Gran Roca.

Ya había estado allí una vez, cuando ocupó el puesto de Estrella Azul, enferma tras el incendio, pero aún no se había acostumbrado a mirar a sus gatos desde una altura tan grande, ni a ver el leve resplandor de sus ojos bajo la luz de la luna cuando miraban hacia él. Se sintió más tenso al pensar en lo que se

avecinaba y en la confrontación con Estrella de Tigre que seguramente se produciría antes de que se ocultara la luna.

—El Clan del Río y el Clan de la Sombra llegan tarde —señaló.

Estrella Alta coincidió agitando las orejas.

—Las nubes amenazan la luna —apuntó con cierto nerviosismo—. Puede que el Clan Estelar esté enfadado.

Al alzar la vista, Estrella de Fuego vio que las nubes en las que había reparado antes estaban extendiéndose por el cielo.

El aire sabía a humedad, y sintió un

hormigueo de expectación. ¿Qué significaría si el Clan Estelar tapaba la luna y Estrella de Tigre seguía maquinando en secreto hasta la siguiente Asamblea?

—Estrella Alta —empezó, decidiendo que había llegado el momento de sincerarse con el líder del Clan del Viento y pedirle consejo—. Me preocupa lo que Estrella de Tigre pueda estar planeando…

No pudo terminar la frase. Lo interrumpió un maullido triunfal desde lo alto de la hondonada, y al cabo de un segundo empezaron a bajar más gatos al claro; el Clan de la Sombra y el Clan

del Río llegaban juntos, con los guerreros desplegados en abanico tras sus líderes. Estrella de Tigre subió a la Gran Roca de un salto, y Estrella Leopardina trepó tras él.

—¡Gatos de todos los clanes! —llamó Estrella de Tigre, sin saludar siquiera a Estrella Alta y Estrella de Fuego ni acordar con los demás líderes quién hablaría primero—. Tengo noticias para vosotros. Escuchad bien, porque un gran cambio está llegando al bosque.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo confundido. Ante el anuncio de noticias por parte de Estrella de

Tigre, él había pensado que se refería a la filiación de Vaharina y Pedrizo. Pero eso no merecería una llegada tan espectacular, ni que Estrella de Tigre hablara de un gran cambio.

A sus pies, el claro se había sumido en un completo silencio. Todos los gatos miraban hacia la Gran Roca con los ojos dilatados mientras aguardaban a que Estrella de Tigre se explicara. Estrella de Fuego notó que empezaba a erizársele el pelo, pero no sabía si era a causa de la tensión de los guerreros congregados o de las nubes que amenazaban lluvia.

—Un gran cambio —repitió Estrella

de Tigre—. Y el Clan Estelar me ha mostrado que es el Clan de la Sombra quien debe preparar a todos los gatos del bosque para que lo reciban.

—¿A todos los gatos? —masculló quedamente Estrella Alta, pero Estrella de Fuego lo oyó. El líder del Clan del Viento dio un paso adelante—. Estrella de Tigre…

—El Clan de la Sombra cuenta con el respaldo del Clan Estelar —prosiguió el líder atigrado, haciendo caso omiso de la interrupción—. Somos afortunados porque sobrevivimos a la enfermedad, y yo he recibido la aprobación de nuestros antepasados guerreros porque fue tarea

mía recuperar al clan y engrandecerlo de nuevo.

«¿Ah, sí?», pensó Estrella de Fuego. Se negaba a creer que el Clan Estelar estuviera mostrando su respaldo a Estrella de Tigre después de todo lo que le había hecho a su clan de nacimiento. Miró hacia la hondonada buscando a Nariz Inquieta. El curandero del Clan de la Sombra había hecho todo lo posible por apoyar a su clan durante el desventurado liderazgo de Estrella Nocturna, y Estrella de Fuego tenía la impresión de que no estaba del todo contento con Estrella de Tigre como sustituto del viejo líder. Se preguntó qué

pensaría Nariz Inquieta sobre el anuncio de Estrella de Tigre, pero, aunque inspeccionó el claro meticulosamente, no vio ni rastro del curandero.

«¿Lo habrán dejado en casa para que no pueda negar las afirmaciones de Estrella de Tigre?», se dijo.

Al mismo tiempo, advirtió que Pedrizo tampoco estaba allí, y se preguntó si el lugarteniente del Clan del Río tendría más problemas por su linaje mestizo. Se preguntó también qué pensaría sobre la decisión de su líder de aliarse con Estrella de Tigre.

Pero a quien sí vio en el claro de abajo fue a Cebrado. El antiguo guerrero

del Clan del Trueno estaba sentado junto a Patas Negras, el lugarteniente del Clan de la Sombra, y sus ojos destellaban de admiración, clavados en Estrella de Tigre. Era evidente que había ido derecho a su viejo aliado después de que lo expulsaran del Clan del Trueno.

—Todos sabéis —continuó Estrella de Tigre— que los cambios ya han empezado a llegar… cambios desagradables que escapan a nuestro control. En la pasada estación sin hojas, una buena parte del bosque quedó anegada por las inundaciones. Un incendio atravesó el territorio del Clan del Trueno. —Al mencionar el incendio,

lanzó una mirada a Estrella de Fuego, a quien le habría encantado borrar de un zarpazo la arrogancia de aquella cara con cicatrices de guerra—. Los Dos Patas están invadiendo nuestro territorio en un número cada vez mayor. La vida se está volviendo más dura, y mientras el bosque cambia a nuestro alrededor, nosotros debemos cambiar para enfrentarnos a esta crisis.

Abajo brotaron maullidos de apoyo, aunque Estrella de Fuego advirtió que procedían sólo de gatos del Clan de la Sombra y el Clan del Río. Los guerreros del Clan del Trueno y el Clan del Viento estaban intercambiando miradas de

asombro, como si no entendieran lo que Estrella de Tigre intentaba decir. Estrella de Fuego se sentía igual de desconcertado. Estaba tan convencido de que Estrella de Tigre iba a revelar el secreto de Vaharina y Pedrizo en la Asamblea, y a exigir al Clan del Trueno que le entregara a Zarzo y Zarpa Trigueña, que se había preparado para eso, pero ahora debía hacer frente a un desafío completamente distinto.

—El Clan Estelar me ha enseñado el camino —maulló Estrella de Tigre lanzando una mirada al cielo, donde las nubes de tormenta estaban creciendo cada vez más—. Para sobrevivir a las

dificultades que se avecinan, debemos estar juntos. Como cuatro clanes, desperdiciamos nuestras energías luchando entre nosotros. Como uno solo, seríamos fuertes. ¡Debemos unirnos!

Un completo silencio recibió sus palabras. Estrella de Fuego pudo oír hasta la leve brisa que movía las ramas sin hojas de los cuatro robles y, en la distancia, el sonido apagado de un trueno. Se quedó mirando a Estrella de Tigre con la boca abierta. ¿Un solo clan en el bosque? ¿Cuando el Clan Estelar siempre había decretado que debían ser cuatro?

—Estrella Leopardina está de

acuerdo en unir el Clan del Río con el Clan de la Sombra —les contó Estrella de Tigre—. Seremos líderes conjuntos de un clan mayor que se conocerá como el Clan del Tigre.

«¿Líderes conjuntos?». Estrella de Fuego no se lo creyó ni por un instante. Estrella de Tigre jamás compartiría su liderazgo con ningún gato.

Entonces el gato oscuro se volvió hacia Estrella Alta y Estrella de Fuego.

—Hemos venido a invitaros a que os unáis al nuevo clan —maulló, con sus ojos ámbar centelleando—. Gobernemos el bosque juntos en amistad y en paz.

Antes de que terminara de hablar,

Estrella Alta se adelantó con el pelo erizado agresivamente. Pero no respondió a Estrella de Tigre; en vez de eso, se dirigió a todos los gatos del claro.

—El Clan del Tigre era el nombre de uno de los grandes clanes de los antiguos tiempos. —Su voz resonó fuerte y clara como si todavía fuera un gato joven—. Estrella de Tigre no tiene derecho a utilizarlo ahora. Y tampoco tiene derecho a cambiar el número de clanes del bosque. Hemos vivido como cuatro clanes durante incontables estaciones, siguiendo el código guerrero establecido por el Clan Estelar. Dejar a

un lado nuestras antiguas costumbres nos abocará al desastre. —Volviéndose hacia Estrella de Tigre, bufó—: ¡Prefiero morir antes que unir mi clan al tuyo!

Estrella de Tigre parpadeó despacio. Estrella de Fuego vio un peligroso fulgor en sus ojos, pero el atigrado respondió con voz tranquila:

—Te comprendo, Estrella Alta. Éstos son asuntos importantes, y un gato viejo como tú necesitará tiempo para ver que lo que estoy proponiendo es bueno para todos nuestros clanes.

—No soy tan viejo como para haber perdido la chaveta, ¡excremento de

zorro!

Estrella de Tigre pegó las orejas al cráneo, pero se contuvo.

—¿Y qué piensa el nuevo líder del Clan del Trueno? —preguntó con tono despectivo. Todo el odio que había sentido siempre por el guerrero rojizo estaba contenido en esas palabras; incluso el aire parecía oler a quemado.

A Estrella de Fuego le latieron las venas como si estuvieran llenas de hielo mientras se imaginaba el futuro. Su territorio y el de Estrella Alta se hallaban entre el de Estrella de Tigre y Estrella Leopardina. Con el Clan de la Sombra y el Clan del Río aliados, los

dos clanes restantes podrían quedar aplastados.

Al mirar hacia abajo, Estrella de Fuego vio que la desazón se extendía entre los guerreros del Clan del Trueno y el Clan del Viento.

Tormenta de Arena se puso en pie para maullar:

—¡Jamás, Estrella de Tigre, jamás!

Pero algunos gatos del Clan del Viento estaban hablando nerviosamente entre sí, como considerando la proposición del atigrado oscuro. Estrella de Fuego comprendió que su rival había sido muy listo. Buena parte de lo que había dicho era cierto… los

tiempos se estaban volviendo más duros por todas las razones que había dado. Quizá algunos gatos creyeran que sus problemas podrían solucionarse uniéndose todos en un solo clan. Pero Estrella de Fuego estaba convencido de que los gatos del bosque sólo podrían cumplir su destino si había cuatro clanes. Y aunque hubiera considerado un momento la idea de unirse en uno solo, la habría rechazado si Estrella de Tigre iba a ser el líder.

—Bueno, Estrella de Fuego —maulló el atigrado con voz profunda, lanzando otra mirada al cielo de aspecto tormentoso—. ¿Te has quedado sin

lengua?

Estrella de Fuego dio un par de pasos para situarse junto a Estrella Alta.

—Jamás permitiré que tomes el mando de mi clan —bufó.

—Oblíganos —lo invitó Estrella Alta—. Si puedes.

—¿Obligaros? —Los ojos color ámbar de Estrella de Tigre se dilataron; durante un segundo, casi pareció sinceramente dolido—. He venido aquí en son de paz con un plan que nos ayude. Estrella Alta, Estrella de Fuego, quiero que reconozcáis que ésta es la decisión correcta y que vengáis a mí de buen grado. Pero no tardéis demasiado —

añadió, con un deje amenazador—. El Clan Estelar no esperará eternamente.

Estrella de Fuego se encendió de rabia. ¿Cómo se atrevía Estrella de Tigre a declarar que su intento de apoderarse de todo el bosque era la voluntad del Clan Estelar?

Girando en redondo, le dio la espalda al líder del Clan de la Sombra y se dirigió al borde de la Gran Roca, desde donde podría mirar a todos los gatos congregados. Había llegado la hora de hablar. Cuando terminara, Estrella de Tigre quedaría expuesto como lo que era: un asesino que avanzaba a través de la sangre de

innumerables gatos para conseguir lo que quería. ¡Que Estrella Leopardina viera en qué clase de gato había confiado!

—¡Gatos del Clan del Viento, Clan del Río y Clan de la Sombra! —maulló Estrella de Fuego—. Ya no puedo seguir guardando silencio. No debéis fiaros de Estrella de Tigre más de lo que os fiaríais de un tejón acorralado.

Con el rabillo del ojo, vio un veloz movimiento en Estrella de Tigre, que tensaba los músculos bajo el ondulante pelaje atigrado, pero el líder del Clan de la Sombra miró hacia arriba, se controló y continuó escuchando con

expresión de indiferencia deliberada.

—Sé que muchos de vosotros os habéis preguntado por qué Estrella de Tigre abandonó el Clan del Trueno —prosiguió Estrella de Fuego—. ¿Queréis saber la verdad? Es un gato ávido de poder y peligroso, y está dispuesto a matar a otros gatos para obtener lo que desea.

Se interrumpió cuando un rayo estalló en el cielo, una abrasadora garra blanca que rastrilló el bosque. Retumbaron truenos, ahogando las palabras de Estrella de Fuego; sonó como si la propia Gran Roca estuviera rompiéndose en pedazos.

—¡Una señal! ¡Una señal! —bramó Estrella de Tigre. Miró hacia el cielo; sus ojos amarillos relucían bajo la luz de la luna que todavía brillaba entre las crecientes nubes—. Te doy las gracias, Clan Estelar, por mostrarnos tu voluntad. Esta Asamblea ha concluido.

Ordenando a sus gatos que lo siguieran, se preparó para bajar de la Gran Roca. Antes de saltar, giró la cabeza entornando los ojos con odio.

—Qué lástima, minino casero —siseó—. Piensa en mi oferta. Es tu última oportunidad de salvar a esos penosos gatos.

Antes de que Estrella de Fuego

tuviera ocasión de responder, el líder del Clan de la Sombra descendió de la Gran Roca y desapareció entre los arbustos que bordeaban la hondonada. Los gatos del Clan de la Sombra corrieron tras él. Después saltó Estrella Leopardina para reunir a sus guerreros.

Estrella Ata y Estrella de Fuego se quedaron pasmados, mientras un nuevo relámpago lo iluminaba todo. Una ráfaga de viento azotó la roca, derribando casi a Estrella de Fuego, y empezó a llover. Había estallado la tormenta.

Casi cegado por el intenso relámpago, Estrella de Fuego se deslizó por el lateral de la roca y recorrió la

hondonada hasta el abrigo de los arbustos, llamando de camino a sus guerreros. Al cabo de un momento se encontró agazapado bajo un espino con Látigo Gris y Tormenta de Arena apretujados junto a él. Tras sacudirse la lluvia del pelo, buscó con la mirada a Estrella Alta, pero el líder del Clan del Viento no lo había seguido.

La lluvia golpeaba el suelo con tal fuerza que las gotas se dispersaban en una rociada. Los cuatro robles se agitaban y crujían en el viento. La hierba y los helechos estaban aplastados por la furia de la tormenta. Pero el caos del claro no era peor que el caos de la

mente de Estrella de Fuego.

—¡No puedo creerlo! —exclamó, levantando la voz por encima del viento aullador—. Ni siquiera se me había ocurrido que Estrella de Tigre se atreviera a reclamar el poder sobre todo el bosque.

—Pero ¿qué podemos hacer? —preguntó Látigo Gris—. No has llegado a contar la verdad sobre Estrella de Tigre.

—No es culpa de Estrella de Fuego que haya estallado la tormenta —señaló Tormenta de Arena erizando el pelo.

—Demasiado tarde para preocuparse por eso —dijo el líder—.

Ya no tiene remedio. Debemos decidir qué hacemos ahora.

—¿Qué hay que decidir? —gruñó Tormenta de Arena. La luz de la batalla centelleaba en sus ojos verdes—. Pelearemos, por supuesto… hasta que echemos a ese montón de carroña del bosque de una vez por todas.

El líder asintió. Aunque no dijo nada, no pudo evitar pensar en la profecía de Estrella Azul durante su sueño junto a la Piedra Lunar.

«Cuatro se tornarán dos. El león y el tigre se enfrentarán en combate».

«“El tigre” debe de significar el nuevo Clan del Tigre, pero ¿quién o qué

es “el león”?». Estrella de Fuego dejó la cuestión a un lado al recordar las siniestras palabras finales de Estrella Azul:

«La sangre regirá el bosque».



13

El chubasco terminó pronto. Estrella de Fuego condujo a sus gatos a casa a través del bosque empapado mientras el cielo iba despejándose. El Manto Plateado resplandecía intensamente, y Estrella de Fuego alzó la vista para rogar en silencio: «Gran Clan Estelar, muéstrame qué hacer».

Empezó a preocuparse por si Estrella de Tigre había mandado guerreros a atacar el campamento mientras él y sus acompañantes estaban lejos. Sería una forma de debilitar al Clan del Trueno, para que su líder no tuviera más remedio que aliarse, junto con sus gatos supervivientes, con el Clan del Tigre. Sintió una oleada de alivio al salir del túnel de aulagas y descubrir que todo estaba en paz.

Tormenta Blanca, que estaba montando guardia delante de la guarida de los guerreros, se levantó al verlo.

—Habéis regresado pronto. Me preguntaba si esas nubes de tormenta

taparían la luna.

—Así ha sido, pero es mucho peor que eso —contestó el líder.

—¿Peor?

Al lugarteniente se le salieron los ojos de las órbitas mientras Estrella de Fuego le contaba lo sucedido en la Asamblea, justo antes de que los rayos y truenos le impidieran revelar la verdad. Se les unieron más gatos, y el líder oyó maullidos de alarma mientras su clan se enteraba de lo que estaba planeando Estrella de Tigre.

—Cuando por fin ha estallado la tormenta —concluyó—, Estrella de Tigre ha dicho que era una señal del

Clan Estelar para demostrar que contaba con su apoyo. Él y Estrella Leopardina se han ido, de modo que se ha acabado la Asamblea.

—Puede que fuera una señal —maulló Tormenta Blanca pensativo—, pero una señal de que el Clan Estelar está furioso con Estrella de Tigre.

—Carbonilla, ¿tú qué opinas? —le preguntó Estrella de Fuego a la curandera, que había escuchado el relato con un hondo presentimiento en sus ojos azules.

—No lo sé —admitió la gata—. Si era una señal, significaría que el Clan Estelar no quería que contaras la verdad

sobre Estrella de Tigre, y me cuesta mucho creer eso. —Se encogió de hombros—. En ocasiones, una tormenta no es más que una tormenta.

—Pues ésta ha sido muy desafortunada para el Clan del Trueno —masculló Rabo Largo.

—Ojalá hubiera estado allí —gruñó Nimbo Blanco—. Habría degollado a Estrella de Tigre. Y se acabaron los problemas.

—En ese caso, mejor que no hayas estado allí —replicó Estrella de Fuego—. ¿Atacar al líder de un clan durante una Asamblea? Eso sí que habría enfurecido al Clan Estelar.

Nimbo Blanco miró a su líder entornando los ojos, en los que brillaba un claro desafío.

—Entonces, ¿por qué el Clan Estelar no hace algo para ayudarnos, si es tan poderoso?

—Quizá lo haga —intervino Centella con delicadeza.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Musaraña. Estaba descansando el peso de su cuerpo de una pata a otra, como si estuviera impaciente por salir del campamento y encararse con sus enemigos—. No estarás pensando en unirte a ése… Clan del Tigre, ¿verdad?

—Jamás —la tranquilizó Estrella de

Fuego—. Pero necesitamos tiempo para pensar y descansar. —Bostezó, estirándose—. De momento, hay que organizar patrullas extra. ¿Algún voluntario para salir en la del alba?

—Yo —se ofreció Musaraña al instante.

—Gracias. Estate alerta a lo largo de la frontera con el Clan de la Sombra. Y si te encuentras con algún guerrero de Estrella de Tigre, ya sabes lo que tienes que hacer.

—Oh, sí. —Nimbo Blanco sacudió la cola con ansia—. Yo iré contigo, Musaraña. Me vendría bien un poco de pelo del Clan de la Sombra para

forrarme el lecho.

Estrella de Fuego no intentó refrenar la hostilidad del joven guerrero. Ningún gato dudaría de la lealtad de Nimbo Blanco al Clan del Trueno, por muy desdeñoso que se mostrara con el Clan Estelar y el código guerrero.

Tormenta Blanca llamó a Fronde Dorado y Espinardo para que salieran también con la patrulla, y los cuatro se marcharon a descansar un poco antes del amanecer. Uno por uno, los demás miembros del clan se encaminaron a sus guaridas. Estrella de Fuego notó lo conmocionados que estaban y el miedo que no lograban ocultar.

Por fin se quedó solo con Carbonilla. Soltó un largo suspiro.

—¿Alguna vez terminará esto? —murmuró.

Carbonilla restregó su hocico contra el de él para consolarlo.

—No lo sé. Está en manos del Clan Estelar. —Entornó los ojos—. Pero a veces creo que no habrá paz en el bosque hasta que Estrella de Tigre haya muerto.

—Muy bien —maulló Estrella de Fuego—. Atácame.

A unos zorros de distancia, Zarzo se

agazapó sobre el suelo de la hondonada. Estrella de Fuego aguardó mientras el aprendiz empezaba a avanzar sigilosamente hacia él; sus ojos color ámbar iban de un lado a otro, como si intentara elegir el mejor lugar para golpear.

Al cabo de un segundo, Zarzo saltó por el aire. Pero Estrella de Fuego estaba preparado para recibirlo; tras deslizarse deprisa a un lado, dio un cabezazo en el costado del joven cuando aterrizó. El gato perdió el equilibrio y rodó por el suelo levantando polvo.

—Tendrás que ser más rápido —le dijo Estrella de Fuego—. No le des

tiempo para pensar a tu enemigo.

Zarzo se puso en pie a trompicones, escupiendo arena, y de inmediato saltó de nuevo. Sus zarpas extendidas impactaron en un lado de la cabeza de Estrella de Fuego y lo tiraron al suelo. Zarzo lo inmovilizó, con la nariz casi tocando la del líder.

—¿Así? —preguntó.

Estrella de Fuego lo empujó.

—¡Deja que me levante, bulto peludo! —Tras sacudirse el polvo de encima, añadió—: Sí, exactamente así. Eres muy prometedor, Zarzo.

Los ojos del aprendiz resplandecieron, y de pronto Estrella de

Fuego se sintió como si estuviera viendo a un joven Estrella de Tigre… pero aquél era como debería haber sido: fuerte, hábil, valiente y, sí, ambicioso, pero en Zarzo toda la ambición parecía concentrada en convertirse en el mejor guerrero posible al servicio de su clan.

Estrella de Fuego no pudo reprimir un ronroneo de satisfacción. En medio de todos los problemas que asediaban al Clan del Trueno, era un alivio escapar durante un rato para una sesión de entrenamiento con su aprendiz.

Pero las siguientes palabras de Zarzo le recordaron sus otras responsabilidades, más pesadas:

—Estrella de Fuego, quería preguntarte una cosa… ¿por qué todos los gatos piensan que sería malísimo formar parte del Clan del Tigre?

—¡¿Qué?! —bramó el líder con una oleada de rabia; apenas podía creer que su aprendiz le hiciera esa pregunta.

Zarzo se estremeció, pero continuó, mirando a su mentor a los ojos sin amilanarse:

—Ceniciento me ha contado lo que dijo Estrella de Tigre. Es cierto que son tiempos difíciles. Todos se quejan sin parar de la escasez de presas y de que en el bosque hay más Dos Patas que nunca. Además, el Clan del Tigre será el

más fuerte del bosque si el Clan del Río se une al Clan de la Sombra. ¿No sería lógico que nosotros también nos uniéramos a ellos?

Estrella de Fuego respiró hondo. Después de todo, él mismo había hecho ese tipo de preguntas a su llegada al bosque, sin comprender por qué debía haber rivalidad y peleas entre los clanes. Se sentó al lado de Zarzo.

—No es tan sencillo como eso —maulló—. Por un lado, siempre ha habido cuatro clanes en el bosque. Por el otro, eso significaría el final del Clan del Trueno.

—¿Por qué?

—Porque no podemos creer a Estrella de Tigre cuando dice que los cuatro líderes gobernarían conjuntamente. —Intentó expresarlo con amabilidad, recordando que estaba hablando del padre de su aprendiz, pero no iba a ocultar la pura verdad—. Estrella de Tigre se haría con el control. Perderíamos todo lo que nos convierte en el Clan del Trueno.

Zarzo guardó silencio unos segundos. Finalmente maulló:

—Ya veo. Gracias, Estrella de Fuego. Eso es lo que quería saber.

—Entonces sigamos adelante. —El líder se levantó de un salto—. Hay un

movimiento que creo que podría resultarte útil…

Pero, mientras continuaba con la sesión de entrenamiento, descubrió que su optimismo sobre la lealtad de Zarzo había empezado a desvanecerse.

Al terminar la sesión de entrenamiento, Estrella de Fuego mandó a Zarzo a cazar para los veteranos. Estaba a punto de regresar al campamento cuando Nimbo Blanco apareció en lo alto de la hondonada arenosa, seguido de cerca por Centella.

—¡Estrella de Fuego! Íbamos a

practicar los movimientos de combate de Centella. ¿Te apetece ver sus progresos?

—Sí, por supuesto… adelante.

Aunque las heridas de Centella estaban curadas, a Estrella de Fuego le costaba pensar en ella como combatiente. No se imaginaba que algún día pudiera participar en una batalla con su clan. Pero desde su cambio de nombre parecía mucho más feliz y segura de sí misma, y él quería animarla todo lo que pudiera.

Centella y Nimbo Blanco corrieron al centro de la hondonada. Durante unos segundos, dieron unas vueltas frente a

frente, y luego Nimbo Blanco se abalanzó hacia Centella con las uñas envainadas y le dio un par de zarpazos en el lado ciego de la cara. La gata rodó por el impacto y Estrella de Fuego se puso en tensión, imaginándose el daño que podría haberle hecho un enemigo con las garras fuera y poniendo toda su fuerza en el golpe.

Pero, en vez de alejarse rodando de Nimbo Blanco, Centella se impulsó hacia él, enredando sus patas con las del joven y haciéndole perder el equilibrio. Estrella de Fuego irguió las orejas con interés mientras los dos gatos se retorcían juntos por la arena; de pronto,

Centella estaba encima de Nimbo Blanco, inmovilizándolo contra el suelo con una zarpa en su cuello.

—Nunca había visto eso —maulló Estrella de Fuego, reuniéndose con ellos mientras la gata soltaba a Nimbo Blanco y éste se levantaba de un salto para sacudirse el polvo—. Centella, inténtalo conmigo.

Con expresión nerviosa, Centella se enfrentó a él. A Estrella de Fuego le resultó más difícil de lo que esperaba atacarla por su lado ciego; la joven no dejaba de moverse adelante y atrás, de modo que él tenía que cambiar de posición. Cuando por fin saltó hacia la

gata, ésta se deslizó por debajo de sus patas extendidas y lo hizo caer de la misma manera con que había sorprendido a Nimbo Blanco. Estuvieron enzarzados unos minutos, hasta que por fin Estrella de Fuego consiguió sujetarla.

—Es más difícil de lo que parece, ¿verdad? —maulló Nimbo Blanco, acercándose con aire complacido.

—Desde luego que sí. Bien hecho, Centella. —Estrella de Fuego dejó que se levantara; el ojo bueno de la gata brillaba por la alabanza. Por primera vez, el líder empezó a preguntarse si, después de todo, la joven tendría futuro

como guerrera—. Sigue practicando. Y déjame que vuelva a ver tus avances dentro de poco. Creo que podrías tener algo que enseñar al clan.

Después de la tormenta, el tiempo volvió a ser frío. Todas las mañanas, la hierba y los helechos estaban cubiertos de escarcha, y hubo otra ligera nevada. Las presas eran más escasas todavía, y lo que los cazadores conseguían atrapar era pequeño y escuálido, apenas un bocado para un gato hambriento.

—Si no tomo una comida decente pronto, me convertiré en una sombra —

se lamentó Látigo Gris.

Él y Estrella de Fuego estaban de patrulla no muy lejos de los Cuatro Árboles, junto con Rabo Largo y Espinardo. Estrella de Fuego tenía la esperanza de encontrar más presas lejos del campamento, adonde no había llegado el incendio, pero la captura era penosamente pequeña.

—Voy a intentarlo junto al arroyo —maulló el líder.

Descendió la ladera, donde una mayor densidad de helechos y arbustos marcaba el trazado del arroyo. Cuando se detuvo a olfatear el aire, el olor a presas era tenue, y ningún sonido lo

alertó de la presencia de criaturas correteando entre la hierba.

Con tan poca carne fresca, el clan estaba debilitándose día a día. Soportar la estación sin hojas ya sería muy duro, pero por encima de eso estaba la nueva amenaza del Clan del Tigre. Estrella de Fuego se preguntó si serían lo bastante fuertes para defenderse.

Sus pasos lo condujeron instintivamente hacia el arroyo, donde se agachó para beber; tuvo que dar unos golpecitos a la fina capa de hielo del borde, y se sacudió de la pata gotitas heladas cuando por fin cedió.

Al inclinar la cabeza para lamer el

agua, el sol surgió a su espalda, abriéndose paso entre las hojas. La luz brilló sobre el agua y rodeó el reflejo de Estrella de Fuego con rayos dorados. Durante un momento, la imagen de su cabeza desapareció, reemplazada por la de un león rugiente. Era la criatura de la que Estrella de Fuego había oído hablar en muchos relatos de los veteranos; su pelaje del color de las llamas destellaba en una frondosa melena y sus ojos relucían con fuerza y poder ilimitados.

Sobrecogido, Estrella de Fuego se apartó de un salto, y soltó un maullido al chocar contra un árbol y caer sobre las hojas muertas que había entre sus raíces.

Cuando alzó la vista, Jaspeada estaba mirándolo desde el otro lado del arroyo.

Los ojos de la hermosa gata parda rebosaban de risa, y soltó un ronroneo risueño.

—¡Jaspeada! —exclamó Estrella de Fuego sin aliento.

Nunca se le había aparecido estando despierto, y se preguntó qué podría significar eso. Se puso en pie de un brinco, listo para cruzar el arroyo para ir junto a ella, pero la gata le hizo una seña con la cola para que se quedara donde estaba.

—Ten en cuenta lo que has visto, Estrella de Fuego —le dijo. Su risa se

había esfumado como la escarcha del amanecer—. Aprende lo que debes ser.

—¿Qué quieres decir? —se apresuró a preguntar Estrella de Fuego.

Pero, al terminar sus palabras, Jaspeada empezó a desvanecerse. Sus ojos permanecieron fijos en él, llenos de amor, y su cuerpo palideció hasta que Estrella de Fuego pudo ver la orilla a través de él.

—Jaspeada, no me dejes todavía —suplicó—. Te necesito.

Pero los ojos de la gata relucieron un segundo más y luego desaparecieron.

—¡Estrella de Fuego!

Era la voz de Látigo Gris. El líder

sacudió la cabeza para despejarse y se volvió hacia su amigo, que estaba descendiendo la pendiente.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Látigo Gris—. ¡Has maullado tan fuerte como para ahuyentar a todas las presas de aquí a los Cuatro Árboles!

—Estoy bien. Algo me ha asustado, eso es todo.

Látigo Gris lo observó un rato, como si no estuviera muy satisfecho con la explicación de su líder, y luego dio media vuelta.

—Lo que tú digas —maulló, subiendo de nuevo la ladera—. Ven a ver el conejo que ha cazado Rabo

Largo… ¡Es tan grande como un zorro!

Estrella de Fuego se quedó donde estaba. Seguía temblando por el impacto de su visión. Se había visto a sí mismo como uno de los grandes guerreros de los antiguos tiempos, un miembro del Clan del León. La profecía de Estrella Azul resonó de nuevo en su cabeza: «El león y el tigre se enfrentarán en combate».

¿Significaba eso que surgiría un nuevo clan —el Clan del León— para combatir al Clan del Tigre? ¿Y acaso el Clan Estelar pretendía que él lo liderara?



14

—Estrella de Fuego —maulló Látigo Gris—, quiero preguntarte una cosa.

Estrella de Fuego estaba junto a la extensión de ortigas. Acababa de ver cómo salía Fronde Dorado al frente de la patrulla del atardecer, y ahora estaba comiéndose su parte de carne fresca antes de encabezar otra patrulla para

echar un vistazo extra a la frontera con el Clan de la Sombra.

—Claro —contestó—. ¿De qué se trata?

Látigo Gris se sentó a su lado, pero, antes de que pudiera hablar, Zarpa Trigueña salió a grandes zancadas de la guarida de los veteranos y se dirigió al túnel de aulagas con la cabeza y la cola bien tiesas. Sus ojos ámbar llameaban de rabia. Zarzo apareció detrás de ella, con una bola de musgo en la boca. Parecía preocupado.

—¡Zarpa Trigueña! —la llamó Estrella de Fuego—. ¿Qué ocurre?

Durante un segundo, pensó que la

aprendiza iba a actuar como si no lo hubiera oído. Luego la gata giró bruscamente para colocarse frente a él.

—¡Orejitas! —bufó—. Si alguna vez un gato ha pedido que le arrancaran el pelo…

—No deberías hablar así de un veterano —la riñó Estrella de Fuego—. Orejitas ha prestado un buen servicio al clan, y deberíamos respetarlo por eso.

—¿Y qué pasa con respetarme a mí? —Zarpa Trigueña estaba tan furiosa que parecía haber olvidado que estaba hablando con su líder—. Sólo porque he tardado un poco en ir a retirar el musgo viejo de su lecho, Orejitas ha dicho que

Estrella de Tigre tampoco quería servir nunca a los veteranos, y que ya veía que yo iba a convertirme en lo mismo que mi padre. —Clavó las garras en el suelo arenoso del claro, como si estuviera imaginándose el pelo del viejo gato—. Y no es la primera vez que dice cosas así. ¡No veo por qué tengo que aguantarlo!

Zarzo se les unió mientras ella hablaba y dejó en el suelo el musgo que llevaba en la boca.

—Ya sabes que a Orejitas le duelen las articulaciones por el frío que hace —maulló.

—¡Tú no eres mi mentor! —Zarpa

Trigueña se encolerizó con su hermano —. No me digas lo que tengo que hacer.

—Tranquilízate, Zarpa Trigueña —maulló el líder. Quería asegurarle que nadie creía que terminaría siendo una traidora asesina como su padre, pero sabía que eso no era del todo cierto—. Estás haciendo muy bien las cosas como aprendiza, y vas a ser una gran guerrera. Antes o después, el clan lo verá.

—Eso es lo que yo le digo siempre —dijo Zarzo, y añadió para su hermana —: Tenemos que conseguir borrar lo que hizo Estrella de Tigre. Ésa es la única manera de que el clan crea en nuestra lealtad.

—Algunos gatos ya creen en ella —intervino Látigo Gris, y Zarzo le lanzó una mirada agradecida.

La furia de Zarpa Trigueña estaba empezando a apaciguarse, aunque sus ojos ámbar seguían ardiendo. Tras sacudir la cabeza, se alejó, y de camino al túnel de aulagas maulló por encima del hombro:

—Voy a buscar un poco de musgo fresco.

—Lo lamento, Estrella de Fuego —murmuró Zarzo cuando su hermana desapareció—. Pero Zarpa Trigueña tiene derecho a estar disgustada.

—Lo sé. Si puedo pillar a Orejitas

en un buen momento, tendré unas palabras con él.

—Gracias. —Zarzo inclinó la cabeza con gratitud, recogió la bola de musgo y corrió tras su hermana.

Estrella de Fuego se quedó mirando a los dos aprendices con preocupación. Decidió que tenía que hablar con Orejitas, y pronto.

Reprochar constantemente a los hermanos quién era su padre no era la forma de asegurar su lealtad al Clan del Trueno.

Al darse cuenta de que Látigo Gris seguía esperando pacientemente, maulló:

—Vale, cuéntame qué te preocupa.

—Se trata de mis hijos —confesó Látigo Gris—. Desde la Asamblea, no puedo sacármelos de la cabeza. Vaharina y Pedrizo no asistieron, así que no pude pedirles noticias suyas, pero, ahora que Estrella de Tigre prácticamente se ha apoderado del Clan del Río, estoy convencido de que corren peligro.

Estrella de Fuego dio un mordisco a su campañol y masticó pensativo.

—No veo por qué tendrían que estar más en peligro que cualquier otro gato —contestó tras tragarse el bocado—. Estrella de Tigre querrá cuidar de todos los aprendices para asegurarse una

buena fuerza de combate.

Su amigo no pareció convencido.

—Pero Estrella de Tigre sabe quién es el padre de mis cachorros —señaló—. Me odia, y a mí me inquieta que se desquite con Plumilla y Borrasquino.

Estrella de Fuego pensó que su amigo tenía razón respecto a la hostilidad de Estrella de Tigre.

—¿Qué propones que hagamos?

Látigo Gris parpadeó nerviosamente.

—Quiero que me acompañes al otro lado del río y que los traigamos de vuelta al Clan del Trueno.

Estrella de Fuego se quedó boquiabierto mirando a su amigo.

—¿Te has convertido en un ratón descerebrado? ¿Estás pidiéndole a tu líder que se cuele en el territorio del Clan del Río y secuestre a un par de aprendices?

Látigo Gris rascó el suelo con la pata delantera.

—Bueno, dicho así…

—¿Y cómo quieres que lo diga? —Estrella de Fuego intentó controlar su conmoción; la propuesta de su amigo estaba demasiado cerca del viejo crimen de Cola Rota de secuestrar cachorros. Si aceptaba, y el Clan del Río lo descubría, tendrían la justificación para atacar al Clan del Trueno. Y con el Clan de la

Sombra para ayudar a sus vecinos, Estrella de Fuego no podía arriesgarse.

—Sabía que no me escucharías. —Látigo Gris dio media vuelta para retirarse, arrastrando la cola.

—Te estoy escuchando. Látigo Gris, vuelve aquí y pensemos en eso. —Cuando su amigo se detuvo, continuó—: No sabes con certeza si Plumilla y Borrasquino están en peligro. Y ahora ya son aprendices, no cachorros. Tienen derecho a decidir su propio destino. ¿Y si quieren quedarse en el Clan del Río?

—Lo sé. —Látigo Gris sonó desesperado—. No te preocupes, Estrella de Fuego. Comprendo que no

hay nada que puedas hacer para ayudarme.

—Yo no he dicho eso. —Contra lo que le dictaba la razón, Estrella de Fuego sabía que no podía quedarse al margen, sin hacer nada por ayudar a su amigo. Éste levantó las orejas, medio esperanzado, cuando Estrella de Fuego continuó—: Supongo que deberemos ir con sigilo, sólo nosotros dos, a comprobar cómo están tus hijos. Si están bien, no tendrás que preocuparte más. Si no lo están, les diré que hay un lugar para ellos en el Clan del Trueno, si es eso lo que eligen.

Los ojos amarillos de Látigo Gris

habían empezado a brillar mientras su amigo hablaba.

—¡Eso es genial! —exclamó—. Gracias, Estrella de Fuego. ¿Podemos salir ahora mismo?

—Como quieras. Deja que primero me acabe este campañol. Tú ve a buscar a Tormenta Blanca y dile que se queda a cargo del campamento. Pero no le cuentes adónde vamos —se apresuró a añadir.

Látigo Gris corrió hacia la guarida de los guerreros mientras Estrella de Fuego engullía los últimos bocados de campañol y se pasaba la lengua por el hocico. Para cuando terminó, Látigo

Gris había reaparecido, y los dos amigos se encaminaron al túnel de aulagas.

Sin embargo, frenaron en seco cuando una conocida figura negra entró en el claro.

—¡Cuervo! —exclamó Estrella de Fuego—. Qué alegría verte.

—Qué alegría veros a vosotros —contestó el gato negro, entrechocando la nariz con Estrella de Fuego y Látigo Gris a modo de saludo—. ¡Látigo Gris! ¡Hacía lunas que no te veía! ¿Cómo estás?

—Estoy bien. Y es evidente que a ti las cosas te van bien —añadió,

examinando el lustroso pelaje de su amigo.

—He venido a presentar mis respetos a Estrella Azul —explicó Cuervo—. ¿Recuerdas, Estrella de Fuego? Me dijiste que podía hacerlo.

—Sí, por supuesto. —Estrella de Fuego miró a Látigo Gris, que estaba amasando el suelo con las zarpas, impaciente por partir—. Cuervo, ¿puedes ir a buscar a Carbonilla? Ella te enseñará dónde está enterrada Estrella Azul. Látigo Gris y yo tenemos una misión y hemos de salir.

—¡Como en los viejos tiempos! —maulló Cuervo, casi con envidia—.

¿Qué ocurre esta vez?

—Vamos a ir al Clan del Río para ver cómo se encuentran mis hijos —le contó Látigo Gris a toda prisa—. Estoy preocupado por ellos, ahora que Estrella de Tigre está al mando.

La mirada conmocionada de Cuervo le recordó a Estrella de Fuego que su amigo no sabía nada de los recientes sucesos del bosque. Le contó apresuradamente lo que Estrella de Tigre había anunciado en la última Asamblea.

—Pero ¡eso es un desastre! —bufó Cuervo al cabo—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar? Podría acompañaros.

Le brillaban los ojos. Estrella de Fuego se imaginó que Cuervo estaba entusiasmado por la perspectiva de una aventura. Qué diferente era ahora del nervioso aprendiz de antes, acosado por su feroz mentor, Estrella de Tigre.

—De acuerdo —maulló, confiando en su instinto de que sería bueno tener a Cuervo con ellos—. Nos alegrará contar contigo.

Mientras atravesaba el bosque con sus dos viejos amigos al lado, Estrella de Fuego sintió la mente desbordada de recuerdos de cuando entrenaban y cazaban juntos como aprendices. Durante un breve instante, incluso pudo

imaginar que aquellos días habían regresado, que él se había desprendido de sus responsabilidades como de hojas muertas y que volvía a ser joven y despreocupado.

Pero sabía que eso era imposible. Ahora era el líder del clan, y jamás podría escapar de sus obligaciones con los gatos que dependían de él.

El sol se había puesto cuando Estrella de Fuego y sus amigos llegaron a la linde del bosque. Tras advertir a Látigo Gris y Cuervo que se quedaran atrás, Estrella de Fuego avanzó sigilosamente

entre la maleza hasta que pudo asomarse al río.

Delante de él estaban los pasaderos, la ruta más fácil para entrar en el territorio del Clan del Río. Mientras examinaba la fría agua gris, Estrella de Fuego captó un fuerte olor a gatos… una mezcla del Clan del Río y el Clan de la Sombra. Una patrulla estaba recorriendo la orilla opuesta. Se hallaban demasiado lejos para que estuviera seguro de quiénes eran, pero no distinguió el pelaje gris de Vaharina ni de Pedrizo.

Sintió una punzada de decepción. Si alguno de los hermanos hubiera estado cerca de la frontera, Látigo Gris podría

haberle preguntado por sus hijos y el asunto habría terminado ahí. Ahora tendrían que internarse en el territorio del Clan del Río.

Estrella de Fuego sabía que estaba arriesgándolo todo tratando de entrar y salir sin que los sorprendieran. Si alguna vez se descubría que un líder de clan había traspasado la frontera de otro territorio, tendrían problemas. Pero también sabía que debía hacerlo por Látigo Gris.

Su amigo se había acercado hasta él.

—¿Qué ocurre? —susurró—. ¿Por qué estamos esperando aquí?

Estrella de Fuego señaló con las

orejas la patrulla. Ésta desapareció al cabo de un momento en un carrizal, y su olor se desvaneció lentamente.

—De acuerdo, vamos —maulló Estrella de Fuego.

Encabezando la marcha, saltó de un pasadero a otro por encima de las negras y veloces aguas. Recordó las inundaciones de la última estación sin hojas, cuando Látigo Gris y él estuvieron a punto de ahogarse por salvar la vida de los cachorros de Vaharina. Se dijo que Estrella Leopardina se había olvidado de eso convenientemente, al igual de cómo los dos guerreros del Clan del Trueno

ayudaron a los hambrientos gatos del Clan del Río llevándoles carne fresca de sus propios terrenos de caza.

Pero no servía de nada pensar ahora en eso. Tras alcanzar la ribera opuesta, Estrella de Fuego se escondió entre unos juncos y volvió a comprobar que no había enemigos cerca. Lo único que percibía era el rastro de la patrulla, cada vez más difuminado.

Pisando con cuidado, fue río arriba en dirección al campamento del Clan del Río. Látigo Gris y Cuervo lo siguieron, silenciosos como sombras.

De pronto notaron un nuevo olor en la brisa. Estrella de Fuego se detuvo

agitando los bigotes. Se le pusieron los ojos como platos al reconocer el hedor de la carroña, carne que llevaba días pudriéndose hasta envenenar el aire con su repugnante pestilencia.

—¡Puaj! ¿Qué es eso? —gruñó Cuervo, olvidándose de que debían guardar silencio.

Estrella de Fuego se tragó la bilis que le había subido por la garganta.

—No lo sé. Diría que es la madriguera de un zorro, pero no huele a zorro.

—Sea lo que sea, apesta —masculló Látigo Gris—. Vamos, Estrella de Fuego, tenemos que seguir adelante

antes de que nos descubra alguien.

—No —replicó el líder—. Sé que estás preocupado por tus hijos, pero esto es demasiado raro. Debemos investigar.

A unas pocas colas de distancia, un diminuto arroyo desembocaba perezosamente en el río principal. Estrella de Fuego se dio la vuelta para seguirlo a través de un cañaveral. El hedor se volvió más intenso; bajo el olor de la carroña, Estrella de Fuego empezó a distinguir el de muchos gatos, una mezcla del Clan del Río y el Clan de la Sombra, como la patrulla. Al oír ruidos, se detuvo e hizo una seña a sus amigos para que lo imitaran: era una

mezcolanza de movimientos y voces felinas entre los juncos.

—¿Qué diablos es esto? —susurró Látigo Gris—. No estamos ni remotamente cerca del campamento.

Estrella de Fuego pidió silencio con la punta de la cola. Por lo menos, aquella fetidez enmascararía su olor del Clan del Trueno y les facilitaría mantenerse escondidos.

Más cautelosamente que nunca, Estrella de Fuego siguió avanzando hasta que los juncos empezaron a desaparecer y llegó al lindero de un claro. Pegando la barriga al húmedo suelo, continuó todo lo que se atrevió

para echar un vistazo.

Tuvo que apretar las mandíbulas con fuerza para contener un maullido de conmoción y furia. El arroyo discurría por un lado del claro, y sus aguas estaban casi estancadas por los restos de carne fresca que habían lanzado allí para que se pudrieran. Había gatos en la orilla despedazando presas, pero no fue eso lo que encendió la ira de Estrella de Fuego.

Justo enfrente de su escondrijo, en el extremo opuesto del claro, había un gran montículo de huesos. Resplandecían como ramas desnudas bajo la última luz del día. Algunos eran diminutos huesos

de musaraña, no mayores que un diente; otros, tan grandes como la tibia de un zorro o un tejón.

Un temblor frío atenazó el cuerpo de Estrella de Fuego. Durante un segundo creyó que había vuelto a su sueño de los Cuatro Árboles. Recordó la sangre que manaba de aquella colina de huesos y su deseo de huir de terror. Pero esto era mucho peor que el sueño, porque estaba sucediendo en el mundo real. Y acomodado en lo alto de la montaña, con su pelo negro contra los restos blanqueados por el sol, se hallaba Estrella de Tigre, el líder del nuevo clan unido.

Estrella de Fuego se obligó a quedarse escondido. Tenía que averiguar qué estaba haciendo Estrella de Tigre. Látigo Gris y Cuervo se colocaron junto a él sigilosamente. A Cuervo se le erizó el pelo, y Látigo Gris pareció estar a punto de vomitar.

Cuando la primera impresión comenzó a remitir, Estrella de Fuego examinó la escena minuciosamente. El montículo estaba formado sólo por huesos de presas, no mezclado con huesos de gato como en su sueño. A un lado se hallaba el lugarteniente del Clan de la Sombra, Patas Negras. Al otro lado estaba Estrella Leopardina. La gata

miraba el claro de un extremo a otro, nerviosa. Estrella de Fuego se preguntó si se arrepentía, y supuso que la ambición de la gata de hacer fuerte a su clan la había cegado y no podía ver la verdadera naturaleza de Estrella de Tigre. Pero, fuera lo que fuese lo que sentía la antigua líder del Clan del Río, ya era demasiado tarde para volverse atrás.

—No veo a mis hijos —susurró Látigo Gris al oído de su líder.

Vaharina y Pedrizo tampoco estaban allí. De hecho, la mayor parte de los gatos del claro procedían del Clan de la Sombra, aunque Estrella de Fuego

reparó en Prieto y Paso Potente, guerreros del Clan del Río. Tampoco había ni rastro de ningún curandero, y se preguntó si eso sería importante.

Seguía contemplando la escena, demasiado atónito para saber qué hacer, cuando Estrella de Tigre se puso en pie. Algunos pequeños huesos rodaron hasta el suelo con un tamborileo. Los ojos del atigrado oscuro llamearon bajo la agonizante luz del día cuando soltó un maullido triunfal.

—¡Gatos del Clan del Tigre, acudid en torno a la Colina de Huesos para una reunión del clan!

De inmediato, los gatos del claro se

acercaron al montículo para agacharse ante él respetuosamente. Otros aparecieron entre los carrizos.

—Estrella de Tigre debe de haber construido esa colina para que se parezca a la Peña Alta —murmuró Cuervo—. Para poder mirar a su clan desde arriba.

El atigrado oscuro aguardó hasta que sus guerreros estuvieron colocados, y entonces anunció:

—Ya es hora de que empiece el juicio. ¡Traed a los prisioneros!

Estrella de Fuego intercambió una mirada de desconcierto con Látigo Gris. ¿De dónde había sacado prisioneros

Estrella de Tigre? ¿Acaso ya había atacado al Clan del Viento?

A la orden de Estrella de Tigre, un guerrero del Clan de la Sombra (Colmillo Roto, que había sido uno de los proscritos de Cola Rota) desapareció entre los juncos. Regresó al cabo de un momento llevando a rastras a otro gato. Al principio, Estrella de Fuego no reconoció al escuálido guerrero gris con el pelo enmarañado y una oreja destrozada y ensangrentada. Luego, cuando Colmillo Roto lo empujó al centro del círculo de gatos que había bajo la Colina de Huesos, se dio cuenta de que era Pedrizo.

Estrella de Fuego notó que Látigo Gris se ponía en tensión a su lado, y alzó una pata para advertirle que no los pusiera en peligro revelando su presencia. Látigo Gris agitó las orejas, pero permaneció quieto y en silencio, observando.

Los carrizos se separaron de nuevo. Esa vez, supo al instante qué gato había llegado al claro, con el pelo lustroso y la cabeza erguida orgullosamente. Se trataba de Cebrado. «¡Traidor!», pensó, con el estómago encogido de rabia.

Más movimientos en el cañaveral anunciaron la llegada de otro guerrero del Clan de la Sombra; conducía a dos

gatos más pequeños, un atigrado gris plata y otro de espeso pelaje gris. Estaban tan flacos como Pedrizo, y entraron en el claro con pasos inseguros y tambaleantes. Apretujándose el uno contra el otro a la sombra de la Colina de Huesos, miraron alrededor con ojos desorbitados y atemorizados.

Un frío gélido atenazó los músculos de Estrella de Fuego. Los jóvenes gatos eran los hijos de Látigo Gris: Plumilla y Borrasquino.



15

Látigo Gris gruñó desde lo más hondo de la garganta y se dispuso a saltar.

—¡No! —exclamó Estrella de Fuego con voz ahogada, abalanzándose sobre su amigo antes de que éste abandonase la sombra de los juncos—. Si Estrella de Tigre nos ve, ¡nos hará picadillo!

Cuervo agarró a Látigo Gris por el

omóplato.

—Estrella de Fuego tiene razón —siseó—. ¿Qué posibilidades tendríamos contra esos gatos?

Látigo Gris se retorció desesperadamente, como si no los hubiera oído.

—¡Soltadme! —gruñó—. ¡Haré pedazos a esa cagarruta de zorro! ¡Le arrancaré el corazón!

—No —repitió el líder en un susurro angustiado—. Acabarán con nosotros si salimos de aquí. No vamos a abandonar a tus cachorros, Látigo Gris, te lo prometo, pero tenemos que esperar el momento apropiado para hacerlo.

Látigo Gris siguió debatiéndose un rato más y luego se calmó con un gruñido de aceptación. Estrella de Fuego lo soltó, con una seña a Cuervo para que él también lo soltara.

—Escucha —murmuró—. Vamos a enterarnos de qué está pasando.

Mientras estaban sujetando a Látigo Gris, Estrella de Tigre había empezado a hablar, y su voz había tapado el ruido de la refriega entre los carrizos.

—Gatos del Clan del Tigre, todos conocéis las dificultades a las que tenemos que enfrentarnos. El frío de la estación sin hojas nos amenaza. Los Dos Patas nos amenazan. Los otros dos

clanes del bosque, que aún no han comprendido las ventajas de unirse al Clan del Tigre, son una amenaza para nosotros.

Estrella de Fuego sacudió la cola con furia y lanzó una mirada a Látigo Gris. ¡La amenaza era Estrella de Tigre! Lo único que querían el Clan del Trueno y el Clan del Viento era seguir con sus vidas en paz, de acuerdo con las antiguas tradiciones del Clan Estelar y el código guerrero.

Pero los llameantes ojos de Látigo Gris estaban clavados en sus dos hijos, encogidos al pie de la Colina de Huesos. El guerrero no reparó en la

mirada de su amigo.

—Rodeados de enemigos como estamos —continuó Estrella de Tigre—, debemos estar seguros de la lealtad de nuestros propios guerreros. En el Clan del Tigre no hay sitio para los indiferentes. No hay sitio para gatos que puedan vacilar en la batalla o, peor todavía, que puedan volverse contra sus propios compañeros. ¡El Clan del Tigre no tolerará traidores!

«Excepto al traidor que lo lidera —pensó Estrella de Fuego—. O a Cebrado, que habría sido capaz de ver cómo su clan era devorado por los perros».

Los gatos del claro rompieron a maullar con aprobación. Estrella de Tigre dejó que el clamor continuara un momento antes de pedir silencio con la cola. Las voces enmudecieron, y él empezó a hablar de nuevo.

—Y por encima de todo, no toleraremos la aberración de los gatos mestizos. Ningún guerrero leal debería emparejarse nunca con un miembro de otro clan, adulterando la sangre pura que nuestros antepasados guerreros quisieron para nosotros. Estrella Azul y Látigo Gris, ambos del Clan del Trueno, incumplieron el código guerrero al emparejarse con miembros del Clan del

Río. Los hijos de tales uniones, como los que veis delante de vosotros, no son dignos de confianza.

Hizo una pausa, y su lugarteniente, Patas Negras, vociferó:

—¡Basura, basura!

Cebrado recogió el testigo, y un coro de gritos y alaridos repitió sus palabras. En esa ocasión, Estrella de Tigre dejó que las voces se apagaran por sí solas, observando a los gatos con expresión de tranquila satisfacción.

«Él y Patas Negras deben de haber orquestado todo esto», comprendió Estrella de Fuego horrorizado.

Advirtió que los que gritaban más

eran los guerreros del Clan de la Sombra. Los gatos del Clan del Río se les unieron con menos entusiasmo; Estrella de Fuego supuso que quizá no estaban totalmente de acuerdo con el líder del Clan de la Sombra, pero no se atrevían a permanecer en silencio.

Los dos aprendices del Clan del Río estaban casi pegados al suelo, como si temieran que los arrastrara la tempestad de la furia del clan. Pedrizo se agachó junto a ellos como para protegerlos, mirando alrededor con expresión desafiante.

«¿Dónde está Vaharina? —se preguntó Estrella de Fuego—. Estrella

de Tigre sabe que también es hija de Estrella Azul. ¿Qué ha hecho con ella?».

El atigrado oscuro tomó de nuevo la palabra.

—Hasta ahora se ha tolerado a los gatos mestizos, pero ya ha pasado el tiempo de la tolerancia. En el Clan del Tigre no hay lugar para guerreros que deben lealtad a dos clanes. ¿Cómo podemos confiar en que no traicionen nuestros secretos, o que incluso se vuelvan en nuestra contra y nos maten? ¿Podemos esperar que el Clan Estelar combata a nuestro lado si permitimos que los impuros de corazón y sangre se paseen libremente entre nosotros?

—¡No! —bramó Cebrado, sacando las uñas y sacudiendo la cola de un lado a otro.

—No, amigos míos; ¡debemos deshacernos de la abominación que habita entre nosotros! Entonces, nuestro clan volverá a estar limpio y podremos contar con el favor del Clan Estelar.

Pedrizo se levantó de un salto. Estaba tan débil que se tambaleó y estuvo a punto de caer, pero logró mantenerse recto y encararse a Estrella de Tigre.

—Ningún gato ha puesto en duda mi lealtad jamás —gruñó—. ¡Baja aquí y dime a la cara que soy un traidor!

Estrella de Fuego tuvo ganas de maullar ante el desesperado valor del guerrero gris azulado. Estrella de Tigre podría haberlo aplastado con una sola zarpa, y sin embargo Pedrizo se mantuvo desafiante.

—Vaharina y yo no supimos que Estrella Azul era nuestra madre hasta hace un par de lunas —declaró Pedrizo—. Hemos sido leales al Clan del Río toda nuestra vida. ¡Qué cualquier gato que piense lo contrario venga aquí y lo demuestre!

Estrella de Tigre movió la cola rabiosamente hacia Estrella Leopardina.

—Tuviste un criterio lamentable al

elegir a ese gato como lugarteniente —gruñó—. El Clan del Río está ahogándose por las malas hierbas de la traición, y debemos arrancarlas.

Para desolación de Estrella de Fuego, Estrella Leopardina inclinó la cabeza. Ese gesto revelaba hasta dónde llegaba el poder de Estrella de Tigre, pues aquella gata, que había sido una formidable líder de clan, no podía o no quería proteger a su propio lugarteniente.

Aun así, las palabras del atigrado oscuro dieron esperanzas a Estrella de Fuego. Sonaba como si Estrella de Tigre fuera a desterrar a Pedrizo y los dos

aprendices. Si era así, él y sus amigos podrían esperarlos en la frontera, listos para llevarlos al Clan del Trueno, donde estarían a salvo.

Cuando Estrella de Tigre habló de nuevo, su voz sonó comedida y fría:

—Pedrizo, te daré la oportunidad de demostrar tu lealtad al Clan del Tigre. Mata a estos dos aprendices mestizos.

Un silencio escalofriante se abatió sobre el claro, y Látigo Gris pegó un respingo horrorizado. Afortunadamente, los guerreros del Clan del Tigre estaban tan absortos en la escena que no lo oyeron.

—¡Estrella de Fuego! —susurró

Látigo Gris—. ¡Tenemos que hacer algo!

Hundió las garras en el suelo tensando los músculos, listo para saltar, aunque tenía los ojos clavados en su líder, como si esperara su orden para atacar.

Cuervo se volvió hacia Estrella de Fuego, con los ojos relucientes de angustia.

—¡No podemos quedarnos viendo cómo los matan!

Estrella de Fuego notó cómo se le erizaba el pelo de la tensión. Sabía que no podría quedarse escondido mientras aniquilaban a los hijos de Látigo Gris a sólo unos zorros de distancia. Si todo lo

demás fallaba, estaba dispuesto a dar su vida en combate por salvarlos.

—Esperemos sólo un momento —murmuró—. A ver qué hace Pedrizo.

El guerrero gris azulado se había vuelto hacia Estrella Leopardina.

—Yo sólo acepto órdenes de ti —gruñó—. Debes saber que esto no está bien. ¿Qué quieres que haga?

Estrella Leopardina pareció dudar un segundo, y Estrella de Fuego volvió a tener esperanzas de que se opusiera al líder oscuro y detuviese la destrucción de su clan. Pero tal vez había subestimado la ambición de la gata.

—Éstos son tiempos difíciles —

maulló al cabo la líder—. Mientras luchamos por sobrevivir, debemos contar con todos nuestros compañeros de clan. No hay lugar para lealtades divididas. Haz lo que te ha dicho Estrella de Tigre.

Pedrizo le sostuvo la mirada un instante más, un instante que a Estrella de Fuego se le antojó que duraba varias lunas. Luego se puso frente a los dos aprendices, que se encogieron apartándose de él, con los ojos vidriosos de terror.

Borrasquino dio un lametón a su hermana para consolarla.

—Pelearemos contra él —prometió

—. No dejaré que nos mate.

«Valientes palabras», pensó Estrella de Fuego desesperado. Pedrizo era un guerrero hábil y experimentado, e incluso en su estado debilitado suponía una gran amenaza para dos aprendices con poco entrenamiento que también habían sufrido cautividad y maltrato.

El guerrero del Clan del Río hizo un gesto de asentimiento hacia Borrasquino, como cualquier mentor aprobando el valor de su aprendiz. Luego se volvió para mirar de nuevo a Estrella de Tigre.

—¡Primero tendrás que matarme a mí, Estrella de Tigre! —bufó.

Entornando los ojos, el atigrado oscuro hizo una seña con la cola a Cebrado.

—Muy bien. Cebrado, mátalo —ordenó.

El guerrero de rayas negras se preparó para saltar; hasta el último pelo de su pelaje temblaba de alegría porque Estrella de Tigre le hubiera dado la posibilidad de demostrar su lealtad a su nuevo clan. Con un gruñido esforzado, se lanzó contra Pedrizo.

Estrella de Fuego sintió lástima y miedo. Sólo veía un final posible a aquel combate. El guerrero gris azulado estaba tan débil que no sería rival para

Cebrado. Deseó saltar al claro y luchar al lado de Pedrizo, pero sabía que, en presencia de tantos gatos enemigos, sería un suicidio. Tenía que contenerse con la esperanza —aunque pequeña— de salvar a los aprendices. Jamás había conocido una experiencia peor que aquélla: tener que quedarse escondido mientras asesinaban a un amigo.

Sin embargo, Pedrizo no había perdido sus habilidades. Rápido como un rayo, se dejó caer al suelo de espaldas. De ese modo, en vez de aterrizar sobre el lomo del guerrero gris, Cebrado se encontró con sus cuatro zarpas, que lo recibieron con las uñas

desenvainadas para desgarrarle la piel.

A Estrella de Fuego se le hizo un nudo en la garganta. Recordó un día durante su entrenamiento en que la madre de Pedrizo, Estrella Azul, le enseñó a él ese mismo movimiento. «Estrella Azul, si puedes ver esto, ¡ayuda ahora a tu hijo!», suplicó para sus adentros.

Los dos guerreros eran una agresiva y aulladora maraña de pelo que rodaba por el suelo del claro. El resto de los gatos retrocedieron para dejarles espacio, aunque lo hicieron en el mismo silencio escalofriante. Estaban tan concentrados en la pelea que Estrella de

Fuego se preguntó si no sería el mejor momento para rescatar a los aprendices. Pero Estrella de Tigre seguía aposentado en la cima de la Colina de Huesos, con una perfecta visión de todo el claro, y los vería acercarse fácilmente.

Pedrizo había clavado los dientes en el pescuezo de Cebrado y estaba intentando sacudirlo, pero el guerrero oscuro era mucho más grande y fuerte. Pedrizo no pudo seguir sujetándolo y se separaron resollando. Cebrado sangraba por un corte encima del ojo izquierdo, y le faltaban mechones de pelo en el costado. Pedrizo tenía el pelaje todavía

más maltrecho; y cuando sacudió una de las patas delanteras, gotas de sangre salpicaron el suelo.

—¡Date prisa, Cebrado! —lo abucheó Patas Negras—. ¡Estás peleando como un minino casero!

Con un bufido de rabia, Cebrado lanzó un nuevo ataque, pero Pedrizo volvía a estar preparado. Desviándose a un lado, le propinó un zarpazo en el flanco al pasar y continuó con un golpe en la pata trasera. Se tambaleó por la fuerza del impacto, pero, para cuando Cebrado recuperó el equilibrio, ya se había enderezado. Esta vez el guerrero del Clan del Río siguió atacando:

derribó a Cebrado y le clavó los colmillos en el cuello.

Los ojos amarillos de Látigo Gris centelleaban; Cuervo estaba hundiendo las garras en el suelo. Estrella de Fuego sintió que la esperanza ardía en su estómago. ¿Sería posible que Pedrizo lograra ganar?

Pero Estrella de Tigre no tenía intención de permitir que Pedrizo escapara. Mientras Cebrado se retorcía en vano por liberarse, el enorme atigrado agitó las orejas en dirección a Patas Negras.

—Acaba con eso —ordenó.

El lugarteniente del Clan de la

Sombra se unió a la pelea. Mordió a Pedrizo en el bíceps y lo separó de Cebrado, agachándose para evitar las garras del gato gris. Cebrado se levantó de un salto e inmovilizó a Pedrizo por las patas traseras, mientras Patas Negras le propinaba un zarpazo en la garganta.

Pedrizo soltó un grito borboteante que duró poco. Los dos atacantes lo soltaron y retrocedieron. El cuerpo de Pedrizo se sacudió convulsivamente mientras la sangre manaba de su cuello.

Un leve gemido brotó de los gatos congregados y fue cobrando fuerza hasta convertirse en un grito de triunfo. Incluso Estrella Leopardina, tras vacilar

brevemente, se unió al griterío. Los únicos en guardar silencio fueron los dos aprendices; sus aterrorizados ojos estaban fijos en el guerrero que había muerto para salvarlos.

Estrella de Fuego sólo pudo contemplar horrorizado cómo Pedrizo se quedaba inmóvil con el último suspiro de su cuerpo.



16

—¡No! —exclamó Látigo Gris con voz estrangulada.

Estrella de Fuego se apretó más contra su amigo. Compartía su dolor por la muerte de Pedrizo y su ira porque el valor de aquel guerrero no había valido de nada en aquella pelea injusta.

Patas Negras se quedó mirando el

cuerpo de Pedrizo con satisfacción.

Cebrado giró en redondo para encararse a los aprendices.

—Estrella de Tigre —maulló—, permíteme matarlos.

Látigo Gris habría saltado entonces, pese a lo que dijera Estrella de Fuego, pero, antes de que pudiera moverse, Estrella de Tigre sacudió su cabeza cubierta de cicatrices de batalla.

—¿Sí, Cebrado? Un prisionero puede vencerte, ¿y tú piensas que podrías con dos aprendices?

Cebrado bajó la cabeza avergonzado. Su líder observó a los dos jóvenes gatos con frialdad. Estaban

apretujados uno contra el otro, temblando por la conmoción. Apenas parecían darse cuenta de que sus vidas pendían de un hilo.

—No —maulló Estrella de Tigre finalmente—. De momento los dejaré vivir. Quizá me resulten útiles estando vivos.

Estrella de Fuego miró a Látigo Gris, que le devolvió la mirada con una mezcla de alivio y recelo.

Estrella de Tigre llamó a Colmillo Roto.

—Llévate a los aprendices a su prisión.

El guerrero del Clan de la Sombra

inclinó la cabeza y condujo a los dos aturdidos hermanos a través de los carrizos. Los ojos de Látigo Gris los siguieron con avidez hasta que estuvieron fuera de la vista.

—La reunión ha terminado —declaró Estrella de Tigre.

Al instante, los gatos del claro empezaron a dispersarse. Estrella de Tigre saltó de la Colina de Huesos y desapareció entre los juncos, flanqueado por Cebrado y Patas Negras. Al final sólo quedó Estrella Leopardina. La gata se acercó al desmadejado cuerpo de su antiguo lugarteniente. Inclinó la cabeza despacio para olfatear el desgarrado

pelaje gris. Si maulló un último adiós, Estrella de Fuego no lo oyó. Al cabo de un momento, la líder dio media vuelta y siguió a Estrella de Tigre a través del carrizal.

—¡Ahora! —Látigo Gris se levantó de un salto—. Tenemos que ir a rescatar a mis hijos.

—Sí, pero no hay que apresurarse —le advirtió el líder—. Debemos asegurarnos de que se han ido todos los gatos.

Su amigo temblaba por la tensión reprimida.

—¡No me importa! —espetó—. Si intentan detenernos, los despellejaré a

todos.

—Tus hijos están a salvo de momento —murmuró Cuervo—. No hay por qué correr riesgos.

Estrella de Fuego levantó la cabeza cautelosamente por encima de los juncos. Para entonces ya estaba bastante oscuro; la única luz procedía del Manto Plateado y del pálido resplandor de la luna, todavía baja en el cielo. Los olores del Clan de la Sombra y el Clan del Río estaban desvaneciéndose deprisa. El único sonido era el seco susurro del viento entre los carrizos.

Después de agacharse de nuevo, Estrella de Fuego susurró:

—Por ahora se han ido. Ésta es nuestra oportunidad. Tenemos que averiguar dónde retienen a los aprendices y…

—Y llevárnoslos —lo interrumpió Látigo Gris—. Cueste lo que cueste.

Estrella de Fuego asintió.

—Cuervo, ¿estás preparado para esto? Será peligroso.

Al solitario se le dilataron los ojos.

—¿Crees que me marcharía, después de ver lo que he visto? De ninguna manera. Estoy contigo, Estrella de Fuego.

—Gracias. —Le dedicó un guiño de agradecimiento—. Pensaba que sería

así.

Tras hacer una señal con la cola a sus amigos, abrió la marcha hacia el claro. Sus pasos se volvieron más vacilantes al abandonar el refugio de los juncos. Sabía que lo que estaba haciendo iba contra el código guerrero, pero lo que había hecho Estrella de Tigre no le dejaba otra alternativa. Ignoraba cómo sus antepasados guerreros habían podido presenciar el asesinato de Pedrizo sin hacer nada para salvarlo.

Avanzando con el cuerpo pegado al suelo, los tres gatos llegaron al arroyo con la orilla llena de carne putrefacta.

En medio de su fría rabia, Estrella de Fuego se enfureció por aquel desperdicio de presas en la estación más dura.

—¡Mirad eso! —bufó indignado.

—Podríamos rebozarnos en ésta porquería —sugirió Cuervo—. Disimularía nuestro olor.

Estrella de Fuego asintió con aprobación, y su furia se calmó un poco. Cuervo estaba pensando como un guerrero. El líder se restregó contra los restos putrefactos de un conejo. Látigo Gris y Cuervo lo siguieron. Los ojos del guerrero gris eran como esquirlas de cuarzo amarillo.

Cuando los tres estuvieron cubiertos de arriba abajo del olor a carroña, Estrella de Fuego se internó en el carrizal por donde Colmillo Roto había desaparecido con los aprendices. Había un estrecho sendero a lo largo del barro congelado, como si por allí pasaran gatos regularmente. Estrella de Fuego tenía todos los sentidos alerta.

Al alejarse del río, en dirección a las tierras de labranza del otro lado del territorio del Clan del Río, los juncos empezaron a disminuir y el terreno se elevó. Cuando Estrella de Fuego y sus amigos llegaron al borde del cañaveral, vieron ante ellos una ladera herbosa con

alguna mata de aulaga y de espino. Más o menos en medio de la cuesta se abría un agujero negro. Colmillo Roto estaba sentado ante él.

—Hay pisadas que se dirigen a ese agujero —murmuró Estrella de Fuego.

Látigo Gris levantó el hocico para olfatear el aire y soltó un leve sonido de disgusto.

—Gatos enfermos —maulló en voz baja—. Tienes razón, Estrella de Fuego: éste es el lugar. —Enseñó los dientes—. Colmillo Roto es mío.

—No. —Estrella de Fuego sacudió la cola, indicando a su amigo que se quedara donde estaba—. No podemos

permitirnos una pelea. El ruido atraería a todos los gatos del territorio. Tenemos que deshacernos de Colmillo Roto de otra manera.

—Yo puedo hacerlo. —Cuervo amasó el suelo con las zarpas ansiosamente, pero su expresión era resuelta—. A vosotros os reconocerá, pero a mí no me conoce.

Estrella de Fuego vaciló y al cabo asintió.

—¿Cómo lo harás?

—Tengo un plan. —Los ojos de Cuervo brillaron con expectación. Estrella de Fuego comprendió que el solitario casi estaba disfrutando de la

sensación de peligro, como si echara de menos tener la ocasión de emplear sus habilidades guerreras—. No te preocupes; todo irá bien —aseguró el gato negro.

Se incorporó para salir de entre los carrizos y subir la ladera, con la cabeza y la cola bien tiesas. Colmillo Roto se levantó y fue a su encuentro, erizando el pelo del cuello.

Estrella de Fuego se preparó para saltar si el guerrero del Clan de la Sombra atacaba a su amigo. Pero, aunque Colmillo Roto parecía agresivo, no hizo nada más que olfatear a Cuervo con desconfianza.

—No te conozco —gruñó—. ¿Quién eres y qué quieres?

—Te crees que conoces a todos los gatos del Clan del Río, ¿verdad? —inquirió Cuervo con sangre fría—. Tengo un mensaje de parte de Estrella de Tigre.

Colmillo Roto gruñó y agitó los bigotes olisqueándolo de nuevo.

—Por el gran Clan Estelar, ¡apestas!

—Pues tú tampoco hueles muy bien que digamos —replicó Cuervo—. ¿Quieres que te dé el mensaje o no?

Estrella de Fuego y Látigo Gris intercambiaron una mirada al ver que Colmillo Roto dudaba. El líder sintió

que el corazón le martilleaba dolorosamente contra las costillas.

—Adelante —maulló por fin el guerrero del Clan de la Sombra.

—Estrella de Tigre quiere que vayas a verlo de inmediato —anunció Cuervo —. Me ha mandado para que ocupe tu puesto vigilando a los prisioneros.

—¿Qué? —Colmillo Roto sacudió la cola con incredulidad—. Sólo el Clan de la Sombra custodia a los prisioneros. Los gatos del Clan del Río sois demasiado blandos. ¿Por qué Estrella de Tigre te ha enviado a ti y no a uno de nuestro propio clan?

Estrella de Fuego se estremeció.

Cuervo había cometido un error potencialmente fatal.

Pero el solitario no pareció inmutarse. Dando media vuelta, maulló:

—Creía que ahora éramos un solo clan. Pero como quieras. Le diré a Estrella de Tigre que no vas a ir.

—No, espera. —Colmillo Roto sacudió las orejas—. Yo no he dicho eso. Si Estrella de Tigre quiere que vaya… ¿Dónde está?

—Allá. —Cuervo señaló con la cola hacia el campamento del Clan del Río—. Cebrado y Patas Negras están con él.

Colmillo Roto tomó una decisión.

—De acuerdo —masculló—. Pero

tú quédate aquí fuera hasta que yo vuelva. Si detecto tu apestoso olor dentro de la madriguera, te arrancaré el pellejo.

Empezó a descender la ladera. Cuervo lo observó marcharse y luego subió a sentarse justo delante de la madriguera. Estrella de Fuego y Látigo Gris se agazaparon más entre los juncos cuando Colmillo Roto pasó a un par de colas de distancia. Tenía prisa, y ni siquiera se detuvo a olfatear el aire mientras desaparecía por el sendero.

En cuanto se hubo ido, salieron a campo abierto para reunirse con Cuervo. Látigo Gris se paró brevemente a

olisquear y maulló:

—¡Sí! ¡Están ahí dentro!

Acto seguido, desapareció en el interior del agujero.

Estrella de Fuego se detuvo delante de Cuervo.

—¡Bien hecho!

El solitario se lamió una pata y se la pasó dos o tres veces por la oreja para intentar disimular su azoramiento.

—Ha sido fácil. Ese Colmillo Roto no es más que una estúpida bola de pelo.

—Sí, pero sabrá que algo pasa en cuanto encuentre a Estrella de Tigre —apuntó el líder—. Quédate vigilando y avisa si ves a alguien.

Tras echar una última mirada a su espalda, se lanzó a la madriguera tras Látigo Gris.

Se encontró en un pasadizo largo y estrecho, excavado en el suelo arenoso. Lo engulló una densa oscuridad al cabo de unas colas. Había un persistente olor a zorro, pero era tenue y rancio, como si hiciera mucho que se había marchado el ocupante original de la madriguera. Muchísimo más fuerte era el olor a miedo que se elevaba en la negrura, el olor a gatos que ya habían perdido toda esperanza.

El túnel descendía sin parar. Antes de llegar al final, Estrella de Fuego oyó

movimientos y maullidos de sorpresa. Uno de los aprendices exclamó:

—¡Papá! ¿De verdad eres tú?

Al cabo de un instante, Estrella de Fuego ya no notó el roce de las paredes del pasadizo. Al siguiente paso chocó contra las ancas de un gato; reconoció a Látigo Gris por el olor. El de los dos aprendices era más fuerte que nunca, y con un estremecimiento de alegría, Estrella de Fuego reconoció otro más.

—¡Vaharina! —exclamó—. Gracias al Clan Estelar que te hemos encontrado.

—¿Estrella de Fuego? —La voz de Vaharina sonó ronca y muy cerca de su oído—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Es una larga historia —contestó el líder—. Os lo contaremos todo, pero primero tenemos que sacaros de aquí. Látigo Gris, ¿estás listo?

Su amigo respondió con un tenso maullido afirmativo. Aunque no podía verlo, Estrella de Fuego se lo imaginó apretujado contra Plumilla y Borrasquino.

—En marcha —maulló, volviéndose con dificultad en la estrecha boca de la madriguera subterránea—. Vaharina, vamos a llevaros a todos al Clan del Trueno. —Al recordar lo débiles que parecían Pedrizo y los aprendices, añadió—: ¿Podréis llegar hasta allí?

—En cuanto salga de este agujero, podré llegar a cualquier sitio —maulló la guerrera con determinación.

—Y nosotros también —intervino Plumilla.

—Estupendo. Vaharina, lo lamento, pero no hemos podido rescatar a Pedrizo… —empezó el líder, buscando las palabras para contarle la muerte de su hermano.

—Ya lo sé —lo interrumpió la gata, con la voz quebrada de pesar—. Me lo han contado los aprendices. Dicen que ha muerto valientemente.

—Muy valientemente. Todo el Clan Estelar lo honrará. —Estrella de Fuego

restregó el hocico contra el pelaje de Vaharina, en un gesto de consuelo—. Vamos. Nos encargaremos de que su muerte no haya sido en vano. Estrella de Tigre no os hará daño a vosotros también.

Con el corazón desbocado, Estrella de Fuego empezó a ascender por el túnel. Al llegar al final, se detuvo a comprobar que era seguro salir, y luego abrió la marcha hacia el espacio abierto. Sentía como si el rancio hedor de la prisión fuera a quedársele pegado al pelo para siempre. Cuervo se colocó en la retaguardia, vigilando mientras descendían la ladera.

Silenciosos como sombras, los gatos siguieron el sendero a través del cañaveral hasta llegar de nuevo al claro. Estaba vacío, y la Colina de Huesos proyectaba su siniestra sombra hasta el cadáver de Pedrizo, todavía tendido allí bajo la luz de la luna.

Vaharina se acercó a su hermano e inclinó la cabeza para olerle el pelo. Fuera de la oscuridad de la prisión, Estrella de Fuego vio que estaba tan esquelética y desaliñada como el guerrero muerto; se le notaban las costillas, y tenía el pelo enmarañado y los ojos apagados de sufrimiento.

—Pedrizo, Pedrizo —murmuró la

gata—. ¿Qué voy a hacer sin ti?

A Estrella de Fuego se le erizó el pelo de la tensión mientras aguzaba el oído por si se acercaba alguien, pero se obligó a darle tiempo a Vaharina para llorar la pérdida de su hermano. No podían llevarse con ellos el cuerpo de Pedrizo para la vigilia guerrera ritual; ése iba a ser el último adiós de Vaharina.

Borrasquino, que había sido aprendiz de Pedrizo, se acercó también. Tocó la cabeza de su mentor con la nariz antes de regresar junto a su padre.

Estrella de Fuego se acordó de Estrella Azul y de cuánto había amado

ella a sus hijos perdidos. Se preguntó si la gata habría estado allí para acompañar a su hijo hasta el Clan Estelar. Los dos habían muerto con valor, y sus crueles muertes se debían a la diabólica ambición de Estrella de Tigre. Estrella de Fuego sintió un hormigueo por todo el cuerpo por el deseo de enfrentarse al atigrado oscuro y hacerle pagar por sus crímenes.

—Estrella de Fuego, tenemos que irnos —susurró Látigo Gris; el blanco de sus ojos brillaba bajo aquella media luz.

Sus palabras devolvieron al presente a Vaharina. Antes de que Estrella de

Fuego pudiera contestar, la guerrera alzó la cabeza, lanzó una última mirada llena de amor a Pedrizo y fue con los demás.

Estrella de Fuego se encaminó al río a paso brioso, sintiendo que se relajaba conforme se desvanecía la fetidez de la Colina de Huesos y de las presas desperdigadas. Látigo Gris ayudó a los dos aprendices, animándolos con delicados empujoncitos y maullidos. Vaharina aguantó el ritmo con valor, aunque cojeaba, pues tenía las zarpas agrietadas y sensibles tras su encarcelamiento. Cuervo cerraba la marcha, con las orejas dirigidas hacia atrás por si alguien los perseguía.

La noche era silenciosa excepto por el murmullo del agua. Para cuando tuvieron el río a la vista, no se habían encontrado con otros gatos. Al girar en dirección a los pasaderos, Estrella de Fuego creyó que escaparían sin que los descubrieran.

Entonces sonó un maullido distante a través de los carrizos, y los seis gatos se quedaron de piedra.

—¡Los prisioneros han escapado!



17

—¡Deprisa! ¡A los pasaderos! —siseó Estrella de Fuego.

De haber estado solos, los gatos del Clan del Trueno podrían haber echado a correr para escapar fácilmente del peligro, pero ninguno de ellos iba a abandonar a los prisioneros. Látigo Gris aminoró el paso para unirse a Cuervo en

la retaguardia, mientras Estrella de Fuego intentaba meter prisa a los gatos del Clan del Río.

—¡Tendréis que dejarnos! —exclamó Vaharina sin aliento—. No tiene sentido que nos capturen a todos.

—¡Jamás! —gruñó Látigo Gris—. Estamos juntos en esto.

Para entonces ya estaban avanzando a lo largo de la orilla, y los gatos del Clan del Río trastabillaban en sus esfuerzos por seguir el ritmo. Estrella de Fuego ya veía las ondulaciones del agua donde la corriente se veía entorpecida por los pasaderos. Pero los maullidos que sonaban a sus espaldas se oían cada

vez más fuertes, y cuando giró la cabeza para tomar una rápida bocanada de aire, pudo captar el olor del Clan de la Sombra.

—¡Gran Clan Estelar! —susurró—. Nos están alcanzando.

Cuando llegaron a los pasaderos, ninguno de los gatos perseguidores había aparecido aún. Estrella de Fuego saltó a la primera piedra, luego a la segunda, e hizo un gesto a Vaharina con la cola para que lo siguiera.

—¡Date prisa! —la urgió.

Vaharina flexionó las patas traseras y saltó. Se tambaleó al aterrizar sobre la resbaladiza superficie, pero consiguió

mantener el equilibrio. Los dos aprendices fueron detrás de ella. Estrella de Fuego se detuvo a mitad de camino a esperar, con el agua del río lamiéndole las zarpas, mientras los demás saltaban tras él.

A causa de su debilidad, los gatos del Clan del Río eran demasiado lentos y tenían que pararse a tomar impulso a cada salto. Vaharina fue la primera en llegar hasta Estrella de Fuego, que se apartó hasta el borde de la piedra para dejarla continuar. Los dos aprendices iban algo retrasados. Estrella de Fuego arañó la dura piedra con impaciencia, aunque intentaba permanecer tranquilo.

Cuando entre los juncos surgieron las primeras siluetas de los perseguidores, se obligó a no decir nada. Borrasquino estaba preparándose para saltar, y el líder clavó los ojos en él.

—Vamos —maulló con calma—. Estás haciéndolo muy bien.

Pero, mientras su hermano se preparaba, Plumilla, un par de piedras por detrás, vio a los guerreros del Clan de la Sombra que corrían por la orilla del río.

—¡Ya vienen! —maulló la aprendiza.

Sobresaltado, Borrasquino calculó mal la distancia y se quedó corto. Sus

patas delanteras tocaron la piedra, pero las traseras cayeron al agua. La corriente burbujeó a su alrededor, tirando de su espeso pelaje mientras él intentaba ponerse a salvo.

—¡Me resbalo! —exclamó con voz ahogada—. ¡No puedo agarrarme!

Estrella de Fuego saltó a la piedra, manteniendo el equilibrio a duras penas en el escaso espacio que dejaban las zarpas delanteras de Borrasquino. Cerró los dientes sobre el pescuezo del aprendiz justo cuando éste perdía agarre y se deslizaba hacia el río. Con el peso de Borrasquino y la fuerza de la corriente, Estrella de Fuego notó que sus

propias patas resbalaban sobre la lisa roca.

Entonces descubrió que Látigo Gris estaba nadando justo detrás de su hijo, pataleando enérgicamente a través del agua helada. El guerrero gris metió el omóplato debajo del cuerpo de Borrasquino y lo impulsó hacia arriba. Estrella de Fuego logró izarlo, y el aprendiz se quedó temblando sobre la piedra.

Al lanzar una ojeada hacia la orilla opuesta, Estrella de Fuego vio que Cuervo instaba a Plumilla a saltar al siguiente pasadero, mojándose las patas para dejarle espacio en la parte más

seca.

Detrás de ellos, los perseguidores habían alcanzado la primera piedra. Patas Negras iba en cabeza, acompañado de Colmillo Roto y tres o cuatro guerreros más… demasiados para pelear contra ellos.

—¡Vamos! —bramó Estrella de Fuego—. ¡Deprisa! —Empujó al tembloroso Borrasquino—. Continúa… ¡sigue a Vaharina!

Patas Negras se dispuso a saltar, con los ojos fijos en el pasadero donde se encontraba Cuervo, que se había colocado entre la aprendiza y el guerrero del Clan de la Sombra. A

Estrella de Fuego se le encogió el estómago. El solitario era valiente, pero sus días de entrenamiento quedaban muy lejos, y no estaría a la altura de un guerrero experimentado como el lugarteniente de Estrella de Tigre.

Látigo Gris empezó a nadar en dirección a Cuervo. Un maullido salvaje atravesó el aire cuando el resto de los guerreros del Clan de la Sombra se situaron a lo largo de la orilla en una hilera amenazadora.

—¡Sigue adelante! —le dijo Estrella de Fuego a Vaharina—. Llévate contigo a Borrasquino. Yo voy a volver atrás.

Pero, antes de que pudiera moverse,

un feroz grito de guerra brotó desde el bosque del lado del Clan del Trueno. Vio tres figuras avanzando por el sotobosque: Nimbo Blanco, Tormenta de Arena y Espinardo.

—Gracias al Clan Estelar que… —Se interrumpió cuando Nimbo Blanco saltó hacia el río echando chispas por los ojos y con las garras desenvainadas.

El joven guerrero iba derecho hacia Vaharina, que estaba saltando de la última piedra a la orilla.

Estrella de Fuego voló sobre los demás pasaderos para interceptar al guerrero blanco. Lo embistió por el costado y lo derribó.

—¡Cerebro de ratón! —espetó—. El enemigo está ahí atrás.

Señaló con la cabeza al centro del río, donde Látigo Gris y Cuervo estaban enzarzados con Patas Negras en la roca central. Borrasquino estaba dándose impulso para saltar de la última piedra a la ribera, mientras que Plumilla iba agachada a dos o tres pasaderos de distancia. Tormenta de Arena y Espinardo se abalanzaron a las piedras para enfrentarse a los guerreros del Clan de la Sombra, mientras los aprendices se encogían para dejarlos pasar.

Tras mascullar un «Lo siento» en dirección a Vaharina, Nimbo Blanco

corrió tras ellos. Cuando Estrella de Fuego se disponía a seguirlos, vio que Patas Negras resbalaba de la piedra y era arrastrado por la corriente. El guerrero se hundió brevemente bajo la superficie del agua y luego reapareció nadando con torpeza hacia el lado del Clan del Río, con las orejas pegadas al cráneo. Los tres gatos del Clan del Trueno y Cuervo se arremolinaron sobre la roca central, sacando las uñas y gruñendo ferozmente a los demás perseguidores.

—No deis ni un paso más si queréis seguir con vida —gruñó Tormenta de Arena.

Los guerreros del Clan de la Sombra se quedaron dubitativos en las primeras piedras. Como no estaban acostumbrados al río, no se sentían seguros sobre sus patas, y era obvio que no les apetecía iniciar un combate con los furiosos gatos del Clan del Trueno.

—¡Retroceded! —ordenó Patas Negras al salir por fin a la orilla, con el pelo chorreando—. Dejad que escapen; al fin y al cabo, no son más que carroña mestiza.

Sus guerreros parecieron contentos de obedecer, y en apenas unos instantes los gatos del Clan de la Sombra habían desaparecido entre los carrizos.

Estrella de Fuego se concentró en ayudar a cruzar a los dos aprendices. Látigo Gris y Cuervo los siguieron de cerca. Al examinar a sus gatos en busca de heridas, el líder vio que Látigo Gris había perdido un mechón de pelo del omóplato y que a Cuervo le sangraba una oreja, pero, aparte de eso, parecían ilesos.

—Bien hecho, y lo digo por todos —maulló, volviéndose hacia el resto de los guerreros—. Nunca me había alegrado tanto de ver a alguien. ¿Qué os ha traído hasta aquí?

—Tú —respondió Nimbo Blanco resollando—. Ordenaste patrullas extra

para vigilar las fronteras. Habéis tenido suerte de que pasáramos por aquí ahora.

Estrella de Fuego sintió que le fallaban las patas de alivio. El Clan Estelar había mandado a la patrulla en el momento justo.

—Muy bien —maulló—. Será mejor que regresemos al campamento. Estos tres gatos necesitan descansar. Cuervo, ven también con nosotros y que Carbonilla le eche un vistazo a tu oreja.

Se situó en la retaguardia por si al final los guerreros del Clan de la Sombra decidían cruzar el río, pero tras ellos todo estaba en silencio. Al cabo de unos instantes, Tormenta de Arena

redujo el paso para unirse a él.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó—. ¿Qué están haciendo aquí esos gatos del Clan del Río?

Estrella de Fuego se detuvo para darle un lametazo en la oreja.

—Los tenían prisioneros —explicó—. Si los hubiéramos dejado allí, Estrella de Tigre los habría matado.

Horrorizada, Tormenta de Arena volvió hacia él sus ojos verdes.

—¿Por qué?

—Porque sus padres procedían de clanes diferentes. Estrella de Tigre dice que los gatos de dos clanes no son adecuados para vivir en ningún clan.

—Pero ¡si sus propios hijos son de dos clanes! —se indignó Tormenta de Arena.

El líder negó con la cabeza.

—No, porque Estrella de Tigre era miembro del Clan del Trueno cuando ellos nacieron. Al menos, ésa sería su excusa. ¿Acaso crees que el gran Estrella de Tigre sería padre de otra cosa que no fueran cachorros de sangre pura?

La conmoción y la repugnancia de Tormenta de Arena iban en aumento, y así lo reflejaron sus ojos. Luego se volvió, mostrándose comprensiva hacia los gatos del Clan del Río.

—Pobrecillos —murmuró—. ¿Dejarás que se queden en el Clan del Trueno?

Estrella de Fuego asintió.

—¿Qué otra cosa puedo hacer?

La luna estaba alta y bañaba el barranco con una luz plateada cuando Estrella de Fuego y los demás llegaron al campamento. El líder apenas podía creer que todo estuviera tranquilo allí, a tan poca distancia del claro manchado de sangre de la Colina de Huesos y de la violencia desatada por la ambición de Estrella de Tigre.

Pero, al llegar al claro a través del túnel de aulagas, el espejismo de paz se

hizo añicos. Tormenta Blanca fue corriendo hacia él con Fronde Dorado pisándole los talones. El guerrero más joven parecía destrozado.

—¡Gracias al Clan Estelar que has vuelto, Estrella de Fuego! —exclamó—. Se trata de Zarpa Trigueña… ¡ha desaparecido!



18

—¿Desaparecido? —repitió Estrella de Fuego—. ¿Qué ha ocurrido?

—No estamos seguros. —Tormenta Blanca estaba más calmado que Fronde Dorado, pero sus ojos delataban preocupación—. Zarzo ha sido el primero en decir que no la encontraba. Pensé que estaba exagerando, pero aun

así registramos el campamento. Zarpa Trigueña no está aquí, y nadie la ha visto marcharse.

—¡Es culpa mía! —exclamó Fronde Dorado—. Yo soy su mentor.

—No es culpa tuya —lo tranquilizó Tormenta Blanca—. Yo te mandé salir en una partida de caza. Nadie espera que estés en dos lugares a la vez.

Fronde Dorado negó con la cabeza con desesperación.

—Traedme a Zarzo —ordenó Estrella de Fuego, y Espinardo corrió hacia la guarida de los aprendices.

Mientras aguardaba, mandó a Cuervo y a los tres gatos del Clan del

Río que fueran a ver a Carbonilla. Látigo Gris se marchó con ellos para explicar lo sucedido y para asegurarse de que sus hijos iban a estar bien. Aunque el guerrero gris estaba helado y empapado por el agua del río, sólo se preocupaba por sus hijos, y mientras cruzaban el claro se mantuvo pegado a ellos como una imponente sombra.

—No sé qué pensar —maulló Tormenta Blanca cuando los demás se fueron—. Quizá a Zarpa Trigueña se le haya metido alguna idea en la cabeza y haya salido sola. Podría estar atrapada o herida en alguna parte…

—O podría estar en el Clan de la

Sombra —lo interrumpió Fronde Dorado con el pelo erizado—. ¡Estrella de Tigre podría haberla secuestrado!

—Pero Estrella de Tigre está en el territorio del Clan del Río —repuso Estrella de Fuego quedamente—. Al igual que Patas Negras y Cebrado. —Vio que Tormenta Blanca agitaba las orejas sorprendido, y supo que tendría que explicárselo todo a su lugarteniente tan pronto como pudiera.

—Podría haber mandado a otro gato a hacer el trabajo sucio —intervino Nimbo Blanco.

—¿Habéis captado el olor del Clan de la Sombra alrededor del

campamento? —le preguntó Estrella de Fuego a su lugarteniente—. ¿O el del Clan del Río?

El guerrero veterano negó con la cabeza.

—Sólo el olor de nuestros propios gatos.

—Entonces suena como si Zarpa Trigueña se hubiera marchado voluntariamente —maulló el líder—. Quizá sólo le apeteciera cazar a solas, para variar.

Pero no pudo evitar recordar el incidente previo a su partida del campamento, cuando Zarpa Trigueña estaba furiosa con Orejitas porque éste

la había comparado con su padre. Estrella de Fuego se preguntó si tal vez no había sabido juzgar lo dolida que se sentía la aprendiza.

Dejó de darle vueltas al tema cuando llegó Zarzo.

—Cuéntame qué ha hecho Zarpa Trigueña antes de desaparecer.

—Sólo las tareas habituales de los aprendices. —Zarzo sonaba nervioso; sus ojos ámbar se veían dilatados y confundidos—. Estuvimos renovando el lecho de los veteranos y les llevamos carne fresca. Luego fui a pedirle a Carbonilla un poco de bilis de ratón para aplicarla sobre una garrapata que

Orejitas tenía en el pelo. Al regresar a la guarida de los veteranos, Zarpa Trigueña se había ido, y desde entonces no he vuelto a verla.

—¿Dónde la has buscado?

—He mirado en el sitio donde recogemos musgo para los lechos, pero no estaba allí. Y he ido a la hondonada de entrenamiento.

Estrella de Fuego asintió.

—¿Les habéis preguntado a los veteranos si Zarpa Trigueña les había dicho algo?

—Sí —respondió Tormenta Blanca—. Pero no recordaban nada fuera de lo normal.

—¿Y qué hay de Flor Dorada? —continuó el líder—. ¿Zarpa Trigueña le ha dicho alguna cosa?

Tormenta Blanca negó con la cabeza.

—Flor Dorada estaba fuera de sí. La he mandado con Musaraña a buscar hacia el pinar. Todavía no han regresado.

—¿Habéis intentado seguir el rastro de Zarpa Trigueña?

—Sí, por supuesto —contestó Fronde Dorado—. Lo hemos seguido hasta lo alto del barranco, pero después se perdía su olor.

Estrella de Fuego vaciló. Lo que más deseaba era creer que había una

explicación fácil para la ausencia de Zarpa Trigueña. Estaba mal desear que la joven gata sencillamente estuviera herida en alguna parte, pero eso era preferible a sus peores temores: que Zarpa Trigueña se había ido por propia voluntad a reunirse con su padre.

—Lo intentaré de nuevo —decidió—. Probablemente sea demasiado tarde, pero…

—Yo te acompañaré —se ofreció Nimbo Blanco.

Estrella de Fuego le hizo un gesto de agradecimiento; Nimbo Blanco era uno de los mejores rastreadores del clan.

—De acuerdo —maulló—. Tormenta

de Arena, Espinardo, venid vosotros también.

Estrella de Fuego dirigió de nuevo la expedición fuera del campamento. Iba casi arrastrando las patas de agotamiento; ya había transcurrido la mitad de la noche y aún no había dormido. Nada le habría gustado más que acomodarse en su guarida con una pieza de carne fresca, pero se imaginaba que pasaría bastante tiempo antes de que pudiera hacerlo.

Detectó el débil rastro de Zarpa Trigueña en el barranco, pero lo perdió al llegar a lo alto, como le había sucedido a Fronde Dorado. Empezó a

sospechar que la joven habría ido saltando de roca en roca, donde su olor no perduraría, para así confundir a los gatos que intentaran seguir su rastro. Volvieron a invadirlo sus peores temores; ¿realmente Zarpa Trigueña sería tan desdichada en el Clan del Trueno como para marcharse?

De repente oyeron un maullido de Nimbo Blanco que provenía de los arbustos en lo alto del barranco:

—¡Por aquí! ¡Zarpa Trigueña se ha ido por aquí!

Cuando Estrella de Fuego se reunió con él, también pudo captar un tenue rastro de la aprendiza. Él y Nimbo

Blanco lo siguieron internándose entre los árboles, con la nariz pegada al suelo, concentrados en distinguir el olor a felino entre todos los olores a presas, que eran más intensos y los distraían. Al rastro de Zarpa Trigueña no se unía el de ningún otro gato. Hasta allí, por lo menos, la joven había estado sola.

Luego, en el lindero de un claro, volvieron a perder el rastro, y ni siquiera el agudo olfato de Nimbo Blanco consiguió recuperarlo.

Se había levantado un fuerte viento que traía nubes y les alborotaba el pelo. Mientras Estrella de Fuego iba de un lado al otro del claro, en un último

esfuerzo por hallar de nuevo el olor de Zarpa Trigueña, empezó a caer una lluvia helada.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó Nimbo Blanco—. Ahora sí que hemos terminado.

Estrella de Fuego coincidió a su pesar. Tras llamar a Tormenta de Arena y Espinardo, que estaban buscando por su cuenta, maulló:

—Volvamos al campamento. Ya no podemos hacer nada más.

Tormenta de Arena se quedó quieta un instante, mirando en la dirección a la que parecía llevar el rastro oloroso.

—Da la impresión de que iba hacia

los Cuatro Árboles.

Estrella de Fuego se dijo que eso tenía sentido. Los Cuatro Árboles era el sitio obvio al que ir si Zarpa Trigueña quería encontrarse con un gato de otro clan, o internarse en el territorio de otro clan. Sentía un hormigueo por todo el cuerpo, un hormigueo de miedo. Ya no podía seguir convenciéndose de que Zarpa Trigueña se había extraviado al salir de caza sola, y en las miradas de inquietud de sus acompañantes vio que compartían su convicción: Zarpa Trigueña se había ido al Clan de la Sombra.

Cuando la patrulla regresó al

campamento, Fronde Dorado y Zarzo seguían en el claro, esperando angustiados. Se les habían unido la madre de los aprendices, Flor Dorada, y Musaraña. Los cuatro gatos estaban empapados y parecían desesperados bajo la lluvia que ahora caía con más fuerza.

—¿Y bien? —le preguntó Flor Dorada cuando Estrella de Fuego se le acercó—. ¿Qué habéis encontrado?

—Nada —respondió el líder en voz baja—. No sabemos dónde está Zarpa Trigueña.

—Entonces, ¿por qué no estáis ahí fuera buscándola? —espetó la gata con

voz cortante.

El líder negó con la cabeza.

—No podemos hacer nada en la oscuridad y lloviendo. Tu hija podría estar en cualquier parte.

—A ti no te importa, ¿verdad? —La voz de Flor Dorada sonó aguda de rabia —. ¡Crees que Zarpa Trigueña se ha marchado voluntariamente! ¡Nunca te has fiado de ella!

Estrella de Fuego quiso contestar, consciente de que la acusación era cierta en parte, pero Flor Dorada no esperó; giró en redondo y desapareció bajo las ramas de la guarida de los guerreros.

—¡Espera! —exclamó Estrella de

Fuego, pero ella no hizo ni caso.

—Flor Dorada no sabe lo que está diciendo —maulló Tormenta de Arena, comprensiva—. Iré a tranquilizarla. —Y entró en la guarida tras la guerrera.

Exhausto y descorazonado, Estrella de Fuego se volvió hacia Zarzo, esperando una acusación similar de su parte. Pero su aprendiz guardó silencio; la expresión de sus ojos ámbar era indescifrable.

—No pasa nada, Estrella de Fuego —maulló al cabo—. Sé que has hecho todo lo que has podido. Gracias. —Con la cabeza gacha y arrastrando la cola, Zarzo se encaminó a la guarida de los

aprendices.

Estrella de Fuego lo observó irse. Lo invadió el agotamiento; parecía que hacía lunas que Látigo Gris le había propuesto ir al Clan del Río a ver a sus hijos. Una gélida aurora grisácea empezaba a asomar en el cielo. Estrella de Fuego necesitaba descansar desesperadamente, pero tenía pendiente una tarea más. Debía visitar a Carbonilla y asegurarse de que los gatos del Clan del Río iban a recuperarse de su espantosa experiencia.

Mientras cruzaba el claro hacia la guarida de la curandera, sintió que renacían sus dudas sobre su liderazgo.

Un guerrero desterrado, que había ido a unirse a su enemigo, y estaba dispuesto a matar para demostrar sus nuevas lealtades. Una aprendiza desaparecida. Y todo el bosque atrapado en un terror y un odio inimaginables. La visión de sí mismo con la melena del Clan del León que había visto en el arroyo le parecía a lunas de distancia. Si el Clan Estelar lo había elegido realmente para grandes cosas, no pudo evitar preguntarse si no habrían escogido al gato inadecuado.

Plantado en la Peña Alta, Estrella de Fuego contempló cómo su clan salía de

las guaridas. Era la mañana siguiente, y había convocado una reunión para explicar a sus guerreros lo sucedido, así como la presencia de los gatos del Clan del Río.

Vaharina y los dos aprendices estaban sentados al pie de la Peña Alta, con Látigo Gris y Carbonilla. A Estrella de Fuego lo alegró ver que ya parecían más fuertes, como si estuvieran recuperando las energías tras una buena comida y con los cuidados de Carbonilla.

Cuervo se había marchado al amanecer, con la oreja herida envuelta en tela de araña y un fulgor en los ojos

al recordar la pelea sobre los pasaderos.

—Es sorprendente cómo me ha servido el viejo entrenamiento —le había dicho a Estrella de Fuego—. No me había olvidado de los movimientos de lucha.

—Estuviste magnífico —ronroneó el líder—. Eres un verdadero amigo para el Clan del Trueno.

—Ahora que Estrella de Tigre está intentando hacerse con todo el poder, creo que el Clan del Trueno necesita a todos los amigos que pueda conseguir —repuso el solitario muy serio.

Cuervo pasó unos momentos junto a

la tumba de Estrella Azul, y luego se había ido a su granja cercana a las Rocas Altas. Estrella de Fuego se preguntó si necesitaría llamarlo de nuevo para pedirle ayuda. Los enemigos de Estrella de Tigre tendrían que unirse para expulsar al atigrado del bosque… aunque Estrella de Fuego sabía que en la última confrontación debería estar solo.

Esperó hasta que todos los gatos del clan se acomodaron alrededor de la Peña Alta, y entonces empezó a hablar:

—A estas alturas, todos habéis oído ya que Látigo Gris, Cuervo y yo fuimos anoche al territorio del Clan del Río.

Describió la Colina de Huesos y las

presas en descomposición esparcidas por el claro, y cómo Estrella de Tigre había espoleado el odio de sus guerreros hacia los gatos mestizos. Le tembló la voz al narrar el asesinato de Pedrizo, y los gatos del clan se estremecieron y se encogieron contra el suelo, compartiendo su espanto.

Manto Polvoroso gruñó:

—¿Por qué no atacamos ahora mismo al Clan de la Sombra, como venganza?

—Porque no es tan sencillo —contestó Estrella de Fuego—. Nuestro clan no puede enfrentarse contra el Clan de la Sombra y el Clan del Río juntos y

esperar ganar.

—Podríamos intentarlo —replicó Nimbo Blanco, levantándose de un salto.

—Pero ¿dónde atacaríamos? —inquirió el líder—. En el campamento del Clan del Río habrá guerreros de ambos clanes, y no espero que Estrella de Tigre haya dejado desprotegido su propio campamento. Yo siento lo mismo que vosotros —continuó—. No me gusta lo que está haciendo Estrella de Tigre y temo lo que pueda hacer en el futuro. Me gustaría saber qué es lo que el Clan Estelar quiere que hagamos, pero de momento no me ha dicho nada al respecto. Carbonilla, ¿a ti te ha hablado

el Clan Estelar?

La curandera alzó la vista hacia él.

—No, todavía no.

Sacudiendo las orejas con rabia, Nimbo Blanco volvió a sentarse, y Centella se restregó contra su omóplato para tranquilizarlo.

En esa breve pausa, Estrella de Fuego se preguntó si era cierto decir que no había recibido ningún mensaje del Clan Estelar. Había tenido una visión de sí mismo en el arroyo, envuelto en el esplendor del Clan del León. Volvió a recordar la profecía de Estrella Azul: «Cuatro se tornarán dos. El león y el tigre se enfrentarán en combate».

Lo entendió de pronto, y esa certeza fue como un rayo de sol brillando a través de las ramas. Cuatro clanes se convertirían en dos; ¿significaba eso que el Clan del Trueno debía unirse al Clan del Viento?

—¡Seguimos aquí, Estrella de Fuego! —exclamó Manto Polvoroso, sacándolo de sus pensamientos.

El líder se sobresaltó.

—Lo lamento —maulló—. Os he convocado aquí para dar la bienvenida a los tres gatos del Clan del Río que rescatamos. Todos conocéis ya a Vaharina, y a Plumilla y Borrasquino, los hijos de Látigo Gris. Creo que

deberíamos ofrecerles un lugar en el Clan del Trueno hasta que sea seguro para ellos regresar a su hogar.

En el claro brotaron murmullos al oír su propuesta. Estrella de Fuego vio que la mayoría de los gatos estaban de acuerdo, pero unos pocos parecían dubitativos.

Rabo Largo fue el primero en expresar sus dudas:

—Todo eso está muy bien, Estrella de Fuego, y siento mucho todo lo que han tenido que sufrir, pero, si se quedan aquí, ¿qué van a comer? Estamos en mitad de la estación sin hojas. Ya nos está costando mucho alimentarnos a

nosotros mismos.

—¡Yo cazaré para ellos! —Látigo Gris dio un salto para encararse al clan —. Puedo alimentarlos a los tres, y a parte del clan también.

—No somos criaturas desvalidas, ¿sabéis? —intervino Vaharina—. Dadnos un día o dos para recuperar fuerzas y cazaremos para nosotros y para vosotros.

Musaraña se levantó para dirigirse a Estrella de Fuego:

—No se trata de quién va a cazar. Esta estación sin hojas está siendo más dura de lo habitual a causa del incendio. Todos tenemos hambre, y necesitaremos

toda la energía que podamos tener si hay que combatir a ese Clan del Tigre. Yo digo que deberían irse a su casa.

Tormenta de Arena se puso en pie de un salto antes de que Estrella de Fuego pudiera hablar.

—¡No pueden irse a casa! —declaró —. ¿Es que no estabas escuchando? Si lo hacen, los asesinarán, al igual que a Pedrizo.

—¿Quieres que se sepa que el Clan del Trueno manda gatos a la muerte? —añadió Fronde Dorado.

Musaraña se miró las zarpas, y se le erizó el pelo de ira.

Tormenta Blanca maulló

sosegadamente:

—Vale la pena mencionar que estos tres gatos comparten sangre del Clan del Trueno. Tienen derecho a pedirnos asilo.

Desde su aventajada situación, en la cima de la Peña Alta, Estrella de Fuego vio que una oleada de conmoción recorría a los gatos; todos miraron a Vaharina, que era como una sombra viviente de su antigua líder. Recordando la hostilidad de algunos de ellos cuando Vaharina y Pedrizo estaban compartiendo lenguas con la difunta Estrella Azul, pensó que Tormenta Blanca estaba arriesgándose mucho al sacar el tema.

Pero en esta ocasión no hubo hostilidad. Incluso Musaraña y Rabo Largo guardaron silencio. Lo sucedido junto a la Colina de Huesos había inclinado las simpatías del clan hacia los gatos del Clan del Río. Los guerreros se relajaron conforme se mitigaba la conmoción, y hubo algunos murmullos de aprobación hacia lo que había dicho Tormenta Blanca.

Estrella de Fuego bajó la vista hacia los gatos del Clan del Río, que estaban al pie de la Peña Alta con Látigo Gris y Carbonilla.

—Bienvenidos al Clan del Trueno —maulló.

Vaharina inclinó la cabeza con agradecimiento.

—Gracias, Estrella de Fuego. Nunca olvidaremos esto.

—Era lo correcto. Sólo espero que pronto os sintáis completamente bien.

—Estarán bien —intervino Carbonilla—. Lo único que necesitan es buena comida y un lugar caliente donde dormir.

—Sí, en aquel horrible agujero no teníamos lechos —se lamentó Plumilla, con los ojos dilatados de espanto.

—Ya no tienes que pensar más en eso —le dijo Vaharina con un lametazo consolador—. Sólo concéntrate en

ponerte fuerte de nuevo. En cuanto estés en forma, tendremos que retomar el entrenamiento.

Estrella de Fuego recordó que Vaharina era la mentora de Plumilla. Estaba pensando en las dificultades de entrenar a un aprendiz en un terreno desconocido, cuando Látigo Gris lo sacó de sus pensamientos.

—Pedrizo era el mentor de Borrasquino, que ahora necesitará otro. ¿Te parece bien si yo ocupo su lugar?

—Buena idea —aprobó Estrella de Fuego, y se vio recompensado al ver un brillo de orgullo y alegría en los ojos de Látigo Gris mientras miraba a su hijo—.

Celebraremos la ceremonia de inmediato.

No estaba seguro de si era necesario, teniendo en cuenta que Borrasquino no era realmente miembro del clan, pero algo en su interior anhelaba contactar con el Clan Estelar a través de los antiguos ritos familiares.

Tras bajar de un salto de la Peña Alta, llamó a Borrasquino con la cola. El aprendiz se colocó ante él, todavía con patas temblorosas pero con la cabeza bien erguida.

—Borrasquino, tú ya has comenzado tu aprendizaje —empezó Estrella de Fuego—. Pedrizo fue un noble mentor, y

el Clan del Trueno lamenta su pérdida. Ahora debes continuar aprendiendo las habilidades de un guerrero con un nuevo mentor. —Tras volverse hacia Látigo Gris, prosiguió—: Látigo Gris, tú continuarás con el entrenamiento de Borrasquino. Has soportado el sufrimiento con el temple de un guerrero, y espero que transmitas a este aprendiz todo lo que has aprendido.

Látigo Gris asintió solemnemente y se acercó a su hijo para entrechocar las narices. Estrella de Fuego intercambió una mirada con Fronde Dorado; se notaba que al joven guerrero lo alegraba que su viejo mentor tuviera un nuevo

aprendiz.

Estrella de Fuego dio por finalizada la reunión. Al mirar alrededor, vio a Tormenta de Arena no muy lejos de él.

—Tormenta de Arena, quería pedirte un favor.

La gata melada lo miró.

—¿De qué se trata?

—De Vaharina. Aquí le costará enseñar adecuadamente a Plumilla. No conoce los lugares de entrenamiento, ni los peligros, ni los mejores sitios en que encontrar presas.

Estrella de Fuego dudó, no muy seguro de que fuera buena idea lo que iba a proponer. No hacía mucho, había

escogido a Fronde Dorado como mentor de Zarpa Trigueña, y Tormenta de Arena se había ofendido abiertamente porque la hubiese ninguneado. También podría ofenderse por su nueva idea.

—Sigue —maulló la guerrera.

—Yo… yo quería preguntarte si ayudarías a Vaharina con el entrenamiento de Plumilla. No se me ocurre nadie mejor que tú para eso.

Tormenta de Arena le dedicó una larga mirada pensativa.

—¿Crees que puedes convencerme con halagos?

—Yo no…

Tormenta de Arena soltó un ronroneo

risueño.

—Bueno, quizá sí puedas. Por supuesto que la ayudaré, estúpida bola de pelo. Hablaré con ella ahora mismo.

Estrella de Fuego se sintió aliviado.

—Gracias, Tormenta de Arena.

Lo interrumpió un estridente maullido. Los gatos que seguían en el claro estaban mirando hacia el túnel de aulagas. Estrella de Fuego no podía ver qué los había alarmado, pero captó el olor metálico de la sangre en el aire, y también un olor a gato intruso.

Abriéndose paso entre sus guerreros, fue hasta la entrada del claro. Por el túnel salió cojeando un gato tan

malherido que estaba irreconocible. Le manaba sangre de un largo corte en el costado. Tenía el pelo apelmazado con arena y polvo, y un ojo cerrado.

Por fin, Estrella de Fuego consiguió distinguir un pelaje oscuro y moteado bajo la suciedad y el olor del Clan del Viento. El recién llegado era Enlodado, casi incapaz de mantenerse en pie de dolor y agotamiento.

—¡Enlodado! —exclamó Estrella de Fuego—. ¿Qué ha ocurrido?

El gato se tambaleó hacia él.

—¡Tienes que ayudarnos, Estrella de Fuego! —exclamó con voz estrangulada —. ¡El Clan del Tigre está atacando



nuestro campamento!



19

Estrella de Fuego ascendió la ladera que conducía al territorio del Clan del Viento desde los Cuatro Árboles. Tras él avanzaba una patrulla con algunos de sus guerreros: Látigo Gris, Fronde Dorado, Tormenta de Arena, Nimbo Blanco y Manto Polvoroso con su aprendiz, Ceniciento. No se había atrevido a

llevar más gatos para ayudar al Clan del Viento. Había dejado a Tormenta Blanca a cargo del campamento con todos los demás guerreros, por si acaso Estrella de Tigre planeaba atacarlos también. Sus patas rozaban la mullida vegetación del páramo mientras corría hacia el campamento del Clan del Viento. Un frío viento le aplastaba el pelo, llevándole el distante olor del Clan de la Sombra. Aunque sabía que todavía estaba demasiado lejos, imaginó que podía oír los gritos de batalla mientras los guerreros de Estrella de Tigre caían sobre el desprevenido Clan del Viento.

—Llegaremos demasiado tarde —

resolló Látigo Gris a su lado—. ¿Cuánto le habrá costado a Enlodado llegar hasta nosotros, malherido como estaba?

El líder no malgastó aliento en responder. Sabía que Látigo Gris tenía razón. Aquélla no era la primera vez que el Clan del Trueno corría a ayudar al Clan del Viento contra una alianza del Clan del Río y el Clan de la Sombra. Aunque en aquella ocasión los habían avisado con tiempo y habían logrado expulsar a los atacantes. Ahora, para cuando alcanzaran el campamento del Clan del Viento, la batalla podría haber terminado, pero aun así Estrella de Fuego sabía que debían intentarlo. El

código guerrero, su amistad con algunos miembros del Clan del Viento y la urgencia de unirse para hacer frente al Clan del Tigre; todo eso lo obligaba a guiar a sus guerreros al rescate tan deprisa como pudiera.

Al acercarse más, advirtió que el olor del Clan de la Sombra estaba mezclado con algo del Clan del Río, formando un nuevo olor que comprendió que era el distintivo del Clan del Tigre. Estaban lo bastante cerca para oír maullidos de gatos peleando, pero el silencio le atenazó el corazón como una garra fría. La batalla debía de haber finalizado. El líder redujo el paso y

trepó con sus guerreros la última cuesta hacia el campamento, con el estómago encogido de miedo por lo que podrían encontrar.

Estrella de Fuego se deslizó sigilosamente a lo alto, desde donde podría contemplar el campamento. En el aire había un fuerte olor al Clan del Viento, junto con el acre de la sangre y el miedo. Un único alarido espeluznante quebró el silencio cuando Estrella de Fuego llegó a la cima y vio lo que Estrella de Tigre había hecho.

La hondonada donde los gatos del Clan del Viento tenían su campamento estaba bordeada de arbustos de aulaga.

Las espinosas ramas todavía exhibían algunas flores amarillas. Más allá, en el centro del claro, Estrella de Fuego vio gatos apiñados y casi inmóviles. Mientras los observaba, una reina de color carey levantó la cabeza y soltó otro escalofriante maullido.

—¡Flor Matinal! —exclamó Estrella de Fuego.

Haciendo una señal con la cola a sus guerreros para que lo siguieran, bajó corriendo entre los arbustos hasta el campamento. Al irrumpir en el claro, se encontró frente al líder Estrella Alta. El gato blanco y negro tenía el pelo desgarrado y cubierto de polvo, y

arrastraba la cola de agotamiento.

—¡Estrella de Fuego! —Su voz sonó ronca de dolor—. Sabía que vendrías.

—No lo bastante pronto. Lo lamento.

El líder del Clan del Viento negó con la cabeza con impotencia.

—Has hecho lo que has podido. —Se volvió hacia los gatos encogidos en el claro, demasiado conmocionados o heridos para moverse—. Ya ves lo que ha hecho Estrella de Tigre.

—Cuéntanos qué ha sucedido —le pidió Látigo Gris.

Estrella Alta agitó las orejas.

—Estrella de Tigre y sus guerreros llegaron hasta nosotros a hurtadillas…

sin previo aviso. En cualquier caso, eran demasiados para luchar contra ellos.

Estrella de Fuego dio unos pasos, sintiendo que se le revolvía el estómago. Ninguno de los guerreros del Clan del Viento había escapado sin heridas. El lugarteniente Rengo estaba tendido muy quieto, sangrando por un tajo en el costado. Cerca de él estaba la guerrera Corriente Veloz, cuyo pelaje gris claro le colgaba del omóplato en jirones. Tenía la vista perdida, como si no pudiera creer lo que había pasado.

Estrella de Fuego tampoco podía creerlo. Aquel ataque se había producido sin mediar ninguna

provocación; no había habido ninguna advertencia en la última Asamblea; y Estrella de Tigre no había ganado ningún territorio para su clan. El propósito del ataque no era otro que infundir miedo en los gatos del Clan del Viento.

—Hola, Estrella de Fuego —lo saludó una débil voz.

Al darse la vuelta, el líder del Clan del Trueno vio a su viejo amigo Bigotes. El guerrero marrón estaba tendido de lado, con profundas heridas en el cuello y el omóplato. Cascarón, el curandero del Clan del Viento, estaba aplicándole telas de araña, pero la sangre seguía saliendo lentamente.

—Bigotes… —Estrella de Fuego enmudeció, sin saber qué decir.

A su amigo le relucían los ojos de dolor.

—No es tan malo como parece —gruñó—. Deberías haber visto al otro.

—Ojalá hubiéramos llegado a tiempo —maulló Estrella de Fuego.

—Sí. Ojalá. Mira ahí.

Bigotes giró la cabeza y Cascarón le espetó:

—¡No te muevas!

Estrella de Fuego siguió la mirada del guerrero herido. Flor Matinal, la reina que antes maullaba estridentemente, estaba acurrucada

sobre el cuerpo inerte de otro gato. Era un cuerpo pequeño y tenía desgarrado el pelaje blanco y canela.

—No… —A Estrella de Fuego se le hizo un nudo en la garganta—. No puede ser Erguino.

—Estrella de Tigre lo ha matado —contó Bigotes con la voz tensa de rabia—. Lo ha inmovilizado en el centro del claro, con todos sus guerreros alrededor para que ninguno pudiéramos acercarnos lo bastante para detenerlo. Ha… ha dicho que iba a matarlo para enseñarnos al resto lo que nos esperaba si nos negábamos a unirnos a él.

Estrella de Fuego cerró los ojos,

incapaz de soportar la sangrienta escena, pero lo único que pudo ver fue la imagen del enorme líder del Clan del Tigre, sujetando al desvalido aprendiz mientras desafiaba a los guerreros del Clan del Viento. Lo recorrió un escalofrío. Recordó cuando Látigo Gris y él fueron en busca del Clan del Viento para devolverlos a su hogar, después de que el Clan de la Sombra los hubiera empujado al exilio. Estrella de Fuego había cargado con Erguino, entonces un cachorrito diminuto, a través del Sendero Atronador.

Y todo eso se había echado a perder ahora, por culpa de Estrella de Tigre. Se

preguntó si éste habría escogido a Erguino deliberadamente porque conocía el vínculo especial que él tenía con el aprendiz.

Tras volver en sí, abrió los ojos y se separó de Bigotes para acercarse cuidadosamente a Flor Matinal. Al llegar a su lado, le tocó el omóplato con la nariz para llamar su atención.

La gata alzó la vista; sus hermosos ojos estaban empañados de dolor.

—Estrella de Fuego —susurró—. Jamás pensé que habías salvado a mi hijo para esto. ¿Qué nos ha hecho el Clan Estelar?

El joven líder se agachó junto a ella,

apretándose contra su costado para reconfortarla, y pegó el hocico al pelaje de Erguino.

—Estaba convirtiéndose en un magnífico guerrero —murmuró.

Levantó la cabeza al oír a otro gato; se trataba de Látigo Gris. Su amigo también se inclinó para tocar el pelaje de Erguino, maullando unas palabras de consuelo a Flor Matinal.

—Estrella de Fuego, ¿qué quieres que hagamos? —preguntó Látigo Gris al terminar—. No podemos dejarlos así.

Tras dar un último lametón afectuoso a Flor Matinal, Estrella de Fuego se puso en pie para alejarse con su amigo.

—Llévate a dos o tres gatos de patrulla —ordenó—. Y también a uno o dos del Clan del Viento, si es que hay alguno en condiciones. Ellos conocerán sus propias fronteras mejor que nosotros. Aseguraos de que no quedan guerreros del Clan del Tigre acechando por ahí. Si encontráis alguno, ya sabes lo que tenéis que hacer: echadlo, o matadlo si es necesario. Y volved con toda la carne fresca que podáis. El Clan del Viento necesita comer, y ahora no son capaces de cazar solos.

—Entendido —maulló Látigo Gris.

Llamó a Tormenta de Arena, Nimbo Blanco y Manto Polvoroso, y fue a

pedirle a Estrella Alta permiso para patrullar en su territorio. El líder del Clan del Viento se lo concedió agradecido y ordenó a Manto Trenzado, que había escapado con algunos repelones y arañazos, que los acompañara para enseñarles los mejores sitios para cazar.

—Tenemos que hablar —le dijo Estrella Alta a Estrella de Fuego mientras veían marcharse a la patrulla —. Estrella de Tigre ha dejado un mensaje para ti.

El joven líder plantó las orejas.

—¿Un mensaje?

—Quiere que nosotros dos nos

reunamos con él mañana en los Cuatro Árboles, cuando el sol esté en lo más alto —anunció el viejo líder—. Dice que está cansado de esperar. Quiere saber nuestra decisión sobre si vamos a unirnos o no al Clan del Tigre… y nos ha mostrado qué nos hará si lo rechazamos.

Señaló con la cola a los guerreros heridos y el cuerpo inerte del aprendiz muerto; en aquel simple gesto estaba contenido todo su pesar.

Estrella de Fuego lo miró a los ojos, y los dos líderes intercambiaron una larga mirada de entendimiento.

—Preferiría morir a unirme al Clan

del Tigre —declaró al cabo Estrella de Fuego.

—Y yo —coincidió Estrella Alta—. Me alegra oírte decir eso. Estrella Azul acertó contigo desde el primer momento. Muchos gatos pensaban que eras demasiado joven e inexperto cuando te nombró su lugarteniente, pero ahora estás mostrando tu categoría. El bosque necesita gatos como tú.

Estrella de Fuego bajó la cabeza, azorado por la inesperada alabanza.

—Entonces… nos veremos mañana en los Cuatro Árboles.

Estrella Alta asintió muy serio.

—Acéptame un consejo, Estrella de

Fuego: lleva algunos guerreros contigo. Cuando nos neguemos a unirnos a Estrella de Tigre, imagino que él no nos dejará marchar sin pelear.

Estrella de Fuego notó un escalofrío hasta la punta de la cola. El líder veterano tenía razón.

—En ese caso, si tenemos que hacerlo, ¿pelearemos juntos? —preguntó.

—Juntos —prometió Estrella Alta—. Nuestros clanes se unirán como un león para combatir al tigre que ronda nuestro bosque.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo sin pestañear, asombrado.

Estrella Alta no podía conocer la profecía de Estrella Azul ni la visión que él había tenido junto al arroyo. Y, sin embargo, había repetido las palabras de la profecía: «Cuatro se tornarán dos. El león y el tigre se enfrentarán en combate». ¿Habría hablado también el Clan Estelar con el líder del Clan del Viento? Lo que sucedía entre el líder de un clan y los espíritus de los antepasados era privado, pero aquello le recordó a Estrella de Fuego que ambos eran líderes, con la responsabilidad de dos poderosos clanes detrás de ellos.

Sosteniéndole la mirada al noble gato blanco y negro, Estrella de Fuego

maulló:

—Juro por el Clan Estelar que mi clan será amigo del tuyo para combatir contra este mal hombro con hombro.

—Yo también lo juro —contestó Estrella Alta con solemnidad.

Estrella de Fuego levantó la cabeza y olfateó el aire, que aún tenía un leve rastro de los gatos asaltantes. Sabía que aquel juramento sería inamovible hasta que Estrella de Tigre fuera desterrado del bosque… o hasta que los dos perdieran su novena vida intentándolo.



20

El sol había empezado a ponerse al otro lado del río, convirtiendo el agua en una ondulante lámina de fuego y mandando una reconfortante calidez a la piel del líder del Clan del Trueno. Estaba en lo alto de las Rocas Soleadas, mirando hacia el territorio del Clan del Río.

—Me pregunto qué nos traerá el

mañana —murmuró.

A su lado, Tormenta de Arena negó con la cabeza restregando su cálido costado contra él, sin contestar con palabras. Tras regresar del arrasado campamento del Clan del Viento, Estrella de Fuego le había pedido a la guerrera canela que saliera a patrullar con él. Sentía la necesidad de alejarse un rato del resto del clan, para prepararse para el encuentro con Estrella de Tigre. Aun así, no deseaba estar completamente solo, y la presencia de Tormenta de Arena lo reconfortaba.

Habían bordeado las Rocas de las Serpientes y seguido el Sendero

Atronador hacia la frontera con el Clan de la Sombra, para renovar las marcas olorosas hasta los Cuatro Árboles; finalmente, habían regresado a lo largo de la frontera con el Clan del Río.

No había ni rastro de intrusos del Clan del Tigre. Las fronteras eran seguras, y, sin embargo, Estrella de Fuego sabía que si tenían que luchar contra el Clan del Tigre sería por mucho más que las fronteras. Sería el apogeo de su conflicto personal con Estrella de Tigre, que duraba prácticamente desde que él pisó el bosque por primera vez.

Estrella de Fuego se detuvo en las rocas, disfrutando del placer de estar a

solas con Tormenta de Arena.

—Estrella de Tigre está decidido a convertirse en el rey del bosque —maulló—. Es de esperar que haya una batalla.

—Y el Clan del Trueno tendrá que soportar la mayor carga —replicó su amiga—. Después de lo de hoy, ¿cuántos guerreros puede ofrecernos el Clan del Viento?

Sonaba desazonada, pero Estrella de Fuego sabía que, con o sin el Clan del Viento, todos los gatos de su clan pelearían con bravura.

La ardiente luz iba apagándose. Estrella de Fuego se volvió a

contemplar su adorado bosque. Una única estrella brillaba en el cielo violeta.

«¿Eres tú, Estrella Azul? —preguntó el joven en silencio—. ¿Sigues vigilándonos?».

Esperó fervientemente que su antigua líder siguiera protegiendo al clan al que amaba. Si sobrevivían al encuentro con Estrella de Tigre del día siguiente y conseguían librarse de su búsqueda del poder absoluto, sería porque el Clan Estelar sabía que el bosque necesitaba cuatro clanes.

Todo estaba inmóvil y en silencio. Ninguna brisa alborotaba el pelaje de

los gatos, no se oía ninguna presa correteando entre las rocas. Estrella de Fuego sintió como si todo el bosque estuviera conteniendo la respiración, aguardando la siguiente aurora.

—Te quiero, Tormenta de Arena —murmuró el joven líder, hundiendo el hocico en su costado.

Ella se volvió para mirarlo; sus ojos verdes resplandecían.

—Yo también te quiero —contestó—. Y sé que sabrás guiarnos mañana, ocurra lo que ocurra.

Estrella de Fuego deseó poder compartir su convicción, pero se permitió tranquilizarse por la confianza

que la gata tenía en él.

—Debemos ir a descansar —maulló.

El frío de la noche estaba aumentando cuando llegaron al barranco. La escarcha ya relucía sobre la hierba y sobre la superficie de las piedras. Cuando Estrella de Fuego salió del túnel al claro principal, una figura blanca surgió en la oscuridad.

—Estaba empezando a preocuparme por vosotros —maulló Tormenta Blanca —. Pensaba que podíais tener problemas.

—No; estábamos bien —respondió Estrella de Fuego—. Ahí fuera no se mueve ni un ratón.

—Lástima. Nos irían bien unos cuantos. —Tormenta Blanca informó rápidamente sobre las patrullas que habían salido y la vigilancia que había organizado en el campamento—. Ve a dormir un poco —concluyó—. Mañana va a ser un día duro.

—Así lo haré —aceptó Estrella de Fuego—. Gracias, Tormenta Blanca.

El guerrero veterano volvió a desaparecer en la oscuridad.

—No podrías haber elegido un lugarteniente mejor —comentó Tormenta de Arena cuando el gato blanco ya no podía oírla.

—Es cierto —coincidió Estrella de

Fuego—. No sé qué haría sin él.

La gata lo miró con tristeza y sabiduría en sus ojos verdes.

—Tal vez lo averigües mañana —maulló—. Quizá lo pierdas a él o a alguno de los otros. Si Estrella de Tigre nos obliga a luchar, van a morir gatos.

—Lo sé.

Pero la verdad es que no se había parado a pensar en lo que eso significaría hasta ese mismo momento. Perdería a algunos de los gatos que dormían a su alrededor, los amigos que amaba, los guerreros en que confiaba. Vencieran o no, algunos de los gatos que él iba a conducir a la batalla no

regresarían. Y morirían porque él les había ordenado luchar. Lo sacudió una punzada de angustia, tan profunda y dolorosa que estuvo a punto de ponerse a maullar.

—Lo sé —repitió—. Pero ¿qué puedo hacer?

—Seguir adelante —respondió Tormenta de Arena con voz suave—. Eres nuestro líder, Estrella de Fuego. Tienes que hacer tu trabajo. Y lo haces magníficamente.

Abrumado, el joven no supo qué decir, y al cabo de un instante la guerrera frotó el hocico contra el suyo.

—Será mejor que me vaya a dormir

un poco —murmuró.

—No; espera. —Estrella de Fuego descubrió que no podía enfrentarse a la solitaria guarida, llena de sombras, situada bajo la Peña Alta—. Esta noche no quiero estar solo. Ven a compartir mi guarida conmigo.

La gata canela inclinó la cabeza.

—De acuerdo, si es lo que quieres.

Estrella de Fuego le dio un rápido lametón en la oreja y empezó a cruzar el claro. Aunque la cortina de liquen que cubría la entrada todavía no había vuelto a crecer tras el incendio, la guarida estaba sumida en una profunda oscuridad.

Estrella de Fuego advirtió con el olfato que uno de los aprendices le había llevado carne fresca, y entonces recordó el hambre que tenía. La presa era un conejo. Él y Tormenta de Arena se sentaron juntos para compartirlo, engulléndolo a bocados veloces y hambrientos.

—Qué falta me hacía —ronroneó la gata, estirando las patas delanteras y arqueando el lomo larga y perezosamente. Luego bostezó—. Podría dormir una luna.

Estrella de Fuego la tocó con la nariz.

—Buenas noches.

Pronto supo que la gata se había dormido, por su respiración leve y regular. Pero, a pesar de su agotamiento, Estrella de Fuego no se sentía preparado para acurrucarse al lado de la guerrera. En vez de eso, se quedó mirando cómo salía la luna, vertiendo una pálida luz a través de la entrada de la guarida y tornando el pelaje de Tormenta de Arena color plata. Pensó que la gata era muy hermosa y que la quería mucho. Y, sin embargo, ella también podía morir al día siguiente.

«Esto es lo que significa ser líder», comprendió. Ignoraba si aguantaría el dolor que eso suponía, aunque sí sabía

que cuando llegara la aurora cargaría con el peso que el Clan Estelar había puesto sobre sus hombros.

«Por favor, Clan Estelar, ayúdame a sobrellevarlo», pensó mientras se acomodaba sobre el musgo al lado de Tormenta de Arena. Se sintió reconfortado por la calidez de la piel de la gata mientras el sueño lo reclamaba por fin.



21

Al despertarse, Estrella de Fuego vio el suelo de la guarida bañado por la tenue luz del amanecer. Junto a él, Tormenta de Arena seguía durmiendo, agitando el musgo con su respiración. Con cuidado de no despertarla, el joven líder se levantó, se desperezó y salió a la fría mañana.

El claro estaba desierto. Pero casi de inmediato apareció Tormenta Blanca desde la guarida de los guerreros.

—Ya he mandado salir a la patrulla del alba —informó—. Fronde Dorado, Musaraña y Látigo Gris. Les he dicho que echen un vistazo a la frontera con el Clan de la Sombra.

—Bien —maulló el líder—. Sería típico de Estrella de Tigre concertar una reunión en los Cuatro Árboles y al mismo tiempo lanzar un ataque en otro lugar. Por eso voy a dejarte a cargo del campamento, con tantos guerreros como pueda permitirme.

—Llévate todas las fuerzas que

necesites —replicó el lugarteniente—. Estaremos bien. La joven Centella promete convertirse en una luchadora útil desde que comenzó a entrenar con Nimbo Blanco. Y los veteranos todavía pueden propinar algunos zarpazos, si se ven obligados a hacerlo.

—Se verán obligados a hacerlo antes de que todo esto acabe —predijo Estrella de Fuego—. Gracias, Tormenta Blanca. Sé que puedo confiar en ti.

El guerrero veterano asintió y desapareció de nuevo en la guarida. Estrella de Fuego lo observó marcharse y luego cruzó el claro hacia el túnel de helechos que llevaba a la guarida de

Carbonilla.

Cuando llegó, oyó a la curandera en el interior de la roca hendida, donde estaba su gruta.

—Bayas de enebro, hojas de caléndula, semillas de adormidera…

Al asomarse, Estrella de Fuego vio a la pequeña gata gris inspeccionando los montones de hierbas y bayas curativas que tenía dispuestos a lo largo de una pared de su guarida.

—Hola, Carbonilla —maulló—. ¿Todo en orden?

La curandera se volvió para mirarlo seriamente con sus ojos azules.

—Dentro de lo que cabe, sí.

—¿Crees que habrá una batalla irremediablemente? —le preguntó Estrella de Fuego—. ¿Te ha hablado el Clan Estelar?

Carbonilla se reunió con él en la boca de la cueva.

—No, ni una palabra —contestó—. Pero el sentido común dice que habrá una batalla, Estrella de Fuego. No necesito una profecía para saberlo.

Estrella de Fuego sabía que la curandera tenía razón, pero, aun así, sus palabras lo dejaron helado. Con una reunión tan trascendental a la vuelta de la esquina, ¿por qué no había habido ni una señal del Clan Estelar? ¿Acaso sus

antepasados guerreros los habían abandonado cuando más los necesitaban? Demasiado tarde, el líder se preguntó si no debería haber ido a las Rocas Altas para compartir lenguas con el Clan Estelar.

—¿Sabes por qué el Clan Estelar guarda silencio? —le preguntó a Carbonilla.

La curandera negó con la cabeza.

—Pero sí sé algo —maulló, como si le hubiera leído el pensamiento—. El Clan Estelar no nos ha olvidado. Hace mucho tiempo decretaron que hubiera cuatro clanes en el bosque, y no se mantendrán al margen ni permitirán que

Estrella de Tigre cambie eso para siempre.

Mientras le daba las gracias a Carbonilla y se disponía a reunir a sus guerreros, Estrella de Fuego deseó poder compartir la fe de la gata.

Mientras Estrella de Fuego conducía a sus guerreros por la ladera que llevaba a los Cuatro Árboles, soplaba un fuerte viento que ondulaba la hierba y arrastraba el olor de muchos gatos. Cada ráfaga iba acompañada de una punzante lluvia de las nubes grises que se arremolinaban en el cielo.

El líder se detuvo en lo alto de la ladera, agazapándose al abrigo de los arbustos para observar el claro de abajo. Casi al instante, Nimbo Blanco apareció a su lado.

—¿Por qué estamos aquí parados? —quiso saber—. Acabemos con esto de una vez.

—No hasta que yo sepa lo que sucede —replicó Estrella de Fuego—. Por lo que sabemos, podríamos estar yendo de cabeza a una emboscada. —Se volvió hacia sus guerreros y elevó la voz para que todos lo oyeran—: Todos sabéis por qué estamos aquí. Estrella de Tigre quiere que nos unamos a su clan y

no aceptará una respuesta negativa. Me gustaría creer que podemos salir de ésta sin pelear, pero no estoy seguro de que sea así.

Cuando terminó de hablar, Nimbo Blanco le tocó el omóplato con la cola y luego señaló hacia el otro extremo de la hondonada. Al volverse, Estrella de Fuego vio que Estrella Alta se aproximaba desde el territorio del Clan del Viento, seguido por sus guerreros.

—Bien, el Clan del Viento está aquí —maulló—. Vayamos a encontrarnos con ellos.

Abrió la marcha a lo largo del borde de la hondonada hasta quedar frente al

gato blanco y negro de larga cola.

El líder del Clan del Viento inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Aquí estamos, Estrella de Fuego. Éste es un día negro para el bosque.

—Desde luego que sí —coincidió Estrella de Fuego—. Pero nuestros clanes defenderán lo que es correcto según el código guerrero, suceda lo que suceda.

Estaba sorprendido por la cantidad de guerreros que acompañaban a Estrella Alta. Recordando a los malheridos y destrozados gatos del campamento del Clan del Viento el día anterior, había esperado que sólo

acudiera un pequeño grupo a los Cuatro Árboles. En vez de eso, allí debían de estar prácticamente todos los guerreros. Aún mostraban las cicatrices por el ataque a su campamento, pero les brillaban los ojos con determinación. Estrella de Fuego distinguió a su amigo Bigotes, con un gran verdugón rojo a lo largo del costado, y a Flor Matinal, con ojos fríos en su anhelo por vengar la muerte de su hijo.

Estrella de Fuego pensó que Estrella de Tigre podría llevarse una desagradable sorpresa al ver cuántos guerreros del Clan del Viento estaban todavía en condiciones para luchar

contra él. Tras respirar hondo, maulló:

—Pongámonos en marcha.

Estrella Alta inclinó la cabeza.

—Dirígela tú.

Aunque asombrado por recibir semejante honor de parte de un líder más viejo y experimentado, Estrella de Fuego ondeó la cola para señalar a los dos clanes unidos… «El Clan del León», pensó con una oleada de orgullo. Aquél era su destino.

Descendió majestuosamente la cuesta a través de los arbustos, con todos los sentidos alertas por si los atacaban. Pero no oyó nada más que el sonido de sus propios guerreros

siguiéndolo. El olor del Clan del Tigre todavía estaba un poco lejos.

Mientras conducía a los gatos al claro que había bajo los cuatro robles, los arbustos del extremo opuesto se separaron para dar paso a Estrella de Tigre. Patas Negras, Cebrado y Estrella Leopardina lo flanqueaban como sombras vengativas. Los ojos del enorme atigrado destellaron al ver a Estrella de Fuego, y el joven líder del Clan del Trueno comprendió que aquello también era algo personal para él. Estrella de Tigre no quería otra cosa que clavar sus colmillos y garras en el cuerpo de Estrella de Fuego y

despedazarlo.

En vez de arredrarlo, esta certeza lo estimuló. «¡Dejemos que Estrella de Tigre lo intente!», pensó para sí.

—Buenos días, Estrella de Tigre —saludó fríamente—. Así que has venido. ¿No seguirás buscando a esos prisioneros que perdiste en el territorio del Clan del Río?

Estrella de Tigre soltó un gruñido.

—Lamentarás ese día, Estrella de Fuego.

—Intenta obligarme a lamentarlo —respondió el joven.

El líder del Clan del Tigre no contestó, sino que aguardó mientras iban

apareciendo más de sus seguidores entre los arbustos. Estrella de Fuego reparó en que era un grupo formidable, aunque algunos exhibían heridas y zarpazos por el ataque al Clan del Viento del día anterior. Empezó a latirle dolorosamente el corazón al comprender que la batalla que tanto había temido podía desencadenarse en cualquier momento.

Estrella de Tigre avanzó un paso, con la cabeza erguida desafiantemente.

—¿Habéis pensado en mi oferta? Os doy a elegir: uníos ahora a mí y aceptad mi liderazgo o sed aniquilados.

Estrella de Fuego intercambió una única mirada con Estrella Alta. No

había necesidad de palabras. Ya habían decidido cuál iba a ser la respuesta.

Estrella de Fuego habló por los dos:

—Rechazamos tu oferta. El destino del bosque nunca ha sido que lo gobierne un solo clan, y menos aún uno liderado por un asesino deshonroso.

—Pero así será —replicó Estrella de Tigre con voz suave; ni siquiera intentó defenderse de la acusación del líder del Clan del Trueno—. Contigo o sin ti, Estrella de Fuego, así será. Cuando hoy se ponga el sol, habrá terminado la época de los cuatro clanes.

—La respuesta sigue siendo no —insistió Estrella de Fuego—. El Clan del

Trueno nunca se someterá.

—Y el Clan del Viento tampoco —añadió Estrella Alta.

—Entonces vuestro valor sólo es equivalente a vuestra estupidez —gruñó Estrella de Tigre.

Hizo una pausa, paseando la mirada por los guerreros del Clan del Viento y el Clan del Trueno. Estrella de Fuego oyó gruñidos de los guerreros del Clan del Tigre, situados detrás de su líder, y se obligó a no amilanarse ante sus centelleantes ojos y su pelaje erizado. Durante unos segundos no se movió ni un gato, y Estrella de Fuego se preparó para atacar.

Entonces oyó un respingo a sus espaldas, y alguien exclamó con voz estrangulada:

—¡Zarpa Trigueña!

Zarzo estaba rígido tras él, mirando las filas enemigas sin pestañear. Siguiendo su mirada, Estrella de Fuego descubrió a la joven aprendiza cerca de Robledo, un guerrero del Clan de la Sombra.

—¿Qué está haciendo aquí Zarpa Trigueña? —preguntó Fronde Dorado, avanzando hasta situarse junto a Estrella de Fuego—. ¡Estrella de Tigre la ha secuestrado!

—¿Que la he secuestrado? —replicó

Estrella de Tigre con un ronroneo—. En absoluto. Ella vino a nosotros por su propia voluntad.

Estrella de Fuego no sabía si creerlo o no. Zarpa Trigueña estaba mirando al suelo, como si no quisiera encontrarse con los ojos de su hermano o su antiguo mentor. El líder del Clan del Trueno tuvo que admitir que no parecía una prisionera; lo cierto es que sólo parecía incómoda por ser el centro de atención.

—¡Zarpa Trigueña! —la llamó Zarzo—. ¿Qué estás haciendo? Eres miembro del Clan del Trueno… ¡vuelve con nosotros!

Estrella de Fuego se estremeció por

el dolor que reflejaba la voz de su aprendiz. Recordó el sufrimiento de perder a Látigo Gris cuando éste decidió marcharse al Clan del Río.

Zarpa Trigueña no dijo nada.

—No, Zarzo —maulló Estrella de Tigre—. Ven tú con nosotros. Tu hermana ha tomado la decisión correcta. El Clan del Tigre dominará todo el bosque, y tú puedes compartir nuestro poder.

Estrella de Fuego vio cómo se tensaban los músculos de Zarzo. Finalmente, después de todas las dudas y sospechas que había suscitado, el joven gato se enfrentaba a una sencilla

decisión: ¿seguiría a su padre o permanecería leal al Clan del Trueno?

—¿Qué dices? —espetó Estrella de Tigre—. El Clan del Trueno está acabado. Ahí ya no hay nada para ti.

—¿Unirme a ti? —gruñó Zarzo. Hizo una pausa, tragando saliva para controlar su ira. Cuando volvió a hablar, sus palabras resonaron tan nítidamente que todos los gatos del claro pudieron oírlo—. ¿Unirme a ti? —repitió—. ¿Después de todo lo que has hecho? ¡Antes preferiría morir!

Un murmullo de aprobación brotó entre los gatos del Clan del Trueno.

Los ojos ámbar de Estrella de Tigre

ardieron de rabia.

—¿Estás seguro? —bufó—. No te haré esta oferta dos veces. Únete a mí ahora, o morirás.

—Entonces, por lo menos me reuniré con el Clan Estelar como un leal miembro del Clan del Trueno —replicó Zarzo con la cabeza bien alta.

Estrella de Fuego sintió una oleada de orgullo desde la nariz hasta la punta de la cola. No podía haber mayor desafío al poder de Estrella de Tigre que su propio hijo rechazándolo a favor del clan que despreciaba.

—¡Imbécil! —siseó Estrella de Tigre—. Quédate, entonces, y muere con

esos otros imbéciles.

Estrella de Fuego se preparó mientras aguardaba a que su enemigo iniciara el ataque, convencido de que la batalla estaba a punto de estallar. En vez de eso, para su sorpresa, Patas Negras levantó la cola para hacer una señal.

Los arbustos de la ladera opuesta susurraron, y a Estrella de Fuego se le desorbitaron los ojos de la impresión al ver que aparecían más gatos en el claro. Jamás había visto a ninguno de ellos. Estaban flacos y tenían el pelo enmarañado, pero desprendían fuerza por sus fibrosas extremidades. Los envolvía el hedor de la carroña y del

Sendero Atronador. Aquéllos no eran gatos del bosque.

Los guerreros del Clan del Viento y el Clan del Trueno miraron con incredulidad cómo llegaban al claro más y más desconocidos. Éstos se desplegaron en un semicírculo alrededor del Clan del Tigre, hilera tras hilera. Eran más gatos de los que Estrella de Fuego recordaba haber visto juntos en el bosque, incluso en las Asambleas.

—¿Y bien? —preguntó Estrella de Tigre con voz sedosa—. ¿Todavía estáis seguros de que queréis resistir y pelear?



22

Abatido, Estrella de Fuego se quedó con las zarpas clavadas en el suelo mientras contemplaba a los recién llegados. Reparó en que algunos de ellos llevaban collar.

—¿Y esos collares? —espetó Ceniciento a sus espaldas, haciéndose eco de sus pensamientos. La voz del

aprendiz sonó cortante y asqueada—. Miradlos… ¡son mininos domésticos! No tendremos problemas en derrotarlos.

—Guarda silencio —le advirtió su mentor, Manto Polvoroso—. Todavía no sabemos nada de esos gatos.

Estrella de Fuego permaneció en silencio hasta que los extraños felinos entraron en el claro y se reunieron en torno al Clan del Tigre. Un enorme gato blanco y negro se separó de las filas y fue a colocarse junto a Estrella de Tigre; Estrella de Fuego se imaginó que sería el líder de los recién llegados. Era casi tan grande como Estrella de Tigre y muy musculoso, y tenía muchas cicatrices de

batalla. Aunque llevaban collar, Estrella de Fuego supo que aquellos gatos estaban muy lejos de ser consentidos mininos domésticos.

Detrás del guerrero blanco y negro apareció un gato negro mucho más pequeño, que avanzó con ligereza sobre la hierba para situarse al otro lado de Estrella de Tigre. Estrella de Fuego no podía imaginarse quién sería; parecía más un curandero que un guerrero.

Notó un hormigueo por todo el pelo. El aire sabía denso, como si estuviera a punto de estallar una tormenta.

—Bien, Estrella de Tigre —maulló, obligándose a mantener la voz firme—.

¿Querrías contarnos quiénes son tus nuevos amigos?

—Éste es el Clan de la Sangre —anunció Estrella de Tigre—. Viene del poblado Dos Patas. Los he traído al bosque para convenceros a vosotros, gatos estúpidos, de que os unáis a mí. Sabía que no tendríais la sensatez de aceptar por vosotros mismos.

Un bufido indignado brotó en el Clan del Viento y el Clan del Trueno. Estrella de Fuego oyó cómo Espinardo le susurraba:

—¿Recuerdas a los proscritos que olimos el día que me convertí en guerrero? Seguro que procedían del

Clan de la Sangre.

Estrella de Fuego pensó que el joven podía tener razón. Sería una patrulla de proscritos del poblado Dos Patas, inspeccionando el bosque para ver qué les estaba ofreciendo Estrella de Tigre. ¿Y qué les habría ofrecido exactamente? ¿Compartir con él el bosque a cambio de su ayuda en la batalla?

—¿Lo ves, Estrella de Fuego? —le dijo Estrella de Tigre con voz exultante—. Soy más poderoso incluso que el Clan Estelar, pues he cambiado de cuatro a dos los clanes del bosque. El Clan del Tigre y el Clan de la Sangre gobernarán juntos.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo alarmado. Ahora no había ninguna posibilidad de razonar con Estrella de Tigre. Su ansia de poder lo había trastornado tanto que, en su mente, su propia figura descomunal lo dominaba todo, eclipsando incluso la luz del Clan Estelar.

—No, Estrella de Tigre —respondió con voz queda—. Si quieres pelear, que así sea. El Clan Estelar mostrará quién es más poderoso.

—¡Eres un idiota con cerebro de ratón! —escupió el líder del Clan de la Sombra—. Me había preparado para venir aquí a hablar contigo. Recuerda

que eres tú quien nos ha conducido a esto. Y cuando tus compañeros de clan estén muriendo a tu alrededor, te culparán a ti con su último aliento. —Giró en redondo para encararse a la multitud de felinos alineados tras él—. ¡Gatos del Clan de la Sangre, atacad!

No se movió ni un gato.

A Estrella de Tigre se le salieron los ojos de las órbitas.

—¡Atacad, os lo ordeno! —bramó.

Los guerreros siguieron sin moverse. Sólo el pequeño gato negro dio un paso adelante con los ojos clavados en Estrella de Tigre.

—Yo soy Azote, el líder del Clan de

la Sangre —maulló con voz fría y tranquila—. Estrella de Tigre, a mis guerreros no puedes darles órdenes como si fueran tuyos. Ellos atacarán cuando yo se lo diga, no antes.

Estrella de Tigre le lanzó una mirada rencorosa, como si no pudiera creer que aquel andrajoso gato estuviera desafiándolo. El líder del Clan del Trueno aprovechó la oportunidad. Avanzó hasta quedarse delante de los dos líderes. Oyó que Látigo Gris siseaba a sus espaldas:

—¡Estrella de Fuego, ten cuidado!

Pero aquél no era momento para tener cuidado. Estaba en juego el futuro

del bosque, pendiente de un fino hilo entre las sanguinarias ansias de poder de Estrella de Tigre y los caprichos del desconocido Clan de la Sangre.

Entonces Estrella de Fuego pudo ver que el collar que Azote llevaba al cuello estaba tachonado con dientes: dientes de perro y… también dientes de gato. ¡Por el gran Clan Estelar! ¿Es que mataban a los de su propia especie y usaban sus colmillos como trofeo?

Otros miembros del Clan de la Sangre lucían los mismos adornos espeluznantes. A Estrella de Fuego se le revolvió el estómago y le dio vueltas la cabeza ante la visión de sangre manando

por las laderas de la hondonada, bañando las patas de los gatos con una marea pegajosa y pestilente. Sintió pavor no sólo por él y su propio clan, sino por todos los gatos del bosque, tanto amigos como enemigos.

¿La sangre iba a regir realmente el bosque, como había profetizado Estrella Azul? ¿Acaso Estrella Azul quería decir el Clan de la Sangre? El joven líder lanzó una mirada abrasadora a Estrella de Tigre, expresando todo el odio que sentía por el gato que los había llevado a aquello.

Pero sabía que tenía que controlarse si quería dar una buena impresión a los

miembros del Clan de la Sangre. Tras inclinar la cabeza hacia el líder, maulló claramente, para que todos pudieran oírlo:

—Saludos, Azote. Yo soy Estrella de Fuego, el líder del Clan del Trueno. Me gustaría poder decirte que eres bienvenido al bosque, pero tú no me creerías y yo no tengo ningún deseo de mentirte. Al contrario que tu supuesto aliado —señaló despectivamente con la cola a Estrella de Tigre—, yo soy un gato de honor. Si crees en las promesas que te haya hecho, te equivocarás.

—Estrella de Tigre me dijo que tenía enemigos en el bosque. —En la

voz del gato negro estaba contenido todo el frío de la estación sin hojas. Estrella de Fuego lo miró a los ojos, y fue como mirar los lugares más profundos de la noche, donde no alcanzaba el menor brillo de la luz del Clan Estelar—. ¿Por qué debería creerte a ti en vez de a él?

Estrella de Fuego tomó aire. Aquélla era la oportunidad que había esperado desde hacía mucho, la que había perdido en la última Asamblea, cuando los rayos y truenos interrumpieron la reunión. Por fin podría plantarse delante de todos los clanes del bosque y dejar al descubierto la horrorosa historia de Estrella de Tigre. Pero ahora no se trataba tan sólo

de empañar la reputación de Estrella de Tigre, sino de salvar a todo el bosque de la destrucción.

—Gatos de todos los clanes —empezó—, y especialmente gatos del Clan de la Sangre, no tenéis por qué creerme o dejar de creerme. Los crímenes de Estrella de Tigre hablan por sí solos. Cuando todavía era guerrero del Clan del Trueno, asesinó a su propio lugarteniente, Cola Roja, con la esperanza de que lo nombraran lugarteniente en su lugar. El elegido para el puesto fue Corazón de León, pero, cuando ese noble guerrero murió luchando contra el Clan de la Sombra,

Estrella de Tigre consiguió por fin lo que ambicionaba.

Un grave silencio reinaba en el claro; sólo lo rompió Estrella de Tigre, que gruñó desdeñoso:

—Cuenta lo que quieras, minino casero. Eso no cambiará nada.

Estrella de Fuego actuó como si no lo hubiera oído.

—Pero ser lugarteniente no le bastaba —continuó—. Estrella de Tigre quería ser el líder del clan. Le tendió una trampa a Estrella Azul junto al Sendero Atronador, pero fue mi aprendiza la que cayó en ella. Fue así como Carbonilla se quedó coja.

Un murmullo sobrecogido barrió el claro. Excepto los miembros del Clan de la Sangre, todos conocían a Carbonilla, que era muy popular incluso entre los gatos de los demás clanes.

—Entonces Estrella de Tigre conspiró con Cola Rota, el antiguo líder del Clan de la Sombra, que era prisionero del Clan del Trueno —contó Estrella de Fuego a su auditorio—. Condujo a un grupo de gatos proscritos al campamento del Clan del Trueno e intentó matar a Estrella Azul con sus propias garras. Yo se lo impedí, y cuando el Clan del Trueno consiguió repeler el ataque, Estrella de Tigre fue

desterrado. Como proscrito, mató a otro de nuestros guerreros, Viento Veloz. Luego, antes de que supiéramos lo que estaba tramando, logró convertirse en el líder del Clan de la Sombra.

Hizo una pausa para mirar alrededor. No estaba seguro de cómo estaban tomándose aquello el Clan de la Sangre y su líder, Azote, pero sí vio que contaba con la atención de todos los demás gatos del claro, que estaban horrorizados. Procuró calmarse, pues quería que todos oyeran la última parte de la historia, que era la más horripilante:

—Pero Estrella de Tigre todavía

quería vengarse del Clan del Trueno. Hace tres lunas, una manada de perros extraviados llegó al bosque. Estrella de Tigre cazó presas para ellos y luego tendió un rastro de conejos muertos entre la guarida de los perros y el campamento del Clan del Trueno, para guiarlos hasta nosotros. Mató a una de nuestras guerreras, Pecas, y la dejó cerca del campamento para que los perros probaran el sabor de la sangre de gato. Si nosotros no hubiéramos descubierto su plan a tiempo, todo el Clan del Trueno habría sido despedazado.

—Ya sería hora… —gruñó Estrella

de Tigre.

—Finalmente —se obligó a continuar Estrella de Fuego—, nuestra líder, Estrella Azul, encontró la más valerosa de las muertes al salvarme a mí y a todo su clan de la manada.

Esperaba maullidos de indignación, pero sólo hubo silencio cuando la historia llegó a su fin. Los ojos de todos los gatos estaban clavados en él, estupefactos de la impresión.

Estrella de Fuego miró de reojo a Estrella Leopardina, que seguía con Cebrado y Patas Negras detrás de Estrella de Tigre. La líder del Clan del Río parecía horrorizada. Durante unos

segundos, Estrella de Fuego pensó esperanzado que quizá rompiera de inmediato su acuerdo con Estrella de Tigre y alejara a su clan del liderazgo del atigrado, pero la gata permaneció en silencio.

—Ésta es la historia de Estrella de Tigre —maulló Estrella de Fuego apremiante, volviéndose hacia Azote—. Y demuestra una cosa: que hará lo que sea para obtener poder. Si te ha prometido una parte del bosque, no lo creas. Él no cederá ni una pizca, ni a ti ni a nadie.

Azote entornó los ojos. Estrella de Fuego vio que estaba pensando

cuidadosamente en lo que había oído, y en su interior brotó la esperanza como una pequeña llama.

—Cuando Estrella de Tigre fue a visitarme hace dos lunas, me contó lo que estaba planeando hacer con los perros —maulló el gato negro, y se dio la vuelta para mirar al líder del Clan de la Sombra—. Lo que no me ha dicho es que su plan había fracasado.

—Ahora no importa nada de eso —espetó Estrella de Tigre bruscamente—. Tenemos un trato contigo, Azote. Lucha a mi lado y tendrás todo lo que te he ofrecido.

—Mi clan y yo lucharemos cuando

yo lo decida —replicó Azote, y añadió en dirección a Estrella de Fuego—: Pensaré en lo que has contado. Hoy no habrá ninguna batalla.

Estrella de Tigre erizó el pelo de rabia, sacudiendo la cola de un lado a otro.

—¡Traidor! —bramó, y saltó hacia Azote con las garras extendidas.

Espantado, Estrella de Fuego supuso que iba a ver cómo el pequeño gato negro quedaba hecho pedazos. Él conocía, por amarga experiencia, la potencia de los músculos de Estrella de Tigre. Pero Azote se apartó velozmente, esquivando a Estrella de Tigre cuando

éste aterrizó. Cuando el enorme atigrado se encaró con él, Azote alargó las zarpas delanteras. El pálido sol de la estación sin hojas relució de una manera extraña en sus garras. Estrella de Fuego sintió que se le helaba la sangre en las venas: las uñas de Azote estaban reforzadas con largos y afilados colmillos de perro.

Estrella de Tigre perdió el equilibrio al recibir un zarpazo en el omóplato. Cayó de costado, dejando expuesta la barriga, y Azote le clavó sus crueles garras en la garganta. Empezó a manar sangre mientras el pequeño gato abría en canal al atigrado desde el cuello hasta la cola.

Estrella de Tigre soltó un grito desesperado, interrumpido por un escalofriante estertor estrangulado. Su cuerpo se sacudió entre convulsiones y espasmos, agitando las patas y la cola. Luego permaneció inmóvil unos segundos. Estrella de Fuego sabía que estaba cayendo en el trance del líder que pierde una vida, para despertar un poco después, cuando hubiera recuperado las fuerzas, con sus demás vidas intactas.

Pero ni siquiera el Clan Estelar podía curar aquella espantosa herida. Azote retrocedió para observar fríamente cómo el cuerpo de Estrella de Tigre se estremecía de nuevo. La oscura

sangre roja seguía fluyendo, extendiéndose por el suelo en una marea incesante. Estrella de Tigre soltó otro alarido. Estrella de Fuego deseó poder taparse las orejas para no tener que oír nada más, pero estaba absolutamente paralizado.

El cuerpo del enorme atigrado se quedó inmóvil de nuevo, pero la herida seguía siendo demasiado grave para remitir bajo el trance curativo. Otro espasmo sacudió el cuerpo de Estrella de Tigre. En su agonía, arrancaba puñados de hierba con las garras, mientras sus gritos pasaban de la furia al terror.

«Está muriendo nueve veces —comprendió Estrella de Fuego—. Oh, por el Clan Estelar, no…».

Era una muerte que no habría deseado a ningún gato, ni siquiera a Estrella de Tigre, y pensó que aquello no iba a terminar nunca.

Cuando vieron lo que le estaba sucediendo al líder al que consideraban invencible, los guerreros del Clan del Tigre prorrumpieron en chillidos horrorizados. Estrella de Fuego advirtió que estaban rompiendo filas; varios gatos pasaron a empujones ante él en su desesperada prisa por huir del claro. Desde algún punto a sus espaldas, oyó

que Estrella Alta ordenaba a sus guerreros:

—¡Quietos! ¡Quedaos en vuestros puestos!

Estrella de Fuego sabía que él no tenía que dar a sus guerreros esa misma orden. Permanecerían con él hasta el final.

Ahora Estrella de Tigre estaba resollando, exhausto en su lucha por la vida. Estrella de Fuego vislumbró sus ojos ámbar, vidriosos de dolor, odio y pavor. Entonces su cuerpo dio una última sacudida y se quedó inmóvil.

Estrella de Tigre había muerto.

Paralizado de incredulidad, Estrella

de Fuego miraba sin pestañear el cuerpo sin vida. Su viejo enemigo, el gato más peligroso del bosque, el gato con el que había esperado luchar a muerte… se había ido.

Estrella de Fuego permaneció frente a Azote. El pequeño gato negro se mostraba impasible. Ahora Estrella de Fuego sabía que no debía infravalorarlo por su tamaño. Nunca se había enfrentado a un felino más peligroso que aquél, que con un simple zarpazo podía acabar con las nueve vidas de un líder.

Detrás de Azote, los gatos del Clan de la Sangre avanzaron como preparándose para atacar, y Estrella de

Fuego miraba a sus guerreros para asegurarse de que estaban listos. Estaban alineados con los guerreros del Clan del Viento, dispuestos a saltar. Pero, cuando Estrella de Fuego se volvió de nuevo hacia su enemigo, Azote alzó una pata empapada de sangre.

Los gatos que había a su espalda se detuvieron.

—Ya veis lo que les ocurre a quienes desafían al Clan de la Sangre —advirtió el gato negro con calma—. Vuestro amigo —continuó, señalando desdeñosamente con la cola el cuerpo inerte de Estrella de Tigre— creía que

podía controlarnos. Estaba equivocado.

—Nosotros no queremos controlaros —contestó Estrella de Fuego con voz ronca—. Lo único que queremos es vivir en paz. Lamentamos que Estrella de Tigre os haya traído aquí con mentiras. Por favor, cazad lo que os apetezca antes de marcharos a casa.

—¿Marcharnos a casa? —Azote abrió los ojos con burlona incredulidad—. No nos vamos a ninguna parte, idiota. En el poblado del que venimos hay muchísimos gatos y las presas escasean. Aquí en el bosque no tendremos que depender de la basura de los Dos Patas para alimentarnos.

Miró a los dos clanes listos para la batalla.

—Ahora vamos a apropiarnos de este territorio —continuó—. Yo dominaré el bosque además del poblado. Pero entiendo que quizá necesitéis algo de tiempo para reflexionar sobre esto. Tenéis tres días para marcharos… o para enfrentaros a mi clan en combate. Esperaré vuestra respuesta al alba del cuarto día.



23

Mudo de la impresión, Estrella de Fuego contempló cómo Azote daba media vuelta y se internaba en las líneas de sus propios guerreros. Los gatos del Clan de la Sangre fueron tras él en silencio y desaparecieron entre los arbustos sin apenas un susurro. Estrella de Fuego siguió su marcha a través del

movimiento de la vegetación, y al cabo no quedó ni rastro de ellos.

El joven líder bajó la mirada hacia el cuerpo de Estrella de Tigre. El enorme atigrado estaba despatarrado y mostraba los colmillos en un último gruñido de desafío a la muerte. Los ojos ámbar que abrasaban con salvaje ambición estaban ahora inexpresivos y ciegos.

Ante la muerte de su enemigo, Estrella de Fuego pensó que debería sentirse triunfante. Desde hacía mucho tiempo, sabía que la única esperanza de paz en el bosque pasaba por la muerte de aquel gato. Pero siempre había

imaginado que sería él quien lo abatiría, arriesgando su vida en un combate contra el gigantesco guerrero. En vez de eso, ahora que Estrella de Tigre yacía ante él, manchándole las patas con su sangre, se descubrió embargado por la sensación más extraña de todas: pena. Estrella de Tigre había recibido del Clan Estelar toda la fuerza, destreza e inteligencia para convertirse en un felino realmente grande, una leyenda entre los gatos. Pero había empleado mal sus dones, había asesinado, mentido y tramado venganza, hasta que su ambición lo había conducido a aquel espantoso final. Y nada se había

solucionado. El destino de los clanes todavía estaba pendiente de un hilo y la marea de sangre seguía fluyendo.

«Necesitamos tu fuerza, Estrella de Tigre —susurró Estrella de Fuego para sí mismo—. Al igual que necesitamos a todos los gatos que puedan luchar para expulsar al Clan de la Sangre del bosque».

Se dio cuenta de que había otro gato a su lado, y al volverse vio a Látigo Gris. El resto del Clan del Trueno seguía en formación de combate en el otro extremo del claro, con Estrella Alta y los guerreros del Clan del Viento a su lado.

—¿Estrella de Fuego? —Los ojos amarillos de su amigo estaban dilatados de miedo—. ¿Te encuentras bien?

Estrella de Fuego se dio una sacudida.

—Lo estaré. No te preocupes, Látigo Gris. Vamos… Tengo que hablar con Estrella Alta.

Látigo Gris lanzó una ojeada al cadáver del líder del Clan de la Sombra y se estremeció de arriba abajo.

—No quiero volver a ver algo así nunca más —maulló con voz ronca.

—Si no nos deshacemos de Azote, probablemente tendrás que volver a verlo —respondió Estrella de Fuego.

Se encaminó despacio hacia el líder del Clan del Viento, pensando mientras cruzaba el claro. Cuando se encontró delante de Estrella Alta, vio su misma conmoción reflejada en los ojos del gato veterano.

—No puedo creer lo que acabo de presenciar —dijo el líder del Clan del Viento—. Nueve vidas segadas… como si nada.

Estrella de Fuego asintió.

—Nadie te culparía si tomaras a tu clan y os marcharais del bosque en busca de otro sitio donde vivir.

No dudaba del valor de Estrella Alta, pero se sentía incapaz de dar por

sentado que se quedaría a enfrentarse con un enemigo tan terrible.

Estrella Alta se puso rígido y erizó el pelo del cuello.

—El Clan del Viento fue expulsado del bosque una vez —bufó—. Nunca más. Nuestro territorio es nuestro y pelearemos por él. ¿El Clan del Trueno está con nosotros?

Incluso antes de contestar, Estrella de Fuego oyó un murmullo de sus propios gatos, una mezcla de desafío y determinación.

—Pelearemos —prometió—. Y estaremos orgullosos de hacerlo hombro con hombro con el Clan del Viento.

Los dos líderes se miraron a los ojos, y vio que Estrella Alta compartía el temor que ninguno de los dos había mencionado: que su decisión de luchar contra los gatos invasores podía significar la destrucción de sus dos clanes.

—Ahora vamos a prepararnos —maulló Estrella Alta al cabo—. Volveremos a vernos aquí dentro de tres días, al amanecer.

—Al amanecer —repitió Estrella de Fuego—. Ojalá el Clan Estelar esté con nosotros.

Se quedó mirando cómo los gatos del Clan del Viento ascendían la ladera

y luego se volvió hacia sus guerreros. Parecían abatidos, con los ojos dilatados de recelo, pero, aun así, Estrella de Fuego sabía que ninguno de ellos se acobardaría ante la batalla que se avecinaba. Lo habían seguido a los Cuatro Árboles esperando pelear, y aunque sus enemigos eran más aterradores de lo que nadie habría imaginado, los desafiarían igualmente para conservar el bosque que amaban.

—Estoy muy orgulloso de vosotros —maulló Estrella de Fuego con voz queda—. Si hay gatos que puedan expulsar al Clan de la Sangre, ésos sois vosotros.

Tormenta de Arena se le acercó y restregó el hocico contra su omóplato.

—Contigo liderándonos, haremos cualquier cosa —declaró la gata.

Durante un momento, Estrella de Fuego se sintió demasiado abrumado para responder. En vez de levantarle el ánimo, las expectativas de sus guerreros se le antojaron un peso aplastante.

—Volvamos al campamento —logró maullar por fin—. Tenemos mucho que hacer. Látigo Gris, Nimbo Blanco, id por delante inspeccionando el terreno. No me extrañaría que Azote nos tendiera una emboscada.

Los dos guerreros se alejaron en

dirección al campamento del Clan del Trueno. Al cabo de unos momentos, Estrella de Fuego abrió la marcha seguido de todos sus gatos, tras situar a Manto Polvoroso en la retaguardia para que vigilara. Mientras atravesaban el bosque a toda prisa, Estrella de Fuego sintió que podía notar los fríos y malignos ojos de Azote siguiendo sus pasos. En otra ocasión, cuando la manada de perros andaba suelta, Estrella de Fuego se había sentido como una presa en el bosque, aunque ahora su enemigo tenía un rostro todavía más horrible porque pertenecía a su propia especie.

Pero si el líder del Clan de la Sangre estaba observándolos, no dio señales de ello, y el Clan del Trueno llegó al barranco sin contratiempos.

Estrella de Fuego advirtió que Zarzo había empezado a quedarse rezagado, arrastrando la cola por el suelo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con delicadeza.

Zarzo alzó los ojos hacia su mentor, que vio que estaba profundamente conmocionado y acongojado.

—Yo creía que odiaba a mi padre —maulló el aprendiz en voz baja—. No quería unirme a su clan, pero no quería que muriese de esa manera.

—Lo sé. —Estrella de Fuego restregó el hocico contra su costado—. Pero ahora ya ha terminado todo, y tú te has librado de él.

Zarzo giró la cabeza.

—Creo que nunca me libraré de él —murmuró—. Ni siquiera ahora que está muerto, nadie olvidará que soy su hijo. ¿Y qué me dices de Zarpa Trigueña? —Se le quebró la voz—. ¿Cómo pudo tomar la decisión de ir tras él?

—No lo sé. —Estrella de Fuego comprendía el dolor que debía de haberle causado la traición de su hermana—. Pero, si superamos esta

situación, te prometo que buscaremos el modo de hablar con ella.

—¿Significa eso que la dejarías regresar al Clan del Trueno?

—No puedo asegurarte nada —admitió el líder—. Además, ni siquiera sabemos si Zarpa Trigueña quiere regresar. Pero escucharé lo que tenga que decir y haré todo lo que pueda por ella.

—Gracias, Estrella de Fuego. —Zarzo sonaba cansado y vencido—. Supongo que eso es más de lo que mi hermana se merece.

Inclinó la cabeza ante su mentor y se encaminó al túnel de aulagas.

Estrella de Fuego observó desde la Peña Alta cómo los gatos del clan salían de sus guaridas y se reunían a sus pies. Por sus expresiones horrorizadas, supo que las noticias sobre la amenaza del Clan de la Sangre y la espantosa muerte de Estrella de Tigre ya se habían propagado por todo el campamento. Sabía que su obligación era infundirles esperanza y valentía, pero ignoraba si podría hacerlo cuando tenía tan poca para sí mismo.

El sol estaba descendiendo, y la roca proyectaba una larga sombra por el suelo arenoso del claro. Con los rayos

escarlata del atardecer, resultaba fácil imaginar que el campamento ya estaba bañado en sangre. Se preguntó si no sería una señal del Clan Estelar, si todos sus amigos y guerreros serían aniquilados. Después de todo, los espíritus de sus antepasados no habían dado muestras de ira mientras Azote arrebataba a Estrella de Tigre sus nueve vidas y dejaba que su sangre corriera por el suelo sagrado de los Cuatro Árboles.

«No», se dijo a sí mismo. Pensar así era desesperarse y no servía para nada. Tenía que seguir creyendo que se podía derrotar al Clan de la Sangre.

Tras aclararse la garganta, empezó a hablar:

—Gatos del Clan del Trueno, ya habéis oído hablar de la amenaza a la que nos enfrentamos. El Clan de la Sangre ha venido del poblado Dos Patas para reclamar el bosque. Quieren que nos vayamos y que dejemos que se apoderen de él sin presentar batalla. Pero dentro de tres días nos uniremos al Clan del Viento para que el Clan de la Sangre tenga que pelear por cada palmo de bosque.

En el claro, Nimbo Blanco se levantó de un salto y aprobó sus palabras con un maullido. Varios gatos

se le unieron, pero Estrella de Fuego vio que algunos se miraban dubitativos, como si no estuvieran seguros de poder sobrevivir contra el Clan de la Sangre y su terrorífico líder.

—¿Y qué pasa con el Clan del Río y el Clan de la Sombra? —preguntó Tormenta Blanca—. ¿Ellos también pelearán? Y si es así, ¿de qué lado lo harán?

—Ésa es una buena pregunta —contestó el líder—. Y no sé la respuesta. Los guerreros del Clan del Tigre han huido al ver morir a Estrella de Tigre.

—Entonces necesitamos saber adónde han ido —maulló el

lugarteniente.

—Yo podría colarme en el territorio del Clan del Río para averiguarlo —sugirió Vaharina, que estaba al pie de la roca, levantándose—. Conozco los mejores lugares para esconderse.

—No —respondió Estrella de Fuego tajante—. Allí, tú corres más peligro que ningún otro gato. No sabemos si el Clan del Tigre sigue persiguiendo a los gatos mestizos, y no quiero perderte. El Clan del Trueno te necesita.

Dio la impresión de que Vaharina quería llevarle la contraria, pero al final inclinó la cabeza y volvió a sentarse.

—Podemos averiguar casi todo lo

que necesitamos con patrullas fronterizas —maulló Tormenta Blanca.

Estrella de Fuego asintió.

—Ése es tu trabajo, Tormenta Blanca. Quiero patrullas extra a lo largo de las fronteras con el Clan del Río y el Clan de la Sombra. Su tarea principal será descubrir qué están haciendo los otros clanes, pero también han de estar ojo avizor por el Clan de la Sangre. Si Azote decide atacar antes de que pasen los tres días, no quiero que nos sorprenda durmiendo.

Tormenta Blanca coincidió sacudiendo la cola.

—Considéralo hecho.

Estrella de Fuego vio que la tranquila eficiencia de su lugarteniente había animado al resto del clan, y se apresuró a continuar antes de que volvieran a ser presas del miedo.

—Otra cosa. Todos los gatos del clan deben estar preparados para luchar.

—¿Incluso los cachorros? —preguntó Acederilla, levantándose ansiosamente—. ¿Podemos ir a la batalla? ¿Podemos ser aprendices?

A pesar del peligro en que se hallaban, Estrella de Fuego tuvo que reprimir un ronroneo risueño.

—No; sois demasiado pequeños para ser aprendices —le dijo

amablemente a la cachorrita—. Y no puedo llevaros a combatir. Pero, si los gatos del Clan de la Sangre ganan, vendrán aquí, y tendréis que ser capaces de defenderos por vosotros mismos. Tormenta de Arena, ¿te responsabilizarás de entrenar a los cachorros?

—Claro, Estrella de Fuego. —Los ojos verdes de la guerrera miraron con aprobación a Acederilla y sus hermanos, que habían corrido a unirse a la pequeña —. Para cuando termine con ellos, podrán darle una sorpresa desagradable al Clan de la Sangre.

—¿Y qué hay de Centella? —

reclamó Nimbo Blanco—. Sus movimientos de lucha están progresando muy bien.

—Quiero participar en la batalla —afirmó Centella con determinación—. ¿Puedo, Estrella de Fuego?

El líder vaciló. Centella era más fuerte ahora y había estado entrenando duro con Nimbo Blanco.

—Lo pensaré —prometió—. ¿Estás lista para una evaluación?

Centella asintió.

—Cuando quieras, Estrella de Fuego.

—Nosotros también pelearemos con vosotros —anunció Vaharina. Plumilla y

Borrasquino estaban sentados junto a ella, erguidos y con expresión resuelta —. Ya estamos bastante fuertes, gracias a vosotros.

—Bien. Y para los demás… —continuó Estrella de Fuego, paseando la mirada por el claro—, guerreros, aprendices y veteranos, tenéis tres días para prepararos. Látigo Gris, ¿querrás organizar y supervisar un programa de entrenamiento?

Su amigo plantó las orejas mientras se le iluminaban los ojos.

—Desde luego, Estrella de Fuego.

—Elige a un par de ayudantes… y ve rotando las sesiones de entrenamiento

para que Tormenta Blanca cuente con suficientes gatos para las patrullas y las partidas de caza. —Al mirar alrededor, vio a la curandera del Clan del Trueno sentada cerca del túnel que llevaba a su guarida—. Carbonilla, ¿estás lista para atender a los heridos?

Estrella de Fuego sabía que no hacía falta preguntárselo; jamás había visto que Carbonilla no estuviera lista, pero a los demás gatos los tranquilizaría oír cómo lo decía en voz alta.

La mirada que le lanzó la gata gris le indicó que lo había comprendido.

—Todo está preparado —contestó—, pero habrá mucho que hacer cuando

empiece la batalla. Si pudieras prestarme a un aprendiz para que me ayude, sería estupendo.

—Por supuesto. —Mientras Estrella de Fuego se preguntaba qué aprendiz elegir, sus ojos se posaron en Frondina, y recordó lo amable y sensible que era con los gatos heridos—. Puedes contar con Frondina —anunció, y advirtió que Manto Polvoroso le lanzaba una mirada de alivio—. Frondina, ¿te parece bien?

La aprendiza asintió con la cabeza.

Durante un momento, Estrella de Fuego se preguntó si había olvidado algo, pero no se le ocurría nada más que pudieran hacer.

Observando a los gatos de su clan, cuyas siluetas empezaban a fundirse con la luz crepuscular, respiró hondo.

—Ahora comed bien, y dormid bien esta noche —ordenó—. Empezaremos mañana… y dentro de tres días estaremos listos para enseñarle a Azote y su clan que nuestro bosque jamás será suyo.



24

Cuando Estrella de Fuego salió de su guarida a la mañana siguiente, el campamento ya bullía de actividad. Musaraña se disponía a salir a la cabeza de una patrulla. Tormenta de Arena estaba reuniendo a los tres hijos de Sauce, que saltaron a su alrededor con un entusiasmo desbocado cuando la

guerrera los condujo hacia el túnel de aulagas, de camino a la hondonada de entrenamiento. Vaharina y los dos aprendices del Clan del Río los siguieron. Fronde Dorado se cruzó con ellos en la entrada del campamento, con una pieza de carne fresca en la boca.

Estrella de Fuego vio a Tormenta Blanca con Zarzo y Ceniciento junto al muro de espino que rodeaba el campamento, y se encaminó hacia ellos. El guerrero veterano fue a su encuentro.

—Voy a encargar a estos dos aprendices que inspeccionen las defensas y tapen cualquier agujero —maulló—. Si el Clan de la Sangre llega

hasta aquí… —Se interrumpió, con inquietud en sus ojos azules.

—Buena idea.

El líder reprimió un estremecimiento ante la idea del Clan de la Sangre irrumpiendo en el campamento. Se volvió de golpe al detectar movimiento en el túnel de aulagas, y lanzó una mirada de asombro a Tormenta Blanca al ver cómo aparecía Cuervo, seguido de Centeno. El solitario blanco y negro nunca había estado en el campamento del Clan del Trueno.

Dejó a su lugarteniente para que acabara de instruir a los aprendices, y se dirigió a los recién llegados. Cuervo

corrió hacia él con confianza, pero Centeno se quedó rezagado, mirando con cautela alrededor, como si no estuviera seguro de que fueran a recibirlo bien.

—Tenemos que hablar contigo —soltó Cuervo—. Anoche nos encontramos con Bigotes en la frontera de su territorio y nos contó lo de Azote y el Clan de la Sangre. —Se le erizó el pelo de los omóplatos—. Podemos ayudaros, pero, más importante que eso, Centeno tiene información para ti.

Estrella de Fuego los saludó con la cabeza.

—Me alegro de veros a los dos. Y agradecemos cualquier ayuda que

podamos tener. Quizá sea mejor que vayamos a mi guarida.

Centeno se relajó ante el amistoso recibimiento de Estrella de Fuego, y los dos solitarios siguieron al líder al hueco que había bajo la Peña Alta. El sol de primera hora de la mañana entraba oblicuamente en la pacífica guarida. Estrella de Fuego casi podía olvidar la amenaza de Azote y sus sanguinarios secuaces, pero la expresión seria de sus visitantes le recordó con crudeza la sombra que se cernía sobre el futuro del bosque.

—¿Qué ocurre? —preguntó en cuanto los solitarios estuvieron

acomodados.

Cuervo miraba alrededor casi reverencialmente; Estrella de Fuego supuso que estaba acordándose de Estrella Azul, preguntándose cómo el aprendiz que había entrenado con él había acabado ocupando el puesto de la antigua líder. Sin embargo, Centeno parecía incómodo sentado sobre sus patas.

—Yo nací en el poblado de Dos Patas —empezó el solitario en voz baja—. Conozco de sobra a Azote y sus guerreros. Yo… supongo que podría decirse que he sido miembro del Clan de la Sangre.

Eso despertó el interés de Estrella de Fuego.

—Continúa.

—Lo primero que recuerdo es jugar con mis hermanos en un descampado —explicó Centeno—. Nuestra madre nos enseñó a cazar y a buscar comida entre la basura de los Dos Patas. Más tarde nos enseñó a defendernos por nosotros mismos.

—¿Vuestra madre fue la mentora de todos vosotros? —preguntó Estrella de Fuego sorprendido.

Centeno asintió.

—El Clan de la Sangre no tiene establecido un sistema de mentores y

aprendices. No es un clan en el sentido en que lo entendéis los gatos del bosque. La mayor parte de los gatos siguen a Azote porque es el más fuerte y el más cruel, y Hueso es una especie de lugarteniente, en la medida en que se encarga del trabajo sucio de Azote.

—¿Hueso? ¿Es un gato grande blanco y negro? Estaba en los Cuatro Árboles.

—Sí, debe de ser él. —La voz del solitario estaba cargada de repugnancia—. Es casi tan malo como Azote. Si algún gato no hace lo que le ordenan, lo expulsan, o más probablemente lo matan.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo sin pestañear.

—¿Y qué me dices del cuidado de los cachorros y los veteranos?

Centeno se encogió de hombros.

—Lo habitual es que el compañero de una gata cace para ella mientras está amamantando a su camada —maulló—. Incluso Azote comprende que, si no hay cachorros, antes o después dejará de haber clan. Pero los veteranos, o los enfermos o heridos… bueno, quedan abandonados y han de arreglárselas por su cuenta. Es morir o matar, cazar o morir de hambre. No hay espacio para la debilidad.

Estrella de Fuego sintió que se le erizaba hasta el último pelo ante la idea de un clan que no se preocupaba de los miembros necesitados, donde se dejaba morir a los gatos que habían prestado un buen servicio si no podían cuidar de sí mismos.

—Entonces, ¿por qué siguen a Azote? —preguntó.

—Algunos disfrutan matando —contestó Centeno con tono frío y ojos sombríos, clavados en algo que Estrella de Fuego no podía ver—. Y otros tienen demasiado miedo para hacer otra cosa. En el poblado Dos Patas no puedes llevar tu propia vida si no eres un

minino doméstico con una casa a la que ir. O estás con Azote o contra él, y los gatos que están contra él no duran.

Cuervo se arrimó más a su amigo para pegar el hocico a su costado y consolarlo.

—Por eso se marchó Centeno, ¿verdad? —maulló—. Cuéntaselo a Estrella de Fuego.

—No hay mucho que contar. —Centeno se estremeció, encogiéndose ante algún recuerdo oscuro—. Yo no soportaba lo que Azote estaba haciendo, de modo que una noche me escapé. Me aterraba pensar que Azote o uno de sus guerreros me atrapara, pero llegué hasta

el final del poblado Dos Patas y crucé el Sendero Atronador. Capté olor de gatos en el bosque y pensé que serían como Azote y sus compinches, de forma que me mantuve alejado de ellos. Y al final llegué a la granja, donde me pareció que podría vivir tranquilo. Los Dos Patas me dejan en paz; los ratones no les sirven para nada.

Guardó silencio mientras Estrella de Fuego pensaba a toda prisa. Las palabras de Centeno confirmaban lo que él ya sabía: que Azote era un enemigo violento y peligroso.

—Azote debe de tener algún punto débil —le dijo a Centeno—. Debe de

haber alguna manera de vencerlo.

Centeno lo miró a los ojos y se inclinó hacia él.

—Su gran fuerza es su gran debilidad —contestó—. Azote y sus guerreros no creen en el Clan Estelar.

Estrella de Fuego se preguntó qué quería decir. Nimbo Blanco no creía en el Clan Estelar, pero aun así era un leal miembro del Clan del Trueno. ¿Qué estaba intentando decirle Centeno?

—El Clan de la Sangre no tiene curandero —continuó el solitario—. Ya te he contado que no se preocupan de los enfermos, y si no creen en el Clan Estelar, no pueden ver las señales ni

interpretarlas.

—Entonces… ¿no siguen el código guerrero? —Estrella de Fuego comprendió que había hecho una pregunta absurda. Todo lo que Centeno le había dicho, todo lo que había visto por sí mismo en el comportamiento de Azote y sus gatos, parecía confirmar sus palabras—. ¿Y dices que eso es una debilidad? Lo único que significa es que pueden hacer lo que les plazca, sin un código de honor que los frene.

—Es cierto. Pero piénsalo, Estrella de Fuego: sin el código guerrero, tú podrías ser tan sanguinario como Azote. Incluso podrías ser mejor a la hora de

combatirlo, pero sin la fe en el Clan Estelar… ¿qué eres?

Miró a Estrella de Fuego a los ojos fijamente. Al líder le dio vueltas la cabeza. Después de saber aquello, aún temía más al Clan de la Sangre, pero, no obstante, en su mente había una tenue chispa de esperanza, como si el Clan Estelar estuviera tratando de decirle algo que no podía entender… todavía.

—Gracias, Centeno —maulló—. Pensaré en lo que me has contado. Y no olvidaré que has intentado ayudarnos.

—Eso no es lo único que vamos a hacer. —Cuervo se puso en pie—. Bigotes nos dijo que vais a enfrentaros a

Azote en combate dentro de tres días… dos días ya. Cuando lo hagáis, nosotros dos estaremos con vosotros.

El líder lo miró boquiabierto.

—Pero sois solitarios —protestó—. Ésta no es vuestra guerra…

—Vamos, Estrella de Fuego —lo interrumpió Centeno—. Si Azote y sus secuaces se apoderan del bosque, ¿cuánto crees que duraríamos nosotros? No tardarían ni un cuarto de luna en encontrar nuestro granero y todos sus rollizos ratones. Nos darían a elegir entre largarnos o morir.

—Preferimos pelear por nuestros amigos —añadió Cuervo en voz baja.

—Gracias. —Estrella de Fuego se sintió abrumado por la profunda lealtad de los dos solitarios—. Todos los clanes os honrarán.

Centeno soltó un resoplido.

—Lo único que quiero es tener una vida tranquila… pero eso no será posible hasta que se resuelva lo del Clan de la Sangre.

—No lo será para ninguno de nosotros —coincidió Estrella de Fuego agitando las orejas—. No hay esperanza para nadie mientras Azote esté en el bosque.

Estrella de Fuego se había despedido de Cuervo y Centeno, y se encaminaba a la hondonada arenosa a supervisar el programa de entrenamiento, cuando vio a Rabo Largo y Escarcha bajando el barranco. Se detuvo a esperarlos.

—¿Alguna novedad? —preguntó.

Rabo Largo asintió.

—Hemos seguido la frontera con el Clan de la Sombra hasta los Cuatro Árboles —informó—. Se nota el hedor del Clan de la Sangre procedente del territorio del Clan de la Sombra. Detectas ese apestoso olor incluso

desde el Sendero Atronador.

—Deben de estar escondidos allí —intervino Escarcha.

—Eso tiene sentido —maulló el líder pensativo—. Pero ¿adónde se ha marchado el Clan de la Sombra?

—A eso iba ahora —dijo Rabo Largo con los ojos dilatados de impaciencia—. Hemos captado su olor en los Cuatro Árboles… el olor de muchos gatos viajando en la misma dirección. Creo que han cruzado al territorio del Clan del Río.

—De modo que se han ido con sus aliados del Clan del Río —musitó Estrella de Fuego.

Se preguntó qué clase de recibimiento les habrían dispensado. ¿Estrella Leopardina intentaría recuperar su antigua autoridad ahora que Estrella de Tigre estaba muerto?

Se encogió de hombros. Ya tenía bastantes problemas como para preocuparse por los de Estrella Leopardina.

—Gracias, Rabo Largo —maulló—. Necesitábamos saber eso. Ahora id a comer algo.

Asintiendo, Rabo Largo se encaminó al túnel de aulagas con Escarcha a la zaga. Estrella de Fuego se quedó mirándolos, y cuando la punta de la cola

de Escarcha desapareció, se fue a ver cómo entrenaban sus gatos.

Látigo Gris estaba en lo alto de un saliente rocoso, desde donde observaba a los aprendices. Plantó las orejas a modo de saludo cuando Estrella de Fuego se reunió con él.

—¿Cómo va? —preguntó el líder.

—No podría ir mejor. Si Azote pudiera vernos, saldría disparado de nuevo al poblado Dos Patas con el rabo entre las piernas.

El guerrero gris exhibía una expresión de tozuda determinación que Estrella de Fuego recordaba de los días de su relación prohibida con Corriente

Plateada. Por un segundo deseó poder contarle que había visto a Corriente Plateada mientras soñaba junto a la Piedra Lunar, pero eso no mitigaría el dolor de su amigo. La bella gata gris estaba muerta, y Estrella de Fuego esperaba que su amigo tardara mucho tiempo en reunirse con ella entre las filas del Clan Estelar.

—Por lo menos —continuó Látigo Gris—, somos la mejor fuerza de combate que este bosque ha visto jamás. —Se le dilataron los ojos al reparar en una pelea simulada entre Zarzo y Espinardo—. Espera un momento; tengo que hacerle un comentario a Zarzo sobre

ese mandoble con las zarpas.

Saltó de la roca para cruzar el claro, y Estrella de Fuego se quedó mirando alrededor. Cerca de él, Cola Pintada y Orejitas estaban moviéndose en círculos frente a frente, esperando una oportunidad para saltar. Tormenta de Arena estaba instruyendo a los tres cachorros de Sauce en el otro extremo del claro. Estrella de Fuego se acercó para observar y oyó que la gata melada maullaba:

—De acuerdo, yo soy un guerrero del Clan de la Sangre y acabo de irrumpir en el campamento. ¿Qué vais a…?

La última palabra se convirtió en un chillido cuando Acederilla dio un salto para morderle la cola. Tormenta de Arena giró en redondo, levantando una zarpa con las uñas envainadas, pero, antes de que pudiera librarse de Acederilla con un manotazo, sus dos hermanos se abalanzaron sobre ella por detrás. La guerrera desapareció bajo una agitada masa de cachorros.

Para cuando Estrella de Fuego llegó a su lado, Tormenta de Arena estaba quitándoselos de encima, con un brillo risueño en sus ojos verdes.

—¡Bien hecho! —exclamó la gata—. Si de verdad hubiera sido un guerrero

del Clan de la Sangre, ahora mismo habría salido corriendo aterrorizado. —Volviéndose hacia Estrella de Fuego, añadió—: Hola. ¿Has visto a estos tres? ¡Dentro de unas lunas serán unos magníficos guerreros!

—Estoy seguro de eso —maulló él—. Estáis haciéndolo muy bien —los alabó—. Y nadie podría enseñaros mejor que Tormenta de Arena.

—Cuando sea aprendiza, quiero a Tormenta de Arena de mentora —declaró Acederilla—. ¿Podrá ser, Estrella de Fuego?

—¡No! ¡La quiero yo! —protestó uno de sus hermanos.

—¡No, yo! —replicó el otro.

Tormenta de Arena rió negando con la cabeza.

—Ya decidirá Estrella de Fuego quiénes son vuestros mentores —contestó—. Ahora dejadle ver cómo practicáis los movimientos de defensa.

El líder observó cómo los cachorros simulaban atacarse entre sí y defenderse. Aunque estaban emocionados, consiguieron recordar lo que Tormenta de Arena les había enseñado, esquivando los golpes expertamente o lanzándose contra el oponente para darle una rápida dentellada.

—Son muy buenos —comentó

Tormenta de Arena con voz queda—. Especialmente la pequeña Acederilla. —Mirando de reojo a Estrella de Fuego, añadió—: Si me pidieras que fuese su mentora, no te diría que no.

—Que quede entre tú y yo: Acederilla es tuya en cuanto llegue el momento —prometió el líder guiñándole un ojo.

Aunque Tormenta de Arena, los cachorros y todo el clan se hallaban al borde del desastre, Estrella de Fuego no pudo contener una oleada de orgullo y esperanza. Restregando el hocico contra el costado de Tormenta de Arena, murmuró:

—Ganaremos la batalla. Tengo que creer en eso.

La guerrera no contestó con palabras, pero la mirada que le dedicó lo decía todo.

Dejando que Tormenta de Arena siguiera con su lección, Estrella de Fuego cruzó la hondonada hasta el extremo más alejado, donde Nimbo Blanco y Centella estaban entrenando con Ceniciento y Manto Polvoroso. Centella acababa de derribar a Manto Polvoroso; el guerrero se levantó escupiendo arena y exclamó:

—¡No he visto venir ese movimiento! Enséñamelo otra vez.

Centella se agazapó, pero se relajó al ver a Estrella de Fuego.

Nimbo Blanco se acercó al líder con la cola bien alta.

—¿Lo has visto? —preguntó orgulloso—. Ahora Centella pelea realmente bien.

—Continúa —animó Estrella de Fuego a la gata—. Esto parece interesante.

Centella lo miró nerviosa con su ojo bueno y luego volvió a concentrarse. Manto Polvoroso estaba intentando acercarse con sigilo por su lado ciego, pero ella no dejaba de moverse de un lado a otro para tenerlo siempre a la

vista. Cuando el guerrero saltó, la gata se lanzó por debajo de sus zarpas extendidas y lo golpeó en las patas traseras para tirarlo de nuevo al suelo.

—Ya sé por qué te llaman Manto Polvoroso —bromeó Nimbo Blanco cuando el guerrero marrón se levantó sacudiéndose el pelo.

—¡Bien hecho, Centella! —exclamó Estrella de Fuego. Luego agitó las orejas para tener unas palabras aparte con Nimbo Blanco—. Esperaba que estuvieras aquí —le dijo a su sobrino—. Voy a visitar a Princesa, y pensaba que quizá quisieras acompañarme.

Nimbo Blanco tensó las orejas.

—¿Vas a avisarla?

—Sí. Con el Clan de la Sangre al acecho, ella debería saber el peligro que suponen. Sé que no suele salir al bosque, pero incluso así…

—Enseguida estoy contigo —maulló Nimbo Blanco, y se fue a hablar con Centella.

Al cabo de un instante, los dos gatos se encaminaron al pinar. Estrella de Fuego se despidió de Látigo Gris al salir de la hondonada. El pálido sol de la estación sin hojas incidía sobre las cenizas que aún quedaban del incendio. Las pocas plantas que habían vuelto a crecer estaban secas y consumidas, y no

había el menor rastro de presas. El líder pensó que aquella estación sin hojas ya habría sido bastante dura sin el problema añadido del Clan de la Sangre.

Cuando alcanzaron las viviendas Dos Patas donde vivía Princesa, Estrella de Fuego se sintió aliviado al ver a la bonita atigrada sobre la valla del jardín. La gata soltó un chillido de bienvenida mientras él recorría la zona de campo abierto desde el lindero del bosque y saltaba a la valla. Nimbo Blanco lo siguió en un par de segundos.

—¡Corazón de Fuego! —exclamó Princesa, restregando el hocico contra

su costado—. ¡Y Nimbo Blanco! Qué alegría veros a los dos. ¿Estáis bien?

—Sí, estamos bien —contestó su hermano.

—Ahora es el líder del clan —informó Nimbo Blanco—. Tienes que llamarlo Estrella de Fuego.

—¿Líder del clan? ¡Eso es maravilloso!

Princesa emitió un profundo ronroneo, encantada. Estrella de Fuego sabía que estaba orgullosa de él aun sin entender realmente lo que eso significaba: ni la pena por la muerte de Estrella Azul, ni la pesada carga de las responsabilidades del liderazgo.

—Me alegro mucho por ti —siguió Princesa—. Pero estáis muy delgados los dos —añadió dubitativa, separándose para examinar a su hermano y a su hijo—. ¿Estáis comiendo como es debido?

Ésa era una pregunta difícil de responder. Estrella de Fuego y todos los gatos de clan estaban acostumbrados a pasar hambre en la dura estación sin hojas, pero Princesa no tenía manera de saber lo escasas que eran las presas, pues sus Dos Patas le daban todos los días la misma comida para mascotas.

—Lo llevamos bastante bien —replicó Nimbo Blanco con impaciencia,

antes de que Estrella de Fuego pudiera contestar—. Pero hemos venido a decirte que te mantengas alejada del bosque. Hay gatos malvados rondando por ahí.

Estrella de Fuego le lanzó una mirada irritada al impetuoso guerrero. Él habría intentado buscar una manera más delicada de advertir a Princesa.

—Han venido al bosque gatos del poblado de Dos Patas —explicó, pegándose al costado de su hermana para reconfortarla—. Son criaturas feroces, pero deberían dejarte en paz.

—Los he visto merodeando entre los árboles —respondió Princesa en voz

baja—. Y he oído historias sobre ellos. Por lo visto, matan incluso a perros y a otros gatos.

Al recordar los colmillos que tachonaban el collar de Azote, Estrella de Fuego pensó que las historias eran ciertas. Y dentro de poco habría más muertes causadas por Azote.

—Todos los buenos narradores exageran —le dijo a Princesa, con la esperanza de sonar convincente—. No tienes por qué preocuparte, pero sería mejor que no salieras de tu jardín.

Princesa le sostuvo la mirada sin titubear, y Estrella de Fuego supo que, por una vez, no la había engañado con su

tono confiado.

—Lo haré —prometió su hermana—. Y avisaré a los demás gatos domésticos.

—Bien —maulló Nimbo Blanco—. Y no te inquietes por nada. Pronto nos libraremos del Clan de la Sangre.

—¡El Clan de la Sangre! —repitió Princesa con un escalofrío—. Estrella de Fuego, estáis en peligro, ¿no es cierto?

Su hermano asintió, pues de repente no le apetecía tratarla como a una blandengue minina casera, incapaz de enfrentarse a la verdad.

—Sí —confesó—. El Clan de la

Sangre nos ha dado tres días para abandonar el bosque. No tenemos intención de marcharnos, y eso significa que deberemos luchar contra ellos.

Princesa siguió mirándolo larga y pensativamente. Le tocó una cicatriz del costado con la punta de la cola, una vieja herida de una batalla de hacía tanto que él había olvidado cuál era. Estrella de Fuego tuvo una repentina visión de qué aspecto debía de presentar ante su hermana: flaco y desaliñado, a pesar de sus fibrosos músculos, con sus marcas de combate, un constante recordatorio de la dureza de la vida en el bosque.

—Sé que harás todo lo que puedas —maulló Princesa con voz queda—. El clan no podría tener un líder mejor.

—Espero que tengas razón —maulló Estrella de Fuego—. Ésta es la peor amenaza a la que el clan ha tenido que enfrentarse jamás.

—Y tú la superarás; sé que lo harás. —Princesa le lamió la oreja y se restregó contra él. El líder captó su olor a miedo, pero ella permaneció tranquila, y sus delicados rasgos, insólitamente serios—. Regresa sano y salvo, Estrella de Fuego —susurró la gata—. Por favor.



25

Después de despedirse de Princesa, Nimbo Blanco se marchó a cazar y Estrella de Fuego regresó solo al campamento. Cuando llegó al barranco estaba empezando a anochecer, y captó el olor de Tormenta Blanca antes de verlo por delante de él. Lo alcanzó justo antes de que llegara al túnel de aulagas;

llevaba un campañol en la boca, que dejó en el suelo al ver a Estrella de Fuego.

—Esperaba poder hablar contigo —empezó el lugarteniente, sin aguardar siquiera a saludarse—. Y es mejor aquí fuera, donde no pueda oírnos nadie.

A Estrella de Fuego le dio un vuelco el corazón.

—¿Qué sucede? ¿Ha pasado algo malo?

—¿Te refieres aparte de Azote? —replicó irónicamente el guerrero veterano. Se sentó sobre una roca plana y pidió a Estrella de Fuego con la cola que se sentara a su lado—. No, no

sucede nada malo. Las patrullas y el entrenamiento van bien… pero no dejo de preguntarme si de verdad hemos pensado en lo que estamos haciendo.

Estrella de Fuego lo miró sin pestañear.

—¿Qué quieres decir?

El lugarteniente respiró profunda y penosamente.

—Azote y su clan nos superan en número, y mucho, incluso con el Clan del Viento luchando a nuestro lado. Sé que nuestros guerreros pelearán hasta derramar la última gota de su sangre por salvar el bosque, pero quizá el precio sea demasiado alto.

—¿Estás diciendo que deberíamos darnos por vencidos? —espetó el líder con voz cortante; jamás hubiera esperado oír un consejo así de su lugarteniente. Si el valor de Tormenta Blanca no estuviera fuera de toda duda, habría dicho que era el discurso de un cobarde—. ¿Y abandonar el bosque?

—No lo sé. —Tormenta Blanca sonó cansado, y Estrella de Fuego recordó de pronto su edad—. Las cosas están cambiando; nadie puede negar eso, y tal vez sea el momento de trasladarse. Debe de haber territorio más allá de las Rocas Altas. Podríamos encontrar otro sitio donde…

—¡Jamás! —lo interrumpió Estrella de Fuego—. El bosque es nuestro, nuestro.

—Eres joven —maulló el gato, mirándolo con solemnidad—. Es lógico que lo veas así. Pero van a morir gatos, Estrella de Fuego.

—Lo sé.

Se había pasado todo el día atareado, animando a sus guerreros (y a sí mismo) con la idea de que iban a derrotar a Azote. Y ahora Tormenta Blanca estaba obligándolo a enfrentarse al hecho de que, incluso aunque ganaran, sería a un precio terrible. Si lograban expulsar del bosque a los invasores,

puede que sólo quedaran unos pocos supervivientes, y tan debilitados como si los hubieran vencido.

—Debemos seguir adelante —maulló al cabo—. No podemos dar media vuelta y huir como ratones. Tienes razón, Tormenta Blanca, sé que la tienes, pero ¿qué otra opción nos queda? No puede ser la voluntad del Clan Estelar que abandonemos el bosque.

Tormenta Blanca asintió.

—Pensaba que dirías eso. Bien, yo te he dicho lo que pienso. Para eso está un lugarteniente.

—Y yo te lo agradezco, Tormenta Blanca.

El guerrero veterano se levantó, fue hacia su campañol y luego se volvió hacia Estrella de Fuego.

—Yo jamás he tenido la clase de ambición que impulsaba a Estrella de Tigre… o a ti —maulló—. Nunca he deseado ser líder, pero me alegro especialmente de no serlo en estos momentos. Ningún gato en sus cabales envidiaría las decisiones que tienes que tomar.

Estrella de Fuego parpadeó, sin saber qué contestar.

—Lo único que espero —continuó Tormenta Blanca— es poder luchar con todas mis fuerzas cuando llegue el

momento.

Una sombra de incertidumbre le cruzó el rostro, y Estrella de Fuego cayó en la cuenta de que, a la edad de Tormenta Blanca, muchos gatos se habrían unido ya a los veteranos. Era lógico que temiese que pudieran fallarle las fuerzas en el combate.

—Sé que podrás hacerlo —aseguró Estrella de Fuego—. No hay un guerrero más noble que tú en todo el bosque.

Tormenta Blanca le sostuvo la mirada un largo instante sin decir nada. Luego recogió el campañol y entró en el campamento.

Estrella de Fuego se quedó sobre la

roca. Las palabras de su lugarteniente lo habían perturbado, y de pronto se le pasaron las ganas de ir al campamento y acomodarse en su guarida debajo de la Peña Alta. Sabía que sería incapaz de dormir.

Tras unos momentos escuchando los tenues sonidos del anochecer, se levantó y volvió a subir por el barranco. Leves trazos rojos señalaban el lugar en que se había puesto el sol, pero por encima de su cabeza el cielo estaba oscuro, y los primeros guerreros del Clan Estelar lo miraron desde lo alto.

Avanzó silenciosamente entre el sotobosque y tardó un tiempo en advertir

que sus patas estaban llevándolo hacia las Rocas Soleadas. Cuando llegó al lindero del bosque, estaba completamente oscuro. Las formas redondeadas de las rocas se recortaban contra el cielo como lomos de animales agazapados, con un brillo de escarcha en la superficie. Más allá podía oír el suave borboteo del río sobre las piedras, y mucho más cerca, un quedo correteo lo alertó de la presencia de una presa.

A Estrella de Fuego se le hizo la boca agua al identificar el olor de un ratón. Posando apenas las patas sobre el suelo, se acercó a él sigilosamente y

saltó. No se dio cuenta del hambre que tenía hasta que sus mandíbulas se cerraron sobre el roedor, que engulló con unos pocos bocados voraces.

Sintiéndose mejor, Estrella de Fuego subió a lo alto de la roca y buscó un sitio desde donde pudiera sentarse a contemplar el río. Las oscuras aguas destellaban con la luz de las estrellas. Una brisa alteraba la superficie, alborotando el pelo del líder y agitando el bosque sin hojas que lo rodeaba.

Estrella de Fuego alzó la vista hacia el Manto Plateado. Los guerreros del Clan Estelar estaban vigilando… pero parecían fríos y lejanos en la gélida

noche. ¿Realmente les importaba lo que sucedía en el bosque? ¿O Estrella Azul tenía razón cuando se enfurecía con ellos en su guerra particular? Durante un momento, vislumbró la espantosa sensación de aislamiento de su antigua líder. En realidad, él no podía compartirla porque, al contrario que Estrella Azul, nunca había perdido la fe en los guerreros de su propio clan. Pero estaba empezando a comprender cómo la gata había llegado a dudar del Clan Estelar.

En la feroz lucha de Estrella de Tigre por el poder habían muerto muchos gatos, y el Clan Estelar no los

había salvado. Estrella de Fuego se preguntó si estaría siendo un insensato al creer que sus antepasados guerreros iban a ayudarlo ahora.

Pero, sin el Clan Estelar, ¿cómo podría sobrevivir el Clan del Trueno? Levantando la cabeza, maulló al glorioso Manto Plateado:

—¡Mostradme qué debo hacer! ¡Mostradme que estáis con nosotros!

No hubo respuesta del fuego blanco que brillaba sobre su cabeza.

Dolorosamente consciente de lo pequeño y débil que era comparado con el Clan Estelar que habitaba en el firmamento, encontró un hueco en la

roca resguardado de la fría brisa. No esperaba dormir, pero estaba agotado y se le cerraron los ojos al cabo de un instante.

Soñó que estaba sentado en los Cuatro Árboles, con los sentidos adormecidos por el cálido aire y los dulces aromas de la estación de la hoja verde. Los guerreros del Clan Estelar lo rodeaban por las cuatro laderas, como en su visita a la Piedra Lunar, cuando recibió las nueve vidas de un líder de clan. Vio a Fauces Amarillas y Jaspeada, y a todos los guerreros que había perdido el Clan del Trueno, además de otros, añadidos

recientemente a las fulgurantes filas: Pedrizo y el joven aprendiz Erguino.

En sueños, Estrella de Fuego se levantó de un salto para encararse a los espíritus. Por primera vez no sentía un temor reverencial ante sus antepasados guerreros. Parecía que lo hubiesen abandonado, a él y a todo el bosque, a su terrorífico destino.

—¡Vosotros gobernáis el bosque! —bufó, sacando toda su rabia ante la traición del Clan Estelar—. Vosotros mandasteis la tormenta el día de la Asamblea para que yo no pudiera contar a los clanes lo que había hecho Estrella de Tigre. ¡Permitisteis que él trajera al

bosque a Azote! ¿Por qué nos estáis haciendo esto? ¿Acaso deseáis nuestra destrucción?

Una figura conocida se adelantó: el pelaje azulado de Estrella Azul resplandecía bajo la luz de las estrellas y sus ojos eran un fuego azul.

—Estrella de Fuego, tú no lo entiendes —maulló la gata—. El Clan Estelar no gobierna el bosque, en absoluto.

Estrella de Fuego se quedó mirándola boquiabierto, sin nada que decir. Entonces, ¿era falso todo lo que había aprendido desde su llegada al bosque como gato doméstico, hacía ya

mucho tiempo?

—El Clan Estelar se preocupa por todos los gatos del bosque —continuó Estrella Azul—, desde el cachorrito desvalido y ciego hasta el veterano más anciano tendido al sol. Nosotros los observamos. Mandamos profecías y sueños a los curanderos. Pero la tormenta no fue obra nuestra. Azote y Estrella de Tigre obtienen poder a base de sangre porque ésa es su naturaleza. Nosotros observamos —repitió la antigua líder—, pero no interferimos. Si lo hiciéramos, ¿seríais realmente libres? Estrella de Fuego, tú y todos los demás gatos tenéis la posibilidad de seguir o

no el código guerrero. No sois los juguetes del Clan Estelar.

—Pero… —intentó interrumpirla Estrella de Fuego.

Estrella Azul siguió hablando como si nada:

—Y ahora estamos observándote a ti. Tú eres el gato que hemos elegido, Estrella de Fuego. Tú eres el fuego que salvará al clan. Ningún guerrero del Clan Estelar te ha traído hasta aquí. Tú viniste por propia voluntad, porque tienes un espíritu guerrero y el corazón de un auténtico gato de clan. Tu fe en el Clan Estelar te dará la fuerza que necesitas.

Mientras la gata hablaba, una sensación de paz invadió a Estrella de Fuego. Sintió como si la fuerza de Estrella Azul y la de todos los miembros del Clan Estelar estuvieran fluyendo en su interior. Pasara lo que pasase cuando su clan se enfrentase al Clan de la Sangre en combate, él sabría que el Clan Estelar no lo había abandonado.

Estrella Azul apoyó el hocico en su cabeza, igual que el día en que lo nombró guerrero. Bajo su contacto, el pálido fuego de los guerreros congregados comenzó a desvanecerse, y Estrella de Fuego se sumió en la cálida oscuridad de un sueño profundo. Cuando

abrió los ojos, vio que la primera luz de la aurora comenzaba a teñir el cielo.

Se levantó para desperezarse, y el recuerdo de su sueño lo llenó de energía. Como líder, su obligación era salvar a su clan. Y con la fuerza del Clan Estelar como ayuda, encontraría la manera de conseguirlo.



26

Estrella de Fuego se preguntó si los gatos del clan habrían reparado en su ausencia y si estarían preocupados por él. Sabía que debía regresar al campamento, pero se quedó un rato sobre la roca, contemplando cómo la luz del amanecer se extendía por el bosque.

El territorio del otro lado del río

estaba tranquilo y en silencio. Estrella de Fuego intentó imaginarse cómo estaría sobrellevando la situación Estrella Leopardina. Supuso que los guerreros del Clan de la Sombra que habían llegado huyendo a su territorio serían unos invitados inoportunos, sin presas de sobra durante las duras lunas de la estación sin hojas.

Luego se incorporó de un salto, con el pelo erizado y las orejas plantadas. Acababa de ocurrírsele algo, y no tenía ni idea de por qué no lo había pensado antes. Quizá el Clan del Trueno no estuviera tan en inferioridad de condiciones como temía. Al otro lado

del río había guerreros de dos clanes y, con Estrella de Tigre muerto, ninguno de ellos tenía razones para apoyar al Clan de la Sangre.

—¡Cerebro de ratón! —se reprochó en voz alta.

Existía la posibilidad de que los cuatro clanes del bosque se unieran para expulsar a los letales gatos que amenazaban toda su vida. Cuatro no se tornarían dos: cuatro se tornarían uno, pero no del modo que pretendía Estrella de Tigre.

Cuando los primeros rayos de sol aparecieron en el horizonte, Estrella de Fuego bajó de la roca y corrió río abajo

en dirección a los pasaderos.

—¡Estrella de Fuego! ¡Estrella de Fuego!

El grito lo detuvo justo cuando tenía los pasaderos a la vista. Al darse la vuelta, vio que una patrulla del Clan del Trueno salía entre los árboles. Látigo Gris iba en cabeza, seguido de Tormenta de Arena, Nimbo Blanco y Zarzo.

—¿Dónde has estado? —maulló Tormenta de Arena enfadada, yendo hacia él—. Estábamos preocupadísimos.

—Lo lamento. —Estrella de Fuego le lamió la oreja a modo de disculpa—. Necesitaba pensar en un par de cosas; eso es todo.

—Tormenta Blanca ha dicho que estarías bien —intervino Látigo Gris—. Y Carbonilla no parecía preocupada. Me ha dado la sensación de que sabía más de lo que decía.

—Bueno, aquí estoy ahora —dijo el líder con energía—. Y me alegro de haberos encontrado. Voy a ir al territorio del Clan del Río, y dará mejor impresión si llevo algunos guerreros conmigo.

—¿Al Clan del Río? —preguntó Nimbo Blanco asombrado—. ¿Qué quieres de ellos?

—Voy a pedirles que luchen a nuestro lado contra Azote.

El joven guerrero se quedó mirándolo boquiabierto.

—¿Has perdido la chaveta? ¡Estrella Leopardina te arrancará el pellejo!

—No creo que lo haga. Ahora que Estrella de Tigre ha muerto, ella querrá al Clan de la Sangre en el bosque tan poco como nosotros.

Nimbo Blanco se encogió de hombros, y Látigo Gris también pareció dubitativo, pero los ojos verdes de Tormenta de Arena relucían encantados.

—Sabía que encontrarías la manera de derrotar al Clan de la Sangre —ronroneó la gata—. Vamos.

El líder se volvió para abrir la

marcha hacia los pasaderos, pero se detuvo cuando Zarzo se le acercó.

—Estrella de Fuego, ¿podemos hablar con Zarpa Trigueña si está allí? —preguntó el aprendiz esperanzado. Le tembló la voz—. Quizá haya otra oportunidad.

Estrella de Fuego vaciló.

—Sí, si la ves —respondió al cabo—. Que te cuente su versión de la historia. Luego decidiremos qué hacer.

—¡Gracias, Estrella de Fuego! —Los ojos de Zarzo brillaron de alivio.

Estrella de Fuego descendió por la ribera hasta los pasaderos, seguido por sus guerreros. Mientras cruzaba, se

mantuvo alerta en busca de movimientos en el lado opuesto del río, pero no vio nada. Ni siquiera había pasado una patrulla del Clan del Río, aunque el sol ya estaba por encima del horizonte.

Tras alcanzar la orilla opuesta, el líder fue río arriba en dirección al campamento del clan vecino. De camino, se encontraron con el arroyo que llevaba al claro de la Colina de Huesos. A Estrella de Fuego lo recorrió un escalofrío al recordar la última vez que había estado allí. El hedor a carroña era más débil ahora, pero la brisa arrastraba el olor de muchos gatos. Reconoció el olor mixto del Clan del

Tigre, antes tan siniestro y ahora casi familiar comparado con la fetidez del Clan de la Sangre.

—Creo que están en el claro que hay junto a la Colina de Huesos —maulló por encima del hombro—. Al menos, algunos de ellos. Iremos a ver… Látigo Gris, estate ojo avizor.

Látigo Gris se quedó en la retaguardia mientras su líder seguía el arroyo, arrastrándose silenciosamente entre los carrizos hasta llegar al borde del claro. Al asomarse, vio que la Colina de Huesos ya estaba empezando a desmoronarse, de modo que parecía poco más que un montón de basura. El

arroyo ya no estaba estancado con presas putrefactas, y había un montoncillo de carne fresca, como si los gatos hubieran comenzado a establecer un nuevo campamento.

En el claro había varios guerreros apiñados, con el pelo enmarañado y los ojos apagados y ausentes. A Estrella de Fuego lo sorprendió ver a miembros del Clan del Río y el Clan de la Sombra. Había esperado encontrar sólo guerreros del Clan de la Sombra asentados allí, mientras el Clan del Río ocupaba su antiguo campamento en la isla que había río arriba.

Estrella Leopardina se hallaba

agazapada al pie de la Colina de Huesos. Estaba mirando al frente, y Estrella de Fuego creyó que lo había visto, pero la gata no dio muestras de ello. El lugarteniente del Clan de la Sombra, Patas Negras, se encontraba cerca de la líder. Tras la sorpresa inicial, Estrella de Fuego se sintió aliviado de poder tratar directamente con Estrella Leopardina, que obviamente estaba intentando liderar ambos clanes.

Lanzó una mirada a Tormenta de Arena.

—¿Qué les ocurre? —murmuró. Casi había pensado que los guerreros

estaban enfermos, pero en el aire no había ni rastro de enfermedad.

Tormenta de Arena negó con la cabeza con impotencia y Estrella de Fuego devolvió su atención al claro. Había ido hasta allí buscando una fuerza de combate, pero aquellos gatos parecían medio muertos. Aun así, no tenía sentido volverse atrás. Indicando a sus gatos que lo siguieran, Estrella de Fuego entró en el claro.

Ningún gato le salió al paso, aunque uno o dos de los guerreros levantaron la cabeza para mirarlo sin curiosidad. Tras intercambiar una mirada con Estrella de Fuego, Zarzo se escabulló para buscar a

Zarpa Trigueña.

Estrella Leopardina se levantó penosamente.

—Estrella de Fuego —dijo con voz áspera, como si no hubiera hablado en días—. ¿Qué quieres?

—Hablar contigo. Estrella Leopardina, ¿qué está pasando aquí? ¿Qué os sucede? ¿Por qué no estáis en vuestro antiguo campamento?

Estrella Leopardina le sostuvo la mirada un largo instante.

—Ahora yo soy la líder en solitario del Clan del Tigre —maulló por fin, y un destello de orgullo regresó a sus ojos apagados—. El campamento del Clan

del Río es demasiado pequeño para albergar a los dos clanes. Dejamos que las reinas y los veteranos se queden allí, con algunos guerreros para protegerlos. —Soltó un remedo de risa—. Pero ¿qué sentido tiene? El Clan de la Sangre nos aniquilará a todos.

—No debes pensar así —replicó el líder del Clan del Trueno—. Si todos permanecemos juntos, podemos expulsar al Clan de la Sangre.

Una luz salvaje brilló en los ojos de Estrella Leopardina.

—¡Eres un idiota con cerebro de ratón! —le espetó—. ¿Expulsar al Clan de la Sangre? ¿Y cómo crees que vamos

a hacerlo? Estrella de Tigre era el mejor guerrero que el bosque ha tenido jamás, y ya viste lo que le hizo Azote.

—Lo sé —contestó Estrella de Fuego sin arredrarse, disimulando el escalofrío de miedo que estaba recorriéndolo—. Pero Estrella de Tigre se enfrentó a Azote solo. Nosotros podemos unirnos como un clan para luchar contra él, y después podemos volver a ser cuatro clanes, de acuerdo con el código guerrero.

Una expresión sarcástica cruzó el rostro de Estrella Leopardina, que no dijo nada.

—¿Qué vais a hacer entonces? —

inquirió Estrella de Fuego—. ¿Abandonar el bosque?

Estrella Leopardina vaciló, moviendo la cabeza de un lado a otro, como si la irritase el esfuerzo de hablar con él.

—He mandado un grupo de expedición en busca de lugares donde vivir más allá de las Rocas Altas —admitió—. Pero tenemos cachorros muy pequeños, y dos de nuestros veteranos están enfermos. No todos los gatos pueden marcharse, y los que se queden morirán.

—No tenemos que morir —aseguró él desesperadamente—. El Clan del

Trueno y el Clan del Viento van a luchar. Uníos a nosotros.

Esperaba más escepticismo, pero ahora Estrella Leopardina lo miraba con atención. Patas Negras se levantó para colocarse junto a la líder. Cuando se puso frente a los gatos del Clan del Trueno, Látigo Gris soltó un gruñido bajo y empezó a flexionar las uñas. Estrella de Fuego le hizo una advertencia con la cola: odiaba a Patas Negras tanto como su amigo, pero de momento tenían que ser aliados para enfrentarse a un enemigo todavía mayor.

—¿Acaso tienes cerebro de ratón, Estrella Leopardina? —gruñó el

lugarteniente del Clan de la Sombra—. ¿No estarás pensando en serio en unirte a estos idiotas? No son lo bastante fuertes para batirse con el Clan de la Sangre. Nos despedazarán a todos.

Estrella Leopardina lo miró con frialdad, y Estrella de Fuego advirtió con un repentino fogonazo de esperanza que a la líder le disgustaba Patas Negras tanto como a él. Pedrizo, que había muerto bajo las zarpas del guerrero blanco y negro, había sido el lugarteniente en el que ella confiaba.

—Aquí soy yo la líder, Patas Negras —apuntó la gata—. Yo tomo las decisiones. Y no estoy preparada para

darme por vencida… no si existe la posibilidad de expulsar al Clan de la Sangre. De acuerdo —maulló, volviéndose de nuevo hacia Estrella de Fuego—. ¿Cuál es tu plan?

Estrella de Fuego deseó poder plantear algún truco ingenioso, una manera de echar al Clan de la Sangre que no pusiera en peligro la vida de los gatos del bosque. Pero no había truco posible; el camino a la victoria, si es que lo había, sería duro y doloroso.

—Mañana al amanecer —contestó—, el Clan del Trueno y el Clan del Viento se enfrentarán al Clan de la Sangre en los Cuatro Árboles. Si el Clan

del Río y el Clan de la Sombra se unen a nosotros, seremos el doble de fuertes.

—¿Y tú nos liderarás? —preguntó Estrella Leopardina. A su pesar, añadió—: Ahora yo no cuento con la fuerza necesaria para guiar a mis gatos al combate.

Estrella de Fuego parpadeó sorprendido. Se esperaba que Estrella Leopardina exigiera autoridad sobre los otros clanes. No estaba convencido de ser lo bastante fuerte para asumir el liderazgo en su lugar, pero vio que no tenía elección.

—Si ése es tu deseo, entonces sí, lo haré —contestó.

—¿Liderarnos? —La voz, cargada de desprecio, sonó detrás de Estrella de Fuego—. ¿Un minino casero? ¿Te has vuelto loca, Estrella Leopardina?

Estrella de Fuego se volvió, sabiendo lo que iba a ver. Cebrado estaba abriéndose paso entre el pequeño grupo de sus antiguos compañeros de clan.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo. En el Clan del Trueno, Cebrado siempre estaba lustroso; ahora, su pelaje de rayas oscuras estaba deslustrado, como si hubiera dejado de preocuparse por él. Parecía enflaquecido, y la punta de su cola se

agitaba nerviosamente. Sólo la fría hostilidad de sus ojos resultaba familiar, al igual que la insolencia con que lo miró de arriba abajo al detenerse frente a él.

—Cebrado. —Estrella de Fuego lo saludó con un movimiento de cabeza.

Aunque jamás podría sentir auténtica lástima por el guerrero atigrado, notó una punzada de pena al ver lo atormentado que parecía, con los ojos vacíos, como si ya estuviera sufriendo el castigo por traicionar a su clan de nacimiento.

Estrella Leopardina dio un paso adelante.

—Cebrado, esto no es decisión tuya —maulló.

—Deberíamos matarte o echarte de aquí —le gruñó Cebrado a Estrella de Fuego—. Tú volviste a Azote contra Estrella de Tigre. Es culpa tuya que muriera.

—¿Culpa mía? —Estrella de Fuego se quedó sin aliento del asombro. Los ojos del atigrado oscuro ardían de odio; a su manera, estaba sufriendo por la muerte de su líder. Ahora que Estrella de Tigre había muerto, Cebrado estaba completamente solo—. No, Cebrado, fue culpa del propio Estrella de Tigre. Si no hubiese traído al Clan de la Sangre al

bosque, nada de esto habría sucedido.

—¿Y cómo sucedió? —intervino Látigo Gris—. Eso es lo que me gustaría saber a mí. ¿En qué estaba pensando Estrella de Tigre? ¿No veía lo que iba a dejar suelto en el bosque?

—Estrella de Tigre pensaba que era lo mejor —intentó defenderlo Estrella Leopardina, aunque sus palabras sonaron huecas—. Él creía que los gatos del bosque estarían más seguros si se unían todos bajo su liderazgo, y pensó que el Clan de la Sangre os convencería de que tenía razón.

Látigo Gris soltó un resoplido de desprecio, pero Estrella Leopardina

hizo caso omiso. En vez de eso, sacudió la cola, y apareció otro gato, un gato gris y escuálido con una oreja mordida. Estrella de Fuego reconoció a Guijarro, uno de los proscritos que Estrella de Tigre se había llevado al Clan de la Sombra.

—Guijarro, cuéntale a Estrella de Fuego lo que sucedió —ordenó Estrella Leopardina.

El guerrero del Clan de la Sombra parecía hambriento y cansado.

—Yo pertenecía al Clan de la Sangre —confesó—. Lo abandoné hace lunas, pero Estrella de Tigre conocía mi pasado. Me pidió que lo llevara al

poblado Dos Patas: necesitaba más gatos para asegurarse de que el Clan de la Sombra controlaba el bosque. —Se miró las patas, moviendo las orejas con nerviosismo—. Yo… intenté decirle que Azote era peligroso, pero ninguno de nosotros se imaginaba lo que podría hacer. Estrella de Tigre le ofreció una parte del bosque si traía gatos para ayudarlo a luchar. Pensaba que, una vez que los demás clanes se hubieran unido al Clan del Tigre, él podría deshacerse del Clan de la Sangre.

—Pero se equivocaba —murmuró Estrella de Fuego, rememorando esa extraña pena que había sentido al ver a

su mayor enemigo muerto a sus pies.

—Cuando murió, no podíamos creerlo —maulló Guijarro con expresión aturdida, como si estuviese compartiendo el recuerdo de Estrella de Fuego—. Pensábamos que nada podría vencer jamás a Estrella de Tigre. Cuando, tras su muerte, el Clan de la Sangre atacó nuestro campamento, estábamos demasiado conmocionados para luchar, aunque no todos nos marchamos. Algunos gatos consideraron que sería más seguro unirse a Azote. Colmillo Roto, por ejemplo. —La voz de Guijarro se tornó más amarga—. Valdría la pena pelear contra el Clan de

la Sangre para poder clavar las garras en el pellejo de ese traidor.

—Entonces, ¿lo haréis? —Estrella de Fuego miró alrededor y descubrió que todos los gatos del claro se habían acercado y estaban escuchando en silencio. Sólo Patas Negras y Cebrado se mantenían a distancia, al borde de la multitud—. ¿Estaréis mañana con nosotros y con el Clan del Viento?

Los gatos siguieron en silencio, esperando que Estrella Leopardina hablara.

—No lo sé —contestó la líder—. Puede que la batalla ya esté perdida. Necesito tiempo para pensar.

—No queda mucho tiempo —señaló Tormenta de Arena.

Estrella de Fuego reunió a sus guerreros con un movimiento de la cola y les indicó que fueran a un lado del claro.

—Piénsalo ahora, Estrella Leopardina —maulló—. Nosotros esperaremos.

La líder del Clan del Río le lanzó una mirada desafiante, como si fuera a insistir en tomarse todo el tiempo que necesitara, pero no dijo nada. En vez de eso, llamó a dos o tres de sus guerreros y empezó a hablar con ellos en voz baja. Con los ojos ardiendo de furia, Patas

Negras se abrió paso para unirse al grupo. El resto de los gatos permanecieron en un silencio helado y abatido, y Estrella de Fuego no pudo evitar preguntarse qué clase de fuerza de combate formarían.

—¿Cómo pueden ser tan descerebrados? —gruñó Nimbo Blanco —. ¿Qué tienen que debatir? Estrella Leopardina dice que no pueden marcharse sin peligro… así que ¿qué otra cosa pueden hacer aparte de luchar?

—Cállate, Nimbo Blanco… —ordenó Estrella de Fuego.

—Estrella de Fuego —lo interrumpió la voz de Zarzo. Al

volverse, el líder vio a su aprendiz a una cola de distancia, con Zarpa Trigueña al lado—. Zarpa Trigueña quiere hablar contigo.

La joven gata le sostuvo la mirada sin achicarse, y a Estrella de Fuego le recordó a su formidable madre, Flor Dorada.

—Tú dirás, Zarpa Trigueña.

—Zarzo dice que debería contarte por qué me marché del Clan del Trueno —maulló la aprendiza sin preámbulos—. Pero tú ya lo sabes, ¿verdad? Quería que me juzgaran por lo que soy, no por lo que hizo mi padre. Necesitaba sentir que pertenecía a algún sitio.

—Nadie pensaba que no pertenecieras al Clan del Trueno —protestó Estrella de Fuego.

Zarpa Trigueña se le encaró con ojos destellantes.

—Estrella de Fuego, yo no lo creo —replicó—. Y tú tampoco.

El líder sintió que le quemaba la piel de culpabilidad.

—Cometí un error —admitió—. Cuando os miraba, a ti y a tu hermano, sólo podía ver a vuestro padre. A otros gatos les sucedía lo mismo. Pero yo no quería que te marcharas.

—Otros gatos sí —maulló la aprendiza en voz baja.

—Zarpa Trigueña todavía puede volver al Clan del Trueno, ¿verdad? —suplicó Zarzo.

—Espera un momento —lo interrumpió ella bruscamente—. No estoy preguntando si puedo volver. Lo único que deseo es ser un miembro leal en mi nuevo clan. —Le brillaban los ojos—. Quiero ser la mejor guerrera posible —continuó—, y eso no podrá ser en el Clan del Trueno.

Estrella de Fuego casi no soportó ver todo el valor y la lealtad que se estaban perdiendo.

—Lamento que abandonaras el Clan del Trueno —maulló— y te deseo lo

mejor, Zarpa Trigueña. Creo realmente que si los cuatro clanes luchan juntos mañana, podremos recuperar el bosque. El Clan de la Sombra sobrevivirá, y será un clan del que puedas estar orgullosa… un clan que estará orgulloso de ti.

Zarpa Trigueña asintió con la cabeza.

—Gracias.

Zarzo parecía destrozado, pero Estrella de Fuego sabía que no había nada más que decir. Entonces captó el sonido de su nombre: al darse la vuelta, vio que Estrella Leopardina se dirigía hacia él por el claro.

—He tomado una decisión —maulló la líder.

Sintió que el corazón empezaba a martillearle. Todo dependía de la decisión de la gata. Sin el apoyo del Clan del Río y el Clan de la Sombra (incluso con sus guerreros en un estado penoso), no había esperanza de expulsar al Clan de la Sangre del bosque. Los segundos que tardó Estrella Leopardina en llegar a su lado se le antojaron una luna.

—El Clan del Río luchará mañana contra el Clan de la Sangre —anunció la gata.

—Y el Clan de la Sombra también

—añadió Patas Negras, avanzando tras ella. Lanzó una mirada a Estrella Leopardina, defendiendo silenciosamente su propia autoridad.

Aunque Estrella de Fuego se sintió aliviado porque los líderes hubieran decidido pelear, notó algunas miradas inseguras entre los otros gatos. Cebrado fue el único en expresarlo en voz alta.

—Estáis todos locos —bufó—. ¿Vais a uniros a un minino casero? Bueno, pues yo no voy a seguirlo, diga lo que diga ningún gato.

—Tú obedecerás mis órdenes —le espetó Estrella Leopardina.

—Oblígame —replicó Cebrado—.

Tú no eres mi líder.

Durante unos segundos, Estrella Leopardina lo miró con frialdad. Luego se encogió de hombros.

—Gracias al Clan Estelar que no lo soy. Eres de tanta utilidad como un zorro muerto. Muy bien, Cebrado, haz lo que te dé la gana.

El atigrado oscuro vaciló, mirando a Estrella Leopardina y Patas Negras varias veces, y luego a los gatos de alrededor. Los guerreros seguían murmurando entre sí y nadie le prestaba atención.

Cebrado volvió a mirar a Estrella Leopardina como si fuera a hablar, pero

la líder ya le había dado la espalda. El atigrado giró en redondo lanzando un gruñido rencoroso a Estrella de Fuego.

—¡Imbéciles! Mañana acabaréis hechos pedazos.

Se alejó en medio de un completo silencio. Los gatos se separaron para dejarlo pasar y se quedaron mirándolo hasta que desapareció entre los carrizos. Estrella de Fuego se preguntó adónde podría ir el solitario guerrero.

Estrella Leopardina dio un paso adelante.

—Juro por el Clan Estelar que mañana al amanecer nos encontraremos con vosotros en los Cuatro Árboles.

Lucharemos junto a vosotros y el Clan del Viento contra el Clan de la Sangre. —Más briosamente, añadió—: Sombra Oscura, organiza algunas partidas de caza, ¿quieres? Necesitaremos todas nuestras fuerzas para mañana.

Una gata gris oscuro del Clan del Río sacudió la cola y empezó a moverse entre los gatos, eligiendo guerreros para las patrullas.

Estrella Leopardina miró a la Colina de Huesos con profunda tristeza, y un escalofrío recorrió su pelaje moteado.

—Debemos derribar esto —murmuró—. Pertenece a un tiempo más negro.

Hundió las garras en el montón de huesos de presas. Despacio y con cautela, como si todavía pensaran que Estrella de Tigre podía aparecer y acusarlos de traición, se le unieron sus guerreros. Hueso a hueso, el montón fue esparcido por el claro. Patas Negras y algunos miembros del Clan de la Sombra se quedaron observando a cierta distancia. El rostro del lugarteniente estaba en sombras, de modo que resultaba imposible saber qué estaría pensando.

Estrella de Fuego se llevó a sus guerreros. Había logrado lo que se había propuesto y no podía dejar de admirar el

coraje de Estrella Leopardina. Pero, en vez de satisfacción, sintió una especie de oscuro presentimiento al lanzar una última mirada a los dos clanes del claro.

«¿Y si los he condenado a muerte a todos ellos?».



27

La luna ya se había ocultado, pero aún faltaba un poco para el amanecer, cuando el sol vetearía el horizonte con lechosos dedos de luz. La noche era callada y fría, tan negra como agua congelada.

Estrella de Fuego salió de su guarida. El claro estaba vacío, pero oyó

el tenue sonido de guerreros despertando. La escarcha relucía en el suelo, mientras, sobre su cabeza, el Manto Plateado fluía como un río a través del firmamento.

Al detenerse para olfatear el aire nocturno, lleno del olor de muchos gatos conocidos, Estrella de Fuego sintió que se le erizaba hasta el último pelo. Aquélla podía ser la última mañana que viera el campamento. Podía ser la última mañana para todos los clanes. Sintió como si todo estuviera dando vueltas, fuera de su control, y cuando buscó fuerzas en la certeza de que el Clan Estelar controlaba su destino, sólo

encontró incertidumbre.

Soltando un suspiro, se sacudió antes de dirigirse al túnel de helechos que conducía a la guarida de Carbonilla. La curandera estaba sacando hierbas y bayas al claro, donde Frondina formaba paquetes listos para llevar.

—¿Está todo preparado? —preguntó Estrella de Fuego.

—Creo que sí —respondió Carbonilla con los ojos rebosantes de dolor, como si ya estuviese viendo a los gatos heridos que pronto necesitarían su asistencia—. Me harán falta más ayudantes para cargar con todo esto hasta los Cuatro Árboles. Frondina y yo

no podemos con todo.

—Puedes disponer de todos los aprendices —maulló Estrella de Fuego—. Frondina, ¿quieres ir a decírselo a tus compañeros?

La joven gata inclinó la cabeza y salió disparada.

—Una vez que lleguemos, los demás aprendices tendrán que pelear —continuó el líder—. Pero Frondina puede quedarse contigo. Busca algún sitio alejado donde instalarte. Creo que hay un hueco resguardado al otro lado del arroyo…

Carbonilla se sulfuró.

—Estrella de Fuego, ¿estás hablando

en serio? ¿De qué voy a servir si no estoy donde se desarrolle la batalla?

—Pero los gatos te necesitan —protestó Estrella de Fuego—. Si resultas herida, ¿qué pasará con el resto de nosotros?

—Frondina y yo podemos cuidar de nosotras mismas. No somos cachorritas indefensas, ¿sabes?

La áspera respuesta de Carbonilla le recordó a su mentora, Fauces Amarillas.

Suspirando, Estrella de Fuego se acercó a la curandera para tocarle la nariz con la suya.

—Hazlo como quieras —maulló—. Sé que no puedo decir nada para que

cambies de opinión, pero, por favor… ten cuidado.

Carbonilla emitió un suave ronroneo.

—No te preocupes, Estrella de Fuego. Frondina y yo estaremos bien.

—¿El Clan Estelar te ha dicho algo sobre la batalla? —se obligó a preguntar el líder.

—No, no he visto ninguna clase de presagio. —La gata alzó la mirada hacia el Manto Plateado, que estaba difuminándose ante la cercanía de la aurora—. No es propio del Clan Estelar guardar silencio cuando va a suceder algo tan importante.

—Yo… tuve un sueño de su parte, Carbonilla —contó Estrella de Fuego tras dudar un momento—, pero no estoy seguro de haberlo entendido y ahora no hay tiempo de contártelo todo. Sólo espero que signifique algo bueno para nosotros.

Los ojos azules de la curandera se llenaron de curiosidad mientras el líder hablaba de su sueño en las Rocas Soleadas, pero no le hizo preguntas.

Estrella de Fuego volvió al túnel de helechos para salir al claro y dirigirse a la guarida de los veteranos. De camino, pasó junto a Fronde Dorado, que estaba de guardia, y lo saludó con la cola.

Al alcanzar el árbol caído, chamuscado por el incendio que había arrasado el campamento en la pasada estación de la hoja verde, descubrió que todos los veteranos estaban durmiendo todavía, a excepción de Cola Pintada, que estaba sentada con la cola enroscada alrededor de las patas.

La gata se levantó cuando Estrella de Fuego fue hacia ella.

—¿Ya es la hora?

—Sí —contestó el líder—. Nos marcharemos dentro de poco… pero vosotros no vais a acompañarnos, Cola Pintada.

—¿Qué? —Se le erizó el pelo de los

omóplatos del disgusto—. ¿Por qué no? Puede que seamos veteranos, pero no somos inútiles. ¿De verdad crees que vamos a quedarnos aquí sentados…?

—Cola Pintada, escúchame. Esto es importante. Si eres sincera contigo misma, sabes que Orejitas y Tuerta apenas lograrían llegar a los Cuatro Árboles, y no hablemos ya de pelear una vez allí. Y Cola Moteada está volviéndose muy frágil. No puedo llevarlos a batallar contra Azote.

—¿Y qué hay de mí? —inquirió la gata.

—Sé que eres una gran luchadora, Cola Pintada. —Estrella de Fuego había

pensado cuidadosamente en lo que iba a decir, pero con la veterana fulminándolo con la mirada, se sintió de nuevo como un aprendiz inexperto—. Por eso te necesito aquí. En el campamento se quedarán otros tres veteranos y los cachorros de Sauce. Han aprendido algunos movimientos defensivos, pero no están preparados para la batalla. Voy a dejarte a cargo del campamento mientras los demás estamos fuera.

—Pero yo… Oh. —Cola Pintada enmudeció al comprender lo que estaba diciendo el líder. Poco a poco, el pelo de sus omóplatos volvió a alisarse—. Ya veo. De acuerdo, Estrella de Fuego;

puedes contar conmigo.

—Gracias —contestó él con un guiño de agradecimiento—. Si la batalla sale mal, intentaremos regresar para que tengáis refuerzos, pero quizá no lo consigamos. Si el Clan de la Sangre llega hasta aquí, vosotros seréis lo único que quede del Clan del Trueno. —Clavó sus ojos en los de Cola Pintada—. Tendrás que llevarte lejos a los veteranos y los cachorros. Intenta cruzar el río y dirigirte a la granja de Centeno.

—Bien. —La veterana asintió brevemente—. Haré todo lo que pueda. —Luego se volvió hacia donde estaba Centella, dormida al abrigo del tronco

—. ¿Y qué me dices de ella?

—Ahora Centella es tan fuerte como cualquier guerrero —maulló Estrella de Fuego más animado—. Vendrá con nosotros. —Se acercó a la joven gata y la sacudió suavemente—. Despierta, Centella. Es hora de irse.

Centella abrió su ojo bueno, se levantó y empezó a desperezarse.

—Muy bien, Estrella de Fuego. Estoy lista.

Cuando ya se dirigía al claro, el líder la llamó.

—Centella, si salimos de ésta, comenzarás a dormir en la guarida de los guerreros.

La gata plantó las orejas y pareció erguirse más.

—Gracias, Estrella de Fuego —maulló, y echó a correr, ya sin rastro de somnolencia.

Tras despedirse de Cola Pintada, Estrella de Fuego siguió a Centella al claro. Para entonces, los otros gatos habían empezado a salir de sus guaridas. Los aprendices, con Plumilla y Borrasquino entre ellos, estaban apiñados alrededor de Carbonilla, cada uno cargado con un fardo de hierbas. Manto Polvoroso se encontraba con ellos, hablando apremiantemente a Frondina en voz baja.

Más cerca de la guarida de los guerreros, Centella se había reunido con Nimbo Blanco, mientras Musaraña y Rabo Largo giraban frente a frente en una última práctica de los movimientos de combate. Mientras Estrella de Fuego observaba, Látigo Gris y Tormenta de Arena salieron entre las ramas de la guarida seguidos de Espinardo y Vaharina. Luego apareció Tormenta Blanca, que ordenó a los gatos que fueran hacia la mata de ortigas para comer una pieza de carne fresca.

Estrella de Fuego sintió una oleada de orgullo. Ésos eran sus gatos, valientes y leales, todos y cada uno de

ellos.

Por encima de su cabeza, la silueta de las ramas desnudas había empezado a oscurecerse contra el cielo. Durante un momento, Estrella de Fuego fue presa del terror ante el recordatorio de la salida del sol en ciernes. Se obligó a sí mismo a cruzar el claro con pasos seguros y confiados hasta llegar a Tormenta Blanca, junto al montón de carne fresca.

—Ya estamos aquí —maulló el guerrero veterano.

Estrella de Fuego tomó un campañol del montón. Tenía el estómago revuelto de la tensión, pero se forzó a tragar unos

cuantos bocados.

—Estrella de Fuego —continuó Tormenta Blanca al cabo de un instante —, sólo quería decirte que Estrella Azul no habría podido liderarnos mejor en estos espantosos días. Me siento orgulloso de haber sido tu lugarteniente.

Estrella de Fuego se quedó mirándolo.

—Tormenta Blanca, estás hablando como si… —No pudo expresar sus temores con palabras. El respeto del guerrero veterano significaba más de lo que podía soñar, y no imaginaba cómo lo soportaría si su lugarteniente no regresaba de la batalla.

Tormenta Blanca se concentró en el mirlo que estaba comiéndose, evitando los ojos del líder, y no dijo nada más.

El campamento todavía estaba oscuro cuando Cola Pintada apareció con los demás veteranos para ver partir a los guerreros. Los cachorros de Sauce salieron corriendo de la maternidad para despedirse de su madre y de Tormenta de Arena. Parecían entusiasmados; no alcanzaban a entender a qué iba a enfrentarse el clan.

—Bueno, Estrella de Fuego —maulló Nimbo Blanco—, ¿está todo preparado? —Agitó nerviosamente la punta de la cola mientras admitía—: Yo

estaré mucho más contento cuando nos pongamos en marcha.

Estrella de Fuego engulló el resto de su campañol.

—Y yo también, Nimbo Blanco —contestó—. Vámonos.

Tras levantarse, reunió a todo su clan con una sacudida de la cola. Cuando su mirada se encontró con la de Tormenta de Arena, se sintió fortalecido al ver que los ojos verdes de la guerrera brillaban con confianza y amor.

—¡Gatos del Clan del Trueno! —exclamó Estrella de Fuego—, ahora vamos a luchar contra el Clan de la Sangre. Pero no estamos solos.

Recordad que hay cuatro clanes en el bosque, y siempre los habrá, y que hoy los otros tres van a pelear junto con nosotros. ¡Vamos a expulsar de nuestro bosque a esos malvados gatos!

Sus guerreros se pusieron en pie, maullando con aprobación. Estrella de Fuego dio media vuelta y empezó a guiarlos a través del túnel de aulagas, barranco arriba, hacia los Cuatro Árboles.

Cuando se detuvo en lo alto para lanzar una última mirada al campamento, no sabía si volvería a ver su adorado hogar.



28

Cuando Estrella de Fuego estaba acercándose a los Cuatro Árboles, empezaron a aparecer las primeras luces de la aurora. Se detuvo en la orilla del arroyo y se volvió hacia los guerreros que lo seguían. Con el corazón henchido de orgullo, paseó la mirada por todos ellos. Tormenta de Arena, su amada;

Látigo Gris, el amigo más fiel que jamás había tenido un gato; Tormenta Blanca, su sabio lugarteniente; Fronde Dorado, sensato y leal; Espinardo, el guerrero más joven del Clan del Trueno, con expresión tensa e impaciente ante la idea de su primera batalla; Rabo Largo, que había descubierto por fin de qué lado estaba su corazón; Musaraña, Escarcha, Sauce y Flor Dorada, un formidable cuarteto de gatas; Manto Polvoroso, reservado pero leal, y su aprendiz Ceniciento; el aprendiz del propio Estrella de Fuego, Zarzo, con un destello en sus ojos ámbar y el pelo erizado; y Nimbo Blanco, rebelde pero

comprometido con su clan, acompañado de Centella, la gata a la que había devuelto a la vida cuando estaba al borde de la muerte. Un dolor tan afilado como garras atenazó el corazón de Estrella de Fuego al comprender cuánto significaban ellos para él y qué terrible era el peligro al que debían enfrentarse.

Elevó la voz para que todos pudieran oírlo:

—Ya sabéis lo que tenemos por delante. Sólo quiero deciros una cosa. Desde que el Clan Estelar estableció los cuatro clanes en el bosque, ningún líder ha tenido jamás un grupo de guerreros como vosotros. Ocurra lo que ocurra,

quiero que recordéis eso.

—Y nunca ha habido un líder como tú, Estrella de Fuego —maulló Látigo Gris.

Estrella de Fuego movió la cabeza; se le había formado un nudo en la garganta y no podía hablar. Era cosa de Látigo Gris compararlo con los líderes realmente grandes, como Estrella Azul, pero él sabía lo lejos que se encontraba de sentirse así. Sólo podía tomar la decisión de hacer todo lo posible para corresponder a la confianza que su amigo tenía en él.

Al cruzar el arroyo, captó un tenue movimiento en dirección al río. Al mirar

ladera abajo, vio que los gatos del Clan del Río y el Clan de la Sombra estaban encaminándose en silencio hacia el punto de encuentro. Estrella de Fuego los saludó con la cola cuando los guerreros lo rodearon, incrementando las filas de sus propias fuerzas.

Lo alivió ver que habían mantenido su promesa, pero la mirada hostil de Patas Negras le dejó claro que, aunque el Clan de la Sombra iba a combatir a su lado en esa ocasión, jamás sería amigo del Clan del Trueno.

Estrella de Fuego reparó en Guijarro entre los guerreros del Clan de la Sombra. Zarpa Trigueña también estaba

allí, con expresión nerviosa pero resuelta. Vaharina se adelantó vacilando para saludar a sus amigos del Clan del Río, y entrechocó la nariz con Sombra Oscura. Los curanderos Nariz Inquieta y Arcilloso llegaron juntos, cada uno con un aprendiz cargado con sus provisiones, y se abrieron paso entre la multitud hasta encontrar a Carbonilla. Los tres clanes unidos fueron juntos a los Cuatro Árboles, con Estrella de Fuego y Estrella Leopardina en cabeza.

Cuando llegaron a lo alto de la hondonada, todo estaba en silencio. El viento soplaba hacia el territorio del Clan de la Sombra, y Estrella de Fuego

notó que se le erizaba el pelo de temor. Su olor iría hacia el Clan de la Sangre, que estaba esperándolos, mientras que ellos no tenían ni idea de dónde estaban sus enemigos.

—Látigo Gris, Musaraña —susurró—. Inspeccionad alrededor de la hondonada. Pasad desapercibidos. Si veis a algún gato, venid a decírmelo.

Los dos gatos desaparecieron en dirección opuesta; apenas eran sombras visibles bajo la grisácea luz. Estrella de Fuego esperó, intentando parecer tranquilo y seguro, y agradeció la presencia de Tormenta Blanca y Tormenta de Arena a su lado. Casi no

había tenido tiempo para pensar en lo que iba a suceder cuando Látigo Gris regresó con otro gato al lado. Era Estrella Alta.

—Estrella de Fuego —saludó el líder blanco y negro—. El Clan del Viento está aquí. Todos nuestros guerreros… y tus amigos Centeno y Cuervo.

Los dos solitarios aparecieron mientras el líder pronunciaba sus nombres.

—Hemos venido a ayudar, como te prometimos —maulló Cuervo, entrelazando la cola con la de Estrella de Fuego a modo de saludo—.

Lucharemos con vosotros, si nos aceptáis.

—¿Si os aceptamos? —repitió Estrella de Fuego, con un ronroneo de gratitud—. Sois bienvenidos, ya lo sabéis.

—Estamos orgullosos de luchar a vuestro lado —intervino Centeno.

Tormenta de Arena se acercó a saludar a su antiguo compañero de clan, y los dos solitarios se situaron junto a ella.

—¿Sabes dónde está el Clan de la Sangre? —le preguntó el joven líder a Estrella Alta.

El líder veterano miró hacia el

territorio del Clan de la Sombra con ojos desolados.

—En algún sitio de ahí, observándonos, supongo.

Habló con voz firme, y Estrella de Fuego empezó a envidiar su valor sosegado e inalterable, hasta que percibió el olor de su miedo y lo oyó mascullar casi para sí:

—¡Clan Estelar, ayúdanos! ¡Muéstranos a un enemigo contra el que podamos combatir!

De algún modo, descubrir que Estrella Alta estaba tan asustado como él sirvió para aumentar el respeto que sentía por el viejo y experimentado

líder. Estrella Alta jamás mostraría temor delante de su clan; dejaría a un lado sus sentimientos para cumplir con su obligación como líder. Estrella de Fuego deseó poder hacer lo mismo.

Examinó las sombras, buscando una señal de que Musaraña estaba de vuelta. La vio saltando entre los arbustos, y al instante siguiente se produjo un movimiento en el claro de abajo. Formas oscuras surgieron entre la maleza al pie de la ladera opuesta, mientras el Clan de la Sangre avanzaba en una sola línea amenazante. A Estrella de Fuego se le contrajo el estómago de miedo cuando apareció la pequeña

figura de Azote.

—¡Sé que estáis ahí! —exclamó el líder del Clan de la Sangre—. Venid a darme vuestra respuesta.

Estrella de Fuego se detuvo un segundo para mirar a los gatos que estaban detrás de él. Sabía que debían de estar aterrorizados, pero lo único que vio en sus caras fue una fiera determinación; el Clan del León estaba preparado para la batalla.

—Adelante, Estrella de Fuego —maulló Estrella Leopardina con voz queda. Tenía el pelo erizado y las orejas pegadas al cráneo, en una mezcla de temor y desafío—. Lidéranos.

Estrella de Fuego miró a la gata, que asintió con la cabeza.

—Ya has hablado antes por nosotros —añadió—. Tú eres quien debería liderarnos ahora. Todos confiamos en ti.

Estrella de Fuego dirigió a los clanes unidos hasta el claro. Azote lo esperaba cerca de la base de la Gran Roca. Estaba sentado con las patas dobladas debajo del cuerpo, con su pelaje negro cuidadosamente acicalado. Sus ojos eran pedacitos de hielo, y el sol naciente destellaba en los colmillos que tachonaban su collar de mascota.

—Bienvenidos —maulló. Se pasó la lengua por el hocico, como si estuviera

saboreando una suculenta pieza de carne —. ¿Habéis decidido marcharos? ¿O pensáis que podéis luchar contra el Clan de la Sangre?

—No tenemos por qué luchar —replicó Estrella de Fuego con firmeza. Para su sorpresa, sentía una tranquilidad glacial—. Os dejaremos regresar en paz al poblado Dos Patas.

Azote soltó un ronroneo de risa.

—¿Regresar? ¿De verdad crees que somos tan cobardes? No; ahora éste es nuestro hogar.

Sintiendo que se apagaba la última chispa de esperanza, Estrella de Fuego miró más allá de Azote, a los guerreros

del Clan de la Sangre. Eran gatos fibrosos y duros, y la mayoría llevaban collares adornados con dientes, como Azote; los trofeos de batallas anteriores. Algunos habían reforzado sus garras con colmillos de perro, y Estrella de Fuego recordó la manera en que Azote había abierto en canal a Estrella de Tigre. Aguardaban la orden de atacar con ojos relucientes.

—El bosque es nuestro —le dijo Estrella de Fuego al gato negro—. Nosotros gobernamos aquí por el deseo del Clan Estelar.

—¡El Clan Estelar! —se mofó Azote —. Cuentos para cachorros. Idiotas

forestales, el Clan Estelar no os ayudará ahora. —Se levantó de un salto, con el pelo tan erizado que parecía el doble de grande—. ¡Al ataque! —gruñó.

La línea de guerreros del Clan de la Sangre se puso en marcha de golpe.

—¡Clan del León, adelante! —gritó Estrella de Fuego.

Saltó hacia Azote, pero el líder del Clan de la Sangre lo esquivó ágilmente. Un atigrado enorme ocupó su lugar, golpeando a Estrella de Fuego en el costado y derribándolo. El claro ya no estaba en silencio. Mientras Estrella de Fuego aporreaba a su oponente con las patas traseras, oyó a los gatos

avanzando estruendosamente entre el sotobosque que rodeaba la hondonada. Estrella Leopardina salió de los arbustos con Estrella Alta; Patas Negras corrió al frente de un grupo de guerreros del Clan de la Sombra, y Tormenta Blanca iba en cabeza de los gatos del Clan del Trueno, mientras los cuatro clanes del bosque bajaban al claro y caían gruñendo sobre sus enemigos.

Estrella de Fuego consiguió quitarse de encima al guerrero y levantarse. Azote había desaparecido, y él estaba rodeado por una agitada muchedumbre felina; lo sorprendió descubrir lo rápidamente que se había originado el

caos. Vio a Látigo Gris luchando valerosamente con un gran gato negro, y a Sauce rodando por el suelo, con los dientes cerrados sobre el omóplato de una guerrera parda del Clan de la Sangre. Rabo Largo también se encontraba cerca, retorciéndose con impotencia bajo el peso de dos enemigos. Estrella de Fuego se unió de inmediato al combate para separar a uno de los guerreros de su camarada; cuando el rival se volvió contra él, notó toda la fuerza de su musculoso cuerpo. Recibió un zarpazo en el bíceps, y él a su vez propinó otro en la cara a su contrincante, que quedó cegado cuando la sangre le

chorreó por la frente hasta los ojos. Sin ver nada, el gato soltó a Estrella de Fuego, que le dio un golpe final antes de separarse para buscar a Rabo Largo.

El atigrado claro se había deshecho de su otro adversario, pero sangraba profusamente por un omóplato y un costado. Estrella de Fuego vio cómo Carbonilla salía cojeando deprisa de los arbustos: la curandera ayudó a Rabo Largo a levantarse y a alejarse de la zona más peligrosa de la pelea.

Estrella de Fuego volvió a la batalla. Bigotes pasó como un rayo a su lado, persiguiendo a un guerrero del Clan de la Sangre, mientras Vaharina

luchaba hombro con hombro junto con Plumilla y Borrasquino. Centella estaba girando en círculos frente a un atigrado que la doblaba en tamaño; sus nuevas técnicas de combate ya habían empezado a confundir al enorme gato. Nimbo Blanco peleaba al lado de ella. Centella se coló bajo las patas extendidas del enemigo, arañándolo en el hocico. El atigrado dio media vuelta y huyó. Nimbo Blanco soltó un maullido triunfal, y los dos giraron al unísono para lanzarse de nuevo a la agitada marea de gatos.

No muy lejos de allí, Centeno y Cuervo estaban luchando juntos contra un par de gatos grises idénticos; eran

guerreros fibrosos con collares tachonados de dientes.

—¡Te conozco! —bufó uno de ellos a Centeno—. No tuviste el valor de quedarte con Azote.

—Al menos tuve el valor de marcharme —replicó Centeno, alzándose sobre las patas traseras para propinar unos zarpazos a las orejas del guerrero gris—. Ahora es tu turno de huir. No perteneces a este lugar.

Cuervo avanzó pegado a Centeno, y los dos guerreros del Clan de la Sangre se vieron obligados a regresar a los arbustos. Un gato blanco del Clan de la Sangre saltó de pronto al claro junto a

ellos, escapando de Flor Matinal, que le arañaba las ancas con ferocidad.

—¡Erguino! ¡Erguino! —maullaba Flor Matinal, dando voz al dolor por su hijo muerto.

Se abalanzó sobre el guerrero y lo inmovilizó contra el suelo, arrancándole puñados de pelo blanco.

Estrella de Fuego buscó a Azote. No habría victoria hasta que el líder del Clan de la Sangre muriese, y en un momento de respiro pensó en lo extraño de que la batalla final por el bosque no fuese contra Estrella de Tigre, sino contra el asesino de Estrella de Tigre.

Pero no había ni rastro del líder del

Clan de la Sangre. Mientras se abría paso a la fuerza hasta la base de la Gran Roca, usando los colmillos y las garras, Estrella de Fuego se encontró frente a una flacucha gata gris. La guerrera embistió contra él con un fulgor de odio en sus ojos verdes y le clavó profundamente los dientes y las uñas en el lomo. El joven líder notó contra la cara la presión de su collar adornado de colmillos. Se retorció para liberarse del mordisco y luego se lanzó contra su estómago desprotegido para clavarle las garras. La gata se apartó de un salto y huyó hacia los arbustos.

Estrella de Fuego se quedó

resollando y sangrando por el omóplato. Se preguntó cuánto podría resistir antes de debilitarse demasiado para continuar. En la hondonada parecía haber tantos guerreros del Clan de la Sangre como al principio, todos fuertes, en forma y diestros en el combate. ¿Acabaría alguna vez la batalla?

Una gata parda del Clan de la Sangre se alzó ante él, chillando de odio con la cara deformada. En el mismo segundo, una figura negra salió disparada de los arbustos para embestir a la gata parda y separarla de Estrella de Fuego. Atónito, reconoció a Cebrado. ¿Es que el guerrero oscuro había decidido al fin

que su lealtad pertenecía al Clan del Trueno?

Al cabo de un instante comprendió lo equivocado que estaba. Cebrado giró en redondo para encararse a él.

—Eres mío, minino casero. Te ha llegado la hora de morir.

Estrella de Fuego se preparó para el ataque.

—¿De modo que ahora estás luchando del lado del asesino de Estrella de Tigre? —le echó en cara a Cebrado—. ¿Es que no hay ni una pizca de lealtad en ti?

—Ya no —gruñó el atigrado oscuro —. En lo que a mí respecta, todos los

gatos del bosque pueden acabar hechos picadillo. Lo único que quiero es verte muerto.

Estrella de Fuego se apartó cuando Cebrado saltó hacia él, pero una de las zarpas del guerrero oscuro lo alcanzó en un lado de la cabeza, y perdió pie. Cebrado aterrizó sobre él y lo inmovilizó contra el suelo. Estrella de Fuego se retorció, intentando liberar las patas traseras, y arañó con furia la panza de Cebrado, pero no consiguió quitárselo de encima. El antiguo miembro del Clan del Trueno enseñó los colmillos, apuntando al cuello de Estrella de Fuego. Éste se preparó para

un último y desesperado esfuerzo.

De pronto, el cuerpo de Cebrado desapareció rodando. Al levantarse, Estrella de Fuego vio a Látigo Gris enzarzado con su excompañero de clan, formando una aullante maraña de pelo y zarpas. Látigo Gris tenía el pelaje desgarrado, y le brillaba el bíceps con la sangre de una herida anterior, pero, antes de que pudiera ayudarlo, lanzó a Cebrado al suelo y aterrizó sobre él, resollando.

—¡Traidor! —bufó.

Cebrado se debatió violentamente, abriendo profundos surcos en la tierra, pero no logró zafarse de su oponente.

—¡Cagarruta de zorro! —siseó, y giró la cabeza, tratando de hundir los dientes en el cuello de Látigo Gris.

Éste blandió una de sus zarpas. Sus garras se clavaron en la garganta de Cebrado, que empezó a sangrar. El guerrero oscuro se estremeció convulsivamente, abriendo las mandíbulas mientras luchaba por respirar.

—No queda nada… —dijo con voz ahogada—. Todo está negro… todo ha desaparecido…

Estrella de Fuego vio cómo se le empañaban los ojos, mostrando un espantoso vacío. Los esfuerzos de

Cebrado cesaron y su cuerpo quedó inmóvil.

Bufando con desprecio, Látigo Gris se separó del guerrero.

—Un traidor menos en el bosque —gruñó.

Estrella de Fuego tocó con la nariz el hombro de su amigo. De pronto, Látigo Gris se quedó rígido, mirando más allá de su líder.

—Estrella de Fuego… —dijo con voz ronca.

Estrella de Fuego giró en redondo y vio a Tormenta de Arena y Manto Polvoroso luchando a brazo partido en la periferia de la batalla. No parecían

necesitar su ayuda, y al principio no entendió qué había angustiado a Látigo Gris. Luego la multitud de gatos se separó brevemente, y pudo entrever a Hueso, el enorme lugarteniente del Clan de la Sangre, inclinado sobre otro gato que se movía débilmente debajo de él. El pelaje de la víctima estaba tan empapado de sangre que Estrella de Fuego apenas podía distinguir su color, y tardó unos segundos en reconocer a Tormenta Blanca.

—¡No! —maulló, abalanzándose hacia Hueso con Látigo Gris a la zaga.

Hueso saltó hacia atrás, pero tropezó con Zarzo y Ceniciento, que habían

llegado a la carga a través del claro en ese mismo momento. Estrella de Fuego vio que su aprendiz saltaba sobre el lomo del enorme lugarteniente, mientras Ceniciento le mordía una de las patas traseras.

Con la seguridad de que Hueso estaría distraído unos instantes, Estrella de Fuego se agachó junto a Tormenta Blanca, casi ajeno a la batalla que se desarrollaba a su alrededor. Los ojos del guerrero veterano brillaron al reconocer a su líder. Agitó la punta de la cola.

—Adiós, Estrella de Fuego —maulló con voz áspera.

—¡Tormenta Blanca, no! —Estrella de Fuego sintió que en su interior estaba formándose un maullido de agonía. Jamás debería haber llevado a aquella batalla a su lugarteniente, cuando éste parecía saber que sería la última—. Látigo Gris, ve a buscar a Carbonilla.

—Demasiado tarde —jadeó Tormenta Blanca—. Me voy a cazar con el Clan Estelar.

—No puedes… ¡El clan te necesita! ¡Yo te necesito!

—Encontrarás a otros. —La mirada del guerrero blanco, cada vez más apagada, se desvió un segundo a Látigo Gris—. Confía en tu corazón, Estrella de

Fuego. Tú siempre has sabido que Látigo Gris es el gato destinado por el Clan Estelar para ser tu lugarteniente. —Y, tras soltar un largo suspiro, cerró los ojos.

—Tormenta Blanca…

Estrella de Fuego quería llorar de pena como un cachorrito. Durante un instante, hundió el hocico en el pelaje empapado de sangre de su lugarteniente, el único ritual de duelo que permitía la batalla.

Luego se volvió hacia Látigo Gris, que estaba mirando conmocionado el cuerpo del viejo guerrero blanco.

—Ya has oído lo que ha dicho

Tormenta Blanca —maulló Estrella de Fuego—. Él te ha elegido a ti. —Poniéndose en pie, elevó la voz sobre el tumulto del combate—. Pronuncio estas palabras ante el cuerpo de Tormenta Blanca para que su espíritu pueda oír y aprobar mi decisión. Látigo Gris será el nuevo lugarteniente del Clan del Trueno.

Lo sorprendió un maullido de aprobación a su espalda. Al darse la vuelta, vio que Tormenta de Arena y Manto Polvoroso habían hecho una breve pausa para inclinar la cabeza ante Látigo Gris antes de regresar a la batalla.

Látigo Gris no se había movido; sus

ojos amarillos estaban clavados en Estrella de Fuego.

—¿Estás… estás seguro? —preguntó al cabo.

—Nunca he estado más seguro —gruñó el líder—. ¡Vamos, Látigo Gris!

Con el rabillo del ojo vio que el lugarteniente del Clan de la Sangre se había liberado de Zarzo y Ceniciento. Antes de que pudiera abalanzarse sobre él, un maullido desafiante resonó por encima del ruido del combate, y varios aprendices más cruzaron el claro como rayos. Hueso quedó prácticamente oculto bajo la agitada masa de furiosos jóvenes. Zarzo y Ceniciento estaban allí,

con Plumilla y Borrasquino, y, sí, Zarpa Trigueña, luchando al lado de su hermano. Al cabo de unos instantes, Hueso había dejado de defenderse; su cuerpo sufrió una serie de espasmos que terminaban en la punta de su cola. Mientras Estrella de Fuego observaba la escena, las sacudidas cesaron. Ceniciento lanzó un ronco maullido de triunfo.

En ese momento, Colmillo Roto apareció de la nada. Estrella de Fuego sintió que se le erizaba el pelo. Aquel gato había sido un proscrito, luego miembro del Clan de la Sombra, y ahora formaba parte del insulto al código

guerrero que era el Clan de la Sangre. El enorme felino se lanzó sobre los aprendices y cerró los dientes sobre el más cercano (Zarzo), para separarlo del cuerpo de Hueso. Al instante, Zarpa Trigueña se abalanzó contra él.

—¡Suelta a mi hermano! —maulló.

El resto de los aprendices saltaron junto con ella, y Colmillo Roto soltó bruscamente a Zarzo, dio media vuelta y huyó a través del claro perseguido por todos los aprendices.

Respirando con dificultad, Estrella de Fuego miró alrededor; mientras intentaba calibrar cómo iba la batalla, se le contrajo el estómago. Aunque

Cebrado y Hueso habían muerto y Colmillo Roto había huido, el claro todavía parecía lleno de guerreros del Clan de la Sangre, y aún había más bajando la cuesta a la carrera. El Clan del Trueno había perdido a Tormenta Blanca, y entre los combatientes entrevió a Oreja Partida, del Clan del Viento, inmóvil en el suelo. Fronde Dorado y Musaraña luchaban juntos, pero Fronde Dorado estaba cojeando y Musaraña presentaba profundos zarpazos a lo largo de un costado. Al borde del claro, Escarcha estaba arrastrándose hacia los arbustos, ayudada por Frondina; y no muy lejos,

Nariz Inquieta, el curandero del Clan de la Sombra, estaba aplicando telarañas en una herida del bíceps a Patas Negras, hasta que éste se lo quitó de encima y regresó de nuevo al combate. Estrella Leopardina apareció brevemente, maullando ánimos a sus guerreros con voz ronca, antes de desaparecer de nuevo en una arremetida de gatos del Clan de la Sangre.

«Estamos perdiendo —pensó Estrella de Fuego, procurando contener el pánico—. ¡Tengo que encontrar a Azote!». Sabía que, con la muerte del líder del Clan de la Sangre, la batalla terminaría. Los gatos del poblado Dos

Patas no tenían sentido de la tradición ni de la lealtad al código guerrero. Azote los mantenía unidos, y sin él no serían nada.

Estrella de Fuego notó que empezaba a erizársele el pelo, y por fin su mirada encontró a Azote. El pequeño gato negro estaba al pie de la Gran Roca, clavando las garras en un guerrero que tenía atrapado. A Estrella de Fuego le dio un vuelco el estómago al reconocer a Bigotes.

Con un alarido desafiante, saltó a través del claro. Azote giró en redondo, y Bigotes se alejó arrastrándose y sangrando.

El líder del Clan de la Sangre enseñó los dientes con un gruñido.

—¡Estrella de Fuego!

Y saltó sin previo aviso. Estrella de Fuego rodó por el impacto, pero aterrizó sobre su enemigo, plantándole una zarpa en el cuello. Antes de que pudiera propinarle una dentellada, Azote se zafó retorciéndose con la rapidez de una serpiente. Los colmillos de perro de sus garras destellaron al alcanzar el omóplato de Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno sintió que lo atravesaba un dolor atroz. Se obligó a no vacilar y embestir de nuevo, lanzando a Azote por los aires contra la

Gran Roca. El gato negro se quedó aturdido un instante, y Estrella de Fuego consiguió morderle una pata. Sintió un nuevo dolor abrasador al recibir otro zarpazo del líder del Clan de la Sangre, y, con la impresión, perdió a su oponente.

Éste retrocedió sobre las patas traseras, alzando las zarpas para el golpe mortal. Estrella de Fuego intentó alejarse, pero no fue lo bastante rápido. Un dolor agónico estalló en su cabeza cuando las garras reforzadas dieron en el blanco. Vio un fogonazo que se apagó hasta no dejar otra cosa que oscuridad. Una suave marea negra estaba

engulléndolo. Estrella de Fuego hizo un último esfuerzo para levantarse, pero las patas no lo sostenían y se hundió en la negrura.



29

Cuando abrió los ojos, estaba tendido sobre la hierba de los Cuatro Árboles, con la luz de la luna bañándolo todo a su alrededor y el susurro de las hojas sobre su cabeza. Se relajó durante unos segundos, disfrutando del cálido aire de la estación de la hoja verde.

La última vez que los había visto,

los Cuatro Árboles tenían las ramas negras y peladas como en lo más crudo de la estación sin hojas, y el claro estaba rebosante de gatos maullando en lucha abierta.

Se incorporó bruscamente. No estaba solo. Los guerreros del Clan Estelar llenaban el claro, iluminándolo con el fulgor de sus pelajes y el brillo de sus ojos. En la primera fila, pudo ver a los gatos que le habían dado sus nueve vidas: Estrella Azul, Fauces Amarillas y Jaspeada, Corazón de León… y un recién llegado, Tormenta Blanca, devuelto a la fuerza de su juventud, con la luz de las estrellas centelleando en su

espeso pelo.

—Bienvenido, Estrella de Fuego —maulló el guerrero blanco.

Estrella de Fuego se puso en pie.

—¿Por qué… por qué me habéis traído aquí? —quiso saber—. Debería volver, tengo que luchar para salvar a mi clan.

Fue Estrella Azul quien respondió:

—Mira, Estrella de Fuego.

El joven líder vio que había un espacio junto a la gata gris. Al principio pensó que estaba vacío, pero de repente se dio cuenta de que estaba ocupado por la silueta casi invisible de un gato de pelaje rojo como el fuego. Sus verdes

ojos brillaban tan tenuemente que apenas reflejaban la luz estelar, pero Estrella de Fuego se reconoció a sí mismo al instante.

—Has perdido tu primera vida —maulló delicadamente Estrella Azul.

A Estrella de Fuego lo recorrió un escalofrío. De modo que eso era lo que se sentía al morir… Se quedó mirando fijamente, con una mezcla de temor y curiosidad, la pálida copia de su imagen en medio del claro; y mientras su mirada se clavaba en la del gato espectral, de pronto se vio a sí mismo encorvado y sangrando, con la piel desgarrada y la desesperación ardiendo en sus ojos.

Estrella de Fuego dobló el cuello bruscamente para romper el contacto visual. No había tiempo para eso. Sin duda, el sentido de las nueve vidas era que él pudiera seguir adelante, ¿no?

—Devolvedme a la batalla —suplicó—. Si la perdemos, ¡el Clan de la Sangre dominará el bosque!

Estrella Azul dio unos pasos hacia él.

—Paciencia, Estrella de Fuego. Tu cuerpo necesita un momento para recuperarse. Regresarás dentro de poco.

—Pero ¡puede que no a tiempo! Estrella Azul, ¿por qué estás permitiendo que esto suceda? ¿El Clan

Estelar no va a ayudarnos, ni siquiera ahora?

La antigua líder del Clan del Trueno no contestó directamente. En vez de eso se sentó; sus ojos azules brillaban con sabiduría.

—Ningún gato podría haber hecho más que tú por el Clan del Trueno —maulló—. Aunque no has nacido en el bosque, posees el corazón de un auténtico gato de clan… mucho más que Estrella de Tigre o Cebrado, porque, aunque ellos dos te insultaban por haber sido un gato casero, ambos acabaron traicionando al clan de su nacimiento debido a su propia ambición.

Estrella de Fuego arañó la hierba con impaciencia. ¿De qué servían aquellas alabanzas vacías? No podía quitarse de la cabeza lo que estaba ocurriendo en el otro claro, donde había gatos leales peleando y muriendo.

—Estrella Azul…

La gata levantó la cola para pedirle silencio.

—Quizá tu disputa con Estrella de Tigre te proporcionó la fuerza que necesitabas —continuó—. Durante todo ese tiempo, hiciste lo que considerabas correcto, incluso cuando tus compañeros de clan no estaban de acuerdo contigo. Sufriste de soledad e incertidumbre, y

eso es lo que te ha convertido en lo que eres ahora… un líder talentoso e inteligente, con el valor de liderar a su clan en su hora más oscura.

—Pero ¡si no estoy liderándolos! —protestó Estrella de Fuego con un bufido—. Y no puedo salvarlos… no soy lo bastante fuerte. Vamos a perder la batalla. Estrella Azul, ¡ésa no puede ser la voluntad del Clan Estelar! Siempre hemos creído que nuestros antepasados guerreros querían que hubiese cuatro clanes en el bosque. ¿Tan equivocados estábamos?

Se produjo un movimiento en la primera fila de los guerreros estelares.

Estrella Azul se puso en pie, y se le unieron los otros ocho gatos que habían dado una vida a Estrella de Fuego en la ceremonia junto a la Piedra Lunar. Los nueve rodearon al joven líder, que se mantuvo desafiante en el centro del claro.

Habló una voz… pero esta vez no era la de Estrella Azul, sino un eco vibrante en la cabeza de Estrella de Fuego, como si los nueve gatos estuvieran hablándole al unísono:

—Estrella de Fuego, te equivocas. Nunca ha habido cuatro clanes en el bosque.

Mientras Estrella de Fuego se

quedaba con los ojos desorbitados y rígido de la impresión, la voz continuó:

—Siempre ha habido cinco.

Estrella de Fuego notó que nueve pares de ojos, encendidos de sabiduría, se posaban sobre él.

—Pelea con bravura, Estrella de Fuego. Ahora puedes regresar a la batalla, y los espíritus del Clan Estelar irán contigo.

Las figuras de los guerreros del Clan Estelar parecieron disolverse en la luz. Estrella de Fuego sintió que la fuerza de todos ellos lo inundaba, como agua empapando la tierra sedienta, y conoció el valor que derivaba de la fe

restaurada.

Abrió los ojos. Los sonidos de la batalla le invadieron los oídos, y se levantó de un salto. Justo delante de él vio a Nimbo Blanco peleando con Azote. El joven guerrero blanco estaba en el suelo, sangrando profusamente por sus heridas, mientras Azote lo sacudía por el pescuezo y le arañaba el costado. Pero Nimbo Blanco tenía los dientes bien cerrados alrededor de una de las patas del gato negro, e incluso estando espantosamente malherido, no lo soltaba.

—¡Azote! —maulló Estrella de Fuego—. ¡Mírame a la cara!

Azote giró en redondo, soltando a Nimbo Blanco de la impresión.

—¿Cómo…? Pero si te he matado.

—En efecto —replicó Estrella de Fuego con un bufido—. Pero yo soy un líder con nueve vidas que lucha al lado del Clan Estelar. ¿Puedes tú decir lo mismo?

Por primera vez creyó ver un destello de incertidumbre en los fríos ojos del líder del Clan de la Sangre, y por fin comprendió lo que le había dicho Centeno. El punto más débil de Azote era que no creía en el Clan Estelar. Sin esa creencia, sin las leyes y las costumbres de los clanes forestales,

Azote no tenía las nueve vidas de un auténtico líder. Cuando muriera, estaría muerto para siempre.

La incertidumbre del líder del Clan de la Sangre no duró más de un segundo. Propinó un último golpe al debilitado Nimbo Blanco, lanzándolo contra la Gran Roca.

Estrella de Fuego fue disparado hacia su enemigo, y con cada zancada percibió la presencia de los guerreros del Clan Estelar corriendo junto a él, a su mismo ritmo: la fuerza dorada de Corazón de León; el cuerpo ágil y musculoso de Viento Veloz; el pelaje oscuro de Cola Roja, con su frondosa

cola rojiza ondeando tras él; Fauces Amarillas, con las zarpas desenvainadas; Jaspeada, rauda y resuelta; Estrella Azul, con toda su fortaleza y destreza en la batalla recuperadas.

Creyó que cubría la distancia que los separaba con patas aladas. Clavó las garras en todo el costado de Azote, y esquivó un golpe a la cabeza como el que se había llevado su primera vida.

Pero Azote era rápido. Se lanzó entre las zarpas extendidas de Estrella de Fuego, apuntando hacia su estómago, intentando abrirlo en canal con el mismo mandoble que había terminado con

Estrella de Tigre.

Estrella de Fuego se libró por los pelos. Ahora estaba a la defensiva, procurando evitar las afiladas garras y a la vez manteniéndose lo bastante cerca de Azote para poder propinarle algún golpe. Consiguió agarrarlo cerca de la base de la cola, y los dos gatos rodaron sobre la hierba, en un aullador remolino de colmillos y garras. Cuando se separaron, Estrella de Fuego vio cómo su propia sangre salpicaba la hierba, y supo que tenía que acabar lo antes posible con aquel enfrentamiento, antes de volver a debilitarse.

Recordó de pronto su viejo truco,

aunque supuso que no funcionaría contra un combatiente como Azote. Pero no se le ocurría nada más. Clavó las zarpas delanteras en la hierba manchada de sangre y se encogió delante de su enemigo, como si estuviera dándose por vencido, pero con todos los músculos tensos y preparados.

Azote soltó un maullido de triunfo y saltó sobre él. En el mismo instante, Estrella de Fuego se impulsó hacia arriba, chocando contra la panza de Azote y lanzándolo al suelo de espaldas. Clavó las garras en el pelaje del enemigo y los colmillos en su garganta hasta que notó el sabor de un borbotón

de sangre caliente. Estrella de Fuego apenas era consciente de las zarpas de Azote hiriéndolo cruelmente en los costados, y aguantó bien, arañando además el estómago del gato negro con las patas traseras, hasta que los golpes que estaba recibiendo se volvieron más flojos.

Estrella de Fuego sacudió la cabeza, retirándose gruesas gotas de sangre de los ojos. Soltó a Azote y se apartó, alzando una zarpa para propinar el golpe mortal. Pero no hacía falta. Los ojos de Azote estaban fijos en él, como oscuros pozos de odio, y su cuerpo era presa de espasmos. Intentó gruñir desafiante, pero

el único sonido era el borboteo de sangre de su garganta desgarrada. Sus extremidades dejaron de moverse y sus ojos se quedaron mirando ciegamente al cielo.

Resollando y recuperando el aliento con tortuosos jadeos, el líder del Clan del Trueno contempló a su enemigo muerto. Quién sabía adónde se encaminaba el espíritu de aquel gato. No a las filas del Clan Estelar, de eso no cabía la menor duda.

A unas colas de distancia había un flacucho gato blanco y negro del Clan de la Sangre, enzarzado con Estrella Alta. Al ver el cuerpo inerte de su líder, el

guerrero se quedó paralizado, boquiabierto, y apenas pareció notar que Estrella Alta le propinaba un zarpazo en la cabeza.

—¡Azote! —exclamó con voz estrangulada—. No… ¡No!

Retrocedió, y luego dio media vuelta y salió disparado, tropezando con otro guerrero del Clan de la Sangre mientras iba hacia los arbustos. El segundo guerrero bufó con furia y se lanzó contra Estrella de Fuego, pero, antes de alcanzarlo, vio también el cadáver de su líder.

Emitió un espantoso maullido.

—¡Azote! ¡Azote ha muerto!

Conforme el grito se elevaba por encima del estruendo de la batalla, Estrella de Fuego vio cómo los guerreros del Clan de la Sangre dejaban de luchar. Al comprender que habían perdido a su líder, huyeron. Ante los asombrados ojos de Estrella de Fuego, los gatos del poblado Dos Patas parecían haber encogido. Ya no eran guerreros temibles, sino gatos comunes y corrientes que no tenían espacio en el bosque: más lentos que el Clan del Viento, más torpes que el Clan del Río, más flacos que el Clan de la Sombra. Toda su amenaza había desaparecido, y con un grito triunfal los gatos forestales

salieron corriendo tras ellos para echarlos de la hondonada.

Entumecido de agotamiento, Estrella de Fuego tuvo las fuerzas justas para comprender que sus gatos (el Clan del León) habían vencido. El bosque volvía a pertenecer de nuevo al Clan Estelar.



30

El claro quedó en silencio. Sobre la hierba brillaba la sangre mientras la fría luz de la mañana iba colándose a través de los árboles. Nimbo Blanco se puso en pie a duras penas y se acercó tambaleándose a Estrella de Fuego para observar el cuerpo negro y sin vida de Azote.

—Lo has conseguido —resolló el guerrero blanco—. Has salvado el bosque.

Estrella de Fuego le dio un lametazo.

—Todos lo hemos hecho —maulló. Recordó los problemas que le había dado su sobrino al llegar al bosque. En aquellos días, jamás habría imaginado que podría sentirse tan orgulloso del díscolo joven—. Ve a buscar a Carbonilla, y que te dé algo para esas heridas.

Nimbo Blanco asintió y cruzó el claro cojeando.

Al mirar alrededor, Estrella de Fuego vio a los guerreros de los cuatro

clanes agrupándose en torno a sus respectivos curanderos en el lindero del claro. Uno había vuelto a convertirse en cuatro; el Clan del León había dejado de existir.

Al principio no logró ver a Tormenta de Arena y sintió un pánico creciente. No estaba seguro de poder soportar su pérdida. Luego la vio dando traspiés cansinamente por el claro. Tenía el pelo de un costado tieso con sangre seca, pero Estrella de Fuego advirtió que sus heridas no eran graves.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó casi sin aliento.

Atravesó el claro en dos saltos.

Tormenta de Arena se volvió para mirarlo, y sus ojos verdes se llenaron de alivio.

—Lo hemos hecho —murmuró la guerrera—. Hemos expulsado al Clan de la Sangre.

De pronto, Estrella de Fuego se sintió mareado, como si todo en los Cuatro Árboles estuviera dando vueltas a su alrededor.

—Despacio —maulló Tormenta de Arena, sujetándolo con el omóplato—. Has perdido mucha sangre. Vamos a ver a Carbonilla.

Estrella de Fuego hizo el resto del camino trastabillando, absorbiendo el

aroma de Tormenta de Arena y sintiéndose reconfortado por la suavidad de su pelaje. Cuando llegaron junto a la curandera, cayó derrumbado al suelo, preguntándose si estaría a punto de perder otra vida. Luego advirtió que todavía oía los sonidos que lo rodeaban en el claro. El dolor de sus heridas palpitó en vez de mitigarse cuando Frondina empezó a aplicarle telas de araña en los peores cortes.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la voz de Látigo Gris—. Eh, vamos, Estrella de Fuego… ¡no puedes rendirte ahora!

—No voy a hacerlo. Estoy cansado,

eso es todo. —Estrella de Fuego le guiñó un ojo al guerrero gris—. No te preocupes; no tendrás que ser líder de momento.

—Estrella de Fuego —maulló Tormenta de Arena, tocándole el omóplato con delicadeza—. Vienen más gatos.

Se incorporó y vio que se acercaba un grupo de miembros del Clan del Río, encabezado por Estrella Leopardina. La líder inclinó la cabeza ante Estrella de Fuego. Tenía el cuerpo cubierto de arañazos, pero su mirada era penetrante y llevaba la cola muy alta.

—Bien hecho, Estrella de Fuego —

maulló—. Me dicen que has matado a Azote.

—Todos los gatos han peleado bien —contestó él—. No habríamos ganado si no hubieran estado todos los clanes juntos.

—Eso es cierto —admitió Estrella Leopardina—. Pero ahora debemos separarnos de nuevo. Voy a llevarme a mi clan a casa. Tenemos que cuidar de los heridos y llorar a los muertos.

—¿Y el Clan de la Sombra? —preguntó Estrella de Fuego.

—El Clan de la Sombra debe regresar a su propio hogar —replicó la líder con firmeza—. Ya tengo

lugarteniente, y suficientes guerreros para defender nuestro territorio si el Clan de la Sombra no respeta nuestras fronteras.

—¿Quién es ahora tu lugarteniente? —preguntó con curiosidad.

—Vaharina —respondió Estrella Leopardina, con un destello en los ojos.

Mientras Estrella de Fuego se quedaba mirándola atónito, Vaharina salió entre los gatos del Clan del Trueno, seguida de Plumilla y Borrasquino.

—Me voy con Estrella Leopardina —explicó la guerrera, clavando en Estrella de Fuego su mirada azul hielo,

igual a la de su madre—. Siempre te estaré agradecida por lo que has hecho, pero soy una gata del Clan del Río de corazón.

Estrella de Fuego asintió. Jamás había esperado que Vaharina cambiara completamente su alianza por la fidelidad a su clan de nacimiento.

—Pero… ¿cómo lugarteniente? —no pudo evitar preguntarle—. ¿Después de lo que le ocurrió a Pedrizo?

Los ojos de Vaharina se llenaron de un profundo dolor, pero su determinación no flaqueó.

—Estrella Leopardina me lo ha ofrecido justo antes de que empezara la

batalla —confesó—. Yo le he dicho que lo pensaría, y ahora sé que tengo que hacerlo por Pedrizo y por el clan.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza, respetando la dura decisión que la gata había tomado.

—Entonces, que el Clan Estelar te acompañe —maulló—. Y espero que siempre seas amiga del Clan del Trueno.

Los dos aprendices que estaban con Vaharina miraron dubitativos a Estrella de Fuego y Estrella Leopardina.

—Nosotros también nos vamos —anunció Borrasquino—. El Clan del Río ha perdido a muchos guerreros. Nos necesitan.

Plumilla se acercó a Látigo Gris para tocarle la nariz con la suya.

—Vendrás a visitarnos, ¿verdad?

—Intentad impedírmelo —respondió Látigo Gris con voz estrangulada y los ojos rebosantes de pena por la herencia dividida de sus hijos—. Sed los mejores guerreros que podáis y haced que me sienta orgulloso de vosotros.

—Hay algo que os alentará —les dijo Estrella de Fuego a los aprendices —. Vuestro padre es ahora el lugarteniente del Clan del Trueno.

Los dos hermanos se restregaron contra Látigo Gris y entrelazaron la cola con él. Estrella Leopardina les concedió

un momento antes de hacerles una seña, y los jóvenes se colocaron tras ella. Los gatos del Clan del Río desaparecieron entre los arbustos, ladera arriba, en dirección a su territorio.

La mirada de Estrella de Fuego se posó en el grupo de gatos del Clan de la Sombra, a poca distancia, y advirtió que Zarzo estaba con ellos, hablando con su hermana. Estrella de Fuego se puso en pie y fue hacia allí cojeando. Patas Negras salió a su encuentro al verlo aproximarse.

—Estrella de Fuego —empezó el lugarteniente del Clan de la Sombra entornando los ojos—. De modo que,

después de todo, hemos ganado la batalla.

—Sí, así es. ¿Qué vas a hacer ahora, Patas Negras?

—Llevarme a casa a mi clan y prepararme para el viaje a las Rocas Altas. Ahora soy líder. Tenemos mucho que hacer para recuperarnos, pero la vida del bosque seguirá como de costumbre.

—Entonces nos veremos en la próxima Asamblea. Y, Patas Negras, harás bien en aprender de los errores de tus predecesores. Vi lo que hiciste en la Colina de Huesos.

Una sombra pasó por los ojos de

Patas Negras, que no contestó.

Estrella de Fuego agitó la cola para llamar a Zarzo, que hundió brevemente el hocico en el costado de Zarpa Trigueña y serpenteó entre los guerreros del Clan de la Sombra hasta llegar junto a su mentor. Patas Negras agrupó a sus gatos y los guió fuera del claro. El curandero Nariz Inquieta se situó en la retaguardia, lanzando una mirada a Estrella de Fuego al pasar. Éste deseó que el curandero tuviera mejor suerte con aquel nuevo líder, después de los problemas que le habían dado Estrella Nocturna y Estrella de Tigre.

Estrella de Fuego se volvió hacia su

propio clan y se encontró cara a cara con Centeno y Cuervo.

—Yo no me fiaría de Patas Negras —murmuró Cuervo, observando cómo desaparecía el último de los guerreros del Clan de la Sombra entre los arbustos—. Es un alborotador; créeme.

—Lo sé —contestó Estrella de Fuego—. No te preocupes. El Clan del Trueno estará preparado si Patas Negras empieza a tramar algo.

—Por lo menos, con Azote muerto, los gatos del poblado Dos Patas tendrán la oportunidad de vivir en paz —apuntó Centeno con vehemencia—. Quizá ahora tengan una vida mejor.

—¿Tú regresarías al poblado de Dos Patas? —preguntó Estrella de Fuego.

—¡Ni hablar! —contestó Centeno irguiendo la cola—. Nosotros nos vamos a casa.

—Pero ha sido estupendo volver a luchar junto al Clan del Trueno —añadió Cuervo.

—Nuestro clan siempre os estará agradecido —declaró Estrella de Fuego con calidez—. Tenéis libertad para entrar en nuestro territorio en cualquier momento.

—Y tú debes visitar nuestra granja cada vez que viajes hasta las Rocas

Altas —maulló Centeno, disponiéndose a partir—. Espero que tengamos uno o dos ratones de sobra.

Tras hablar con el Clan del Río y el Clan de la Sombra, Estrella de Fuego quería saber cómo se encontraba el Clan del Viento antes de reunir a sus propios gatos para regresar al campamento. Había un pequeño grupo de guerreros del Clan del Viento apiñados alrededor de su curandero, Cascarón, pero no eran en absoluto tantos como deberían. Y no se veía al líder Estrella Alta por ninguna parte. Un hormigueo de temor recorrió el pelaje rojizo de Estrella de Fuego.

Entonces vio que el líder del Clan

del Viento surgía de entre los arbustos en el extremo más alejado del claro. Enlodado, Flor Matinal y un par de aprendices iban con él. Los cinco resollaban sonoramente, como si hubieran estado corriendo. Estrella de Fuego fue hacia ellos, esperando ver enemigos persiguiéndolos.

—¿Qué ocurre? —quiso saber—. ¿Os está persiguiendo el Clan de la Sangre?

Estrella Alta soltó un ronroneo de satisfacción.

—No, Estrella de Fuego. Somos nosotros quienes estaban persiguiéndolos. Hemos ido tras ellos

hasta el Sendero Atronador. No tendrán prisa en volver.

—Estupendo —maulló Estrella de Fuego con profundo reconocimiento.

Vio un brillo similar en los ojos de Flor Matinal y comprendió que por fin la gata sentía que había vengado la muerte de Erguino.

Respirando hondo, Estrella de Fuego inclinó la cabeza ante Estrella Alta y maulló:

—Ya no necesitamos al Clan del León. En el bosque hay cuatro clanes de nuevo.

Percibió que el viejo líder comprendía lo que estaba diciendo. Ya

no eran aliados, sino rivales, que podrían reunirse amistosamente sólo en las Asambleas.

—Te debemos nuestra libertad —declaró el líder del Clan del Viento. Luego inclinó la cabeza y se encaminó con sus guerreros al extremo más alejado del claro.

A solas por primera vez, Estrella de Fuego saltó a lo alto de la Gran Roca. El repulsivo olor a sangre se elevó a su alrededor, pero desde allí arriba podía contemplar el bosque y atreverse a creer que, pronto, la batalla no sería más que un recuerdo lejano.

Imaginó a los espíritus del Clan

Estelar rodeándolo, compartiendo el liderazgo del Clan del Trueno. Estarían junto a él en todos y cada uno de sus pasos, hasta que entregara su última vida y fuera a reunirse con ellos.

—Gracias, Clan Estelar —murmuró—. Gracias por estar con nosotros, quinto clan del bosque. ¿Cómo pude creer en algún momento que tendría que enfrentarme solo a esta batalla?

De pronto captó un conocido olor y notó el suave contacto del pelo de Jaspeada contra su propio pelo. Sintió su cálido aliento en la oreja.

—Nunca estás solo, Estrella de Fuego. Tu clan seguirá adelante, y yo te

observaré siempre.

Durante un momento, Estrella de Fuego sintió renovado el dolor de la pérdida, como si su adorada curandera no hubiese muerto hacía muchas lunas, sino en aquella misma batalla. Plantó las orejas al oír el sonido de garras sobre piedra, y el olor de Jaspeada se desvaneció. Vio a Látigo Gris y Tormenta de Arena trepando por la Gran Roca hacia él, con Zarzo a la zaga.

Tormenta de Arena se restregó contra el costado de Estrella de Fuego.

—Estrella Azul tenía razón. El fuego ha salvado al clan.

—Y ahora vuelve a haber cuatro

clanes —añadió Látigo Gris—. Tal como debe ser.

«No; hay cinco», pensó Estrella de Fuego. Miró hacia el claro de abajo, y luego hacia los árboles que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, y sus sentidos se llenaron con los sonidos y los olores de su bosque, su hogar. Un millar de susurros secretos le dijeron que la estación de la hoja nueva estaba agitándose bajo la tierra helada, desplegando nuevas hojas verdes y despertando a las presas de su largo letargo de la estación sin hojas.

El sol fue elevándose por encima de los árboles e inundó el claro de luz y

calidez, y Estrella de Fuego tuvo la impresión de que jamás había habido un amanecer más deslumbrante.



Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, Los gatos guerreros.